

Angeles Rebeldes

Libba Bray

2º de La Academia Spence

Todo aquello que vemos o que parece que vemos
No es más que un sueño sin sueño.

EDGAR ALLAN POE

¿Quién fue el primero que les indujo a esta rebelión inmunda?
La infernal serpiente; ella, con su gran astucia
Les infundió envidia y venganza, engañó
A la madre de la humanidad, cuando el orgullo
La expulsó del cielo, y con ella todo su séquito
De Ángeles Rebeldes, para ayudarla a
Llevarla a la gloria por encima de todo,
Confiaba en conseguir igualarse al Altísimo,
Si se le oponía: y con un propósito ambicioso
Contra el trono y la monarquía de Dios
Provocará una guerra impía en el cielo y una orgullosa batalla

Con vanos propósitos. El todopoderoso
Arrojará precipitadamente llamas desde el cielo etéreo
Con espantosos destrozos y fuego,
Y no habrá más morada que la eterna perdición...

Oh príncipe, oh jefe del trono del poder,
Que permitiste al imbatible Serafín ir a la guerra
A pesar de su conducta y de sus actos atroces
Y que temerariamente pusiste en peligro al rey de los cielos
Y pusiste a prueba su alta supremacía,
Si alta por la fuerza, o por la suerte del destino,
Veo demasiado y lamento el grave acto,
Que con el triste derrocamiento y la horrible derrota,
Nos ha hecho perder el cielo a nosotros y a todo nuestro séquito
En una destrucción horrible y total,
Tanto los dioses como la esencia del cielo
Pueden perecer para que los espíritus y las mentes permanezcan
Invencibles, y el vigor pronto se recupere,
Aunque toda nuestra gloria extinguida y nuestra felicidad
Se convierta aquí en un miserable infinito...

Reinar vale la ambición aunque sea en el infierno:
Mejor reinar en el infierno que servir en el cielo.
Pero porque permitimos a nuestros fieles amigos
Nuestros asociados y compañeros mantenerse
Flotando atónitos en la piscina del inconsciente
Y no les llamamos no para compartir su parte como nosotros
En esta infeliz morada, sino para una vez más
Reunir las armas para descubrir qué pueden ser todavía
Con todo lo recuperado en el cielo,
O con todo lo que perdieron en el infierno.

*De Paraíso perdido,
John Milton*

Índice.

| | |
|-------------------|----|
| Resumen..... | 6 |
| Introducción..... | |
| Capítulo 1..... | 12 |
| Capítulo 2..... | 16 |
| Capítulo 3..... | 21 |
| Capítulo 4..... | 23 |
| Capítulo 5..... | 28 |
| Capítulo 6..... | 35 |
| Capítulo 7..... | 39 |
| Capítulo 8..... | 43 |
| Capítulo 9..... | 48 |
| Capítulo 10..... | 53 |
| Capítulo 11..... | 62 |
| Capítulo 12..... | 69 |
| Capítulo 13..... | 80 |
| Capítulo 14..... | 88 |

| | |
|----------------------|-----|
| Capítulo 15..... | 96 |
| Capítulo 16..... | 105 |
| Capítulo 17..... | 111 |
| Capítulo 18..... | 119 |
| Capítulo 19..... | 130 |
| Capítulo 20..... | 137 |
| Capítulo 21..... | 143 |
| Capítulo 22..... | 148 |
| Capítulo 23..... | 154 |
| Capítulo 24..... | 160 |
| Capítulo 25..... | 162 |
| Capítulo 26..... | 172 |
| Capítulo 27..... | 179 |
| Capítulo 28..... | 183 |
| Capítulo 29..... | 190 |
| Capítulo 30..... | 194 |
| Capítulo 31..... | 200 |
| Capítulo 32..... | 209 |
| Capítulo 33..... | 212 |
| Capítulo 34..... | 215 |
| Capítulo 35..... | 221 |
| Capítulo 36..... | 230 |
| Capítulo 37..... | 234 |
| Capítulo 38..... | 240 |
| Capítulo 39..... | 254 |
| Capítulo 40..... | 258 |
| Capítulo 41..... | 266 |
| Capítulo 42..... | 272 |
| Capítulo 43..... | 277 |
| Capítulo 44..... | 288 |
| Capítulo 45..... | 300 |
| Capítulo 46..... | 304 |
| Capítulo 47..... | 308 |
| Capítulo 48..... | 311 |
| Capítulo 49..... | 316 |
| Capítulo 50..... | 319 |
| | |
| Agradecimientos..... | 323 |

Resumen.

Ha pasado ya un tiempo desde que Gemma estuvo por última vez en los reinos. Sin embargo, una visita inesperada a la Academia Spence la llevará de vuelta al mundo mágico: Kartik, miembro de los Rakshana, le ha pedido que regrese y ate la magia que quedó libre la última vez, antes de que caiga en las manos equivocadas...

INTRODUCCIÓN

21 de junio de 1895

Voy a ser fiel a la verdad. Voy a ceñirme a lo ocurrido en los últimos sesenta días y a la visita que yo, Kartik, el hermano de Amar, miembro leal de los Rakshana, recibí aquella fría noche en Inglaterra. Pero para empezar desde el principio, debo retroceder a mediados de octubre, antes de que aconteciera la desgracia.

Empezaba a hacer frío. Me encontraba en los bosques que hay detrás de la Academia Spence para señoritas. Mediante un halcón, recibí una carta de los Rakshana. Se requería mi presencia de inmediato en Londres. Debía evitar las carreteras principales y asegurarme de que no me siguieran. Viajé muchas millas escondido en la caravana de los gitanos. El resto del camino lo hice a pie, solo, protegido por los árboles o por la oscuridad de la noche.

La segunda noche, exhausto de cansancio, medio muerto de frío y de hambre — hacía dos días que había terminado la poca comida que tenía —, sentí en mi mente los efectos del aislamiento. En los bosques pasaban cosas extrañas. Me sentía muy débil y, en ese estado, cada cueva se convertía en una trampa; cada crujido de ramas se transformaba, en mi cabeza, en la amenaza de un alma inquieta de algún bárbaro muerto siglos atrás.

A la luz del fuego, leía algunos pasajes de mi único libro, una copia de la Odisea, esperando conseguir un poco del coraje de su héroe. Pero, en vista de que no me sentía ni más valiente ni más seguro, caí en un profundo sueño.

No fue un sueño tranquilo. Soñé que la hierba estaba negra, como quemada. Yo me encontraba en un lugar de piedra y ceniza. La silueta de un árbol solitario se recortaba contra una luna ensangrentada, y se oía un bramido lejano, un inmenso ejército de seres extraños que clamaban la guerra. Por encima de todo, oí a mi hermano, Amar, susurrando una advertencia: «No me falles, hermano. No confíes...». Pero justo en ese momento el sueño cambió. Ella estaba allí, agachada ante mí, y su rojo dorado formaba un aura contra el cielo resplandeciente.

«Tu destino es estar junto a mí», susurró mientras se me acercaba. Sus labios casi me acariciaban. Podía sentir su tibio calor. Me desperté súbitamente. No había nada, nada excepto la ceniza y los sonidos nocturnos de los animalillos que iban a refugiarse en sus guaridas.

Cuando llegué a Londres, estaba hambriento y no sabía cuál sería el siguiente paso. Los Rakshana no me habían dado instrucciones sobre cómo y dónde encontrarlos; ésa era su forma de actuar. Normalmente, siempre eran ellos los que me encontraban a mí. Mientras reposaba entre las multitudes de Covent Garden, el olor a tarta, caliente y sabrosa, me hizo temblar de hambre. Estaba a punto de arriesgarme a robar una porción cuando lo vi. Un hombre apoyado en el muro, fumando un puro. No era un tipo especial: de estatura mediana, y fuerte, llevaba un traje negro y sombrero, y un periódico pulcramente doblado en la mano izquierda. Tenía un bigote bien cortado y en una de las mejillas lucía una cicatriz en forma de sonrisa. Esperé a que mirara hacia otro lado para poder robar una porción de tarta. Fingí estar interesado en unos artistas de calle. Uno hacía malabarismos con cuchillos mientras el otro pedía dinero al público. Un tercer hombre se movía sigilosamente entre el público robando cuantas carteras podía.

Era el momento de atacar. Con las manos en los bolsillos, me acerqué al puesto de venta. Casi tenía la porción de tarta en la mano, cuando el hombre del muro se me acercó.

—La Estrella del Este no es fácil de conseguir —dijo en voz baja y con tono irónico.

Fue entonces cuando descubrí el alfiler en su solapa. El alfiler de la espada blasonada, el símbolo de los Rakshana.

Contesté nervioso y sorprendido:

—Pero brilla resplandeciente para aquellos que la buscan.

Encajamos nuestras manos, tomando con la izquierda el puño del otro, tal como se saludan los Rakshana.

—Bienvenido, aspirante. Te estábamos esperando. —Se inclinó para susurrarme algo—. Tienes que contarnos muchas cosas.

No recuerdo qué sucedió después. Lo último que vi fue cómo la mujer responsable del puesto de tartas recibía unas monedas. Sentí un dolor intenso en la nuca y todo se volvió negro de pronto.

Cuando recuperé la conciencia, me encontré en una habitación oscura, iluminada tan sólo por algunas velas cortas que me rodeaban. Mis guardianes habían desaparecido. Me dolía la cabeza terriblemente y ahora, despierto, me moría de miedo al pensar en lo que podía esperar de esa sala. ¿Dónde estaba? ¿Quién era aquel hombre? Si era un miembro de los Rakshana, ¿por qué me había golpeado en la cabeza? Estaba alerta a cualquier pequeño sonido, cualquier voz... Buscaba alguna pista que me ayudara a entender mi situación.

– Kartik, hermano de Amar, miembro de la hermandad de los Rakshana...

La voz, profunda y poderosa, venía de arriba. Sólo podía ver las velas. Tras las velas, la oscuridad.

– Kartik – repitió la voz, esperando una respuesta.

– Sí – dije finalmente, con voz trémula.

– Que empiece el juicio.

La habitación comenzó a cobrar forma. A unos tres metros, el círculo de velas. Detrás, podía reconocer los ropajes de los Rakshana. No eran los hermanos que me habían enseñado todo lo que sabía, sino los poderosos hombres que se mantenían en la sombra. Si todo aquel tribunal se había reunido por mí, debía de ser porque había realizado alguna cosa muy buena, o muy mala.

– Estamos decepcionados – continuó la voz –. Se suponía que vigilabas a la chica.

Muy mala. Me encogí de miedo. No sentía miedo ante la perspectiva de un castigo o una bronca desproporcionada, sino miedo por haberles decepcionado, a ellos, mis hermanos. Ahora tendría que afrontar su castigo, su legendaria sed de justicia.

Respiré hondo.

– Sí, hermano, yo la vigilaba, pero...

La voz contestó, cortante:

– Tenías que vigilarla y explicarnos lo que pasaba. Eso es todo. ¿Tan difícil era esa misión, aspirante?

No podía hablar del miedo que sentía.

– ¿Por qué no nos explicaste que había entrado en los reinos?

– Pensé que tenía la situación controlada...

– ¿Y la tenías?

– No.

Mi respuesta quedó colgada en el aire como el humo de las velas.

– Claro que no. Y ahora los reinos han sido alcanzados. Lo impensable ha sucedido.

Me froté las palmas de las manos en las rodillas, pero eso tampoco ayudaba. El sabor frío y metálico del miedo me llenaba la boca. Había pocas cosas que no supiera de la hermandad a la que yo mismo pertenecía, y a la que había ofrecido mi lealtad y mi vida. Amar me había explicado historias de los Rakshana, de su código de honor. Su misión como protectores de los reinos.

– Si hubieras acudido a nosotros, habríamos evitado ese horrible final.

— Con todos los respetos, ella no es como pensábamos. — Me quedé callado un momento para pensar en la chica que había dejado atrás, de gran belleza y brillantes ojos verdes—. Creo que ella lo ha entendido.

La voz tronó:

— Esa chica es más peligrosa de lo que crees. Y una amenaza mayor de lo que tú puedas sospechar, chico. Puede llegar a destruirnos a todos. Y ahora, entre los dos, el poder ha sido vulnerado. El caos reina.

— Pero ella venció al asesino de Circe.

— Circe tiene más de un espíritu oscuro a sus órdenes —continuó la voz—. Esa chica penetró en las runas que habían escondido y protegido la magia durante generaciones. ¿Entiendes lo que eso significa? La magia anda ahora suelta, entre los reinos, y cualquiera que la desee la puede utilizar. De hecho, ya se está utilizando para corromper espíritus. Los traerán a las Tierras Invernales y se harán fuertes. ¿Cuánto tardarán en franquear las fronteras de este mundo? ¿Será antes de que encuentren un camino hacia Circe o ella encuentre un camino hacia nosotros? ¿Antes de que consiga todo el poder?

Sentía el frío correr por mis venas.

— Verás. Entenderás lo que ha hecho. Lo que le has ayudado a hacer... Arrodíllate...

De algún sitio surgieron dos cabezas que me obligaron a arrodillarme. Me rodearon el cuello con unos fríos hierros y los fijaron en el suelo. Era eso. Les había fallado, había avergonzado a los Rakshana y a su memoria y pagaría con la muerte por ello.

— ¿Te inclinas ante la voluntad de los Rakshana?

Mi voz, estrangulada por los hierros, sonó dramática:

— Sí.

— Dilo.

— Me inclino ante la voluntad de los Rakshana.

Los hierros se aflojaron. Me liberaron.

Cuando me di cuenta de que salvaría la vida, casi rompí a llorar. Viviría, y podría probar mi fidelidad a los Rakshana.

— Aún hay esperanza. ¿Te ha hablado la niña alguna vez del Templo?

— No, hermano. Nunca he oído hablar de un sitio así.

— Antes de que se construyeran las runas para protegerla magia, la Orden usó el Templo. Se sospecha que es la fuente de energía y poder de los reinos. Es el lugar donde la magia puede ser controlada. De alguna manera el Templo gobierna los reinos. Ella debe encontrarlo.

— ¿Dónde está?

Se produjo una pausa.

— En algún lugar dentro de los reinos. No lo sabemos. La Orden guarda este secreto con gran celo.

— Pero ¿cómo...?

—Ella debe usar sus poderes. Si realmente es un miembro de la Orden, el Templo la atraerá de alguna manera. Pero debe tener cuidado: no es la única que lo busca. La magia es imprevisible. No podemos confiar en nada de lo que hay al otro lado. Esto es lo más importante. Una vez que encuentre el Templo, debe decir estas palabras: «Apelo a la magia en el nombre de la Estrella del Este».

—¿Los Rakshana conseguirán así el Templo?

—Se nos entregará una parte. ¿Por qué debe poseerlo sólo la Orden? Ellos son el pasado.

—¿Por qué no le pedimos a ella que nos lleve?

Se hizo el silencio de nuevo y temí que los hierros cayeran de nuevo sobre mi cuello.

—Ningún miembro de los Rakshana debe entrar en los reinos. Es el castigo de las brujas.

¿Castigo? ¿Por qué? Había oído decir a Amar que éramos guardianes de la Orden, un sistema de equilibrio para su poder. Era una alianza incómoda, pero una alianza al fin y al cabo. Pero esta conversación me tenía confuso. Tenía miedo de hablar más de la cuenta, pero debía hacerlo.

—No creo que quiera trabajar para nosotros.

—No hace falta que lo sepa. Gánate su confianza. —Se produjo una pausa—. Sedúcela si es necesario.

Recordé a la chica fuerte, poderosa y amable que había dejado atrás y contesté:

—No será fácil.

—Todas las chicas pueden ser seducidas. Sólo tienes que encontrar la manera. Tu hermano, Amar, fue suficientemente hábil como para poner a la madre de la chica de nuestra parte.

Mi hermano como un condenado. Mi hermano entonando un lamento en una guerra. No, no era el momento de recordar mis pesadillas. Si las conocieran, me creerían loco o cobarde.

—Gánate su confianza. Encuentra el Templo. Evita que establezca alianzas. El resto es cosa nuestra.

—Pero...

—Vete, hermano Kartik —dijo entonces, utilizando el nombre que un día sería realmente mío, como miembro de la hermandad—. Te estaremos vigilando.

Mis captores volvieron a desaparecer en la oscuridad. Me puse de pie.

—¡Esperad! —grité—. Cuando encuentre el Templo y el poder sea nuestro, ¿qué haremos con ella?

La habitación se sumió en el silencio más absoluto. Tanto que se podía oír cómo se consumían las velas. Al final, la voz sonó como un eco lejano:

—Tendrás que matarla.

CAPÍTULO 1

Diciembre 1895 Academia Spence.

¡Ah, la Navidad! Sólo con mencionar ese nombre, Navidad, acuden a mí hermosos recuerdos. Supongo que, para la gran mayoría, los recuerdos más dulces y entrañables: un inmenso árbol en el salón, decorado con guirnaldas brillantes y bolas de colores; la excitación al recibir los regalos y abrirlos; el calor de la chimenea y las copas llenas de vino y de buenos deseos; los chicos cantando villancicos en el puerto con sus sombreros cubiertos de nieve; y un rico y tierno pavo en una gran bandeja adornada de manzanas. Y por supuesto, de postre, el delicioso pudín de higo.

¡Qué recuerdos! Me gustaría tanto que ya fuera Navidad...

Sin embargo, esas imágenes quedan muy lejos, a kilómetros de donde estoy ahora mismo sentada. Aquí, en la Academia Spence para señoritas, obligada a construir un muñeco con papel de aluminio y trozos de cordel... Nada menos que un tamborilero. Es como si estuviera en un hospital realizando autopsias de cadáveres. Ni el mismísimo monstruo de Mary Shelley era tan espantoso como este ridículo muñeco. Es imposible que esta cosa pueda recordar a nadie la Navidad.

¿Quién puede sentirse feliz al recibir una figurita tan horrorosa como ésta? Lo más probable es que los niños al verla se echen a llorar.

—No aguanto más, esto es imposible —refunfuño.

Pero nadie se compadece de mí. Ni siquiera Felicity y Ann, mis mejores amigas, o mejor dicho... mis únicas amigas aquí. Ni siquiera ellas vienen en mi ayuda. Ann está concentrada en su trabajo: construir una réplica del Niño Jesús con azúcar mojado y pedazos de madera. Está tan absorta que no ve más allá de sus manos. Felicity, por su parte, me mira lánguidamente, como diciendo: «Sufre, sufre... Yo también sufro».

No, esta vez la que me responde es la asquerosa Cecily Temple. La querida, queridísima Cecily, o mejor dicho, como la llamo yo cariñosamente en la privacidad de mi mente: «La que Hace Sufrir Sólo con Respirar».

—No comprendo qué es lo que le molesta, señorita Doyle. De veras, es la cosa más sencilla del mundo. Míreme a mí, yo ya he hecho cuatro.

Y muestra cuatro muñecos perfectos, listos para pasar la inspección. Se escuchan «aahs» y «oohhs» de admiración: los delicados brazos tallados, las pequeñísimas bufandas de lana —por supuesto, tejidas por las ágiles y capaces manos de Cecily — y las dulces sonrisas de regaliz que simulan felicidad.

Faltan sólo dos semanas para la Navidad y noto que mi humor empeora por momentos. Soy muy torpe y esto no me sale. El patético muñeco de aluminio que estoy construyendo parece suplicarme que lo destruya. Lo agarro de las manos y, como si me empujase una fuerza incontrolable, lo coloco sobre la mesa y monto con él una representación. Lo hago bailar, pero arrastrando su pierna lisiada como si fuera Tiny Tim, el personaje del cuento de Dickens.

—Que Dios nos bendiga a todos —grito en tono de burla. Y, de repente, un silencio horrible cae sobre la sala. Todas las miradas se apartan de mí. Incluso Felicity, que no acostumbra a tener mucho recato, parece intimidada. Detrás de mí escucho el sonido familiar de una garganta que carraspea en tono de desaprobación. La señora Nightwing, la fría e inquisidora directora de la Academia Spence, me mira de nuevo fijamente como si fuera una leprosa. ¡Maldita sea!

—Señorita Doyle, ¿se cree usted muy graciosa? ¿Cómo puede ser tan poco considerada y burlarse así del sufrimiento de los pobres desgraciados de Londres?

—Yo... yo... ¿Por qué...?

Enfurecida, la señora Nightwing me mira por encima de las gafas. Tiene el pelo canoso del moño tenso. Se avecina una tormenta.

—Tal vez, señorita Doyle, si pasara más tiempo al servicio de los pobres, como hice yo de joven durante la guerra, adquiriría la dosis necesaria y conveniente de compasión.

—S-sí, señora Nightwing. No sé cómo he podido ser tan cruel —balbuceo.

Por el rabillo del ojo, veo a Felicity y a Ann encogidas sobre sus figuritas como si éstas fueran fascinantes hallazgos de una excavación arqueológica. Me fijo bien y

veo que les tiemblan los hombros. Se mueven convulsivamente y me doy cuenta de que se están riendo a gusto de mi terrible situación. Eso es amistad...

—Le advierto que esto le hará perder diez puntos de buena conducta. Y le anticipo que, como penitencia, hará una obra de caridad durante las fiestas.

—Sí, señora Nightwing.

—Y además escribirá una memoria detallada de la obra, y quiero que remarque de qué manera esta contribución le ha enriquecido espiritualmente.

—Sí, señora Nightwing.

—Y haga el favor de trabajar. Su figurita requiere mucho trabajo.

—Sí, señora Nightwing.

—¿Tiene alguna pregunta?

—Sí, señora Nightwing... Quiero decir no, señora Nightwing. Gracias.

¿Una obra de caridad? ¿Durante las fiestas? Aguantar a mi hermano Thomas, eso ya es una obra de caridad. ¡Maldita sea, he vuelto a meter la pata!

—¿Señora Nightwing? —El sonido de la voz de Cecily es lo último que quiero oír. La gota que falta para colmar el vaso—. Espero que éstos le gusten. Yo sí quiero ser de ayuda para los pobres infortunados.

Estoy a punto de perder el conocimiento después de contener la gran carcajada que me sobreviene. ¡Miente! Cecily no quiere hacer nada por los pobres. Aprovecha siempre cualquier ocasión para reírse de las becas que le conceden a Ann para poder estudiar. Lo único que le importa es ser la preferida de la señora Nightwing.

Ésta examina las perfectas figuritas de Cecily.

—Son perfectas, señorita Temple. La felicito.

Cecily sonrío. Es una engreída.

—Gracias, señora Nightwing.

¡Ah, la Navidad! Con un profundo suspiro, tomo el horrible muñeco y empiezo de nuevo. Me arden los ojos y no puedo ver bien. Me los froto un poco, pero no mejoran. Lo que en realidad me hace falta es dormir, pero sólo el hecho de pensar en ello me da miedo. Durante semanas, me han atormentado terribles pesadillas, como si fueran advertencias o premoniciones de algo que va a ocurrir. Cuando me despierto, no puedo recordarlas bien. Sólo un poco de aquí y de allá. Un cielo manchado de rojo y gris. Una flor pintada que derrama lágrimas de sangre. Un bosque con una extraña luz... Las imágenes vienen y van. Las únicas que quedan en mi cabeza son las de ella, tan hermosa y tan triste.

—¿Por qué me abandonaste aquí? —grita, y yo no le puedo responder—. Quiero regresar. Quiero que estemos juntas otra vez.

Intento huir pero su grito me encuentra.

—¡Tú eres la culpable, Gemma! ¡Me abandonaste aquí! ¡Me abandonaste!

Y eso es todo lo que puedo recordar cuando me despierto cada día antes del alba, sudorosa, jadeante y más cansada que al acostarme. Son sólo sueños. Pero ¿por qué siempre se repiten? ¿Por qué me hacen sentir así?

— ¿Por qué no me habéis avisado? — pregunto a Felicity y a Ann, en cuanto nos quedamos las tres a solas.

— Si hubieras tenido más cuidado... — me reprende Ann, mientras saca un pañuelo gris del interior de su manga.

Se suena la nariz constantemente. Moquea y tiene los ojos llorosos.

— No lo hubiera dicho si hubiera sabido que ella estaba justo detrás de mí.

— La señora Nightwing es como un dios. Lo sabes. Está siempre en todas partes. Tal vez sea Dios de verdad — suspira Felicity.

El reflejo del fuego en su pelo lo hace parecer dorado. Brilla como el cabello de un ángel caído.

Ann mira a su alrededor, nerviosa.

— N-n-no debes hablar de... — y baja el tono de voz — ...Dios de esa manera.

— ¿Por qué no? — pregunta Felicity.

— Puede traer mala suerte.

Nos quedamos en silencio. Conocemos muy bien lo que es tener mala suerte. Estamos familiarizadas con la mala suerte y nos es difícil no creer en fuerzas externas capaces de influir en nuestras vidas, fuerzas invisibles que no podemos entender.

Felicity mira fijamente el fuego.

— ¿Cómo puedes creer que hay un dios, Ann? Con todo lo que hemos visto.

Una de las silenciosas criadas revolotea por el pasillo. Hay poca luz, y el blanco de su delantal destaca sobre el gris sombrío del uniforme. En la oscuridad parece que sólo se mueve el delantal. Al final la mujer desaparece completamente en las sombras. La sigo con la mirada hasta perderla en una esquina, y me viene a la mente la sala alegre de antes, con un enjambre de chicas de seis a diecisiete años que ensayan villancicos.

Desearía que fuera Navidad, encender las velas del árbol, encender las mechas de los petardos y escuchar la música que me gusta. Quisiera no preocuparme por nada, estar tranquila y sólo pensar en si Papá Noel será bueno conmigo o si va a dejarme carbón en el calcetín.

Las tres chicas se balancean de un lado a otro y juegan. Tienen los brazos unidos con esposas de papel recortadas por ellas mismas; una de ellas deja caer su pelo suave y rizado sobre el hombro de su amiga, que le responde con un beso en la frente. En aquel momento, a ninguna de ellas se le ocurre pensar que este mundo no es el único. Que más allá de los muros de la Academia Spence, más allá de la barrera insondable de la señora Nightwing, Mademoiselle Le Farge y de los otros instructores que moldean y educan nuestros hábitos y caracteres como si fueran de arcilla, más allá de la misma Inglaterra, hay un lugar hermoso y poderoso. Un lugar donde lo que sueñas puede ser tuyo, y donde hay que tener cuidado con lo que sueñas. Un lugar donde las cosas te pueden hacer daño. Un lugar en el que ya ha estado una de nosotras.

Yo soy el eslabón entre ese lugar y éste.

– Venga, los abrigos – dice Ann, dirigiéndose hacia las inmensas escaleras que descienden hasta la entrada. Felicity la mira con curiosidad.

– ¿Por qué? ¿Adonde vamos?

– Es miércoles – dice Ann, saliendo del centro – . Vamos a visitar a Pippa.

CAPÍTULO 2

Caminamos por entre los árboles de la escuela hasta llegar a un claro que me resulta familiar. Todo está increíblemente húmedo. Menos mal que he cogido el abrigo y los guantes. Dejamos a nuestra derecha el estanque, el mismo donde remamos perezosamente en los primeros días de septiembre. El bote duerme ahora en la orilla del agua, sobre las piedras congeladas y el césped amargo y seco del invierno. El estanque está cubierto por una capa de hielo, liso y fino. Unos pocos meses atrás compartimos estos bosques con un grupo de gitanos, pero al llegar el invierno se marcharon en busca de climas más cálidos. Pienso en Kartik, uno de los hombres que estaba entre el grupo. Era de Bombay, tenía unos ojos grandes y marrones y unos labios carnosos. Recuerdo que tenía el bate de criquet de mi padre. Kartik. No puedo evitar pensar en si también él estará pensando en mí, donde quiera que esté. No puedo evitar pensar en el día en que vendrá a buscarme y en lo que eso significa.

Felicity me mira.

– ¿En qué estás pensando ahora?

– La Navidad...

Miento al tiempo que mis palabras pasan en tropel, como pequeñas nubes blancas de una locomotora. Hace un frío intenso.

—Olvidaba que nunca has tenido una verdadera Navidad inglesa. Yo haré que la conozcas durante estas fiestas. Nos escabulliremos de casa y disfrutaremos — dice Felicity.

Los ojos de Ann están ausentes, mirando al suelo. Esta Navidad Ann se quedará en Spence. No estará en familia, no podrá abrir regalos ni tampoco tendrá recuerdos que la conforten hasta la primavera.

— Ann — digo en un tono optimista —, tienes suerte, vas a tener toda la Academia Spence sólo para ti mientras nosotras estemos fuera.

— No es necesario... — responde.

— ¿El qué?

— Tratar de pintarlo todo tan bien. Voy a estar sola y seré una infeliz. Lo sé.

— Oye, te lo pido, no te compadezcas de ti misma. No soporto estar contigo cuando haces eso — dice Felicity, exasperada.

Tiene una ramita larga en la mano y la usa para golpear los árboles a medida que pasamos a su lado. Avergonzada, en silencio, Ann sigue caminando. Yo quiero decir algo a su favor, pero no se me ocurre nada y pienso que diga lo que diga le va a molestar. Mejor me callo.

— ¿Irás a algún baile esta Navidad? — pregunta entonces Ann, mordiéndose el labio.

Se tortura. Como cuando se hace pequeñas heridas en los brazos con las tijeras de costura, que a veces se esconde dentro de las mangas.

— Sí. Por supuesto — le responde Felicity, como si la pregunta fuera tediosa —. Mi madre y yo hemos organizado un baile para Navidad. Todo el mundo estará allí.

Todo el mundo, excepto tú, hubiera tenido que decir.

— Yo estaré confinada y controlada por los ojos de mi abuela, que no me dejará ni un segundo y que no va a perder la oportunidad de hacer hincapié en mis defectos. Y además estará mi hermano Tom, que no me deja tranquila... Te lo aseguro, serán unas vacaciones controladas.

Sonrío, esperando que Ann se ría conmigo. La verdad es que me siento culpable de dejarla, pero no tanto como para invitarla a mi casa.

Ann me lanza una mirada.

— ¿Y cómo está tu hermano Tom?

— Igual, que es como decir imposible.

— ¿Y está saliendo con alguien?

A Ann le gusta Tom, pero Tom nunca se fijaría en ella. Es una situación un tanto embarazosa.

— Creo que sí — le miento.

Ann deja de caminar.

— ¿Con quién?

— Ah... es una tal señorita Dalton. Creo que su familia es de Somerset.

– ¿Es guapa? – sigue preguntando Ann.

– Sí – contesto.

Continuamos caminando. Espero que la conversación se acabe aquí.

– ¿Es tan guapa como Pippa?

Pippa. La hermosa Pip, con sus rizos oscuros y sus ojos violáceos.

– No, no hay nadie tan hermoso como Pippa.

Hemos llegado. Enfrente de nosotras se alza un árbol majestuoso, con la corteza sucia y cubierta de una capa de escarcha. En su base se apoya una piedra grande y pesada. Nos quitamos los guantes y movemos la piedra, dejando al descubierto un hueco putrefacto. Dentro hay un surtido de cosas extrañas: un guante de niño, una carta escrita en un pergamino, un puñado de caramelos y algunas flores secas del funeral que dejó el viento a su paso por la vieja herida del roble.

– ¿Lo has traído? – pregunta entonces Felicity a Ann.

Ann asiente con la cabeza mientras saca un pequeño paquete envuelto en papel verde. Inmediatamente saca del papel la figurita del ángel hecho con encaje y otros abalorios. Lo hemos elaborado entre todas, cada una de nosotras ha participado en su confección. Ann lo envuelve de nuevo en el papel y lo pone en el improvisado altar junto a los otros recuerdos.

– Feliz Navidad, Pippa – dice entonces, nombrando a la amiga que murió hacía dos meses y que yace enterrada a unos treinta kilómetros de allí.

Pippa era nuestra mejor amiga. Y pensar que podía haberse salvado...

– Feliz Navidad, Pippa – repetimos de nuevo Felicity y yo.

Por un momento nadie dice nada. El viento es frío en esa parte desprotegida del claro. Las gotas minúsculas y afiladas de la neblina cortan mi piel atravesando la lana del abrigo. Tengo la piel de gallina. A la derecha, donde están las cuevas, reina el silencio. La entrada está ahora bloqueada por una pared de ladrillos recién levantada.

Sólo unos meses atrás, cuatro de nosotras nos habíamos reunido en una de esas cuevas para leer el diario secreto de Mary Dowd. En él se hablaba de unos reinos, un mundo escondido y mágico fuera del nuestro en el que durante una época gobernó un grupo de hechiceras llamadas la Orden. En esos reinos todos nuestros sueños podían hacerse realidad, pero también allí había espíritus malignos, criaturas que querían gobernarlos. Mary Dowd se dio cuenta de eso. Y nosotras también, cuando perdimos a nuestra amiga Pippa para siempre.

– Tengo mucho frío – dice Ann rompiendo el silencio. Tiene la cabeza baja y carraspea discretamente.

– Sí – dice Felicity, con poco entusiasmo.

El viento arranca una hoja seca del árbol y se la lleva lejos de nosotras.

– ¿Creéis que alguna vez volveremos a ver a Pippa? – pregunta Ann de repente.

– No lo sé – respondo, aunque las tres sabemos perfectamente que se ha ido para siempre.

Durante un buen rato no se escucha nada, únicamente el sonido del viento deslizándose entre las hojas.

Felicity toma de nuevo una ramita y la dirige distraídamente hacia el árbol.

– ¿Cuándo regresamos? Dijiste que... –

Que regresaríamos cuando hubiéramos encontrado a los otros miembros de la Orden – termino la frase.

– Pero de eso hace ya dos meses – lloriquea Ann –. ¿Y si no hay otros?

– ¿Y si nos prohíben la entrada a Ann y a mí? Nosotras no somos tan especiales como tú... – dice Felicity, pronunciando la palabra «especial» en un tono un tanto desagradable.

Entre nosotras es un gran obstáculo saber que sólo yo puedo entrar en esos reinos; que sólo yo tengo ese poder, y no ellas. La única forma que ellas tienen de entrar es conmigo. Sólo conmigo...

– Recordad lo que nos dijo mi madre: los reinos deciden quiénes serán los elegidos. Nosotras no podemos decidir – digo yo, dando por terminada la conversación.

– Pero ¿tú sabes cuándo contactarán con nosotras esas mujeres de la Orden? ¿Y cómo lo harán? – pregunta Felicity.

– No tengo ni idea – admito, sintiéndome estúpida –. Mi madre dijo que lo harían. Tampoco puedo poner un anuncio en el periódico para saberlo, ¿vale?

– ¿Y ese chico indio que habían enviado para vigilarte? – pregunta Ann.

– ¿Kartik? No lo he vuelto a ver desde el día del funeral de Pippa.

Kartik. ¿Estará ahora aquí en el bosque mirándome, esperando el momento para llevarme ante los Rakshana, y así poner fin a mis visitas a los reinos?

– Quizás ésa fue la última vez que le viste y desapareció para siempre.

Ese pensamiento hace que me duela el corazón. No puedo dejar de pensar en la última vez que lo vi, con sus grades ojos oscuros llenos de una emoción nueva que no podía entender... y el calor suave de su dedo acariciando mi labio. Me siento vacía, extrañamente agitada y ansiosa.

– Quizá – digo yo –. O quizás él haya marchado a ver a los Rakshana y se lo haya contado todo.

Felicity me escucha mientras graba su nombre en la corteza del árbol con la ramita.

– Si fuera el caso, ¿no crees que habrían venido a buscarnos ya?

– Supongo.

– Pero no han venido...

Felicity presiona tan fuerte la rama que se le rompe mientras escribe la Y. Su nombre queda grabado como FELICITY.

– ¿Y todavía no has tenido ninguna visión? – pregunta Ann.

– No, no desde que se rompieron las runas.

Felicity me pregunta glacialmente:

– ¿Nada? ¿Ni un solo sueño?

– Na – da – respondo.

Ann se cruza de brazos para entrar en calor.

— ¿Supones que era la fuente del poder? ¿Y que, cuando destruyó las runas, destruyó también las visiones?

No había pensado en eso. Me preocupa. Hay momentos en que mis visiones me dan miedo, pero ahora las echo de menos.

— No lo sé.

Felicity coge mis manos entre las suyas dándome el poder extremo de su encanto.

— Gemma, ¡piensa en toda la maravillosa magia que se está desperdiciando! ¡Hace demasiado que no la probamos!

— Quiero ser hermosa otra vez — dice Ann, sumándose a la idea —. O quizá pueda encontrar un caballero, como le pasó a Pippa. Un caballero que me ame, por supuesto.

No es que yo no haya pensado en ello. Me duele ver la puesta dorada de sol sobre el río, tener todo el poder y negárselo al mundo. Es como si Felicity se hubiera dado cuenta de que mi resolución se está debilitando.

Me besa en la mejilla. Sus labios están fríos.

— Gemma, ¡sólo una visita! Entrar y salir, nadie se va a enterar.

Ann, por su parte, añade:

— Kartik no está y nadie nos está mirando.

— ¿Y Circe? — les recuerdo —. Ella todavía está ahí, esperando que cometa algún error.

— Tendremos cuidado — contesta Felicity.

Sé lo que va a ocurrir. Estoy segura de que me castigarán aunque sea sólo por acceder a sus demandas.

— La verdad es que no puedo entrar en los reinos — digo, mirando hacia el bosque —. Ya lo he probado.

Felicity da un paso hacia atrás, alejándose de mí.

— ¿Sin nosotras?

— Sólo una vez — digo evitando sus ojos —. Pero no pude crear la puerta de luz.

— ¡Qué pena! — dice Felicity.

Sé que no me cree. Lo noto enseguida.

— Sí, veréis. Es necesario que encontremos a los otros miembros de la Orden antes de poder entrar en los reinos. No creo que haya otra manera.

Es mentira. Con todo lo que sé y con mi poder podría haber entrado de nuevo en los reinos cuando hubiera querido. Pero todavía no es el momento. Necesito tiempo. Antes debo comprender ese poder extraño que tengo, ese privilegio o maldición, según como se mire. Sólo después de aprender a dominar la magia, como mi madre me dijo que hiciera. Las consecuencias pueden llegar a ser muy graves; tanto que tendré que vivir toda mi vida con la muerte de Pippa en mi conciencia. No voy a cometer el mismo error dos veces. Prefiero que por ahora mis amigos crean que no tengo poder. De momento es mejor que les mienta.

Lejos, se oye el sonido de las campanas de la iglesia que anuncian las vísperas.

—Vamos a llegar tarde — dice Felicity, y se dirige hacia la capilla.

Su tono es tan frío como el viento. Ann la sigue con resignación. Me dejan sola, y me toca a mí poner de nuevo la pesada piedra en su sitio.

—Gracias por la ayuda — farfallo empujando la piedra. Veo el pergamino de nuevo. Es extraño. Por más que me esfuerzo, no logro recordar que alguien lo pusiera allí. Entonces cojo el papel roto de debajo de la piedra y lo leo: «Necesito verte inmediatamente».

La nota está firmada, pero no necesito mirar la firma. Reconozco la letra enseguida. Es de Kartik.

CAPÍTULO 3

Estoy segura. Sé que Kartik está muy cerca, mirándome y observándome desde algún lugar.

Desde la víspera me está consumiendo el mismo pensamiento: Kartik está aquí y en la nota decía que tenía que hablar conmigo. ¿Por qué? ¿Qué puede ser tan urgente? Tengo el estómago encogido, siento miedo y al mismo tiempo excitación. Kartik ha regresado.

—Gemma — susurra Ann —, tu libro de oraciones.

Estoy tan absorta que he olvidado abrir mi libro de rezos. He de fingir que sigo la plegaria. Veo a la señora Nightwing que se gira hacia mí desde el primer banco. Me mira y me impresiona. Sólo ella puede hacer eso. Reacciono y rápidamente me pongo a leer en voz alta. Lo hago bien, lo bastante como para disimular mi poco entusiasmo. Satisfecha al comprobar mi devoción, nuestra directora vuelve de nuevo su mirada hacia el altar. Más segura, retorno a mis agitados pensamientos. ¿Y si, finalmente, los Rakshana han venido a por mí? ¿Y si Kartik fuera su enviado y estuviera aquí para llevarme ante ellos?

Un escalofrío invade mi espalda. No permitiré que lo haga. Vendrá a por mí, pero no voy a permitirselo. Debo ser fuerte y luchar contra él. Kartik. ¿Quién se cree que es Kartik? ¿Quizás intente llevarme en estado inconsciente? ¿Vendrá y me rodeará la cintura con sus fuertes brazos para llevarme con él? Por supuesto, yo

lucharía. Pelearía aunque él sea mucho más fuerte que yo. Kartik. Quizá caigamos juntos al suelo y me sostenga con el peso de su cuerpo, sus brazos junto a los míos, sus piernas sobre las mías. Sería su prisionera y tendría su cara tan cerca de la mía que sería incapaz de moverme, invadida por la fragancia de su aliento y su calor en mis labios...

— ¡Gemma! — susurra con dureza Felicity a mi derecha.

Me pongo nerviosa y empiezo a temblar. Me concentro de inmediato y me pongo a leer en voz alta la primera línea que veo en la Biblia. Demasiado tarde. Me doy cuenta de que mi voz es la única en medio de un silencio sepulcral. Quedo en evidencia y todos se sorprenden de mi devoto arrebatado, como si me hubiera convertido de repente. Asombradas, las chicas empiezan a reírse. Me sonrojo y veo que el reverendo Waite me mira enfurecido. Ni siquiera me atrevo a levantar la vista hacia la señora Nightwing. Sé que con sólo una mirada me fulminará. En lugar de eso, hago lo que hacen las demás chicas e inclino la cabeza para rezar. En unos segundos, la voz del reverendo Waite casi consigue adormecerme.

— ¿En qué diantre pensabas? — susurra Felicity —. Tu expresión era muy extraña.

— Me había perdido — respondo sintiéndome culpable.

Ella intenta decir algo, pero me inclino hacia delante y fijo mi mirada en el reverendo Waite. No dice nada, debe de pensar en lo enfurecida que estará la señora Nightwing.

Kartik. Me doy cuenta de que lo he echado de menos. Pero sé muy bien que si está aquí, las noticias no pueden ser muy buenas.

La oración ha terminado. El reverendo Waite bendice a todos los fieles y nos deja ir en paz. El crepúsculo surge silencioso como un barco fantasma, y con él, una niebla densa. A lo lejos brillan las luces de Spence. Oigo el sonido de un buho que ulula. Es extraño. Últimamente no he oído buhos. Pero estoy segura de que el ulular procede de los árboles de mi derecha. Entre la niebla, distingo algo brillante. Es un farol apoyado al pie de un árbol. Es él. Lo sé.

— ¿Qué te pasa? — dice Ann, al ver que me detengo.

— Se me ha metido una piedrecita en la bota — contesto —. Sigue tú, yo voy en un momento.

Durante un segundo me quedo inmóvil, deseando verle. Quiero asegurarme de que no es una fabulación de mi mente. El sonido del buho me sobresalta otra vez. Detrás de mí, el reverendo Waite cierra las puertas de roble de la capilla con gran estruendo y apaga las luces. Una a una, las chicas desaparecen en la niebla y sus voces se van haciendo cada vez más débiles. Ann se gira hacia mí, medio envuelta en la niebla.

— ¡Gemma, venga! — Su voz flota lentamente entre la neblina como un eco antes de desaparecer completamente.

Ge...ma...ven... ga...a...

La voz del buho vuelve a salir de entre los árboles, esta vez con más insistencia. En tan sólo unos minutos se hace totalmente oscuro. Sólo se ven las luces de

Spence, a lo lejos, y las sombras del bosque. Estoy sola en el camino. No veo a nadie y por un instante me asusto. Corro lo más rápido que puedo esperando que Ann me oiga.

— ¡Espérame! ¡Ya voy!

CAPÍTULO 4

Esto es lo que sé sobre la historia de la Orden. Una vez sus miembros fueron las mujeres más increíblemente poderosas. Eran las guardianas del poder de la magia que gobernaba los reinos. Allí, en aquel lugar donde muchos mortales iban sólo en sueños o después de la muerte, la Orden ayudaba a los espíritus a cruzar el río hacia el mundo más allá de todos los mundos, y a completar la misión de sus almas si lo necesitaban, para que así pudieran irse en paz. Y era la Orden quien podía detentar en este mundo el formidable poder para asignar poderes, formar vidas e influir en el curso de la historia. Pero eso fue antes de que dos principiantes de Spence, Mary Dowd y Sarah Rees-Toome, provocaran la destrucción de la Orden.

Sarah, que se llamaba a ella misma Circe en honor a la poderosa hechicera griega, era la amiga más querida de Mary. Pero mientras el poder de Mary continuaba creciendo, el de Sarah empezó a decaer. Los reinos no la habían elegido a ella para seguir el camino.

Desesperada por conservar el poder que había tenido, Sarah hizo un pacto con uno de los espíritus oscuros de los reinos en un lugar prohibido llamado Tierras Invernales. A cambio del poder para entrar en los reinos en un futuro, ella debía prometer un sacrificio: una niña gitana. Y convenció a Mary para que la acompañara en su plan. Con este acto se unieron al espíritu oscuro y destruyeron el poder de la Orden. Para evitar que los espíritus entraran en este mundo, Eugenia

Spence, fundadora de Spence y una de las más poderosas sacerdotisas de la Orden, se sacrificó a cambio de la criatura, y la Orden perdió a su líder. Lo último que hizo fue lanzar su amuleto del ojo de luna creciente a Mary, para que con él pudiera cerrar los reinos y evitar así que alguien los corrompiera. Mary lo hizo, pero al forcejear con Sarah por el amuleto, hizo caer una vela. Un terrible fuego empezó a arder en el ala este de Spence, y todavía hoy esa zona dañada del edificio está cerrada bajo llave y no se utiliza para nada. Se creyó que las dos chicas habían muerto en el incendio junto con Eugenia. Nadie supo que cuando comenzó el fuego Mary escapó a las cuevas que hay detrás de la escuela, dejando allí el diario que nosotras encontraríamos años más tarde. A Sarah nunca la encontraron. Mary se escondió en la India, donde conoció a John Doyle, con el que se casó adoptando el nombre de Virginia Doyle: mi madre.

Como no podían entrar en los reinos, los miembros de la Orden se dispersaron buscando y esperando que llegara el momento en que pudieran reclamar su mundo mágico y volver a recuperar su poder.

Durante veinte años no ocurrió nada. La historia de la Orden pasó a ser un mito. Hasta el 21 de junio de 1895, el día en que yo cumplí dieciséis años. Ése fue el día en que la magia de la Orden empezó a cobrar vida otra vez, en mí. Ése fue el día en que Sarah Rees-Toome, Circe, finalmente vino a nosotras. Al final no había muerto en ese horrible incendio, sino que había estado usando su vínculo corrupto con el espíritu oscuro de las Tierras Invernales para tramar su venganza. En busca de la hija de la que todos hablaban, la chica que podía entrar en los reinos y recuperar la gloria y el poder, fue encontrando uno por uno a todos los miembros de la Orden. Ése fue el día en que tuve mi primera visión, cuando vi a mi madre muerta capturada por los asesinos de Circe, esa criatura sobrenatural que también mató brutalmente a Amar, de los Rakshana, un hombre culto que protegía y temía al mismo tiempo el poder de la Orden. Fue también el día en que conocí a Kartik, el hermano pequeño de Amar, que se convertiría en mi guardián y perseguidor y se vería ligado a mí por el deber y el sufrimiento. Ese día marcó el resto de mi vida. Fue después de todo ello cuando me enviaron a Spence. Mis visiones me permitían entrar en los reinos con mis amigas. Allí podía reunirme con mi madre y aprender lo que, por derecho de nacimiento, tenía que saber de la Orden. Era el lugar donde mis amigas y yo usábamos las runas, las piedras mágicas, para cambiar nuestras vidas; donde luché contra los asesinos de Circe y rompí la runa del Oráculo; donde mi madre finalmente murió, y también nuestra amiga Pippa. Vi cómo ella eligió quedarse, la vi marcharse de la mano de un apuesto caballero hacia un lugar del que nunca podría volver. Pippa, mi querida amiga Pippa.

En los reinos aprendí sobre mi destino: formar la Orden de nuevo y continuar su trabajo. Ésa es mi obligación. Pero también tengo otra misión secreta: enfrentarme a la amiga de mi madre, mi enemiga. Conseguiré desafiar a Sarah Rees-Toome, Circe, cara a cara, y no flaquearé.

Una incesante lluvia azota las ventanas. Es imposible dormir, pero Ann está roncando profundamente. Sin embargo, no es la lluvia la que me mantiene despierta; me pica la piel, estoy inquieta y mis oídos perciben cualquier sonido por pequeño que sea. Cada vez que cierro los ojos veo esas palabras escritas en el pergamino: «Tengo que verte inmediatamente».

¿Estará Kartik ahí afuera? ¿Ahora? ¿A pesar de la lluvia que cae?

Una ráfaga de viento sopla contra las ventanas haciendo que crujan como si fueran huesos. Los ronquidos de Ann suben y bajan. No tiene sentido estar estirada aquí preocupándome. Enciendo la luz de mi mesita de noche y ajusto la llama hasta un suave resplandor, suficiente para encontrar lo que necesito. Hurgando en mi armario lo encuentro: el diario de mi madre. Paso mis dedos sobre la piel y recuerdo su risa..., la suavidad de su cara...

Vuelvo a centrar mi atención en el diario que tan bien conozco y me paso media hora revisando si entre sus palabras descubro alguna pista, algo que pueda guiarme. Pero no encuentro nada. No tengo ni siquiera una vaga idea de cómo reformar la Orden o de qué hacer con la magia. Tampoco tengo información útil sobre los Rakshana y sobre lo que han planeado hacer conmigo. No hay nada más sobre Circe ni sobre cómo puedo encontrarla antes de que ella me encuentre a mí. Tengo la sensación de que el mundo entero está esperando a que actúe, y yo estoy perdida. Desearía que mi madre me hubiera dejado más pistas.

Noto la presión de la voz de mi madre, incluso en una página. La echo de menos y miro fijamente sus palabras hasta que mis ojos se sienten pesados, empujados a cerrar se por lo tarde que es. Dormir. Eso es lo que necesito. Dormir sin el terror de los sueños. Dormir.

Levanto la cabeza de repente. ¿Ha sido eso un golpe en la puerta principal? ¿Han venido a por mí? Tengo los nervios a flor de piel. Mis músculos se tensan. No se oye nada más que la lluvia. Ningún movimiento en los pasillos sugiere que alguien corra a abrir la puerta. Es demasiado tarde para que vengan visitas y es imposible que Kartik use la puerta principal. Empiezo a pensar que quizá lo he soñado cuando vuelvo a oír otra vez el mismo golpe, esta vez más fuerte.

Ahora sí se oye movimiento abajo. Rápidamente, cojo la lámpara.

Brigid, nuestra parlanchina ama de llaves, habla entre dientes malhumorada mientras va hacia la puerta. ¿Quién puede estar llamando a estas horas? Mi corazón se acelera con la lluvia mientras me deslizo por el pasillo y me posiciono cerca de las escaleras. La vela de Brigid refleja sombras en la pared mientras baja las escaleras casi de dos en dos, su larga trenza vuela descontrolada detrás de ella.

— Por todos los santos — refunfuña Brigid, que llega resoplando a la puerta justo en el momento en que se oye un nuevo golpe. La puerta se abre de par en par haciendo que la lluvia traspase el umbral. Alguien ha llegado en la oscuridad de la noche. Alguien vestido completamente de negro. Me siento casi enferma de pánico. Estoy paralizada, no muy segura de si ponerme a salvo bajo las escaleras, lejos de la puerta, o correr otra vez a mi habitación y cerrar la puerta a cal y canto. En la oscuridad del pasillo, vislumbro una cara. La vela de Brigid se mueve cerca

iluminando la figura. Estoy confusa. Si es un miembro de los Rakshana que viene a por mí... No entiendo, es una mujer. Intuyo que da su nombre, pero como la puerta todavía está abierta no lo puedo oír bien con el aullido del viento y la lluvia. Brigid asiente y hace pasar al cochero para dejar el baúl de la mujer en el vestíbulo. La mujer le paga y Brigid cierra la puerta en la oscuridad de la noche.

— Voy ahora mismo a despertar a la sirvienta para que la acomode — gruñe Brigid —. No tiene sentido despertar ahora a la señora Nightwing. Ya la verá por la mañana.

— No hay problema — dice la mujer. Su voz es profunda con una leve insinuación de la erre, un acento que no consigo descubrir de dónde procede.

Brigid baja un poco las luces y no puede resistir soltar un último carraspeo de camino al cuarto de servicio. Deja sola a la mujer, que al quitarse el sombrero deja al descubierto un fino y oscuro cabello y una cara severa enmarcada por unas duras cejas. Observa el lugar deteniéndose en la sinuosa lámpara de araña y en los adornos tallados de ninfas y centauros. Sin duda ya se ha dado cuenta de la colección de gárgolas que cuelga del tejado y lo más probable es que se esté preguntando qué clase de lugar es éste.

Entonces dirige la mirada hacia arriba, recorre la escalera y se detiene ladeando la cabeza. Entrecierra los ojos como si me estuviera viendo. Rápidamente me agacho entre las sombras y me quedo totalmente pegada a la pared. En ese momento oigo la voz aguda de Brigid dando órdenes a la adormecida sirvienta.

— Ésta es la señorita McCleethy, la nueva profesora. En cárgate de sus cosas. Yo le enseñaré su habitación.

Mimi, la sirvienta, bosteza y coge el equipaje más ligero, pero la señorita McCleethy se lo quita de las manos.

— Si no le importa, yo llevaré ésta. Son mis efectos personales.

Y sonrío sin mostrar ni un solo diente.

— Sí, señorita.

Mimi hace una reverencia y se dirige suspirando hacia el gran baúl del vestíbulo.

A la luz de la vela de Brigid la escalera se convierte en un baile de sombras y luces. Vuelo de puntillas por el corredor y refugiándome tras una maceta de helechos que hay sobre una peana de madera, las observo escondida tras sus gigantescas hojas. Brigid abre el camino, pero la señorita McCleethy se para en el rellano del pasillo. Lo mira todo fijamente, como si ya lo hubiera visto antes. Lo que pasa después es verdaderamente curioso. Ante las imponentes puertas dobles que llevan al ala este, inutilizada a causa del incendio, la mujer se detiene y frota la palma de su mano contra la madera deforme.

Al tratar de ver mejor empujo con mis hombros la maceta de helechos. La peana se tambalea y, rápidamente, saco una mano para equilibrarlo. En ese momento la señorita McCleethy mira hacia mí.

— ¿Quién hay ahí? — pregunta.

El corazón me golpea el pecho y me encojo como una pelota, esperando que el helecho me oculte. No quiero que me pillen escondida por los pasillos de Spence en la oscuridad de la noche. Puedo oír los crujidos del suelo avanzando hacia mí. La señorita McCleethy se acerca. Estoy acabada. Perderé todos mis puntos de conducta y me obligarán a copiar pasajes de la Biblia durante una eternidad.

—Sí, ya voy —contesta la señorita McCleethy al tiempo que abandona su posición junto a las puertas y sigue a Brigid escaleras arriba. El pasillo está de nuevo a oscuras y en silencio. Sólo se oye ruido de la lluvia.

Cuando consigo dormir, lo hago nerviosa y mi noche está dominada por los sueños. Veo los reinos, el bonito verde de los jardines, el claro azul del río. Pero eso no es todo lo que veo. Flores que lloran lágrimas negras. Tres chicas de blanco contra el gris del mar. Una figura envuelta en un velo verde oscuro. Algo elevándose del mar. No puedo verlo. Sólo puedo ver las caras de las chicas, el frío y el fuerte miedo reflejado en sus ojos justo antes de gritar.

Me despierto por un momento, la habitación lucha por cobrar forma, pero la resaca es demasiado poderosa y entro de nuevo en un último sueño. Pippa viene hacia mí con una guirnalda de flores en la cabeza, a modo de corona. Su cabello es oscuro y brillante como siempre. El negro intenso de algunos cabellos que revolotean sobre sus hombros des nudos contrasta con la palidez de su piel. Detrás de ella se ve un cielo de un rojo sangrante, con gruesos reflejos de nubes oscuras, y un nudoso árbol que se enreda en sí mismo, como si se hubiera quemado y esto fuera todo lo que queda de lo que alguna vez fue su orgullosa belleza.

—Gemma — me dice, y mi nombre resuena en mi cabeza hasta que no puedo oír nada más.

Sus ojos. Hay algo raro en sus ojos. Son de un blanco azulado, el color de la leche fresca, dentro de un perfecto anillo negro con un pequeño punto, también negro, en el centro. Quiero apartar la mirada, pero no puedo.

—Es hora de volver a los reinos... — dice, una y otra vez, como una letanía—. Pero ten cuidado, Gemma querida... ellos vienen a por ti. Todos ellos vienen a por ti.

Abre su boca, que emite un terrible rugido y muestra unos horribles dientes de puntas afiladas.

CAPÍTULO 5

Cuando finalmente se hace de día, estoy tan cansada que siento como si mis ojos estuvieran cubiertos de arena. Tengo un sabor asqueroso en la boca. Me pongo a hacer gárgaras con un poco de agua de rosas y escupo en el lavabo lo más delicadamente que puedo. De lo que no consigo librarme es de esa horrible imagen en mi cabeza, la imagen de Pippa como si fuera un monstruo.

Sólo ha sido un sueño, Gemma, sólo un sueño. Es tu remordimiento que viene para atormentarte. Pippa eligió quedarse. Fue su decisión, no la tuya. Déjalo ya.

Me enjuago otra vez la boca, como si realmente eso pudiera curar mis males.

En el comedor, ya han preparado unas largas filas de mesas para el desayuno. Los arreglos florales de invierno con ponsetias y helechos plumosos están dispuestos en jarrones de plata y colocados cada cuatro servicios. Se ve tan encantador que me olvido del sueño que he tenido y me acuerdo de que es Navidad.

Me reúno con Felicity y Ann y nos quedamos de pie detrás de nuestras sillas, sin hablar, atentas a la señal de la señora Nightwing. Hay tarros de mermelada y grandes pastillas de mantequilla al lado de nuestros platos. El aire está perfumado con el dulce olor a madera del beicon. La espera es una tortura. Finalmente, la señora Nightwing se pone de pie y nos pide que inclinemos la cabeza. Entonces rezamos una breve oración de gracias y ya podemos sentarnos a la mesa.

— ¿Te has dado cuenta? — dice Marta en un susurro. Marta es una de las leales seguidoras de Cecily. Ha empezado a vestirse como ella e incluso a parecerse un poco a ella. Ambas comparten las mismas experiencias, la misma risa tímida y la tendencia a sonreír de esa manera como si quisieran parecer recatadas, pero lo que en realidad parece es que hubieran mordido un trozo demasiado grande de pan y no se lo pudieran tragar.

— ¿Darme cuenta de qué? — pregunta Felicity.

— Tenemos una profesora nueva — continúa Marta —. ¿La ves? Esta sentada al lado de Mademoiselle LeFarge.

Mademoiselle LeFarge, nuestra regordeta profesora de francés, está sentada con las otras profesoras a una mesa aparte. Se ha estado viendo con un detective de Scotland Yard, el inspector Kent, que nos encanta. Desde que empezó su noviazgo, ella ha comenzado a vestir con colores más vivos y ropas más modernas. Aunque ni siquiera así, con ese buen humor y esa alegría, pasa por alto mi deplorable francés.

Todas las cabezas se giran hacia la nueva profesora, que está sentada entre LeFarge y la señora Nightwing. Lleva un traje gris de franela, con un alfiler en forma de hoja de acebo en una de las solapas. La reconozco de inmediato: es la mujer que llegó en mitad de la noche. Podría compartir mi información con mis compañeras. Seguramente me haría bastante popular en la mesa. Pero lo más probable es que mi comentario hiciera salir de inmediato a Cecily hacia la señora Nightwing para informarle de mis actividades nocturnas. Por ello, en lugar de eso decido comerme un higo.

La señora Nightwing se levanta para hablar. Justo cuando mi cuchara estaba a punto de darme un placer... debo dejarla en el plato. Rezo en silencio para que su intervención sea breve, pero sé que eso es como pedir que nieve en julio.

— Buenos días, chicas.

— Buenos días, señora Nightwing — respondemos todas al unísono.

— Me gustaría presentaros a la señorita McCleethy, nuestra nueva profesora de arte. Además de dibujo y pintura, la señorita McCleethy sabe latín y griego, bádminton y tiro con arco.

Felicity me dirige una sonrisa de excitación. Sólo Ann y yo sabemos lo mucho que eso la complace. En los reinos de mostró ser una experta arquera, un hecho que sin lugar a dudas sorprendería a muchos que piensan que sólo se preocupa por la última moda de París.

La señora Nightwing dirige una calida sonrisa a la señorita McCleethy. ¡Es asombroso! ¡La señora Nightwing tiene dientes! Siempre he pensado que nuestra directora había sido incubada en un huevo de dragón. No puedo creer que tenga asumido el concepto de «amistad».

— No me cabe ninguna duda que sabrán mostrarle el inestimable aprecio que sentimos hacia usted en Spence, y os pido a todas que la recibáis calurosamente. Señorita Bradshaw, ¿quizá le gustaría cantar una canción para nuestra señorita McCleethy? ¿Tal vez un villancico? Creo que sería lo más apropiado.

Ann se levanta titubeante y avanza hacia el frente entre las largas mesas. Mientras camina se oyen algunos susurros y una o dos risas disimuladas. Las otras chicas no parecen cansarse nunca de atormentarla. Ann camina cabizbaja y eso hace que las otras continúen con su crueldad. Pero en cuanto abre la boca para cantar un villancico, su voz clara, bonita y potente acalla todas las críticas. Cuando acaba, tengo ganas de levantarme y aplaudir. En cambio, lo que hacemos es darle un contenido y educado aplauso mientras se dirige de nuevo hacia la mesa. Cecily y sus amigas hacen como si no se dieran cuenta de la existencia de Ann, como si no hubiera cantado para toda la sala segundos antes. Es como si no existiera para ellas. No es más que un fantasma.

– Ha sido espléndido – le susurro.

– No – dice ella ruborizada –, ha sido horrible. Pero a pesar de eso su rostro dibuja una vergonzosa sonrisa de satisfacción.

La señorita McCleethy se levanta para dirigirse hacia nosotras.

– Gracias, señorita Bradshaw. Ha sido un bonito comienzo del día.

¿Bonito comienzo? ¡Ha sido encantador! Realmente perfecto. Decididamente, la señorita McCleethy no tiene ni una pizca de pasión. Creo que me veré obligada a darle dos puntos de mala conducta en mi lista invisible.

– Tengo muchas ganas de conocerlos a todos y espero ser útil. Quizás lleguéis a creer que soy una profesora exigente. Siempre espero lo mejor de vosotras. Pero creo que también os daréis cuenta de que soy justa. Si os esforzáis, veréis la recompensa; si no, sufriréis las consecuencias.

La señora Nightwing asiente. Parece que ha encontrado alguien con el mismo espíritu que ella, es decir, desprovisto de toda alegría humana.

– Gracias, señorita McCleethy – dice.

Para nosotras, ésa es la bendita señal para poder seguir comiendo.

¡Ah, magnífico! Ahora el beicon. Me sirvo dos trozos gruesos en mi plato que saben a gloria.

– Parece divertida – susurra Felicity con aire travieso, mirando hacia la señorita McCleethy.

Las otras se ríen tontamente tapándose la boca. Sólo Felicity podría soltar un comentario como ése, tan fuera de lugar. Si yo tuviera que hacer ese tipo de comentarios, se me conocería como la dama silenciosa.

– Tiene un acento muy extraño – dice Cecily –. Extranjero.

– A mí no me parece de Gales – dice Martha –. Más bien escocés, diría yo.

Elizabeth Poole se sirve dos cucharadas de azúcar en el té y lo remueve con elegancia. Lleva un delicado brazalete dorado de hiedra, sin duda un regalo adelantado de su abuelo, que se rumorea que es más rico que la reina.

– Podría ser irlandesa, supongo – dice con su fina voz –. Espero que no sea papista.

No hace falta señalar que nuestra Brigid es irlandesa y católica. Para la gente como Elizabeth, los irlandeses están bien donde están, en su sitio. Y ese sitio es la servidumbre, trabajando para los ingleses.

— Realmente espero que sea mejor que la señorita Moore. — Cecily pone un poco de jamón en su tostada.

Al nombrar a la señorita Moore, Felicity y Ann se quedan en silencio y bajan la mirada. No han olvidado que nosotras fuimos responsables del despido de nuestra antigua profesora de arte, la mujer que nos llevó a las cuevas, más allá de Spence, para enseñarnos las pinturas de las diosas primitivas que allí había. Fue la señorita Moore la que me habló sobre mi amuleto y su conexión con la Orden. Fue la señorita Moore la que nos contó historias sobre la Orden. Y eso, al final, fue lo que provocó su despido. La señorita Moore era mi amiga y la echo de menos.

Cecily frunce el ceño.

— Todas esas historias sobre mujeres mágicas... ¿De qué iba eso? ¡Oh, sí! La Orden — dice Cecily. Y continúa, poniendo un tono dramático —. Mujeres que podían crear ilusiones y cambiar el mundo.

Eso hace reír a Elizabeth y Martha y llama la atención de nuestras profesoras.

— Sólo era una leyenda. Nos lo dijo ella — comento yo tratando de no encontrarme con los ojos de Ann o Felicity.

— Exacto. ¿Qué propósito tenía al explicarnos historias sobre brujas? Se supone que nos tenía que enseñar cómo hacer bonitas pinturas en lugar de llevarnos a una estúpida cueva para ver garabatos primitivos hechos por viejas brujas. No sé cómo no cogimos una pulmonía. Podríamos incluso haber muerto.

— ¡Es verdad! Al final, tuvo lo que se merecía. La señora Nightwing hizo lo correcto despidiéndola. Y vosotras hicisteis lo correcto al culpar a quien debíais, es decir, a la señorita Moore. Si no hubiera sido por ella quizá nuestra querida Pippa... — dice Cecily.

— Quizá ¿qué? — digo con mucha frialdad.

— No debería haberlo dicho — vacila Cecily. Parece un gato con un ratoncito atrapado en la boca.

— La epilepsia fue lo que mató a Pippa — dice Felicity, ocultando su boca con la servilleta —. Ella no estaba bien...

Cecily sube el tono de voz.

— Pero Pippa fue la primera en hablarle a la señora Nightwing sobre el desgraciado diario que estabais leyendo. Ella fue quien confesó que habíais estado en las cuevas por la noche, y que había sido la señorita Moore la que os dio la idea. Creo que eso es una extraña coincidencia, ¿no?

— Los bollos están excepcionalmente buenos, hoy — dice Ann, intentando cambiar de tema.

Ann no soporta ningún tipo de conflicto. Tiene miedo de que, por la razón que sea, acaben echándole la culpa.

— ¿De qué la estás acusando? — suelto yo.

— Creo que ya sabes lo que estoy diciendo.

No puedo contenerme más.

— La señorita Moore no es culpable de nada más que de compartir con nosotras algunas creencias populares. Sugiero que dejemos de hablar de ella de una vez por todas.

— Bueno, eso me gusta — dice Cecily, riéndose.

Las otras siguen a su líder. Cecily es una idiota, pero aun así ¿por qué sigue teniendo el poder de hacerme sentir como una tonta?

— Por supuesto, sabía que ibas a defenderla, Gemma. Te recuerdo que fue tu extraño amuleto el que hizo que empezara la conversación, ¿cómo se llamaba?

— El ojo de luna creciente — contesta Ann, mordiéndose el labio.

Elizabeth niega con la cabeza, añadiendo más leña al fuego.

— Creo que nunca nos has contado exactamente cómo llegó a tus manos.

Ann deja de comer su medio bollo y abre unos ojos como platos.

Felicity interviene.

— Lo dijo, sí. Una mujer del pueblo se lo dio a su madre como protección. Era una costumbre de la India.

«Es un amuleto de la Orden, que me dio mi madre antes de morir. Mi madre, Mary Dowd, cometió con su amiga Sarah Rees-Toome un acto de vil sacrificio aquí, en Spence.»

— Estaban en una especie de liga — dice Cecily a sus seguidoras en un susurro, que en realidad quiere que todas escuchemos.

— No me sorprendería nada que ella fuera una...

Cecily se para repentinamente para provocar. No debo caer en la trampa, pero lo hago.

— ¿Una qué? — pregunto.

— Señorita Doyle, ¿no sabes que es de mala educación entrometerse en las conversaciones ajenas?

— ¿Una qué? — insisto.

Una cruel sonrisa de satisfacción se despliega por la cara de Cecily.

— Una bruja.

Con el borde de mi mano golpeo el tarro de mermelada que va a parar al plato de Cecily. Un poco de frambuesa salpica su vestido, así que tendrá que cambiarse antes de la clase de Mademoiselle LeFarge. Llegará tarde y perderá puntos.

Cecily se levanta ultrajada.

— ¡Lo has hecho a propósito, Gemma Doyle!

— ¡Oh, qué torpe soy! — Pongo una cara diabólica y enseño los dientes — . O quizás haya sido brujería.

La señora Nightwing toca la campana.

— ¿Qué está pasando allí? ¡Señorita Temple! ¡Señorita Doyle! ¿Por qué están montando esta escena?

— ¡La señorita Doyle ha tirado deliberadamente el tarro de mermelada en mi vestido!

Me levanto.

—Ha sido un accidente, señora Nightwing. No sé cómo he podido ser tan torpe. Querida Cecily, déjame ayudarte.

Y dedicándole mi mejor y mi más educada sonrisa, limpio su vestido con la servilleta hasta lograr ponerla furiosa. Me aparta la mano.

— ¡Está mintiendo, señora Nightwing! Lo ha hecho a propósito, ¿verdad Elizabeth?

Elizabeth, su obediente perrito faldero, va en su ayuda.

— Sí que lo ha hecho a propósito, señora Nightwing. Yo lo he visto.

Felicity se ha puesto de pie.

— Estás mintiendo, Elizabeth Poole. Sabes muy bien que ha sido un accidente. Nuestra Gemma nunca haría una cosa tan desagradable.

Bueno, eso también es una mentira, pero se lo agradezco.

Martha se levanta de nuevo para apoyar a Cecily.

— Ella siempre ha tenido algo contra nuestra Cecily. Es muy poco civilizada, señora Nightwing.

— Una vez más: ¡lo siento! — digo.

Miro a Ann en busca de ayuda. Está sentada tranquilamente a la mesa; todavía está comiendo y no se la ve con muchas ganas de entrar en la pelea.

— ¡Ya es suficiente! — La áspera voz de la señora Nightwing nos hace callar. — Menuda bienvenida para nuestra señorita McCleethy. Seguramente preferirá coger sus cosas y marcharse antes que quedarse entre salvajes. Es obvio que todavía no os podéis desenvolver por Londres. Por lo tanto, deberemos pasar el día perfeccionando vuestros modales y reflexionando con oraciones hasta que consigamos algo parecido a esas mujercitas de las que la Academia Spence está orgullosa de llamar sus pupilas. Ahora, dejad nos terminar el desayuno en paz sin más arrebatos.

Después de la reprimenda, nos sentamos y acabamos el desayuno.

— Si no fuera cristiana, debería decirle exactamente lo que pienso de ella — dice Cecily a las demás como si yo no pudiera oírla perfectamente.

— ¿Eres cristiana, señorita Temple? Yo no estaría tan segura — le digo.

— ¿Cómo podrías tú saber algo sobre la caridad cristiana, señorita Doyle? Te has criado entre los paganos de la India.

Cecily se gira hacia Ann.

— Querida Ann, deberías procurar que no te asocien con este tipo de chicas — dice guiñándome el ojo—. Ella podría hacer mucho daño a tu reputación, y, sinceramente, eso es pésimo para una institutriz.

He conocido al diablo, y su nombre es Cecily Temple. Esa mala pécora sabe muy bien cómo sembrar en Ann el miedo y la duda. Pobre Ann, es huérfana y además está aquí con una beca. Estudia gracias a la generosidad de unos primos lejanos suyos y es probable que cuando se vaya tenga que trabajar para ellos. Cecily y su grupito nunca la aceptarán, pero se lo pasan bien usándola cuando les apetece.

Si esperaba que Ann se levantara y respondiera algo, desgraciadamente me he equivocado.

Ann no ha dicho ni un «De verdad, Cecily, eres un mal bicho», ni «Cecily, tienes suerte de tener una gran fortuna, porque con esa cara la necesitarás», ni «Cecily, Gemma es mi buena, querida y gran amiga, y nunca diré nada en su contra».

No. Ann se queda sentada, dejando que Cecily crea que ha ganado por el hecho de que no le dice nada en contra. Y Cecily hace que Ann se sienta, de momento, como si hubiera sido aceptada en su círculo, lo cual no podría estar más lejos de la realidad.

Ahora las patatas ya están frías y sin sabor, pero me las como de todas formas, como si no estuviera herida en mis sentimientos, como si oyera llover mientras escucho la risa disimulada de las otras chicas.

Cuando retiran los platos, estamos obligadas a quedarnos sentadas a las largas mesas y recibir unas lecciones de modales. Ha estado nevando toda la mañana. Nunca he visto nevar, quiero ir y andar sobre la fresca blancura, sentir el frío y ver el cristal mojado que dejan mis huellas. Las palabras de la señora Nightwing vienen y van por mi mente, vagabundeando: «No os gustaría sentirnos desairadas por la buena sociedad y tachadas de las listas de visita de las mejores casas...». «Nunca le pidáis a un caballero que aguante vuestro abanico, ramo o guantes durante un baile a no ser que sea vuestra escolta o un pariente.»

Como no conozco a ningún caballero aparte de mi padre y hermano, esto no debería ser un problema. Bueno, eso no es del todo cierto. Conozco a Kartik. Pero es poco probable que nos veamos en los salones de baile de Londres.

¿Qué noticias debe de tener para mí? Tendría que haber ido a su encuentro al volver de las vísperas. Debe de pensar que soy una tonta.

«La señorita de clase más alta debe entrar primero en el salón. La de clase inferior debe entrar después...»

«Hablar en voz alta o reír en la calle demuestra mala educación...»

«... Se debe evitar a toda costa ser asociada con un hombre que bebe, apuesta o tiene algún otro tipo de mal, eso traería desgracia a tu reputación...»

Un hombre que bebe. Mi padre. Quiero apartar ese pensamiento de mi mente. Lo veo como lo vi en octubre, con los ojos inmóviles por el láudano, las manos temblorosas. Tengo unas cuantas cartas de la abuela que no mencionan su salud, su adicción. ¿Se ha curado? ¿Será el padre que recuerdo, el hombre alegre de ojos chispeantes y un ingenio rápido para hacernos reír a todos? ¿O será el padre que conozco desde la muerte de madre, el hombre vacío que parece no poder verme más?

«Las señoritas no deben marcharse solas de un salón de baile. Hacer eso puede invitar al chismorreio.»

La nieve se apila contra las ventanas creando pequeñas colinas. El blanco de la nieve. El blanco de nuestros guantes. El de la piel de Pippa. Pippa.

«Vienen a por ti, Gemma...»

Me recorre un escalofrío. Esto no tiene nada que ver con el frío. Tiene que ver con lo que no sé y tengo miedo de descubrir.

CAPÍTULO 6

Las dificultades de cada mañana se olvidan en cuanto nos dejan salir. El sol, intenso y refulgente, se refleja en la fría blancura y se convierte en un brillo deslumbrante. Las chicas más jóvenes chillan entusiasmadas, mientras la nieve salpica sus botas y se les cuele por dentro, hasta mojar sus pies. Un grupo de chicas ha empezado a hacer un muñeco de nieve.

— ¿No es fantástico? — suspira Felicity.

Lleva su nuevo manguito de piel de zorro para lucirlo, y está contenta. Ann va detrás con cautela, haciendo muecas con la boca. La nieve es algo maravilloso para mí. Cojo un puñado y me sorprendo al darme cuenta de lo blanda que es.

— ¡Ay, se pega! — grito.

Felicity me mira como si yo fuera un bicho raro.

— Sí, ¡claro! — Ahora se da cuenta — . ¡Nunca has visto la nieve!

Quiero tirarme al suelo y revolearme, aunque no sea correcto. Me llevo un poco de nieve a la boca. Da la sensación de que tiene que tener un gusto cremoso pero no, simplemente está fría. Los copos se disuelven al instante, deshaciéndose en la punta de mi lengua. Me río tontamente.

— Ven, te enseñaré una cosa — dice Felicity mientras coge la nieve con sus dos manos protegidas por guantes y la aprieta hasta conseguir una bola dura y me la enseña — . Mira: una bola de nieve.

— ¡Ah! — digo, sin comprender muy bien de qué se trata.

Entonces me tira la bola sin avisar. Ésta me impacta con fuerza en la manga, salpicándome la cara y el pelo con rocío de cristales mojados que me empapan.

—¿Verdad que la nieve es maravillosa? — dice.

Supongo que debería estar enfadada con ella, pero me doy cuenta de que me estoy riendo. Es fascinante. Me encanta la nieve; ojalá hubiera siempre.

Entre resoplidos, finalmente Ann nos alcanza, pero se resbala y cae sobre la blanca alfombra. Da un chillido y Felicity y yo nos reímos sin compasión.

—No os reiríais tanto si fuerais vosotras las que estuvierais empapadas.

Mojada hasta los pies Ann, se queja porque no lo ve gracioso.

—No seas tan tonta — se mofa Felicity —. No es el fin del mundo.

—Yo no tengo diez pares de medias, como tú — responde Ann.

Se supone que eso tenía que sonar inteligente, pero la verdad es que suena triste y odioso.

—Bueno, si es por eso... no te molesto más — dice Felicity —. ¡Eh! ¡Elizabeth! ¡Cecily! — Y se va hacia ellas, dejándonos allí.

—Pero yo no tengo un montón de medias — replica Ann defendiéndose.

—Le has dado pena, eso es todo.

—Parece que hoy no digo nada bien.

Mi feliz tarde en la nieve se está echando a perder. No creo que pueda soportar una tarde con los lloriqueos y las quejas de Ann. Aún estoy un poco enfadada con ella por no salir en mi defensa en el desayuno. Tengo nieve en la mano, y sin pensarlo se la tiro a Ann, que me mira sorprendida. Le doy en plena cara y, antes de que pueda reaccionar, le arrojo otra bola.

—Y—y—yo...

Ann balbucea. La bola le da en la falda.

—¡Venga, Ann! — digo burlándome —. ¿Vas a dejar que te siga castigando? ¿O vas a vengarte?

La respuesta me llega en forma de bola de nieve, que me impacta con fuerza en el cuello. El hielo me hace cosquillas, resbala por dentro del vestido y me hace gritar. ¡Está helada! Estoy cogiendo otro montón de nieve cuando la siguiente bola de Ann me da en plena cabeza. El pelo me chorrea con gotas de hielo fundido.

—¡Esto no es justo! — grito —. No tengo municiones.

Ann se detiene y aprovecho el momento. Le doy con una bola de nieve que me había escondido en la espalda. Su cara es un poema.

—Me has dicho...

—Ann, ¿siempre haces lo que te dicen? ¡Esto es la guerra!

Tiro una bola sabiendo de antemano que no le va a dar, pero la siguiente bola de Ann me da de nuevo en la cara. Tengo que coger trozos más grandes mientras limpio los fragmentos de hielo de mis ojos.

A pesar de la nieve, el suelo se ha convertido en un barro espeso a causa de la lluvia. Los tacones de las botas se me hunden en el barro, y no encuentro nada donde agarrarme, ni un árbol o banco. Tengo miedo de quedarme atascada en el lodo. Alzo la bota y doy un paso adelante. Me caigo y mi cara está a un paso de

quedarse enganchada en aquel barrizal. Entonces unas manos me sujetan con fuerza por la cintura y me empujan hacia un árbol. Cuando me limpio los ojos, estoy cara a cara con él.

— ¡Kartik! — exclamo.

— ¡Hola, señorita Doyle! — me dice, burlándose de mi aspecto.

Estoy empapada. Al deshacerse, las gotas de nieve resbalan desde mi pelo hacia la nariz.

— ¿Estás... bien? — Debo de tener un aspecto que asusta — . ¿Por qué no contestaste a mi nota? — pregunta.

Me siento estúpida. Y contenta de verlo. Y cautelosa. Demasiados pensamientos. No puedo nombrarlos todos.

— Es difícil escapar. Yo...

Más allá de los árboles oigo a Ann llamándome. Quiere vengarse de mí con otra bola de nieve. Kartik está en un aprieto.

— Da igual. Tenemos poco tiempo y yo tengo mucho que decir. Hay problemas en los reinos.

— ¿Qué tipo de problemas? Cuando me fui, todo parecía estar bien. El asesino de Circe ha sido derrotado.

Kartik mueve su cabeza. Bajo su capucha, asoman unos rizos largos y oscuros.

— ¿Recuerdas cuando rompiste la runa del Oráculo y liberaste la magia? — Asiento con la cabeza — . Esas runas eran los antiguos pactos del gran poder de la Orden dentro de los reinos. Una especie de salvación para su magia. Una manera de asegurar que sólo la Orden podría controlarla.

Ann me llama otra vez. Se está acercando al lugar donde estamos escondidos. Kartik me dice en un susurro urgente:

— Cuando rompiste las runas, señorita Doyle, destrozaste los pactos.

— Yo liberé la magia en los reinos — termino.

Un temor invade mi cuerpo. Kartik asiente.

— Así es, y ahora la magia está perdida, libre para que cualquiera la use con cualquier propósito, aunque ni siquiera sepa cómo. Esta magia es extremadamente poderosa, y liberarla sin control dentro de los reinos... — Se calma y entonces continúa — . Ciertos elementos podrían buscar el dominio de todos los reinos. Podrían haber hecho una liga entre ellos y Circe.

— Gemma, sal, ¡sal de donde estés! — Ann se ríe tontamente.

Kartik sella mis labios con su dedo y se aprieta contra mí. Huele a hoguera de campamento, y hay una sombra a lo largo de su mandíbula. Casi no puedo respirar de lo cerca que está.

— Hay una manera de contener la magia de nuevo. Una esperanza — dice Kartik.

La voz de Ann desaparece en otra dirección, y él se separa de mí. El aire corre entre nosotros para llenar el vacío.

— ¿Tu madre te mencionó alguna vez un lugar llamado el Templo?

Todavía me estoy recuperando de la sensación de su pecho contra el mío. Mis mejillas están rojas por algo más que el frío.

– N-no. ¿Qué es eso?

– Es la fuente de la magia dentro de los reinos. Necesitamos que lo encuentres.

– ¿Hay algún mapa? ¿Algún indicio?

Kartik suspira y niega con la cabeza.

– Nadie sabe dónde se encuentra. Está muy bien escondido. Sólo algunos pocos miembros de la Orden sabían dónde localizarlo; era la única manera de mantenerlo a salvo.

– Entonces, ¿cómo lo voy a encontrar? ¿Tengo que confiar en las criaturas?

– No. No confíes en nadie. No confíes en nada.

Nadie. Nada. Estas palabras me hacen temblar.

– ¿Y qué pasa con mis visiones? ¿Debo creer en ellas? No es que recientemente haya tenido ninguna, pero...

– No lo sé. Su fuente son los reinos. – Se encoge de hombros.

– ¿Y cuando encuentre el Templo?

La cara de Kartik palidece como si estuviera asustado. Nunca lo he visto de esta manera. No me mira mientras dice:

– Utiliza estas palabras: «Yo ato la magia en nombre de la Estrella del Este».

– Estrella del Este – repito –. ¿Qué significa?

– Es un hechizo poderoso de la Orden, creo – explica mirando al suelo.

La voz de Ann se acerca. Puedo ver el azul de su abrigo entre los árboles. Kartik también la ve. Está levantado y preparado para echar a correr.

– Tenemos que seguir en contacto – dice –. No sé qué vas a encontrar en los reinos, señorita Doyle. Ten cuidado. Por favor.

Se gira para irse, se detiene, hace ademán de marcharse de nuevo pero se vuelve a girar de prisa y me da un beso rápido en la mano, como un caballero. Después sale corriendo como una bala, como si la nieve no le supusiera ningún problema.

No sé qué pensar. La magia se mueve libremente por los reinos. Todo es culpa mía. Debo encontrar el Templo y restaurar el orden antes de que se pierdan los reinos. Y Kartik me acaba de besar.

Apenas tengo tiempo para pensar en todo cuando, sin previo aviso, me sorprende un agudo y terrible dolor que me hace doblar el cuerpo. Me tengo que agarrar a un árbol para sostenerme. Estoy mareada y todo parece muy extraño. De hecho, me encuentro muy mal de repente. Me doy cuenta que alguien me está mirando. Estoy aterrada de pensar que alguien pueda verme en un momento tan vulnerable. Jadeando, miro hacia arriba y trato de recuperar mis fuerzas.

Al principio pienso que tiene que ser por el efecto de la nieve en mis ojos. Parpadeo, pero la imagen no se mueve. Veo a tres chicas vestidas de blanco, pero no me son familiares. No las he visto nunca en Spence, aunque parecen tener mi edad. A pesar del gélido aire, no llevan abrigos.

– ¡Hola! – me dirijo a ellas, pero no contestan –. ¿Estáis perdidas?

Abren su boca para hablar pero no puedo oírlos, y entonces pasa una cosa curiosa. Las chicas parpadean y se desvanecen hasta que no queda rastro de ellas en la nieve. Y así, súbitamente, el dolor se me pasa. Me encuentro bien.

Una bola dura de nieve me da en la mandíbula.

— ¡Aja! — grita Ann victoriosa.

— ¡Ann! — gimo enfadada — . ¡No estaba preparada!

Me lanza una extraña sonrisa triunfal.

— Tú eras la que decía que esto es la guerra.

Y diciendo esto, salta con torpeza en la nieve y se va precipitadamente.

CAPÍTULO 7

— Señoritas, ¿pueden prestarme toda su atención? Tenemos el gran privilegio de tener con nosotras esta noche a la compañía teatral de Covent Garden. Han preparado la mejor representación de la historia de Hansel y Gretel, de los hermanos Grimm.

Yo esperaba que después del oficio de las vísperas y de la cena podría estar un rato a solas con Felicity y Ann para explicarles mi encuentro con Kartik. Pero, así es mi suerte, esta noche la señora Nightwing tiene planeada una velada especial de teatro para nosotras. Mis noticias tendrán que esperar. Las chicas más jóvenes están cautivadas ante la perspectiva de asistir a la representación de un espantoso cuento de hadas, con bosques amenazadores y una bruja mala. El director teatral, un hombre alto y fuerte, con la cara cubierta de polvos de maquillaje y con unas enormes patillas dibujadas con finos trazos, nos presenta a los actores de la compañía. Uno por uno, los actores van llenando el pequeño escenario de la sala de baile. Los hombres se inclinan hacia delante para saludar y las mujeres hacen una reverencia. O mejor, los personajes se inclinan y hacen una reverencia. En verdad, el grupo de actores está compuesto enteramente por hombres. Incluso el pobrecito que hace de Gretel es un chico de unos trece años.

— Actores, ¡a sus puestos!

El director brama con una voz alta y potente. El escenario se vacía. Un par de tramoyistas maniobran con unos artilugios bajo el escenario.

– Déjennos empezar nuestro cuento por donde debe empezar, en una casa en un oscuro bosque.

Las luces son tenues. El silencio cae entre la muchedumbre. Sólo se oye el incesante golpeteo de la lluvia contra las castigadas ventanas.

– Esposo – llora la mujer gruñona del cuento – . No hay suficiente comida para todos. Deberíamos llevar a los chicos al bosque para que se defiendan por sí solos.

Su marido, el cazador, responde con gestos violentos y una voz melodramática que más bien hace pensar que los actores se están burlando. Cuando descubro que no es así, no puedo hacer mucho por conservar la compostura.

Felicity me susurra al oído:

– Tengo que confesarlo: me he enamorado locamente del pobre cazador. Creo que es su sutileza lo que me enamora.

Me pongo la mano en la boca para contener mi risa.

– Hay algo en su mujer que me está volviendo loca. Quizá tenga que ver con su barba...

– ¿Qué cuchicheáis? – dice Ann, provocando un agudo «Shhh» de la señora Nightwing, que viene para ponerse detrás de nosotras.

Nos sentamos erguidas y calladas como tumbas y fingimos interés. Rezo para que el pudín de ciruela de esta noche esté preparado con arsénico, y no tener que aguantar este espectáculo deprimente de hombres vestidos de colores chillones que simulan ser mujeres.

La madre empuja a Hansel y Gretel dentro del bosque.

– Esto es todo, niños. Andad un poco más. Todo lo que podéis desear está justo al otro lado del bosque.

Hansel y Gretel desaparecen en el bosque y llegan a una casa de dulces. Con los ojos bien abiertos y una sonrisa exagerada, fingen morder los caramelos que han pintado de rojo y blanco.

El director narra desde un lado del escenario con voz grave:

– Cuanto más comían, más querían.

Unas filas más allá, algunas de las más jóvenes cuchichean tapándose la boca con la mano. De pronto se oye una risa tonta. Cuando le siguen más risas, la señora Nightwing abandona su posición de vigilante detrás de nosotras para ir a controlar el revuelo del otro lado.

Quiero hablarles a Felicity y a Ann sobre la visita de Kartik, pero ahora estamos demasiado vigiladas para tener ese tipo de conversación. Tendrá que ser más tarde. En el escenario, los desgraciados Hansel y Gretel están ya dentro de la casa de caramelo de la bruja.

– Pobres niños, abandonados al mundo. Debería daros sustento. ¡Os daré lo que buscáis!

La bruja se gira hacia la audiencia con un guiño cómplice y nosotras la abucheamos y silbamos.

El chico que representa a Gretel llora.

—Y entonces, ¿seremos como tus propios hijos, querida tía? ¿Nos vas a querer y enseñar bien?

Se le rompe la voz en la última frase. Se oyen algunas risas tontas.

—Sí, hijo. No tengas miedo. He rezado tantas veces para que llegarais, y ahora que por fin estáis aquí, ¡os abrazaré en mi pecho y os mantendré junto a mí para siempre!

La bruja atrae con fuerza a Hansel contra su falso pecho, casi sofocándolo. Nosotras nos reímos alegremente de esta pequeña payasada. Animada, la bruja llena la boca de Hansel con un trozo de tarta y provoca más risas del público.

Las luces parpadean. Hay unos jadeos repentinos y unos pequeños chillidos de las chicas con el ánimo más exaltado. Es sólo un tramoyista creando efectos, pero ha tenido el resultado deseado. La bruja se frota las manos y confiesa su diabólico plan de engordar a los niños y cocinarlos en su gran horno. Esto hace que todo el mundo chille, y yo me pregunto qué tipo de infancia tuvieron los hermanos Grimm. No son alegres estos cuentos de niños cocinados por brujas, doncellas envenenadas por viejas y a saber qué otras cosas horribles más.

De repente noto una ráfaga de aire, un frío húmedo que cala hasta los tuétanos. ¿Alguien ha abierto la ventana? No, todas están bien cerradas por la lluvia. Ninguna manivela está abierta. No queda ningún resquicio por donde entre el aire.

La señorita McCleethy camina alrededor de la habitación, con sus manos entrelazadas por delante como un cura rezando. Una suave sonrisa se dibuja en su cara. Algo divertido ha pasado en el escenario. Las chicas se ríen. Los sonidos me llegan deformados y lejanos, como si yo estuviera bajo el agua. La señorita McCleethy le pone una mano en la espalda a una chica sentada al fondo. Se inclina para enterarse bien de la pregunta de la niña con una sonrisa, y sus ojos encuentran los míos. Aunque hace frío, he empezado a transpirar como si tuviera fiebre. Tengo un deseo desenfrenado de salir corriendo de la habitación. De hecho, me siento enferma.

Felicity me está susurrando algo pero no puedo oír el qué. El susurro en sí mismo produce un horrible alboroto, como si cientos de insectos agitasen sus alas secas y arañaran alguna superficie con sus patas. Mis párpados se agitan. Un rugido llena mis oídos y noto que me estoy cayendo rápidamente por un túnel de luz y sonido. El tiempo se estira como una cinta. Soy consciente de mi propia respiración, del flujo de la sangre en mis venas. Estoy atrapada en una visión. Pero esto es como algo sin visión. Nunca me había pasado. Es mucho más poderoso.

Estoy cerca del mar. Veo acantilados. Hay olor a sal. El cielo es un reflejo, con grandes nubes blancas que se forman arriba y un viejo castillo sobre una colina. Está pasando rápido. Demasiado rápido. No puedo ver... Tres chicas de blanco brincan en el acantilado, de un modo absurdamente rápido. La sal, intensa en mi lengua. Capa verde. Una mano se levanta, una serpiente, el cielo formándose, nubes trenzándose de negro y gris. Algo más. Algo se está... ¡Dios mío!, algo se está elevando. Siento el miedo en la profundidad de mi garganta, como el mar. Sus

ojos. ¡Sus ojos! ¡Qué miedo! Están abiertos ahora. Lo veo elevándose desde el mar. Veo sus ojos y se oye un grito largo, silencioso.

Siento que mi sangre me aleja del mar y del miedo. Oigo voces. «¿Qué es esto? ¿Qué ha pasado?» «Seguid atrás, dadle aire.» «¿Está muerta?»

Abro los ojos. Sobre mí, un montón de rostros llenos de preocupación. ¿Dónde? ¿Dónde están? ¿Por qué no estoy en el suelo?

– Señorita Doyle...

Mi nombre. Debería contestar. Siento que mi boca está espesa como el algodón.

– ¿Señorita Doyle?

Es la señora Nightwing. Su cara nada en el foco de luz. Agita algo asqueroso bajo mi nariz. Un horrible olor a sulfuro. Son sales aromáticas. Me hace gemir. Muevo la cabeza para escapar del olor.

– Señorita Doyle, ¿puede levantarse?

Como una niña obediente hago lo que me dicen. Veo a la señorita McCleethy al otro lado de la habitación. No se ha movido de su sitio.

Jadeos asustados y gritos flotando. «Mira. Allí. Qué curioso.» La voz de Felicity sobresale entre las otras.

– Aquí, Gemma, coge mi mano.

Veo a Cecily cuchicheando con sus amigas. Entre los susurros distingo: «¡Qué horrible!». Veo la cara de preocupación de Ann.

– ¿Qué... qué ha pasado? – pregunto.

Ann aparta los ojos tímidamente, incapaz de contestar.

– Y ahora, señorita Doyle, vamos a llevarla a su habitación.

En el momento en que la señora Nightwing me ayuda a ponerme en pie, me doy cuenta de cuál es la causa del chismorreo: una gran mancha roja que se extiende por mi falda blanca. Me ha venido mi primer período.

CAPÍTULO 8

Brigid me ha puesto la botella de agua caliente bajo las sábanas, sobre mi vientre.

—Pobrecita — dice—. Esto es siempre muy molesto. Yo he tenido problemas con «la maldición», y aun así tengo que cumplir con mis deberes. No hay descanso para el cansado, ya te lo digo yo.

No estoy de humor para escuchar sobre los amargos sufrimientos y dolores de las amas de casa. Una vez empieza, no hay manera de pararla. Y voy a tener que oírla hablar de su reuma, de su poca visión, y de la vez en que casi la contratan para trabajar en la casa del príncipe de Gales.

—Gracias, Brigid. Creo que voy a descansar un poco — digo, cerrando los ojos.

—Claro, cielo. Eso es lo que necesitas: descanso. Descansar es la cuestión. Me acuerdo que en una época tenía que trabajar para una señora muy fina que una vez fue primera dama del primo de la duquesa de Dorset. ¡Oh! Era una dama respetable como no había otra. Te lo digo yo...

—¡Brigid! —Es Felicity, arrastrada por Ann—. Me parece que he visto a las señoritas del salón que bajaban a jugar a las cartas. He pensado que quizá lo querías saber.

Brigid apoya los puños en sus generosas caderas.

—No se escapan de mí. Estas chicas nuevas no saben cuál es su lugar. En mis tiempos el ama de llaves era la ley.

Brigid pasa por delante de nosotras alocadamente, mientras refunfuña.

—Fuera cartas. ¡Pero bueno!

—¿De verdad pensaban jugar a las cartas? —le pregunto a Felicity cuando Brigid se ha ido.

—Claro que no. Se lo he dicho porque tenía que hacer que se marchara de alguna manera.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta Ann, ruborizada.

—Desgraciada —contesto.

Felicity se sienta a los pies de mi cama.

—¿Quieres decir que ésta es la primera vez que tú... estás incómoda por el malestar del mes?

—Sí —chasqueo la lengua, sintiéndome un poco como un bicho raro e incomprendido.

Además de la botella de agua caliente me han enviado a la cama con algo de té fuerte y un poquito de brandy. Un detalle de la señora Nightwing, que insiste en que en estos casos el brandy es medicinal. Al enfriarse, el té se ha vuelto amargo. Pero el brandy me produce un efecto calmante. Alivia los dolores intermitentes de mi estómago. Nunca me había sentido tan ridícula. Si esto es lo que significa ser una mujer, no me interesa ni una pizca.

—Pobrecita Gemma —dice Ann, acariciando mi mano—. Y en público, nada menos. ¡Qué embarazoso para ti!

No podría sentirme más humillada de lo que estoy ahora.

—Si me permites el atrevimiento, puedo preguntarte... cuándo empezaste con... —continúo.

Felicity se va a mi mesa, donde examina mis cosas. Se arregla con mi peine su pelo rubio, casi blanco.

—Hace años.

Por supuesto. ¡Qué pregunta más tonta! Miro a Ann, que se pone colorada al instante.

—¡Oh, no deberíamos hablar de estas cosas!

—Está bien —digo tocando el borde de mi cama con sumo cuidado.

—Seguramente aún no es una mujer —dice Felicity con seguridad.

Ann se levanta a modo de protesta.

—¡Lo soy! ¡Desde hace ya seis meses!

—¡Seis meses! Ésa es mi chica. Es prácticamente una experta en el tema.

Intento levantarme de la cama, pero Ann me hace acostar otra vez.

—¡Oh, no! No deberías moverte. No es bueno en este estado.

—Pero... ¿cómo voy a seguir con mi vida?

—Simplemente tienes que vivir con ello. Es nuestro castigo como hijas de Eva. ¿Por qué crees que lo llaman «la maldición»?

Un suave calambre pasa por mi estómago; me siento pesada e irritable.

— ¿De verdad? ¿Y qué maldición dejó Adán en el mundo?

Ann abre la boca y aparentemente al no saber qué decir, la vuelve a cerrar.

Es Felicity quien contesta, con una mirada dura.

— Ellos son débiles a la tentación. Y nosotras somos su tentación.

Las «tentaciones» del mundo hacen aparecer a Kartik en mi mente. Kartik y las advertencias. La magia perdida en los reinos. El Templo.

— Hay algo que tengo que contaros.

Empiezo. Les cuento la visita de Kartik, mi misión y la extraña visión que he tenido durante la representación teatral. Cuando acabo tienen los ojos totalmente abiertos.

— Tengo la carne de gallina. Sólo de pensarlo, toda esa magia liberada para que cualquiera pueda usarla... — dice Felicity.

Ahora no puedo decir si se siente aterrada o simplemente emocionada. Ann está preocupada.

— Pero ¿cómo vas a encontrar el Templo si no puedes entrar en los reinos?

Había olvidado mi mentira. Y ya no puedo hacer nada. Debo confesar. Subo las sábanas hasta mi cuello, me empequeñezco en la cama.

— La verdad es que, en realidad, no he intentado entrar. No desde Pippa.

La fulminante mirada de Felicity podría cortar el cristal.

— Nos mentiste.

— Sí, lo sé. Lo siento. No estaba preparada.

— Podrías haberlo dicho — murmura Ann herida.

— De verdad lo siento. Pensaba que sería lo mejor.

Los ojos grises de Felicity son como el sílex más cortante.

— No nos vuelvas a mentir más, Gemma. Sería una traición a la Orden.

No me gusta la manera en que lo dice, pero no estoy de humor para discutir ahora, así que asiento y cojo el brandy.

— ¿Cuándo hemos de ir a los reinos? — pregunta Ann.

— ¿Debemos encontrarnos a medianoche? — dice Felicity en un tono casi de súplica —. ¡Oh, no puedo esperar a verlo otra vez!

— No estoy en condiciones esta noche — les digo. Difícilmente pueden discutir eso.

— Muy bien, entonces — dice Felicity, suspirando —. Descansa.

— ¿Qué pasa? — pregunta Ann, leyendo la expresión en mi rostro.

— Seguramente no es nada, de verdad. Sólo pensaba que la última cosa que recuerdo antes de desmayarme es la cara de la señorita McCleethy. Me estaba mirando de una manera muy curiosa, como si supiera todos mis secretos.

Una diabólica sonrisa burlona aparece en la boca de Felicity.

— Quieres decir la *jusssta* pero exigente señorita McCleethy — dice, imitando el extraño acento irlandés de nuestra nueva profesora.

Esto me hace reír más que cualquier otra cosa.

— Si es una vieja amiga de la señora Nightwing, es sin duda una mojigata que hará nuestras vidas miserables — digo aún entre risas.

— Estoy contenta de ver que está de mejor humor, señorita Doyle.

En la puerta está la señorita McCleethy en persona. Se me para el corazón. ¡Oh, no! ¿Cuánto tiempo habrá estado allí de pie?

— Me encuentro mucho mejor, gracias — digo con un hilo de voz.

Estoy casi segura de que lo ha oído todo. Me sostiene la mirada un rato largo, demasiado largo, hasta que me veo forzada a mirar para otro lado, y entonces simplemente dice, sin ningún entusiasmo:

— Bueno, me alegro de oírlo. Debería hacer un poco de ejercicio. El ejercicio es la clave. Creo que mañana llevaré a todas mis chicas al campo de tiro con arco.

— ¡Qué idea más espléndida! Me muero de ganas de empezar — dice Felicity demasiado entusiasta, esperando así disimular con un poco de encanto lo que hemos dicho antes.

— ¿Tiene alguna experiencia con el arco, señorita Worthington?

— Muy poca — vacila Felicity, aunque en verdad es excelente.

— ¡Qué maravilla! Apuesto a que ustedes, señoritas, tienen todo tipo de sorpresas preparadas para mí. — Una curiosa sonrisa se dibuja en la boca de la señorita McCleethy —. Estoy ansiosa de que nos hagamos amigas. Mis anteriores alumnas supieron ver mi jovialidad, a pesar de mi reputación de mojigata.

Lo ha oído todo. Estamos acabadas. Nos odiará para siempre. No, me odiará para siempre. Bonito comienzo, Gemma. Bravo.

La señorita McCleethy inspecciona mi escritorio y levanta las pocas pertenencias que tengo: el elefante de marfil de la India, mi cepillo del pelo... Las examina detenidamente.

— La señora Nightwing me ha contado sobre su desafortunado vínculo con su profesora, la señorita Moore. Y me appena oír que ella se aprovechó de su confianza.

Nos vuelve a dirigir esa penetrante mirada otra vez.

— Yo no soy la señorita Moore. No habrá historias, ni cosas inapropiadas. No toleraré interrupciones en mis filas. Debemos seguir las normas y para ello hemos de ser las mejores.

Entonces repara en nuestras pálidas caras.

— ¡Oh, venga! ¡Por sus caras parecería que las hubieran sentenciado a la guillotina!

Intenta hacernos reír, pero no tiene éxito.

— Ahora, creo que deberíamos dejar que la señorita Doyle descanse. Están sirviendo ponche de huevo en la sala. Vengan y cuéntenme cosas sobre ustedes. Seamos buenas amigas, ¿de acuerdo?

Como una gran ave desplegando sus alas grises, pone sus manos en las espaldas de Felicity y de Ann, y se las lleva hacia la puerta. Me abandonan aquí, sufriendo la maldición a solas.

— Buenas noches, Gemma — dice Ann.

— Sí, buenas noches — repite Felicity.

– Buenas noches, señorita Doyle. Que duerma bien – añade la señorita McCleethy –. Mañana se sentirá mejor. Estoy segura.

– Siento perderme la clase de arco mañana – digo.

La señorita McCleethy se gira.

– ¿Perdésela? Nada de eso, señorita Doyle.

– Pero, yo creía... dada mi situación...

– No habrá tiempo para debilidades en mi reloj, señorita Doyle. Espero verla mañana en el campo de tiro, o perderá puntos de conducta.

Parece más bien una orden que una opción.

– Sí, señorita McCleethy – digo.

Lo he decidido: no me gusta la señorita McCleethy.

Puedo oír unas risas alegres que llegan desde el salón. No cabe duda de que Felicity y Ann ya le habrán contado su vida entera a la señorita McCleethy. Seguramente están todas allí, como grandes ladronas, sentadas alrededor del fuego, dando sorbitos al ponche. Y yo... Seguro que piensan de mí que soy una horrible maleducada que llamó mojigata a la señora McCleethy.

Me duele otra vez el estómago. Maldito inconveniente. ¿Y a los chicos? ¿Qué les pasa a los chicos cuando pasan de jóvenes a adultos? Pantalones largos, eso es. Bien, pantalones nuevos. Desprecio a todo el mundo ahora mismo.

En un momento, el brandy me calienta, y quedo somnolienta. La habitación crece y se estrecha con cada pesado parpadeo. Me quedo dormida.

Estoy caminando por el jardín. La hierba es espesa, y pica. Estoy junto al río, pero éste está envuelto en neblina.

– Más cerca... – Las palabras son pronunciadas por una voz extraña.

Avanzo lentamente.

– Aún más cerca.

Estoy en el borde del río, pero no puedo ver a nadie, sólo oigo esa etérea voz.

– ¿Quién eres? – digo –. No puedo ver tu cara.

– No – dice la voz –, pero yo sí he visto la tuya...

CAPÍTULO 9

Al día siguiente por la tarde, a las tres menos cinco minutos, nos llevan al campo de tiro. Han dispuesto seis dianas en fila. Los brillantes ojos de colores del centro parecen burlarse de mí. Venga, alcánzanos si puedes. Durante todo el desayuno, he tenido que aguantar historias sobre la espléndida noche que me perdí con la absolutamente encantadora señorita McCleethy, que quería saberlo absolutamente todo sobre las chicas.

— ¡Me dijo que los Poole somos descendientes del mismo rey Arturo! — gorjea Elizabeth.

— Gemma, explica unas historias tan bonitas... — dice Ann.

— De Gales y de la escuela de allí. Tenían bailes prácticamente cada dos o tres semanas, con la presencia de hombres de verdad — dice Felicity.

Martha también aporta su granito de arena.

— Rezo para que convenza a la señora Nightwing de que nos deje hacer lo mismo.

— ¿Sabes qué más dijo? — dice Cecily.

– No. ¿Cómo quieres que lo sepa si no estuve allí? – contesto. Casi lo siento por mí misma.

– Ay, Gemma, también preguntó por ti – dice Felicity.

– ¿Ah sí?

– Sí. Quería saberlo todo sobre ti. Ni siquiera parecía importarle que la hubieras llamado mojígata.

– Gemma, no lo hiciste, ¿no? – dice Elizabeth con los ojos bien abiertos.

– No fui la única – digo mirando de forma desafiante a Felicity y a Ann.

Felicity está tranquila.

– Estoy segura de que os haréis amigas con el tiempo. Ah, aquí está. ¡Señorita McCleethy! ¡Señorita McCleethy!

– Buenas tardes, señoritas. Veo que estamos listas.

La señorita McCleethy avanza a grandes pasos por el césped como la misma reina y nos da unas breves instrucciones sobre la técnica apropiada para sostener el arco. Las chicas reclaman su atención, con ruegos para que les enseñe la forma correcta de hacerlo. Cuando hace una demostración, su flecha da directamente en el centro de la diana, y todo el mundo aplaude como si nos hubiera enseñado el camino al mismo cielo. Entonces reparte flechas al primer grupo de chicas.

– Señorita McCleethy – chilla Martha, preocupada –. Entonces, ¿vamos a usar flechas de verdad?

Sostiene la afilada punta de metal de la flecha lejos de ella, como si fuera un revólver cargado.

– Sí, ¿no deberíamos usar las de punta de goma? – pregunta Elizabeth.

– No tiene sentido. Estarán bien con éstas, mientras no se hagan daño las unas a las otras. Venga. ¿Quién va primera?

Elizabeth da un paso hacia la línea pintada con yeso sobre la hierba seca. Con paciencia, la señorita McCleethy la coloca en posición, guiando su codo hacia atrás. La flecha de Elizabeth cae con un ruido sordo, pero la señorita McCleethy le hace probar una y otra vez, y en el cuarto intento consigue alcanzar la parte inferior de la diana.

– Eso es progresar. Siga intentándolo. ¿Quién es la siguiente?

Las chicas compiten por ser la siguiente. Confieso que yo también quiero gustarle a la señorita McCleethy. Quiero hacerlo lo mejor que pueda para ganármela y borrar el infortunado encuentro de anoche. Mientras la señorita camina por la línea, de chica en chica, practico mi acercamiento hacia ella en silencio.

Esto es muy emocionante. Porque, señorita McCleethy, hace mucho que quiero ser arquera. Qué inteligente es usted, señorita McCleethy, por haber pensado en esto. Me encanta su traje, señorita McCleethy. Es un modelo del buen gusto.

– ¿Señorita Doyle? ¿Está usted con nosotras? – La señorita McCleethy está de pie a mi lado.

– Sí, gracias – digo.

Hecha un manojo de nervios, cojo mi arco y mis flechas y me sitúo en la línea. El arco es más pesado de lo que pensaba. Me obliga a encorvarme.

—Necesita trabajar su postura, señorita Doyle. Póngase erguida. No deje los hombros caídos. Así. El brazo por detrás. Venga, puede sujetarlo con más fuerza.

Me esfuerzo por echar la cuerda hacia atrás hasta que me siento forzada a dejar ir la flecha con un gruñido. La flecha no llega muy lejos, y con un gimoteo en el aire cae directamente al suelo.

—Debe apuntar más alto, señorita Doyle — dice —. ¡Inténtelo otra vez!

Mi flecha está cubierta con nieve fangosa. La mayoría de flechas ha ido a parar al suelo, excepto las de Felicity, que en casi todos los tiros ha conseguido acertar en algún punto de la diana.

—Lo intento — digo mostrando lo evidente con una sonrisa que nadie me devuelve.

Usa tu encanto, Gemma. Pregúntale algo.

—¿De dónde es usted, señorita McCleethy? No es inglesa — digo en un intento de iniciar una conversación.

—Soy una ciudadana del mundo, supongo. O al menos así he sido criada.

Lucho para poner mi flecha en posición. Ésta no coopera.

—Yo soy de Bombay.

—Bombay es muy caluroso. Me costaba respirar cuando estuve allí.

—¿Ha estado en Bombay?

—Sí, por poco tiempo, visitando a unos amigos. Así, mantenga el codo cerca de usted.

—Quizá tengamos amigos en común — digo, esperando que esto me ayude a caerle en gracia a la señorita McCleethy —. ¿Conoce a los Fairchild?

—Silencio, señorita Doyle, basta de hablar. Concéntrese.

—Sí, señorita McCleethy — respondo.

Por fin disparo, y la flecha pasa rozando por la hierba.

—¡Ah! Lo tenía, pero ha dudado. Debe lanzar sin dudar. Mire la diana, el objetivo y nada más.

—Ya miro la diana — digo impaciente —. Simplemente no puedo darle.

—¿Se va a ir herida y orgullosa o va a practicar hasta que logre su objetivo?

Cecily sonrío al ver que me reprende. Levanto el codo otra vez.

—No estoy herida — murmuro.

La señorita pone sus manos sobre las mías.

—Muy bien. Ahora concéntrese, señorita Doyle. Sólo escúchese a sí misma, su propia respiración. Mire el centro hasta que no pueda verlo. Hasta que usted y el centro se hayan unido y no haya centro.

Respiro profundamente. Estoy intentando pensar sólo en la diana, pero mi mente no se está quieta ¿Cuándo estuvo ella en la India? ¿A quién visitó? ¿Le encantó como a mí? Miro el centro de la diana hasta que ésta se vuelve borrosa.

Mira el objetivo y nada más. No dudes. Hasta que no haya centro.

La flecha vuela con un agudo y sordo ruido. Golpea en la parte inferior de la lona y se queda allí, temblando.

– Mejor – acepta la señorita McCleethy.

A mi derecha, Felicity apunta, tira hacia atrás la cuerda y dispara, logrando una diana perfecta. Las chicas aplauden salvajemente. Felicity está de pie, radiante como una princesa guerrera.

– Excelente, señorita Worthington. Es usted muy buena y muy fuerte. Admiro la fortaleza. ¿Por qué cree que puede disparar tan bien?

«Porque se entrenó con una cazadora en los reinos creo.»

– Porque estoy segura de ganar – es la rotunda respuesta de Felicity.

– Bien hecho, señorita Worthington.

La señorita McCleethy camina por la hierba recogiendo caprichosamente flechas del suelo y de la parte inferior de las dianas mientras se dirige a todas nosotras.

– Señoritas, en su dedicación a cualquier cosa no pueden dudar. Lo que quieran puede ser suyo; pero primero deben saber qué es lo que quieren.

– Yo no quiero ser arquera – lloriquea Cecily silenciosamente –. Me duele el brazo.

La señorita McCleethy continúa su lección.

– Dejemos que la señorita Worthington sea un ejemplo para todas.

– Está bien – refunfuño –. Seré como Felicity: toda acción y poco pensamiento. Enfadada, levanto mi arco y dejo ir mi flecha.

– ¡Gemma! – grita Ann.

Con las prisas, no me he dado cuenta que la señorita McCleethy estaba pasando por delante de mi diana. Rápida como una mosca, levanta una mano para parar la flecha que estoy convencida de que hubiera penetrado en su cráneo. Grita de dolor. La sangre se extiende por su guante blanco. Las chicas dejan caer sus aljabas y flechas y corren en su ayuda. Yo las sigo torpemente. Está en el suelo, presionando su guante. Hay un agujero visible en la palma de su mano. No es profundo pero está sangrando.

– ¡Que alguien le dé un pañuelo! – grita una de las chicas.

Yo ofrezco el mío. La señorita McCleethy lo coge y me lanza una mirada fría y furiosa.

– Y – yo lo siento mucho – tartamudeo –. No la he visto.

– ¿Acaso ve usted algo, señorita Doyle? – dice la señorita McCleethy estremeciéndose.

– ¿Llamo a la señora Nightwing? – pregunta Felicity, y me da la espalda.

La señorita McCleethy fija su mirada furibunda en mí.

– No. Continúen practicando. La señorita Doyle me ayudará a vendar la herida como castigo.

– Sí, por supuesto – digo mientras la ayudo a levantarse.

Caminamos en silencio. Cuando llegamos a la escuela, me hace ir a buscar vendas a donde Brigid, que no puede resistirse a la tentación de aleccionarme

sobre cómo Dios está castigando a la señorita McCleethy por enseñarnos algo tan desnaturalizado como el tiro con arco.

—Si me lo preguntaras a mí, te diría que lo que debería hacer es enseñaros a usar la aguja o hacer aquellas pequeñas y bonitas acuarelas. Pero a mí nadie me pregunta, y es una pena. Toma, aquí están tus vendas. Recuerda que hay que atarlas bien.

Con el vendaje en la mano, vuelvo junto a la señorita McCleethy, que se ha lavado la mano y está usando una servilleta de té para detener la hemorragia.

—Traigo los vendajes — digo, ofreciéndoselos.

No sé qué debo hacer. La señorita McCleethy me mira como si fuera una tonta de pueblo.

—Creo que necesitare que me vende la herida, señorita Doyle.

—Sí, por supuesto — digo —. Lo siento. Me temo que yo nunca...

La señorita McCleethy me interrumpe.

—Colóquela a través de la palma de mi mano y envuélvala completamente; ya está. Ahora crúcela por encima y vuelva a hacer lo mismo. ¡Ahhh!

He apretado demasiado fuerte en la herida.

—Perdón. Lo siento — digo.

Continúo vendándola. Aseguro con firmeza el vendaje y cuando llego al final pongo el extremo por dentro de la venda.

—Ahora, señorita Doyle, si fuera tan amable de traerme otro guante para cambiar éste. Están en mi armario, en el primer cajón a la derecha — me ordena —. Y no se entretenga, señorita Doyle. Tenemos que retomar la lección.

La habitación de la señorita McCleethy es modesta y limpia. Aun así, es extraño estar al otro lado de la puerta forrada de paño donde viven los profesores. Me siento como si estuviera entrando en una tierra sagrada. Abro las puertas de caoba del gran armario y encuentro el primer cajón de la derecha. Los guantes están donde ella ha dicho que estarían, en una clara hilera, ordenados como soldados. Elijo un par y echo un último vistazo alrededor de la habitación para ver si hay alguna pista de nuestra nueva y misteriosa profesora. Es evidente lo pequeña que es la habitación. No hay objetos personales. Nada que sugiera algo sobre ella. Colgados del armario hay trajes elegantes, faldas y blusas en colores gris, negro y marrón. Nada que llame la atención. Sobre la mesita de noche hay dos libros. Uno de ellos es la Biblia. El otro son poemas de Lord Byron. No hay fotografías de la familia o de amigos. No hay pinturas o bocetos, algo extraño en una artista.

Es como si la señorita McCleethy hubiera venido de la nada y no perteneciera a nadie.

Estoy a punto de salir cuando descubro la maleta que la señora McCleethy insistió en llevar ella misma la noche que llegó. Está allí, justo debajo de la cama. No debería. Está mal que lo haga. Pero cierro la puerta de la habitación con cuidado y saco la maleta de su escondite. Hay un candado. Seguramente estará cerrado y será el final. Mis dedos tiemblan sobre el candado que, descubro sorprendida, se abre con facilidad. Hay muy pocas cosas dentro: el anuncio de una

librería de Londres, la Golden Dawn; un curioso anillo de oro y esmalte azul con dos serpientes entrelazadas alrededor; papel de escribir y un tintero.

Un trozo de papel cae al suelo y se desliza debajo de la cama. Precipitadamente, me agacho y me pongo a buscarlo. Meto la mano bajo la cama y lo alcanzo. Es una lista: «Academia para chicas Señorita Farrow. Escuela MacKenzie para chicas de Escocia. Colegio Real de Bath, Santa Victoria. Academia Spence para jóvenes señoritas». Todas han sido tachadas, excepto Spence. Pongo el papel otra vez en la maleta lo mejor que puedo, esperando que no haya nada mal, y coloco de nuevo todo en su sitio bajo la cama.

—Si esto es lo que entiende por no entretenerse, señorita Doyle, no me la imagino cuando no tenga prisa — me amonesta la señorita McCleethy cuando regreso.

No puedo anticipar si la señorita McCleethy y yo nos haremos amigas. Coge con rapidez el guante nuevo y se estremece mientras lo desliza por su mano herida.

—Lo siento — me disculpo otra vez.

—Sí, está bien. Intente tener más cuidado en el *futurro*, señorita Doyle — dice con su especial manera de pronunciar la erre.

—Sí, señorita McCleethy — respondo sin poder evitar un sofocado bostezo.

Los ojos de la señorita McCleethy se entornan ante mi mala educación.

—Perdóneme. Últimamente no duermo muy bien.

—Más ejercicio es lo que usted necesita. Moverse y que le dé más el aire fresco. Eso es perfecto para el cuerpo y el sueño. En Santa Victoria les insistía a mis chicas que dieran paseos y respiraran aire del mar sin importar el tiempo que hiciera. Si llovía, nos poníamos impermeables; si nevaba, nos poníamos los abrigos. Ahora, si me disculpa, hemos de volver al campo.

Es posible que la señorita McCleethy no tenga el nervio de la risa en su cuerpo. Me acabo de convertir en su estudiante menos favorita. De repente me doy cuenta de que necesito urgentemente que llegue la Navidad.

CAPÍTULO 10

La tarde empieza con el tradicional desfile de Navidad en el salón de baile. No es tanto una representación formal como una lectura de historias navideñas. Todas nos vestimos con trajes sacados de los baúles que se guardan en una de tantas habitaciones sin usar de Spence. Carreras por los pasillos, risas en las escaleras... Hay un extraño tropel de chicas de todas las edades, entusiasmadas, vestidas de pastoras, ángeles, hadas, faunos y flores. Una alumna se ha equivocado de baúl y revolotea como una bailarina con un raído abrigo de pirata y unos pantalones con las perneras desiguales. Ann, metida en una larga túnica marrón atada a la cintura con una cuerda de plata, representa a las navidades pasadas. Felicity parece una princesa medieval vestida con un precioso traje aterciopelado con trenzas doradas en las mangas y dobladillos. Insiste en que representa a las navidades futuras, pero realmente creo que ha encontrado el mejor vestido de todos y ha decidido llamarlo como ha querido. Yo voy de regalo de Navidad, con un traje verde y una corona de

acebo en la cabeza. Me siento un poco como un árbol cortado, aunque Ann asegura que estoy apropiadamente estacional.

– Es increíble que hoy la señorita McCleethy no te haya tirado de los pelos.

Parecía que lo fuera a hacer – dice Ann mientras vamos al comedor y pasamos al lado de un grupo de hadas que chismorrear y uno o dos hombres sabios.

– No lo he hecho intencionadamente – protesto al tiempo que coloco bien en mi cuello el amuleto de mi madre, mi amuleto. Pulo su superficie hasta que brilla –. Es rara esa mujer. Me da absolutamente igual – digo –. ¿No pensáis que es extraña?

Felicity se desliza por la alfombra como la reina que es.

– Creo que ella es justo lo que Spence necesita. Aires nuevos. A mí me gusta mucho. Me preguntó muchas cosas sobre mí.

– Sólo porque te hizo un cumplido, ya has decidido que va a ser tu amiga – protesto.

– Tú estás celosa porque me eligió precisamente a mí.

– Eso no es verdad – me burlo.

Aunque sospecho que lo es un poco. Felicity parece haberse convertido ya en la favorita de la señorita McCleethy con muy poco esfuerzo. En cambio yo... con suerte me da los buenos días.

– ¿Sabes que tiene una lista de escuelas en una maleta secreta que esconde debajo de la cama?

Felicity levanta una ceja.

– ¿Y tú cómo lo sabes?

Me estoy poniendo roja.

– Estaba abierta.

– ¡No puede ser! ¡Estabas fisgoneando! – me acusa Felicity al tiempo que se agarra de mi brazo y Ann me coge del otro.

– ¿Qué más había? ¡Cuenta!

– No mucho. Un anillo con serpientes que parecía muy antiguo, el anuncio de una librería que se llama Golden Dawn y la lista.

Dos alumnas de las pequeñas tratan de empujarnos para pasar. Tienen unas sonrisas malvadas y van vestidas de ángel. Felicity estira de las suaves alas de la que está más cerca y casi la hace caer.

– Hay una fila, ¿no lo veis? Poneos a la cola, como todas.

Horrorizadas, las chicas van corriendo a ponerse detrás de nosotras.

– ¿Qué más había en la maleta? – insiste Ann.

– Eso es todo – respondo.

– ¿Eso es todo? – repite Felicity, disconforme.

– Pero no lo habéis oído todo sobre la lista – continúo –. Todas las escuelas de la lista estaban tachadas excepto Spence. ¿Qué os parece eso?

Felicity no le da importancia.

– Nada. Lleva la cuenta de las escuelas donde ha buscado trabajo. No hay nada raro en eso.

– Estás exagerando un poco... Eso es porque no le gustas – dice Ann.
– ¿Dijo ella que no le gusto? – pregunto.
Felicity se gira, haciendo que el borde de su vestido barra el suelo.
– No tiene que hacerlo. Es obvio. Intentaste atravesarla con una flecha. Eso no te ayudó mucho.
– Te lo repito: ¡Fue un accidente!
Los dos ángeles han regresado y se las arreglan para colarse delante de nosotras en la fila del comedor.
– ¡Oh, niñas del demonio! – gruñe Felicity.
Las chicas gritan mientras corren, emocionadas por su recién descubierta osadía.

Es una tradición navideña que la señora Nightwing organice una última cena antes de que las alumnas se vayan de vacaciones. Parece que también es una tradición el brindis que se celebra después de la cena en el pasillo principal, con jerez para las profesoras y sidra caliente para el resto de nosotras. Podría emborracharme sólo de ver lo hermosa que se ve la habitación solitaria. Un fuego resplandece en la chimenea. En el centro, con las ramas extendidas como un anfitrión dando la bienvenida, está nuestro árbol, un grueso y alegre abeto. Han presionado al señor Grunewald, el profesor de música, para que toque el violonchelo para nosotras, lo cual hace con una habilidad sorprendente para un hombre de casi ochenta años.

Tenemos sorpresas navideñas: un tirón rápido de la cinta y revientan con un sonido agudo, dándonos a todos un susto de muerte. Todavía no he descubierto por qué la gente cree que esto es tan divertido. En este día se cantan villancicos. Las velas en el árbol están encendidas y la gente se queda admirándolas. También se les hace regalos a nuestros profesores. Hay un recital en francés para Mademoiselle LeFarge; una canción para el señor Grunewald; poemas, galletas y caramelos. Pero para la señora Nightwing, las chicas nos hemos sacudido los bolsillos. La habitación se despeja mientras Cecily camina a través de ella con una gran sombrerera. Como es la chica más mayor, ha tenido el honor de darle el regalo a nuestra directora.

– Feliz Navidad, señora Nightwing – dice mientras le entrega la caja.
La señora Nightwing deja sus gafas en una mesita.
– Dios mío, ¿qué puede ser?
Quita la tapa, aparta el papel, y saca un maravilloso sombrero de fieltro adornado con una brillante pluma negra. Fue Felicity quien se encargó del regalo, naturalmente. Sonoros «aahs» se nos escapan de la boca. Hay un sentimiento de asombro y alegría en la sala mientras la señora Nightwing se coloca el elaborado sombrero sobre su cabeza.
– ¿Qué tal estoy? – pregunta.
– ¡Como una reina! – chilla una de las chicas.
Aplaudimos y levantamos nuestros vasos.
– Feliz Navidad, señora Nightwing.

Por un largo momento, la señora Nightwing se emociona. Sus ojos están húmedos, pero cuando finalmente se repone, su voz es tan firme como siempre.

—Gracias. Es un regalo muy acertado y estoy segura de que lo disfrutaré enormemente — dice.

Con esto, se quita el sombrero y lo coloca con cautela en la sombrerera. Asegura la tapa y empuja la caja debajo de la mesa, fuera de la vista.

Con nuestros vasos llenos otra vez, Ann, Felicity y yo nos escabullimos y nos sentamos en el suelo al lado del árbol. El terroso olor del brandy llena mi nariz, y la sidra caliente ruboriza mis mejillas.

—Para ti — dice Felicity, poniendo una bolsita en mi mano.

Dentro hay un encantador peine de carey.

—Es precioso — exclamo, avergonzada por el derroche—. Gracias.

—¡Oh! — exclama Ann, abriendo el suyo.

Lo reconozco. Es un broche de Felicity que Ann admira. Sin duda, Felicity tiene uno nuevo en su lugar, pero Ann está emocionada. Se lo prende en su traje enseguida.

—Tomad — dice Ann tímidamente y nos da dos regalos envueltos en papel de periódico.

Nos ha hecho un adorno, unos ángeles con un delicado cordón, como el de Pippa.

Ha llegado mi turno. No tengo la habilidad con la aguja que tiene Ann, ni tanto dinero para estar a la altura de los obsequios de Felicity. Pero puedo ofrecer algo especial.

—Yo también tengo algo — digo.

—¿Dónde está? — pregunta Ann.

Tras ella las lámparas se reflejan en la pared con formas de mariposas. Me inclino hacia delante y susurro:

—Nos encontraremos aquí a medianoche.

Enseguida lo entienden y gritan con entusiasmo, por que por fin vamos a volver a los reinos. Estalla un ruidoso cacareo. Es una risa que nunca antes había oído; quizá por que pertenece a la señora Nightwing. Está sentada entre los profesores, que ya están bastante alegres.

—¡Oh! Puedes conmigo... — dice la señora Nightwing, acariciando su pecho con la mano, como si eso fuera a parar la risa.

—Te lo digo otra vez, fuiste tú quien empezó el problema — dice la señorita McCleethy con una sonrisa—. Entonces eras bastante valiente, te lo recuerdo.

Las chicas se precipitan como agua por la hendidura de un tronco. Con curiosidad insaciable, sus preguntas caen sobre ella.

—¿Qué es? — preguntan—. Cuéntenoslo.

—¿No sabían que su directora era la reina de las travesuras? — dice la señorita McCleethy, intentando provocarla.

—Ahora, ahora... — protesta la señora Nightwing, dando un sorbo a otro vaso de jerez.

– Cuéntenos – le implora Elizabeth.
Las otras se unen en un coro de «¡Sí, por favor!».
Cuando la señora Nightwing deja de protestar, la señorita McCleethy continúa su historia.
– Estábamos en un baile de Navidad. Había unos detalles muy especiales.
¿Recuerdas Lillian?
La señora Nightwing asiente, cerrando los ojos.
– Sí. Aquellas tarjetas con gruesas borlas rojas. Encantador, encantador.
– Asistían muchos caballeros, pero por supuesto, nuestro corazón pertenecía a un hombre en particular, de pelo negro y elegante figura. Era realmente atractivo.
La señora Nightwing no dice nada, sólo bebe más jerez.
– «Éste es el hombre con el que voy a casarme», nos anunció a todas su directora, con un valor que no se imaginan. Nosotras nos reímos, pero de repente, agarró mi brazo y pasó delante de él presumiendo.
– No presumía.
– ...y dejó caer su tarjeta de baile muy ingeniosamente a los pies de aquel caballero, haciendo como si no se diera cuenta. Por supuesto, él fue tras de ella y bailaron tres bailes seguidos hasta que las carabinas intervinieron.
Todas nos quedamos absortas escuchando a la señorita McCleethy.
– ¿Qué pasó entonces? – pregunta Felicity.
– Se casó con él – contesta la señorita McCleethy –, esa misma Navidad.
¿La señora Nightwing? Había olvidado que la señora Nightwing había estado casada y que alguna vez había sido joven. Intento imaginármela en su juventud, riendo, hablando con sus amigas. Pero no lo consigo. Sólo puedo verla tal y como es ahora, con ese moño de pelo gris, las gafas sus severos modales.
– Esto es increíblemente romántico – coincidimos todas.
– Fue muy valiente por tu parte, Lillian – dice la señorita McCleethy.
La cara de la señora Nightwing se ensombrece.
– Fue una locura.
– ¿Cuándo murió el señor Nightwing? – le susurro a Felicity.
– No lo sé. Te doy una libra si se lo preguntas – me responde también entre susurros.
– ¡Ni lo sueñes!
– ¿No quieres saberlo?
– No tanto como para preguntárselo.
– ¿Una libra dices? – Es Ann.
Felicity asiente. Ann se aclara la garganta.
– Señora Nightwing, ¿hace mucho que nos dejó el señor Nightwing?
– El señor Nightwing está con los ángeles desde hace veinticinco años – dice nuestra directora, sin alzar la mirada.
La señora Nightwing es una mujer de unos cuarenta y ocho, cincuenta años quizá. Que haya sido viuda durante la mitad de su vida es una pena.
– Entonces, ¿era un hombre joven? – sigue Cecily.

—Sí. Joven, joven — dice mirando fijamente al pálido jerez —. Estuvimos casados durante seis felices años. Un día... —y se detiene.

—¿Un día? —apunta Ann.

—Un día, se fue a trabajar al banco. —Vuelve a detenerse y toma un sorbo—. Y nunca más lo volví a ver.

—¿Qué pasó? —pregunta Elizabeth.

La señora Nightwing parece asustada, como si le hubiéramos hecho una pregunta que no entendiera, pero la respuesta llega despacio.

—Le atropello un carruaje en la calle.

Se hace un silencio terrible, de esos que acompañan las noticias malas e inesperadas, esas que no puedes hacer nada para cambiar o mejorar. Pienso en la señora Nightwing como la impenetrable fortaleza que nos hace creer que es nuestra directora. Alguien que puede controlarlo todo... Es difícil pensar qué no puede hacer.

—¡Qué terrible desgracia para usted! —dice Martha al final.

—Pobre señora Nightwing —interviene Elizabeth.

—Es realmente muy triste —dice Ann.

—No nos pongamos sentimentales. Pasó hace mucho tiempo. Hay que resignarse; ésa es la cuestión. Una debe aprender a guardar los pensamientos desagradables y no pensar nunca en ellos. No debemos pasarnos la vida llorando.

Apura su vaso; la grieta de su armadura ha sido reparada. Es Nightwing de nuevo.

—Y ahora, ¿quién tiene una historia de Navidad para compartir con nosotras?

—Yo tengo una —dice alegremente Elizabeth—. Es un cuento escalofriante sobre un fantasma con una larga cadena llamado Marley.

La señora Nightwing interrumpe.

—¿Habla de *Cuento de Navidad*, del señor Dickens? Creo que todas estamos familiarizadas con esa historia, señorita Poole.

Hay risas tontas a costa de Elizabeth.

—Pero es mi favorito —protesta, poniendo mala cara.

Cecily interviene:

—Yo tengo una historia encantadora, señora Nightwing.

Por supuesto que la tiene.

—Espléndido, señorita Temple.

—Había una vez una chica que era la mejor chica que se podía encontrar. Su carácter no merecía ningún tipo de reproche. Era discreta, bondadosa, distinguida y educada. Se llamaba Cecile.

Creo que ya sé por dónde irá la historia.

—Desafortunadamente, Cecile vivía atormentada por una cruel y salvaje chica llamada Jemima. —Tiene el descaro de mirarme a mí cuando dice esto—. Odiosa como era, Jemima se burlaba de la pobre y dulce Cecile, diciendo mentiras y volviendo a alguna de sus más queridas amigas en contra de ella.

—¡Qué terrible! —Elizabeth chasquea la lengua con desaprobación.

— A pesar de todo eso, Cecile continuó siendo bondadosa y virtuosa. Pero un día la tensión fue demasiada para ella, y la pobre chica cayó enferma debido a la implacable crueldad de Jemima. Cuando la llevaron a su lecho ya estaba moribunda.

— Espero que Jemima tenga lo que se merece — dice Martha con un significativo suspiro.

— Espero que Cecile tenga un final fatal — me susurra Felicity.

— ¿Qué pasó entonces? — pregunta Ann.

Éste es el tipo de historia que a ella le entusiasma.

— Todo el mundo se dio cuenta del horrible corazón que tenía Jemima y desde entonces la evitaron por siempre jamás. Cuando el príncipe se enteró de la bondad de Cecile, envió a su doctor a curarla y se enamoró locamente de ella. Se casaron, mientras Jemima deambuló por los campos como una mendiga ciega, pues sus ojos le habían sido arrancados por perros salvajes.

La señora Nightwing parece confundida.

— No acabo de ver por qué ésta es una historia de Navidad.

— Oh — añade Cecily deprisa —, tuvo lugar durante la época del nacimiento de Nuestro Señor. Jemima se dio cuenta de sus errores y le rogó a Cecile que la perdonase y se marchó a París, donde encontró trabajo barriendo para el vicario y su mujer.

— Ah — dice la señora Nightwing.

— Le debe de ser difícil barrer, si ha perdido sus ojos — me quejo.

— Sí — dice Cecile intensamente —. Sufre mucho. Pero esto es lo que hace que sea una historia tan buena para Navidad.

— Espléndido — dice la señora Nightwing, con la lengua un poco espesa por la bebida —. ¿Cantamos una canción? Es Navidad.

El señor Grunewald se sienta al piano y toca una vieja melodía inglesa. Algunos de los profesores cantan juntos. Unas cuantas alumnas se levantan a bailar. La señorita McCleethy no lo hace. Me está mirando fijamente.

No, está observando mi amuleto. Cuando se da cuenta de que la miro, me sonrío ampliamente, como si no hubiéramos tenido nunca un encontronazo y fuéramos viejas amigas.

— Señorita Doyle... — dice llamándome, pero Ann y Felicity se me echan encima.

— Venga, vamos a bailar — insisten, tirando de mí.

La tarde pasa como un sueño feliz. La excitación de las chicas jóvenes lo demuestra en exceso. Recostadas las unas contra las otras, duermen junto al fuego. Las alas de ángel están aplastadas bajo los débiles y rechonchos brazos de sus queridas amigas, hay caramelos redondos y coronas de acebo torcidas y enredadas entre su pelo. En una esquina, a lo lejos, la señora Nightwing mueve su cabeza.

— No — dice nuestra directora con un tono de voz más alto de lo normal a causa del jerez —. No puedo.

La señorita McCleethy pone su mano con cuidado sobre la de Nightwing, murmurando palabras que no puedo oír.

– Pero piensa en el gasto – contesta la señora Nightwing.

Sus ojos se cruzan con los míos por un momento y rápidamente los desvío. De repente, se levanta tratando de mantener el equilibrio sobre sus pies y pone una mano en el respaldo de una silla hasta que se endereza.

Mucho después de que las lámparas se hayan debilitado, de que los fuegos hayan quedado en nada y de que todo el mundo esté plácidamente en la cama, Ann y yo nos encontramos con Felicity abajo, en el gran recibidor. Los últimos rescoldos encendidos de la chimenea dan un resplandor misterioso a la habitación. El árbol de Navidad parece un siniestro gigante. En el centro están las columnas de mármol decoradas con hadas, centauros y ninfas. Su visión me hace estremecer porque sabemos que son más que es culturas. Son objetos vivientes que están prisioneros allí por la magia de los reinos, el lugar que estamos a punto de ver, sentir y tocar una vez más, si es que lo logramos.

– No te olvides de que me debes una libra – le dice Ann a Felicity.

– No me olvido – contesta Felicity.

– Tengo miedo – dice Ann.

– Yo también – digo yo.

Incluso Felicity ha perdido su bravuconería habitual.

– Pase lo que pase, no nos vamos sin las otras.

No dice el resto: «Como ocurrió con Pip... a quien dejaste morir».

– De acuerdo – digo. Tomo aire profundamente, intentando calmar mis nervios – . Dadme vuestras manos.

Juntamos nuestras manos y cerramos los ojos. Hace mucho tiempo desde la última vez que entramos en los reinos. Tengo miedo de no poder hacer que aparezca la puerta luminosa. Pero pronto siento el familiar temblor de mi piel, la calidez de la luz. Abro un ojo, luego el otro. Ahí está, ante nosotras, deslumbrante, el glorioso portal del otro mundo.

Felicity y Ann tienen el temor dibujado en su rostro.

– No sé qué encontraremos allí – digo antes de que empecemos.

– Sólo hay una manera de saberlo – contesta Felicity.

Abro la puerta y damos un paso hacia dentro, hacia los reinos.

Las flores de los árboles nos hacen cosquillas en la nariz. La hierba continúa teniendo el color verde del verano eterno. A nuestra derecha fluye el río. Puedo oír la débil canción que surge de sus profundidades y flota en los anillos de plata de la superficie. ¡Y el cielo! Es la puesta de sol más preciosa del día más maravilloso. Siento como si mi corazón estuviera a punto de explotar. ¡Ah, cómo echaba de menos este lugar! ¿Cómo he podido llegar a pensar en dejarlo?

– ¡Aah! – gime Felicity dando vueltas y vueltas con las palmas de sus manos abiertas hacia el cielo anaranjado – . ¡Es tan bonito!

Ann pisa el río. Se inclina y fija la mirada en su reflejo, sonriendo.

— Soy tan bonita aquí.

Y verdaderamente lo es. Es Ann como a Ann le gustaría ser, sin preocupaciones, sin miedos o cobardías, sin necesidad de llenar su vacío con pasteles y bollos.

Felicity pasa sus dedos por un sauce que cambia, como ondas de agua, y se convierte en una fuente.

— Esto es extraordinario. Podemos hacer cualquier cosa aquí. ¡Cualquier cosa!

— ¡Mirad! — nos llama Ann.

Pone un pedazo de hierba en la palma de sus manos y cierra los ojos. Cuando las abre de nuevo, un colgante de rubíes brilla en ellas.

— ¡Ayudadme a ponérmelo!

Felicity mira el broche, que reluce sobre la piel de Ann como la joya de un marajá.

— ¡Madre! — llamo, preguntándome si saldrá para saludarme.

No se oye nada más que la canción del río y las risas emocionadas de mis amigas mientras transforman flores en mariposas, rocas en joyas. Supongo que sabía que se había ido para siempre, pero no podía evitar la esperanza. Al lado de los árboles yace el arco de plata, presidiendo el centro del jardín. Fue allí donde encontré al asesino de Circe, uno de los espíritus negros de las Tierras Invernales. Fue allí donde rompí la runa del Oráculo liberando a mi madre pero a la vez dejando que la magia se perdiera. Sí, la magia se ha perdido. Es por eso que hemos venido. Y aun así, todo parece estar como era antes. Nada parece haber cambiado.

— Seguidme — digo.

Pasamos cerca del arco brillante y nos encontramos en un círculo que nos es familiar. Donde las runas de cristal se elevaron una vez altas y poderosas, ahora sólo hay trozos de tierra carbonizados y un extraño surtido de diminutos hongos venenosos.

— Curioso — dice Ann —. ¿De verdad hiciste esto, Gemma?

— Sí.

— Pero ¿cómo? — pregunta Felicity —. ¿Cómo fuiste capaz de romper algo que estuvo en pie durante siglos?

— No lo sé — respondo.

— Uag — dice Ann.

Al pisar uno de los hongos, éste se parte y se abre mostrando su interior negro y húmedo.

— Vigila donde pisas — le advierte Felicity.

— ¿Dónde buscamos ese Templo? — pregunta Ann.

Suspiro.

— No tengo ni idea. Kartik dijo que no hay ningún mapa. Sólo sé que está en algún sitio dentro de los reinos.

— No sabemos lo grande que es este sitio — dice Ann — o cuántos reinos puede haber.

— ¿No tienes ninguna pista de por dónde empezar? — pregunta Felicity.

—No. Sabemos que no está aquí en el jardín ni en los otros sitios en que ya hemos estado. Supongo que debemos escoger una dirección y... ¿Qué pasa?

La cara de Felicity se ha puesto blanca. La de Ann también. Sea lo que sea, está detrás de mí. Todos mis músculos se tensan, y me giro despacio para afrontar mi destino.

Ella sale de detrás de una arboleda de olivos, con una guirnalda de flores en su pelo negro. Los mismos ojos violetas. La misma piel pálida y la misma deslumbrante belleza.

—Hola —saluda Pippa—. Esperaba que volvierais.

CAPÍTULO 11

Felicity corre hacia ella.

—¡Espera! —grito, pero no hay manera de retenerla.

Felicity corre hacia Pippa y la abraza con fuerza. Pippa la besa en las mejillas.

—¡Eres tú! —exclama Felicity.

Está riendo y llorando al mismo tiempo.

—Pip, Pip, querida Pip, ¡estás aquí!

—Sí. Estoy aquí. ¡Ann! ¡Gemma! ¡Oh, por favor, no os quedéis mirándome así!

—¡Pippa! —Ann llora y sale corriendo hacia ella.

Apenas puedo creerlo. Pip, nuestra Pip, está aquí, más guapa que nunca. Algo en mí se abre paso. Caigo en la hierba sollozando, y mis lágrimas hacen crecer pequeñas flores de loto.

—Oh, Gemma, querida, no llores —ruega Pippa.

Rápida como una gacela pasa sus dedos entre mi pelo, y los siento cálidos como la lluvia de verano.

– No llores.
Subo la cabeza y miro hacia ella. Me sonrío.
– Si pudieras ver tu cara, Gemma. De verdad, ¡tan seria!
Eso me hace reír. Y llorar un poco más. Pronto estamos todas riendo entre lágrimas y nuestros brazos rodean a las otras. Es como volver a casa después de un largo y polvoriento viaje.
– Dejarme veros – dice Pippa –. Os he echado tanto de menos. Me lo tenéis que contar todo. ¿Cómo está la señora Nightwing? ¿Todavía son Cecily y Martha tan esnobes e insoportables?
– Todavía peor – dice Ann entre risitas.
– Justo la otra mañana Gemma echó mermelada en el vestido de Cecily para que se callara – dice Felicity.
Pippa abre la boca:
– ¡No puede ser!
– Me temo que sí lo hice – admito, sintiéndome estúpida por mi mal comportamiento.
– ¡Gemma! – llora y sonrío radiante –. ¡Eres mi heroína!
Nos tiramos en la hierba riendo. Hay mucho que contar. Le explicamos todo sobre Spence, las chicas, su funeral.
– ¿Todo el mundo lloró mucho? ¿Muchísimo? – pregunta Pippa.
Ann asiente:
– Muchísimo.
Ella sopla un diente de león. El viento expande la pelusa, que se convierte en un enjambre de luciérnagas.
– Estoy contenta de oír eso. Odiaría tener que pensar en gente sentada con la mirada fría alrededor de mi ataúd. ¿Eran bonitas las flores? Había flores, ¿verdad?
– Las flores más bonitas y la corona más grande – dice Felicity –. Debieron de costar una fortuna.
Pippa asiente sonriendo.
– Estoy tan contenta de haber tenido un funeral así. Venga ¡explicadme más historias de casa! ¿Se habla de mí en los pasillos? ¿Me echan todas mucho de menos?
– Sí, claro – dice Ann muy seria –. Todas te echamos de menos.
– Ahora tú no debes echarme nada de menos – dice Pip, dejando ir su mano. No quiero preguntar, pero debo.
– Pippa, pensaba que estabas... muerta. – No puedo escucharme a mí misma diciendo eso –. Pensaba que habías cruzado el río. Al otro mundo, más allá de los reinos. Cuando me fui, tú y tu caballero...
– ¿Dónde está tu caballero?
– Ah, él. Le tuve que dejar ir. – Pippa bosteza –. Siempre hacía lo que le pedía. Era muy aburrido.
– Era muy guapo. – Ann hace como que se desmaya.
– Sí, la verdad es que lo era, ¿no? – Pippa ríe tontamente.

— Lo siento — digo con miedo a interrumpir ese momento feliz —, pero no lo entiendo. ¿Por qué no cruzaste?

Pippa se encoge de hombros.

— Mi señor, el caballero, me dijo que yo no tenía que cruzar. Hay muchas tribus aquí, criaturas que siempre han vivido en los reinos. Son parte de este mundo.

Estira los brazos hacia atrás, dobla las rodillas y las deja balancear con cuidado la una contra la otra.

— Entonces, ¿acabas de volver? — apunto.

— Sí. Y después me he parado a coger flores silvestres para hacer una corona. ¿Os gusta?

— Oh, sí — dice Ann.

— Entonces, voy a hacer una para ti.

— Y para mí — añade Felicity.

— Claro — dice Pippa —. Todas debemos tener una.

Estoy terriblemente confundida. Mi madre me dijo que las almas tienen que cruzar o hacerse corruptas. Pero aquí está nuestra Pippa, feliz y radiante, con los ojos del color de las violetas frescas, la amiga de siempre.

— ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? — pregunta Pippa.

— Dos meses — contesto.

— ¿De verdad? A veces parece como si fuera ayer; otras veces parece como si hubiera estado siempre aquí. Dos meses... esto quiere decir que es casi Navidad. Creo que me perderé la mañana de Navidad.

Ninguna de nosotras sabe qué responder a eso. Ann se sienta.

— Quizá su alma aún no ha cumplido su misión. Quizás es por eso que aún está aquí.

— ¡Puede que su misión sea ayudarnos a encontrar el Templo! — exclama Felicity.

— ¿Qué Templo? — pregunta Pippa.

— Cuando rompí la runa, liberé el poder de la Orden en los reinos. Quien encuentre el Templo y ate la magia allí podrá controlarla.

Los ojos de Pippa se entrecierran.

— ¡Es maravilloso!

Ann interviene.

— Pero todo el mundo lo busca, incluyendo los espías de Circe.

Pippa une sus manos con las mías.

— Entonces nosotras tenemos que encontrarlo primero. Haré todo lo que pueda para ayudaros. Podemos pedir ayuda a las criaturas.

Niego con la cabeza.

— Kartik dijo que no debemos confiar en nadie de los reinos, no mientras la magia esté perdida.

«No te fíes de nadie. No te fíes de nada.» Pero seguro que él no se refería a Pippa.

— ¿Kartik? — dice Pippa, como si estuviera intentando recordar algo de hace mucho tiempo — . ¿El chico indio? ¿El Rakshana?

— Sí.

Eleva el tono de su voz.

— Deberías tener cuidado con él. Los Rakshana también tienen sus espías aquí. No se puede confiar en ellos.

— ¿Qué quieres decir?

— Me han contado que los Rakshana y la Orden no son amigos. Los Rakshana pretenden ser sus protectores, pero lo que realmente desean es el poder de la Orden, controlar la magia de los reinos.

— ¿Quién te ha contado semejante cosa?

Pippa se encoge de hombros.

— Todos lo saben por aquí. Pregunta a cualquiera.

— Nunca lo he oído — digo — . Seguro que mi madre me hubiera avisado si eso fuera cierto.

— Quizá nunca tuvo la oportunidad — dice Pippa — . O quizá no lo sabía todo. Por su diario sabemos que ella sólo era una novicia cuando ocurrió lo del incendio.

Empiezo a objetar pero Pippa me detiene.

— Pobre Gemma. ¿Estás contrariada porque ahora yo sé más sobre esto?

— No, claro que no — niego, aunque siento que es verdad — . Sólo creo que deberíamos tener cuidado.

— Shh, Gemma. Quiero escuchar todos los secretos de los reinos — me regaña Felicity, y me da la espalda.

Pippa se regodea con una risa burlona y yo pienso en lo que me dijo en el salón de baile de Spence meses antes, cuando la reemplacé como favorita de Felicity: «Cuidado. Será una larga caída».

Pippa nos empuja a darnos un abrazo gigante y nos da besos en la mejilla con fervor. Su sonrisa es genuina.

— Ay, ¡os he echado tanto de menos! — dice al tiempo que una lágrima resbala por sus mejillas rosadas.

Soy una amiga horrible. Yo también la he echado en falta. Aquí está, y yo estropeando el momento con mi mal humor.

— Lo siento, Pip. Por favor, cuéntanos lo que sabes.

— ¡Si insistes!

Su sonrisa es deslumbrante y todas nos reímos como si nunca hubiéramos estado separadas. Los árboles dejan caer hojas que flotan lentamente hacia abajo, cubriendo nuestras faldas con los colores más vivos.

— Los reinos son extensos. Parece que nunca se acaban. He oído que hay maravillas tales que no puedes imaginarte. Un bosque de árboles llenos de luz que resplandecen eternamente. Nieblas de oro y criaturas con alas como las. Una nave con una Gorgona en su mascarón de proa.

— ¡Una Gorgona! — exclama Ann horrorizada.

– ¡Oh, sí! Yo lo he visto por la noche deslizarse entre la niebla. Un barco enorme y una cara temible – dice Pippa.

– ¿Cómo de temible? – pregunta Ann, mordiéndose el labio.

– Puedes morir de miedo si la miras a los ojos – dice Pippa.

Ann parece aterrada y Pippa le da un beso en la mejilla.

– No te preocupes, Ann, querida. Yo seré tu protectora.

– Espero no encontrarme con esa Gorgona.

– Dicen que la Orden le echó una maldición y la castigó a no descansar nunca y a decir siempre la verdad – explica Pippa.

– ¿Una maldición? ¿Por qué? – pregunta Felicity.

– No lo sé. Es una leyenda.

– Si ha de decir la verdad, entonces quizá puede decirnos dónde encontrar el Templo – digo.

– La buscaré para ti – dice rápidamente Pippa.

– ¿Tenemos que hacerlo? – pregunta Ann.

– Mira, Ann, mira esto.

Pippa coge un puñado de hierba, cierra su mano sobre ella y cuando la abre, un gatito está ahí sentado mirándonos.

– ¡Oh! – Ann acaricia el pequeño gato con su mejilla.

– ¡Nos vamos a divertir tanto ahora que estamos juntas otra vez!

Una espina se clava en mi interior. Mi madre insistió en que los espíritus deben cruzar al otro lado. Pero ¿y si estaba equivocada?

La vi morir; vi cómo la enterraban. La vi en mis sueños.

– He tenido los sueños más atroces sobre ti – digo.

Pippa da un golpe al gatito, que se vuelve naranja y luego rojo.

– ¿De verdad? ¿Cómo eran?

– Sólo me acuerdo del último sueño. Venías hacia mí y decías: «Cuidado, Gemma. Todos ellos vienen a por ti».

Pippa frunce el ceño.

– ¿Quién está viniendo a por ti?

– No lo sé. Pensaba que quizá me estabas enviando un mensaje.

– ¿Yo? – Niega con la cabeza –. No he hecho nada parecido. Ahora ven conmigo. – Me llama como si fuera el flautista de Hamelín –. Quiero hacer un árbol de Navidad.

Estamos allí durante lo que a mí me parecen horas. Ninguna quiere ser la primera en decir adiós, así que seguimos inventando razones para quedarnos: más malla mágica para el árbol; otro juego del escondite; buscar un poco más a la Gorgona que nunca aparece. Al final, llega la hora. Debemos irnos.

– ¿Podéis volver mañana? – nos pide.

– Yo me voy a Londres – dice tristemente Felicity –. Y vosotras dos... ¡más os vale que no volváis sin mí!

– Yo me voy al día siguiente – digo.

– ¿Ann? – pregunta Pippa.

– Yo me quedaré en Spence y pasaré las navidades con el servicio, como siempre.

– ¿Cuánto tiempo pasará hasta que volváis a estar juntas? – pregunta Pippa.

– Quince días – respondo.

No lo había pensado. ¿Cómo vamos a buscar el Templo si estamos separadas tanto tiempo?

– ¿Tanto tiempo? – dice Pip –. ¿Qué haré durante dos semanas enteras? Me aburriré tanto sin vosotras...

La misma Pip de siempre.

– Felicity y yo nos veremos – digo –, pero Ann...

Parece como si Ann fuera a ponerse a llorar.

– Tienes que venir a casa conmigo – le dice Felicity –. Lo primero que haré mañana por la mañana será enviarle un telegrama a mamá, y le diré que nos espere. Y me pasaré la tarde pensando en una buena historia para justificar por qué vienes. – Ann sonrío.

– Seguro que me gustan, las vacaciones y la historia.

– Tan pronto como podamos, en unos dos días, estaremos de vuelta – le aseguro a Pippa.

– Os estaré esperando.

– Mira a ver qué puedes descubrir – digo –. Busca a la Gorgona.

Pippa asiente.

– ¿Ya os tenéis que ir? ¿Tan pronto? No creo que pueda soportar deciros adiós.

– Dentro de dos días – le asegura Felicity

Pippa camina con nosotras a través del lugar donde una vez se elevaron las runas.

– ¡Cuidado! – grita Felicity.

Donde había aplastado el hongo venenoso, la hierba se ha convertido en ceniza. Una serpiente negra se desliza por ella.

– Uagh – exclama con repugnancia Ann al tiempo que la esquiva.

Pippa coge una piedra afilada y la lanza contra ese ser.

– Ya está – dice, sacudiéndose los restos de la piedra de las manos.

– Cómo detesto las serpientes – dice Felicity con un temblor.

Es sorprendente cómo Felicity se pone nerviosa por todo. Pero más sorprendente es esto: Pippa está mirando fijamente la roca que ha tirado con una extraña sonrisa. No puedo describir su expresión, pero me pone nerviosa.

Después de un último beso hacemos aparecer la puerta luminosa y de nuevo nos encontramos en el gran salón.

– ¡Mirad! – grita Ann.

El rubí todavía brilla y deslumbra alrededor de su cuello.

– Has traído la magia contigo – digo, tocando la piedra.

– No tiene ningún cierre – digo –. Supongo que es por eso.

– Déjame probar – dice Felicity, que cierra los ojos y en un instante está flotando por encima de nosotras.

— ¡Felicity! ¡Baja! — le apremio en un susurro.

— ¡Ni en broma! ¿Por qué no subís?

Con un grito, Ann se eleva para reunirse con Felicity. Chocan sus manos en el aire y giran lejos del suelo, como fantasmas.

— ¡Esperadme! — digo y me elevo también para reunirme con ellas.

Mis manos extendidas, mis piernas colgando por encima de las sillas y la chimenea. Siento la alegría que me da el placer de la ingravidez.

— ¡Qué fantástico! — exclama Ann con una sonrisa tonta.

Baja y repone la figurita del ángel en la punta del árbol —, que de esa manera queda erguido y recto.

— Así.

— ¿Qué haces? — le pregunto a Felicity, que está con los ojos cerrados y se frota la palma derecha contra la izquierda.

Cuando separa sus manos hay un deslumbrante anillo de diamantes. Se lo pone en el anular y nos lo muestra para que lo veamos.

— Es el regalo más maravilloso del mundo — dice Felicity observando detenidamente su anillo —. Pensad en lo bien que nos lo vamos a pasar en Londres con la magia a nuestra disposición.

— No creo que eso sea inteligente — digo —. Tenemos que atar la magia, ése es nuestro propósito.

Felicity se muerde los labios.

— No haré nada malo con ella.

No quiero empezar a discutir eso ahora.

— Volemos otra vez — digo para cambiar de tema.

Al final hasta Felicity está cansada. Nos colamos otra vez en nuestras habitaciones y repetimos con alegría el nombre de la amiga por la que habíamos estado de luto durante dos meses: Pippa. Quizás esta noche duerma en paz, sin sueños terribles que me dejen agotada por la mañana.

Al cabo de una hora estoy a salvo en mi propia cama. Ahora me viene la palabra para definir el aspecto que Pippa tenía mientras miraba fijamente la cosa que había matado: hambrienta.

CAPÍTULO 12

Ha llegado un carruaje para llevar a Felicity y Ann a la estación de tren. Nos despedimos en el gran vestíbulo de mármol mientras los sirvientes acompañan a los cocheros hacia los baúles. Felicity está fresca e imponente con su abrigo color malva y su manguito de piel. Ann tiene aspecto tímido; lleva una de las mejores galas que Felicity le ha prestado, un vestido de terciopelo azul demasiado brillante para la ocasión, cerrado con el broche de uvas.

— ¿Te queda algo de magia? — pregunta Felicity.

— No — digo —, se me ha acabado. ¿Y a ti?

— También. — Y me advierte frunciendo el ceño —. No te atrevas a volver sin nosotras.

— Por centésima vez: no lo haré.

El cochero recoge la última de sus cosas.

— Deberíais iros. ¡No querréis perder el tren!

Es difícil hablar con las prisas y todo el alboroto que reina. Y además, odio las despedidas.

Ann sonrío.

—Fee me ha prestado su capa.

—¡Qué encanto! — digo, intentando ignorar que ha llamado a Felicity por su apodo.

Felicity nunca me ha dejado nada prestado, y no puedo evitar sentirme un poco celosa de que las dos pasen las vacaciones juntas.

Felicity juega con la ropa de Ann, alisando hacia fuera las arrugas.

—Le diré a mamá que nos lleve mañana a su club a comer. Es uno de los mejores clubes de mujeres, ¿sabes? Tenemos que contarle a Gemma nuestro gran plan. Tiene que cumplir su papel.

No quiero ni pensar en lo que debe de ser.

—Me llevo a Ann durante las vacaciones para traerla como si fuera otra. Se acabó este triste ratoncito de chica, esta estudiante con beca. Parecerá como si hubiera nacido así. Nadie se dará cuenta.

Ann le sigue la corriente.

—Voy contarle a su madre que desciendo de la realeza rusa y que no lo he sabido hasta ahora, que mi tío abuelo, el duque de Chesterfield, me ha encontrado aquí en Spence y me ha comunicado el último legado de mis padres.

Lanzo una mirada a Ann, toda rechoncheta y con una cara muy inglesa.

—¿Crees que eso es inteligente? — le pregunto.

—Saqué la idea del rubí. Anoche pensé: ¿qué pasaría si pudiéramos vivir en nuestras propias ilusiones? — dice Felicity —. ¿Qué pasaría si jugáramos un poco?

—¿Qué pasará si nos descubren? — se preocupa Ann.

—No lo harán — dice Felicity —. Les diré a las señoritas del club que antes de la muerte de tus padres recibiste clases de música de un cantante ruso mundialmente conocido. Estarán emocionadas de oírte cantar. Sabiendo cómo son, se te disputarán para que cantes en sus bailes y cenas. Serás el regalo más exhibido y nunca sabrán que eres pobre como un ratón de iglesia.

Hay algo perverso en la mueca de Felicity.

—Quizá las decepcione — dice Ann.

Salimos afuera con los paraguas abiertos y allí nos que damos un momento a solas. Ninguna de nosotras quiere decir en voz alta lo que realmente siente: que será una tortura esperar para entrar en los reinos. Después de probar la magia, es difícil esperar para probarla otra vez.

—Deslúmbrales — le digo a Ann.

Nos abrazamos ligeramente cuando el conductor las llama bajo la cortina de agua.

—Dos días — dice Felicity.

Asiento.

—Dos días.

Rodean el carruaje pero no pueden evitar pisar el barro.

Cuando entro, Mademoiselle LeFarge está sentada en el gran salón. Lleva su mejor traje de lana y está leyendo *Orgullo y prejuicio*.

— Está encantadora — le digo —. Ehh... *très jolie!*

— *Merci beaucoup* — responde sonriendo —. El inspector me llamará enseguida.

— Veo que está leyendo a la señorita Austen — le contesto agradecida de que no me haya reprendido por mi terrible francés.

— Oh, sí. Disfruto de sus libros. Son tan románticos. Es muy inteligente por su parte acabar siempre con una nota de felicidad, con un compromiso o una boda.

Una criada llama a la puerta.

— El señor Kent ha venido a verla, señorita.

— Ah, gracias. — Mademoiselle LeFarge cierra su libro —. Bueno, señorita Doyle, la veré en Año Nuevo. Que tenga una feliz Navidad.

— Feliz Navidad a usted también, Mademoiselle LeFarge.

— Ah, y trabaje su francés durante las vacaciones, señorita Doyle. Es tiempo de milagros. Quizás a las dos nos concedan uno.

En cuestión de horas, Spence está casi desierto. Sólo unas cuantas de nosotras seguimos allí. Durante todo el día las chicas se han ido marchando. Desde mi ventana, las he visto salir al frío exterior para subir en los carruajes que las conducirán hasta la estación de tren. Las he visto despidiéndose con sus promesas de verse en tal baile o tal ópera. Es maravilloso que tengan lágrimas en los ojos y digan «Te echaré de menos», aunque sólo dejen de verse unos pocos días.

Estoy a mis anchas y me paso un tiempo explorando, subiendo por las escaleras hasta las torrecillas desde donde las ventanas me permiten contemplar a vista de pájaro y los campos que rodean Spence. Revoloteo por delante de puertas cerradas con llave y de las negras y de las artesonadas habitaciones, que más bien parecen piezas de museo que estancias con vida. Deambulo por la academia hasta que anochece. Es tarde y debería estar en la cama; no creo que nadie me esté buscando.

Cuando llego a mi piso, me detengo. Estoy helada. Una de las enormes puertas quemadas que conducen al ala este está entornada. Hay una llave en la cerradura. Durante el tiempo que he estado en Spence, nunca he visto esas puertas abiertas, y me pregunto por qué justamente están abiertas ahora, cuando la escuela permanece vacía. Casi vacía.

Me acerco, intentando no hacer ruido. Hay voces que vienen de dentro. Las reconozco: la señora Nightwing y la señorita McCleethy. No puedo oírlas claramente. El aire pasa a través de ellas como un bramido, enviando ráfagas de palabras hacia mí.

«Debe empezar... Londres... Ellos nos ayudarán... Te lo aseguro.»

Tengo demasiado miedo para mirar hacia dentro, así que pongo mi oreja en la rendija, justo cuando la señora Nightwing dice:

— Yo debo encargarme de esto. Después de todo, es mi deber.

Al decir esto, la señorita McCleethy da un paso hacia la puerta y me sorprende in fraganti.

— ¿Escuchando detrás de las puertas, señorita Doyle? — me pregunta con ojos destellantes.

— ¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? — pregunta la señora Nightwing —. ¡Señorita Doyle! ¡Cómo es posible!

— Yo, yo... lo siento mucho, señora Nightwing. Oía voces.

— ¿Qué ha escuchado? — pregunta la señora Nightwing.

— Nada — contesto.

— ¿Espera que la creamos? — presiona la señorita McCleethy.

— Es verdad — miento —. La escuela está tan vacía, y me costaba dormir.

La señorita McCleethy y la señora Nightwing intercambian miradas.

— Váyase a la cama, señorita Doyle — dice la señora Nightwing —. Y en el futuro, debe hacer notar su presencia al momento.

— Sí, señora Nightwing — respondo, casi corriendo hacia mi habitación al final del pasillo.

¿De qué estaban hablando? ¿Qué es lo que tiene que empezar?

Con esfuerzo, me quito mis botas, el vestido y las medias, hasta que me quedo en camiseta. Hay exactamente catorce horquillas en mi pelo. Las cuento mientras mis dedos temblorosos las van quitando de una en una. Mis cobrizos rizos caen por mi espalda con un suspiro de alivio.

No es bueno. Estoy demasiado nerviosa para dormir. Necesito distracción, algo para despejar mi mente. Debajo de su cama, Ann tiene unas revistas apiladas, de esas que te dan consejos y te enseñan las últimas tendencias. En la cubierta hay una foto de una mujer preciosa. Su cabello está adornado con plumas. Su piel se ve perfecta y tiene una mirada a la vez bondadosa y pensativa, como si estuviera mirando hacia la puesta de sol y al mismo tiempo pensando en cómo vendar las huesudas rodillas de los niños necesitados. No sé cómo conseguir una mirada como ésa. Me veo a mí misma con un nuevo miedo: nunca llegaré a ser así de encantadora, jamás lo lograré.

Me siento ante el tocador, y me miro fijamente en el espejo, girando mi cara hacia uno y otro lado. Mi perfil no está mal. Tengo una nariz recta y una buena mandíbula. Me vuelvo de nuevo hacia el espejo y advierto las pecas y la pálida frente. Desesperante. No es que haya algo horrible en mí; es sólo que no hay nada que destaque. Ningún misterio. No soy el tipo de chica que sacarían en la portada de las revistas de variedades. No soy de las que los admiradores se le tiran encima, la chica inmortalizada en las canciones. Y no puedo decir que eso me dé lo mismo.

Cuando acuda a cenas y bailes, si es que voy a alguno, no sé qué verán los otros en mí. ¿Se llegarán a dar cuenta de que estoy ahí? ¿O serán los hermanos y queridos tíos mayores y primos lejanos de otros primos los que se vean obligados a sacarme a bailar por educación, porque sus mujeres, madres y anfitrionas les han forzado a ello?

¿Podría ser yo algún día una diosa? Me peino el pelo y lo coloco detrás de mis hombros como he visto hacer en algunos carteles atrevidos de las óperas, en los que aparecen mujeres tísicas que se mueren por amor mientras se las ve

dolorosamente hermosas. Si me arreglara y afinara mis labios un poco, quizá me vería más fascinante. Mi reflejo en el espejo me pide algo.

Cautelosamente, empujo hacia abajo los tirantes de mi camiseta y dejo mi carne al descubierto. Sacudo mi pelo levemente para que se vuelva un poco salvaje, como si fuera una ninfa indomable del bosque.

– Perdona – le digo a mi reflejo –. No puedo creer que nos hayamos conocido. Soy... Pálida. Esto es lo que soy.

Me pellizco las mejillas y empiezo de nuevo, adoptando una voz profunda.

– ¿Quién vaga por mis ramas tan libremente? Dime tu nombre, ¡dímelo!

Detrás de mí, alguien se aclara la voz y susurra.

– Soy yo, Kartik.

Un grito ridículo se escapa de mi garganta. Doy un salto de mi tocador e inmediatamente tropiezo con el borde, cayendo sobre la manta y llevándome la silla conmigo. Kartik da un paso atrás y se aleja de mi tocador; tiene las palmas levantadas frente a su pecho.

– Por favor, no grites.

– ¡Cómo te atreves! – grito ruborizada, corriendo hacia mi armario en busca del traje –. Oh, Dios mío, ¿dónde está el traje?

Kartik mira fijamente al suelo.

– Yo... no era mi intención. Te lo aseguro. Estaba allí, pero me dormí y entonces... ¿Estás... presentable?

He encontrado el traje pero los dedos no me responden debido a mi estado de nerviosismo. Me lo pongo, pero está mal abotonado y me cuelga formando un ángulo raro. Cruzo mis manos para que no se note tanto.

– Quizá no lo sabes, pero es imperdonable esconderse en la habitación de una señorita. Y presentarse mientras se está vistiendo... – digo enfadada –, imperdonable.

– Lo siento – dice tímidamente.

– Imperdonable – repito.

– ¿Debo irme y volver luego?

– Ahora que ya estás aquí, puedes quedarte.

Sinceramente, estoy contenta de tener compañía después de mi desafortunado encuentro de antes.

– ¿Qué es tan urgente que requiere que escales una pared y te escondas detrás de mi tocador?

– ¿Has entrado en los reinos? – pregunta.

– Sí. Pero nada parece haber cambiado. Está tan bonito como antes.

Me detengo pensando en Pippa. La hermosa Pippa, a la que Kartik una vez miró fijamente con temor. Pienso en ella advirtiéndome sobre los Rakshana.

– ¿Qué pasa?

– Nada. Le hemos pedido ayuda a alguien allí. Una guía, o algo así.

Kartik mueve su cabeza.

— ¡Eso no es inteligente! Te lo dije, ahora mismo no puedes confiar en nada ni nadie que venga de los reinos.

— Esa persona es alguien en quien podemos confiar.

— ¿Cómo lo sabes?

— Es Pippa — digo en voz baja.

Los ojos de Kartik se entrecierran.

— ¿La señorita Cross? Pero pensaba...

— Sí, yo también. Pero la vi anoche. No sabe nada sobre el Templo, aunque nos ayudará a encontrarlo.

Kartik me mira fijamente.

— Pero si no cruza, se corromperá.

— Dice que ése no es su caso.

— No puedes confiar en ella. Podría estar ya corrupta.

— No hay nada extraño en ella — protesto enseguida — sólo el hecho de que sea tan...

Sólo el hecho de que sea tan bonita como antes, iba a decir.

— ¿Sólo el hecho de que qué?

— Es la misma Pippa — contesto en voz baja —. Y sabe más sobre los reinos de lo que nosotras sabemos ahora. Puede ayudarnos. De momento, es más de lo que tú me has ofrecido,

Si le he herido en su orgullo, no se le nota. Kartik da un paso, tan cerca que puedo olerlo: una mezcla de humo, canela, aire... lo prohibido. Recojo mi traje con firmeza sobre mí.

— Está bien — dice, frotándose la barbilla —. Ve con cuidado. Pero esto no me gusta. Los Rakshana avisaron expresamente.

— Los Rakshana no han estado allí, así que ¿cómo es posible que sepan en quién confiar?

La advertencia de Pippa me parece de repente muy acertada.

— No sé nada de su hermandad. ¿Por qué debería confiar en ellos? ¿Por qué debería confiar en ti? Honestamente... te cueles en mi habitación y te escondes detrás de mi tocador. Me sigues por todas partes. Estás constantemente dándome órdenes: ¡cierra tu mente! ¡No, abre tu mente! ¡Ayúdanos a encontrar el Templo! ¡Ata la magia!

— Te he dicho lo que sé — dice apesadumbrado.

— No sabes mucho, ¿verdad? — le presiono.

— Sé que mi hermano era Rakshana. Sé que murió intentando proteger a tu madre, y que ella murió intentando protegerte a ti.

Eso es. Ahora nos une el horrible sufrimiento. Me siento como si el aire me hubiera golpeado.

— No — le advierto.

— ¿No qué?

— No cambies de tema. Creo que debo ser yo quien dé las órdenes por un tiempo. Tú quieres que encuentre el Templo, y yo quiero algo de ti.

– ¿Me estás haciendo chantaje? – me pregunta.
– Puedes llamarlo como quieras, pero no te contaré nada más hasta que no respondas a mis preguntas.
Me siento en la cama de Ann. Él se sienta en la mía, frente a mí. Aquí estamos, como una pareja de perros preparados para morder si se les azuza.
– Pregunta – dice.
– Preguntaré cuando esté preparada – digo.
– Muy bien, no preguntes – dice, y se levanta para irse.
– ¡Cuéntame lo que sabes de los Rakshana! – le suelto.
Kartik suspira y mira al techo.
– La hermandad de los Rakshana ha existido desde hace el mismo tiempo que la Orden. Nacieron en el este pero se unieron con otros a lo largo del camino. Carlomagno fue Rakshana, como lo fueron muchos de los caballeros templarios. Eran guardianes de los reinos y sus fronteras, y habían jurado proteger a la Orden. Su emblema es una espada con una calavera.
Lo dice deprisa, como una lección de historia recitada por un buen profesor.
– Veo que eres muy servicial – digo irritada.
Levanta un dedo.
– Pero informo.
Ignoro su gesto.
– ¿Cómo te convertiste en miembro de los Rakshana?
Se encoge de hombros.
– Siempre he estado con ellos.
– ¿Siempre? Has debido de tener una madre y un padre.
– Sí, pero nunca los conocí realmente. Los dejé cuando tenía seis años.
– Oh – balbuceo sorprendida. Nunca había pensado en Kartik como un niño pequeño que abandona los brazos de su madre – . Lo siento.
Ni siquiera me mira.
– No hay nada que sentir. Se sobreentendía que yo iba ser entrenado por los Rakshana, como ya lo había sido mi hermano Amar antes que yo. Fue un gran honor para mi familia. Me llevaron a Fold y me eduqué en matemáticas, lenguas, armas, lucha. Y criquet – sonrío – . Soy bastante bueno jugando al criquet.
– ¿Qué más?
– Me enseñaron cómo sobrevivir en los bosques, cómo rastrear e incluso a robar.
Levanto la ceja con gesto de incredulidad.
– Lo que sea necesario para sobrevivir. Uno nunca sabe si necesitará robar del bolsillo de un hombre para poder comprar la comida o provocar una distracción justo en el momento oportuno.
Pienso en mi propia madre, que se ha ido para siempre, y en lo mucho que siento su pérdida.
– ¿Y no echabas terriblemente de menos a tu familia?
Habla en voz muy baja.

— Al principio, buscaba a mi madre en cada calle, en cada mercado, siempre con la esperanza de que la encontraría. Nunca la vi, aunque por lo menos yo tenía a Amar.

— ¡Qué horror! Y no podías decir nada...

— Era mi destino. Lo acepté. Los Rakshana han sido muy buenos conmigo. He sido entrenado por una hermandad de élite. ¿Qué hubiera hecho en la India? ¿Criar vacas? ¿Pasar hambre? ¿Vivir a la sombra de los ingleses, forzado a sonreír mientras servía su comida o preparaba sus caballos?

— No pretendía molestarte...

— No me molesta — dice —. No creo que entiendas el gran honor que es ser escogido por la hermandad. Pronto estaré preparado para alcanzar el último nivel de mi entrenamiento.

— ¿Y en qué consiste?

— No lo sé — me responde, sonriendo con dulzura —. Tienes que hacer un juramento de lealtad de por vida, y entonces se te muestran los misterios eternos. Nadie habla nunca de ello. Pero primero, debes superar un desafío, preparado especialmente para ti, que pruebe tu valentía.

— ¿Cuál es tu desafío?

Su sonrisa se desvanece.

— Encontrar el Templo.

— Tu destino, entonces, está unido al mío.

— Sí — dice suavemente —. Eso parece.

Me está mirando de una manera tan rara que me doy cuenta del aspecto que tengo con mi traje mal puesto.

— Debes irte ahora.

— Sí. Debería hacerlo. — Se levanta —. ¿Puedo hacerte una pregunta?

— Sí — le respondo.

— ¿Hablas con tu espejo muy a menudo? ¿Es algo que suelen hacer las jóvenes señoritas?

— No. Claro que no. — Me ruborizo con un rojo del más intenso carmesí que nunca se haya podido notar en las mejillas de una chica —. Estaba ensayando para una obra. Yo... yo voy a actuar en una representación.

— Será ciertamente una actuación muy interesante — dice Kartik, moviendo la cabeza.

— Mañana me espera un largo viaje y debo darte las buenas noches — le digo en un tono bastante formal.

Estoy impaciente por que Kartik se vaya y así poder pasar el bochorno en privado. Balancea sus fuertes piernas por fuera del borde de la ventana y alcanza la cuerda que se apoya en la hiedra que cubre las paredes de la fachada de la escuela.

— Oh, ¿cómo contactaré contigo si encuentro el Templo?

— Los Rakshana tienen un trabajo para mí en Londres durante las vacaciones. En algún sitio cerca de la ciudad. Estaremos en contacto.

Y dicho esto, sale por la ventana y se desliza hacia abajo por la cuerda. Observo cómo se une a la noche, y deseo que pueda volver. Estoy echando el pestillo cuando alguien llama a mi puerta. Es la señorita McCleethy.

— Me ha parecido oír voces — dice mientras echa un vistazo a la habitación.

— Yo... yo estaba leyendo en voz alta — digo, y cojo una de las revistas de encima de la cama de Ann.

— Ya veo — dice en un tono extraño.

Me ofrece un vaso.

— Gracias — le digo, y tomo el vaso.

Detesto la leche caliente.

— Me parece que hemos empezado con mal pie.

— Siento lo que pasó con la flecha, señorita McCleethy. De verdad que lo siento. Y no estaba antes escuchándola detrás de la puerta. Yo...

— Está bien. Está todo olvidado. ¿Comparte esta habitación con la señorita Bradshaw?

— Sí — le respondo.

— ¿Ella y la señorita Worthington son sus mejores amigas?

— Sí. De hecho son mis únicas amigas.

— Verdaderamente son unas señoritas muy educadas, pero debo decirle que ni la mitad de interesantes que usted, señorita Doyle.

Estoy anonadada.

— ¿Yooo? Yo no soy tan interesante.

— Vamos — dice acercándose —, la señora Nightwing y yo estábamos hablando de usted esta misma tarde, y las dos estamos de acuerdo en que hay algo especial en usted.

Estoy de pie frente a ella con mi traje mal abrochado.

— Es usted muy amable, la verdad... La señorita Bradshaw tiene una voz asombrosa y la señorita Worthington es muy inteligente.

— ¿Ve que leal es usted señorita Doyle? Sale rápidamente en defensa de sus amigas. Es una loable virtud.

Intenta hacerme un cumplido, pero yo me siento incómoda, como si me estuviera estudiando.

— ¡Qué collar tan singular!

Con sumo descaro, toca con su dedo la curva de la luna creciente.

— ¿De dónde lo ha sacado?

— Era de mi madre — le respondo.

Me mira de forma penetrante.

— Debió de ser duro para ella deshacerse de algo tan precioso.

— Está muerta. Lo he heredado.

— ¿Tiene algún significado? — me pregunta.

— No — miento —. Ninguno, que yo sepa.

La señorita McCleethy me mira fijamente hasta que me veo obligada a apartar la mirada.

– ¿Cómo era su madre?
Fuerzo un bostezo.
– Perdóneme, pero creo que empiezo a estar cansada.
La señorita McCleethy parece decepcionada.
– Debería tomarse la leche mientras todavía está caliente. Le ayudará a dormir.
Descansar es muy importante.
– Sí, gracias – digo, aguantando el vaso.
– Vamos, bébaselo.
No tengo escapatoria. Me fuerzo a tomar unos pocos sorbos. Sabe raramente dulce.
– Hierbabuena – me aclara la señorita McCleethy, como si me estuviera leyendo la mente –. Ayuda a dormir. Le llevaré otra vez el vaso a Brigid. Creo que no le gusto mucho, ¿no le parece?
– Estoy segura de que se equivoca – contesto por educación.
– Me mira como si fuera el mismo diablo. ¿Cree usted que soy el diablo, señorita Doyle?
– No... eeh... claro que no.
– Estoy contenta de que hayamos decidido ser amigas. Que duerma bien, señorita Doyle. No más lectura en voz alta por esta noche.
Siento el cuerpo caliente y pesado. ¿Ha sido la leche caliente? ¿Ha sido la hierbabuena? ¿O tal vez la señorita McCleethy me ha intentado envenenar? ¡No seas ridícula, Gemma!
Abro las dos ventanas para dejar que entre el aire helado. Debo mantenerme despierta. Me muevo alrededor de la habitación a grandes pasos. Me doblo por la cintura y toco los dedos de mis pies. Al final, me siento en la cama y canto villancicos navideños para mí misma. No sirve de nada. Arrastro mi canción apagada y caigo en un profundo sueño.

La medialuna brilla intensamente en mi mano. Mi mano se convierte en el rastro de una flor de loto. Unas gruesas vides de color verde empujan a través de las grietas y sus minúsculos brotes hacen florecer magníficas rosas. Veo mi cara reflejada en una pared de agua. Empujo mi mano contra la pared hasta que me caigo del todo sobre ella.

Caigo más hondo y soy tragada por la negra oscuridad del sueño.

No sé qué hora es cuando me despierto, asustada por algo. Intento escuchar, pero no hay nada. La leche ha dejado una fina capa en mi lengua que parece ir en aumento. Por mucho que quiera evitarlo, tengo que bajar abajo a beber algo.

Con un profundo suspiro, aparto la manta, me levanto y enciendo una vela. La protejo con la mano mientras camino por el pasillo oscuro, que se me hace extremadamente largo. Soy la única alma que queda en esta planta. Mis pensamientos hacen más lentos mis pasos.

Cuando estoy cerca de las escaleras, la llama tiembla y se extingue. ¡No! Tengo que volver atrás para encenderla. Un repentino vértigo me alcanza. Mis rodillas tiemblan y consigo agarrar la barandilla y reponerme. En la oscuridad se oye un tenue y agudo sonido de rasguño, como una tiza frotada demasiado fuerte contra la pizarra.

Ya no estoy sola. Hay alguien aquí conmigo.

Apenas puedo emitir un susurro:

— ¿Hola? ¿Brigid? ¿Eres tú?

El sonido se acerca. En mi mano, la vela hace llamaradas para volver a levantarse y llena el pasillo con una densa esfera de luz. Ahí están, brillando por los lados. No parecen reales del todo, pero la visión es más nítida que la de la nieve. Tres chicas, todas de blanco. La punta de sus botas tabletea contra el suelo de madera haciendo un sonido de lo más indescriptible, que se oye cada vez más cerca. Mueven la boca para hablar. No puedo oírlas. Sus ojos están tristes, y hay grandes círculos oscuros debajo de ellos.

No chilles, Gemma. Sólo es una visión. No pueden hacerte daño. ¿Pueden?

Están tan cerca que tengo que girar la cabeza y cerrar los ojos. Estoy a punto de vomitar por el susto y el olor. ¿Qué es esto? El mar y algo más. Decaimiento.

Otra vez el mismo ruido, como el frotar de cientos de alas de insectos. Están hablando tan suavemente que necesito un momento para captar el mensaje, pero cuando lo hago, se me hielan los huesos.

— Ayúdanos.

No quiero abrir los ojos, pero lo hago. Esas oscilantes cosas brillantes están muy cerca. Una extiende una mano.

— Por favor. Por favor, no me toques. Voy a chillar. Voy a chillar. Voy a...

Su mano es como hielo en mi hombro, pero no hay tiempo para chillar porque mi cuerpo se pone rígido mientras me veo empujada hacia abajo. Miles de imágenes inundan mi mente. Tres chicas saltan a lo largo de los acantilados escarpados. El mar choca una y otra vez contra las rocas, dejando raros filamentos de espuma alrededor de sus pies. Las nubes se oscurecen. Una tormenta. Una tormenta está llegando. Espera, hay una cuarta chica. Ella va detrás. Alguien las llama. Llega una mujer. Lleva una capa verde.

Las voces almibaradas de las chicas se deslizan por mi oído.

— Mira...

La mujer coge la mano de la cuarta chica. Entonces llega el terror del mar. El cielo se oscurece. Las chicas chillan.

Estamos otra vez en el pasillo incandescente. Las chicas se desplazan de donde están y son empujadas a la oscuridad.

— Ella miente... — susurran las chicas — . No la creas.

Y entonces se van. El dolor desaparece. Estoy caída en el frío y duro suelo, sola. La vela tiembla realmente, escupiendo una caprichosa chispa.

Eso es todo lo que dura. Me levanto y salgo disparada, atolondrada, como un ratón asustado, y no paro hasta que no estoy otra vez en mi habitación con la

puerta cerrada firmemente, aunque tengo la impresión de que han cerrado por fuera, no sé decirlo. Enciendo todas las luces de la habitación. Cuando está iluminada, me siento un poco mejor. ¿Qué clase de visión era ésa? ¿Por qué ahora son mucho más fuertes? ¿Es porque la magia está perdida? Siento su mano en mi hombro...

— Para, Gemma. Deja de asustarte a ti misma.

¿Quiénes son esas chicas y qué quieren de mí? ¿Qué querían decir con «no confíes en ella»? El hecho de que la escuela esté tan vacía no ayuda, ni que mañana tenga que estar en Londres con mi familia, y quién sabe qué horrores de verdad me esperan allí.

No tengo respuesta para ninguna de las preguntas y tengo miedo a dormir. Cuando el primer rayo de sol entra por la ventana, ya estoy vestida, mi baúl está empaquetado y estoy lista para partir a Londres, como si yo misma tuviera que conducir los caballos.

CAPÍTULO 13

Como siempre, Tom viene tarde. He llegado a la estación Victoria en el tren de las doce desde la Academia Spence, como estaba previsto, pero no veo a mi hermano por ninguna parte. Quizás ha tenido algún terrible accidente y está tumbado en la calle, muriéndose, y en su último aliento ruega que alguna de las personas que están allí llorando corra a la estación a rescatar a su inocente y virtuosa hermana. Es la única explicación condescendiente que puedo encontrar. Pero lo más probable es que esté en su club, divirtiéndose y jugando a las cartas con sus amigos, y que se haya olvidado de mí.

— Querida, ¿está segura de que su hermano viene a buscarla?

Es Beatrice, una de las dos hermanas solteras de setenta años con las que he compartido el vagón de tren. Durante el viaje, no ha parado de hablar sobre el

reumatismo y la alegría de las rosas de col. Pensaba que me volvería loca. Pero, a diferencia de mi hermano, se preocupan por mí.

— Oh, sí. Del todo segura, gracias; Por favor, no se preocupe.

— Oh, querida, Millicent, no es prudente que la dejemos aquí sola, ¿no crees?

— No, por supuesto, Beatrice. Tiene que venir con nosotras. Avisaremos a su familia.

Decididamente, voy a matar a Tom.

— ¡Ahí está! — digo mirando hacia lo lejos como si divisara a mi hermano.

— ¿Dónde? — preguntan las hermanas.

— Allí está, justo allí. Debo de haber estado mirando en la dirección equivocada.

Ha sido un placer conocerlas. Espero que algún día nos encontremos de nuevo — digo, y les ofrezco mi mano para que me dejen tranquila.

Me marcho decidida y me escondo detrás de la máquina de venta de billetes. Cuando está despejado, me siento en un banco lejos del andén. ¿Dónde puede estar?

Llega otro tren a la estación y bajan más pasajeros. Hay abrazos y sonrisas, gente que lleva su equipaje y algunos ramos de flores. Tom lleva ya más de una hora de retraso. Papá se va a enterar de esto.

Un hombre, vestido con un delicado traje negro, viene a sentarse a mi lado. ¿Qué debe de pensar de mí, sentada aquí sola? Tiene una profunda cicatriz que estropea la parte izquierda de su cara, desde encima de su oreja hasta la comisura de la boca. El traje parece cosido por un buen sastre. Investigo el alfiler de su solapa y mi boca se seca, porque sé lo que es. Es la espada y la calavera de los Rakshana. ¿Es una coincidencia que se haya sentado a mi lado? ¿O ha venido a propósito? Me dirige una leve sonrisa. Con calma, me levanto y me voy. Cuando estoy a mitad de camino de la plataforma, me giro. El también se ha levantado del banco. Con el periódico debajo del brazo, me sigue. Pero ¿dónde se habrá metido Tom? Me paro en un puesto de flores y hago como si estuviera mirando los ramos y brotes. El hombre también viene. Escoge un clavel rojo para su ojal, inclina su sombrero para dar las gracias y, sin decir nada, lanza una moneda a la mano del vendedor.

El miedo me hace flaquear y me tiemblan las piernas, como las de un gatito recién nacido.

¿Y si intenta cogerme? ¿Y si algo ha ido mal con Kartik? ¿Y si Pippa tenía razón y no se puede confiar en estos hombres?

Siento cómo se acerca a mí. Si me pongo a chillar, ¿quién me escuchará entre el silbido y el gruñido de los trenes? ¿Quién podría ayudarme?

Inspecciono. Hay un hombre joven que está de pie solo, esperando.

— ¡Ahí está! — digo, y me acerco a grandes pasos hacia él —. Se va a enterar de quién soy yo. Llegas tarde, lo sabes.

— ¿Llego... tarde? Lo siento muchísimo, pero habíamos...

Me inclino hacia él, susurrando urgentemente.

— Por favor, ayúdeme. Ese hombre me está siguiendo.

Parece confuso.

– ¿Qué hombre?

– Ese hombre.

Miro detrás de mí pero se ha ido. No hay nadie.

– Había un hombre con un traje negro. Tenía una horrible cicatriz en su mejilla izquierda. Se sentó a mi lado en el banco, y luego me siguió hasta el puesto de flores.

Me doy cuenta de que debo de parecerle una loca.

– Quizá quería comprar una flor para su solapa – dice el joven.

– Pero me siguió hasta allí.

– Estamos cerca de la salida – dice, y señala las puertas que conducen a la calle.

– Oh. Es cierto – digo –. Soy una estúpida. Lo siento muchísimo. Qué vergüenza, parezco una tonta. Mi hermano tenía que venir a buscarme y me temo que llega tarde.

– Entonces me quedaré a hacerle compañía hasta que llegue.

– Oh, no. No podría...

– De hecho podría serme de ayuda – dice.

– ¿Qué tipo de ayuda? – pregunto cautelosamente.

Del bolsillo de su abrigo, saca una preciosa caja de terciopelo del tamaño de una caja de galletas.

– Necesito la opinión de una señorita sobre un regalo. ¿Me ayudaría usted?

– Claro – digo, aliviada.

Se pone la caja en la palma de la mano y levanta la tapa. No hay nada dentro.

– Pero si está vacía.

– Eso parece. Mire.

Presiona lo que parece ser la base de la caja. Se levanta para mostrarme el compartimiento secreto que esconde, dentro de este escondite hay un precioso camafeo.

– Es encantador – digo –. Y la caja es muy inteligente.

– Entonces, ¿lo aprueba usted?

– Estoy segura de que ella estará encantada – digo.

Me pongo roja al instante.

– Es para mi madre – explica el joven –. He venido a buscarla.

– Oh – digo.

Estamos los dos parados, uno frente al otro. No sé qué decir o qué hacer. ¿Debo seguir aquí de pie como una idiota o debo salvar lo que me queda de dignidad, darle los buenos días y encontrar un lugar donde esconderme hasta que mi hermano venga a por mí?

Justo cuando abro la boca para decir adiós me extiende su mano.

– Soy Simon Middleton. Oh, lo siento. ¿Qué iba a decir?

– Oh, Yo, yo sé lo... ¿Cómo está?

Encajamos las manos.

– Muy bien, gracias. ¿Cómo está usted, señorita...?

– Vaya por Dios. Sí. Soy...

– ¡Gemma! – suena mi nombre.

Finalmente ha llegado Tom. Viene hacia mí, con el sombrero en la mano y ese molesto mechón de pelo que le cae sobre los ojos.

– Creía que habías dicho la estación de Paddington.

– No, Thomas – digo, forzando una sonrisa por motivos de educación –. Te dije claramente en la estación Victoria.

– No, te equivocas. ¡Dijiste Paddington!

– Señor Middleton, permítame presentarle a mi hermano, el señor Thomas Doyle. El señor Middleton ha sido muy amable al esperarse conmigo, Thomas – digo intencionadamente.

La cara de Tom empalidece, y me alegra verle avergonzado.

Simon esboza una amplia sonrisa, y le brillan los ojos.

– Encantado de verte, Doyle, viejo chico.

– Señor Middleton – dice Thomas, ofreciendo su mano –. ¿Cómo están el vizconde y lady Denby?

– Mi madre y mi padre están bien, gracias.

¿Simon Middleton es hijo de un vizconde? ¿Cómo es posible que una persona tan amable y encantadora y con un título como el señor Middleton tenga algún tipo de relación con mi desagradable hermano?

– ¿Se conocen? – pregunto.

– Ibamos juntos a Eton – dice Simon.

Esto quiere decir que Simon, el honorable Simon Middleton, tiene la edad de mi hermano: diecinueve años. Ahora que se me ha pasado la sorpresa, veo que Simon también es guapo, con pelo castaño y ojos azules.

– No tenía ni idea de que tuvieras una hermana tan encantadora.

– Yo tampoco – dice Tom. Cojo su brazo, pero sólo porque así puedo pellizcarlo por dentro sin que Simon se dé cuenta. Cuando Tom grita, me siento mejor y dejo de sujetarlo –. Espero que no te haya molestado mucho.

– En absoluto. Tenía la impresión de que alguien la estaba persiguiendo. Un hombre con traje negro, con... ¿qué era? Una horrible cicatriz en su mejilla izquierda.

Ahora me siento terriblemente estúpida por eso.

Un rubor tiñe el pálido cuello de Tom.

– Ah, sí. La famosa imaginación de los Doyle. Seguramente nuestra Gemma se convertirá en escritora de novelas de misterio.

– Siento haberle molestado – digo.

– En absoluto. Ha sido el momento más excitante del día – dice, con una sonrisa tan triunfadora que le creo –. Y usted me ha ayudado mucho con esto – añade, sosteniendo la caja de terciopelo –. Nuestro carruaje está justo ahí fuera. Si no les importa esperar, puedo llevarles.

– El carruaje nos está esperando – dice Tom con aire satisfecho.

– Claro.

— Ha sido muy generoso por su parte — digo — . Que tenga un buen día.
Simon Middleton hace la cosa más extraordinaria y entrañable: coge mi mano y le da un cortés beso.

— Espero que nos veamos de nuevo durante las vacaciones. Deben venir a cenar. Lo organizaré. Señor Doyle, venga.

De forma muy elegante, le ladea el ala del sombrero a Tom, y Tom le devuelve el gesto como si fueran viejos amigos bromeando.

Simon Middleton. No puedo esperar para contárselo a Ann y a Felicity.

Fuera de la estación, las calles están animadas con ruido, caballos, hombres a pie, gente que ha venido a Londres para pasar unos días de compras o entretenimiento. Es una escena alocada y jovial, y me siento feliz de formar parte del corazón que late en esta ciudad. Por un momento el aire brumoso y las campanas de las iglesias me saludan; me siento sofisticada y misteriosa. Aquí puedo ser cualquiera cosa: duquesa, bruja, cazadora de fortunas. ¿Quién lo va a notar? Después de todo, acabo de tener un maravilloso encuentro con el hijo de un vizconde. Me siento muy optimista. Sí, será una estancia muy agradable, con bailes y regalos y quizás incluso una cena en casa del guapo hijo de un vizconde. Mi padre adora la Navidad. El espíritu navideño le alegrará, y no necesitará tanto el láudano. Ann, Felicity y yo encontraremos el Templo y controlaremos la magia, y al final todo se arreglará.

Mientras camino, un hombre topa conmigo, sin ofrecerme nada más que una pequeña disculpa. Pero está bien, no importa. Le perdono, señor ocupado que no ve ni por dónde va. Porque yo, Gemma Doyle, voy a tener unas espléndidas navidades en la ciudad, aquí, en Londres. Todo saldrá bien. Londres nos recibe con los brazos abiertos y caballerosamente.

Tom está desesperado, intentando llamar un taxi entre la muchedumbre.

— Pero ¿dónde está el carruaje? — pregunto.

— No hay carruaje.

— Pero dijiste...

— Sí, bueno, no iba a dejar que Middleton nos llevara y sufrir esa humillación. Tenemos un carruaje en casa, para ser sinceros. Pero no tenemos conductor. El viejo Pott se fue repentinamente hace dos días. Quería poner un anuncio pero papá me ha dicho que él se encargará de encontrar uno.

Al final nos las arreglamos y encontramos un taxi que nos lleve a la casa de Londres que nunca he visto.

— No me puedo creer que te encontraras con Simon Middleton entre tanta gente — dice Tom mientras el taxi se aleja de la estación — . Y ahora tenemos que cenar con su familia.

Será difícil que el honorable Simon Middleton me invite a mí sola a cenar, y no a Tom.

— ¿En serio es hijo de un vizconde?

—Sí, en serio. Su padre es miembro de la Casa de los Lores y un influyente patrón de las ciencias. Lo cierto es que con su ayuda yo podría llegar muy lejos. Es una lástima que no tengan ninguna hija con quien pudiera casarme.

—¿Lástima? Yo diría que más bien es perfecto...

—Entonces, ¿ni siquiera mi propia hermana me va a promocionar? Hablando del tema, ¿no se suponía que tú tenías que encontrarme una futura y bonita esposa con una pequeña fortuna? ¿Ha habido éxito?

—Sí, las he advertido a todas.

—Vaya... ¡Feliz Navidad para ti también! —dice Tom, riendo—. Por lo visto vamos a asistir al baile de Navidad de tu amiga, la señorita Worthington. Quizás allí encuentre una esposa perfecta, lo que quiere decir una esposa rica, entre las chicas que asistan.

—O quizá salgan todas corriendo al convento. ¿Cómo está Padre? —pregunto al final.

Esta pregunta me remueve por dentro.

—Vamos progresando. He guardado la botella de láudano y le he dado una que está diluida con agua. Está bebiendo menos. Me temo que, a veces, esto le vuelve un poco desagradable y le provoca horribles dolores de cabeza. Pero estoy seguro de que está funcionando. —Suspira y me mira—. Tú no le des más, ¿lo entiendes? Es inteligente y te presionará para que lo hagas.

—Él no haría eso —replico—. No a mí. Lo sé.

—Sí. Bueno...

Tom no acaba su pensamiento. Continuamos en silencio; el ruido de las calles es nuestro único interlocutor. En un momento mis preocupaciones se desvanecen, cuando oigo y veo la excitación de la ciudad. Oxford Street es un lugar fascinante. Todos esos grandes edificios uno al lado del otro... tan altos y orgullosos. En la parte baja hay toldos estirados hacia la acera, como señoras que levantan tímidamente el dobladillo de su falda para revelar la tentación. Los dueños de las tiendas, una peletería, un estudio de fotografía y un teatro, donde hay gente congregada en la taquilla para ver el programa del día.

—¡Oh, no!

—¿Qué? —pregunto.

—Tenía que recoger un pastel para la abuela, y acabamos de pasar delante de la tienda.

Tom avisa al conductor para que se pare en el bordillo.

—No tardo ni un minuto —dice, aunque sospecho que no lo dice tanto para tranquilizarme a mí como para convencer al conductor de que no le cobre mucho por esta parada no programada.

Por mi parte, estoy contenta de estar sentada y mirar el mundo en toda su gloria. Un chico joven se abre paso entre los transeúntes, con un gran ganso sobre los hombros. En medio de un estribillo de cuernos franceses y de oboes, un grupo de personas que canta villancicos va pasando por las tiendas, con la esperanza de que le den un puñado de frutos secos o algo para beber. Siguen caminando, con

sus canciones flotando detrás de ellos. En la ventana de la tienda donde ha ido Tom, hay expuestas todo tipo de delicias: pasas regordetas, limones escarchados; montañas de peras, manzanas, naranjas; coloreadas pilas de especias. Se me hace la boca agua. Una mujer alta con un elegante sombrero y un traje cursi se acerca. Me parece familiar, pero no soy capaz de reconocerla hasta que no ha pasado.

— ¡Señorita Moore! — grito desde la ventana, olvidando por completo mis modales.

La señorita Moore se para, sin duda preguntándose quién puede estar llamándola en la calle de una forma tan grosera. Cuando me ve, viene hacia el carruaje.

— Sólo podía ser usted, señorita. Está muy guapa. Feliz Navidad.

— Feliz Navidad.

— ¿Va a quedarse mucho tiempo en Londres? — pregunta.

— Hasta Año Nuevo — digo.

— ¡Qué alegre coincidencia! Tiene que llamarme algún día.

— Me encantaría — digo.

Ella está realmente radiante. Me da su tarjeta.

— Me alojo en Baker Street. Mañana estaré todo el día en casa. Digamos que si puede venir...

— Oh, sí, ¡por supuesto! Sería genial. Oh... — Me detengo.

— ¿Qué pasa?

— Me temo que tenía planes previos con la señorita Worthington y la señorita Bradshaw.

— Ya veo. No necesita decir nada más.

Las dos sabemos que nosotras somos responsables de su despido.

— Sentimos mucho lo que pasó, señorita Moore.

— Lo hecho, hecho está. Hay que mirar hacia delante.

— Sí. Tiene razón, claro.

— Aunque, si me dieran la oportunidad, disfrutaría torturando a la señorita Worthington — dice la señorita Moore con un destello en el ojo —. Tiene más cara de lo que sería razonablemente tolerable.

— Es absolutamente insolente — digo, riendo.

¡Cómo he echado de menos a la señorita Moore!

— ¿Y la señorita Cross? ¿No verá a mi acusadora durante las vacaciones? — La sonrisa de la señorita Moore vacila cuando me ve la cara de sorpresa —. Oh, querida. La he molestado. Lo siento. A pesar de mis sentimientos hacia la señorita Cross, sé que son amigas. Ha sido maleducado por mi parte.

— No, no es eso. Es que... Pippa está muerta.

La señorita Moore se tapa la boca con la mano.

— ¿Muerta? ¿Cuándo?

— Hace dos meses ya.

— Oh, señorita Doyle, perdóneme — dice la señorita Moore, poniendo sus manos sobre las mías —. No tenía ni idea. He estado fuera estos dos meses. Volví justo la semana pasada.

— Fue su epilepsia — miento —. ¿Recuerda su problema?

Algo en mí quiere contarle a la señorita Moore la verdad sobre aquella noche, pero... aún no.

— Sí, lo recuerdo — dice la señorita Moore —. Lo siento. Ésta es una época para perdonar y yo tengo un gran corazón. Por favor, invite a la señorita Bradshaw y a la señorita Worthington. Serán bienvenidas.

— Es muy generoso de su parte, señorita Moore. Estoy segura de que a todas nosotras nos gustará oír sobre sus viajes.

— Entonces, se los contaré. ¿Digamos mañana a las tres? Prepararé té fuerte y delicias turcas.

Vaya. Sólo queda un escollo: conseguir que mi abuela me permita visitarla.

— Perfecto, siempre y cuando mi abuela esté de acuerdo.

— Lo entiendo — dice, alejándose del carruaje.

Un mendigo joven se dirige hacia ella cojeando sobre una pierna.

— Por favor, señorita, ¿puede dar un penique para el lisiado?

— Esto es absurdo — dice —. Has escondido la pierna dentro de los pantalones, ¿verdad? No me mientas.

— No, señora — dice, pero puedo ver claramente cómo sobresale su otra pierna.

— Márchate antes de que avise a la policía.

Más rápida que un rayo, la pierna sale del pantalón y el hombre se va corriendo con sus dos piernas, perfectamente sanas y en forma. Me hace reír.

— Oh, señorita Moore, estoy contenta de verla.

— Yo también, señorita Doyle. Estoy en casa muchas tardes de tres a cinco. La invito a venir cuando quiera.

Se aleja del carruaje y se mezcla otra vez con la muchedumbre de Oxford Street. La señorita Moore fue la primera que nos habló de la Orden, y me pregunto qué más nos podría contar, si nos atreviéramos a preguntarle. Seguramente, si lo hiciéramos nos echaría, y con razón. Aun así, tiene que haber algo sobre lo que ella pueda darnos alguna pista, si tenemos cuidado con nuestras investigaciones. Y, si no, por lo menos es un camino para salir de casa de mi abuela. Probablemente, la señorita Moore es mi mejor esperanza para tener unas vacaciones agradables.

Tom ha vuelto de la tienda. Deja la caja, envuelta con arte en un papel marrón, en mi regazo.

— Un horrible pastel de frutas. ¿Quién era esa mujer?

— Oh — digo —. Nadie. Una profesora.

Mientras el carruaje me lleva hacia la casa, añado para mí: «Una amiga».

CAPÍTULO 14.

Mi abuela ha alquilado una elegante casa en la moderna calle de Belgrave Square, que rodea Hyde Park. Normalmente vive en Sheep's Meadow, su casa en el campo, y viene a Londres sólo a pasar algunas épocas: de mayo a mediados de agosto, y para Navidad. Hay que decir que sólo viene cuando quiere ver y quiere ser vista por la sociedad londinense.

Se me hace muy extraño caminar por el poco familiar pasadizo de la entrada, el colgador para los abrigos y la mesa del recibidor con el espejo conjuntado, el papel color borgoña de las paredes, los adornos con bolas cubiertos de terciopelo, como si tuviera que encontrar calidez en esas extrañas cosas, como si éste fuera un lugar

que yo debiera conocer y querer, cuando nunca he puesto un pie en él. Aunque está lleno de sillas acolchadas, un piano, un árbol de Navidad adornado con palomitas y cintas, y aunque cada habitación está calentada con un ardiente fuego, se me hace imposible sentirme como en casa. Ese lugar para mí está en la India. Me viene a la mente nuestra ama de llaves, Sarita, y veo su cara, su boca desdentada. Veo nuestra casa, con el portal abierto y la fuente en la mesa tapada con seda roja. Sobre todo, pienso en el sonido de las frecuentes risas de mi madre y mi padre, antes, cuando él reía.

Como la abuela está todavía fuera, de visita, el ama de llaves, la señora Jones, es la que me recibe. Me pregunta si he tenido un buen viaje y le contesto que sí, como era de esperar. No tenemos nada más que decirnos, así que me guía hacia arriba, al segundo piso, hasta mi habitación. Es una habitación trasera que da al garaje de carruajes y a las caballerizas, donde viven los cocheros y sus familias. Es un lugar sórdido y pequeño, y me pregunto cómo debe de ser vivir alrededor del heno con los caballos, siempre mirando hacia arriba, hacia las luces de esas magníficas casas en las que hay elegantes mujeres blancas que tienen todo lo que quieren.

Me cambio de ropa para cenar y bajo de nuevo las escaleras. En el rellano del segundo piso, me paro. Mi padre y Tom están discutiendo en la biblioteca. La puerta está cerrada y me acerco para escuchar.

—Pero, Padre — dice Tom—. ¿Cree que es inteligente contratar a un extraño como conductor? Estoy seguro de que la ciudad está llena de hombres ingleses que buscan trabajo.

Echo un vistazo a través de la rendija de la puerta. Padre y Tom están de pie uno frente al otro, como una pareja de muelles en espiral.

Sale a la luz una reminiscencia del antiguo Padre.

—Thomas, debo recordarte que tuvimos muchos sirvientes indios leales en Bombay.

—Sí, Padre, pero eso era la India. Ahora estamos aquí, entre nuestros iguales, y todos tienen conductores ingleses.

—¿Estás cuestionando mi decisión, Thomas?

—No, señor.

—Buen chico.

Se produce un momento de silencio incómodo, y entonces Tom dice con cuidado:

—Sin embargo, debe admitir que tienen hábitos que ya le han dado problemas antes, Padre.

—¡Ya es suficiente, Thomas Henry! — le riñe Padre—. No vamos a seguir discutiendo sobre esto.

Thomas sale disparado por la puerta y casi me golpea.

—¡Pero Tom! — digo. No responde y añado—: Como mínimo pide perdón.

—Y tú no deberías espiar por el ojo de las cerraduras — dice bruscamente.

Lo sigo por la escalera.

—No querrás decirle a Padre cómo llevar sus asuntos — susurro concisamente.

— Para ti es fácil decirlo — gruñe —. No eres tú la que pasas la mayor parte del mes Apartándole la botella para evitar que le atropelle otra vez algún carruaje.
Tom, enfadado, enfile la escalera. Yo lucho por continuar la charla.
— Eso no tiene nada que ver. ¿Por qué has de atacarle tanto?
Tom se da la vuelta.
— ¿Yo le ataco a él? No hago otra cosa que intentar complacerlo, pero, según tú, no hago nada bien.
— Eso no es verdad — digo.
Parece como si le hubiera pegado.
— ¿Tú qué vas a saber, Gemma? A ti te adora.
Un mayordomo aparece.
— La cena está servida, señor Thomas, señora Gemma.
— Sí, gracias, Davis — dice Thomas firmemente.
Y tras esto, gira sobre sus talones y se aleja.

La cena es un tanto triste. Todos nos esforzamos por poner una sonrisa brillante, como si estuviéramos posando para un anuncio. Todos queremos disimular el hecho de que no vivimos aquí, juntos, y que ésta es la primera Navidad sin mamá. Nadie quiere ser el primero en poner la verdad sobre la mesa y arruinar esta noche, por eso hay educadas conversaciones forzadas sobre los planes vacacionales, sobre cómo va en el colegio y chismorreos sobre la ciudad.

— ¿Cómo van las cosas en Spence, Gemma? — pregunta Padre.

«Bueno, ya ves, mi amiga Pippa está muerta, lo cual es culpa mía, en realidad, y estoy intentando desesperadamente localizar el Templo, la fuente de la magia en los reinos, antes de que Circe — la cruel mujer que mató a Madre, y que también era miembro de la Orden, pero no querrías saber eso — lo encuentre y haga cosas diabólicas, y entonces ataré la magia de alguna manera, aunque no tengo ni la más vaga idea de cómo. Y así es como están las cosas.»

— Muy bien, gracias.

— Ah, espléndido. Espléndido.

— ¿Te ha dicho Thomas que se ha convertido en asistente clínico en el Hospital Real de Bethlem? — dice la abuela, cogiendo una generosa porción de guisantes con su tenedor.

— No, creo que no lo ha hecho.

Tom me dedica una sonrisita.

— Me he convertido en asistente clínico del Real de Bethlem — dice en un tono engalado.

— De verdad, Thomas — regaña la abuela sin entusiasmo.

— ¿Quieres decir en Bedlam, el asilo para lunáticos? — pregunto.

El cuchillo de Tom rasga el plato.

— Nosotros no lo llamamos así.

— Cómeme los guisantes, Gemma — dice la abuela —. Nos han invitado a un baile que da la señora George Worthington, la mujer del almirante. Es la invitación de Navidad más codiciada. ¿Qué clase de chica es la señorita Worthington?

«Ah, buena pregunta. Veamos... Besa a gitanos en los bosques, y una vez me encerró en la capilla después de pedirme que robara el vino de la comunión. A la luz de la pálida luna, la vi matar un ciervo y subir desde un barranco desnuda y salpicada de sangre. Pero también es, extrañamente, una de mis mejores amigas. No me pidas que explique el porqué.»

— Enérgica — digo.

— Creo que mañana iremos a visitar a mi amiga, la señorita Rogers. Va a organizar un programa de música por la tarde.

Tomo aire.

— Mañana me han invitado a tomar el té.

El tenedor de la abuela se para a medio camino de su boca.

— ¿En casa de quién? ¿Por qué no me han invitado a mí? Absolutamente no, no te lo permito. Se acabó la cuestión.

Esto va bien. Quizá lo siguiente que puedo hacer es ahogarme con la mantelería.

— Es la señorita Moore, una profesora de arte de Spence — No hay necesidad de mencionar que fue despedida de la institución —. Es tremendamente popular y querida, y entre todas sus estudiantes, nos ha invitado sólo a la señorita Bradshaw, la señorita Worthington y a mí a visitar su casa. Es un gran honor.

— La señorita Bradshaw... ¿No nos conocimos en Spence? Es la estudiante con beca, ¿verdad? — dice la abuela, frunciendo el ceño —. ¿La huérfana?

— ¿No se lo había contado?

Mi reciente inclinación por mentir se está convirtiendo en una habilidad.

— ¿Contarme qué?

— Se descubrió que la señorita Bradshaw tiene un tío abuelo, un duque, que vive en Kent, y de hecho ella es descendiente de la realeza rusa. Tiene una prima lejana zarina.

— ¡No me digas! — exclama Tom —. Eso sí que es tener suerte.

— Sí — dice la abuela —. Es casi como esas historias que se escriben en las revistas baratas.

«Exacto. Y no indagues más o probablemente verás lo mucho que se parecen.»

— Quizá deba mirar de otra manera a la señorita Bradshaw ahora que posee una fortuna — bromea Tom, aunque sospecho que va en serio.

— Se muestra muy prudente con los cazafortunas — advierto a Tom.

— ¿Supones que me encontrará tan desagradable? — lloriquea Tom.

— Dado que tiene orejas y ojos, sí — digo bruscamente.

— ¡Ja! Te han hecho callar la boca, mi buen hombre — dice Padre, riendo.

— John, no la animes. Gemma, no puedes ser tan desagradable — me regaña la abuela —. No conozco a esa señorita Moore. No sé si puedo permitir esta visita.

— Da unas lecciones excelentes de dibujo y pintura — le digo.

— Y cobra bien por eso, no hay duda. Esa clase de profesoras siempre lo hacen — dice la abuela, cogiendo un poco de patata —. Tu habilidad para pintar no se echará a perder durante estas pocas semanas. Pasarás mejor el tiempo en casa o acompañándome a las visitas. Así serás más conocida entre las personas importantes.

Podría pegarle por ese comentario. La señorita Moore vale diez veces más que su «gente importante». Me aclaro la garganta.

— Pero queremos hacer ornamentos para dar un poco de luz al hospital en esta época del año. A la señorita Moore le pone muy nerviosa que no hagamos suficientes actos de caridad.

— Eso es absolutamente admirable — dice la abuela, y corta su chuleta de cerdo en pequeños trozos —. Quizá sea buena idea ir contigo y ver a esta señorita Moore con mis propios ojos.

— ¡No! — digo prácticamente chillando —. Lo que quiero decir es... — ¿Qué quiero decir? —. La señorita Moore se avergonzaría mucho si se supiera públicamente la labor que realiza. Siempre aconseja discreción en todas las cosas. Como dice la Biblia... — hago una pausa. Como no he leído nunca la Biblia muy a fondo, no tengo ni la más vaga idea de lo que dice —: Que tus buenos actos sean sólo para los ojos de Dios.

Apresuradamente, doy un sorbo al té. La abuela parece perpleja.

— ¿La Biblia dice eso? ¿Dónde?

Hay demasiado té caliente en mi boca. Me lo trago.

— Salmos.

Me pongo a toser.

Padre me lanza una mirada curiosa. Él sabe que estoy mintiendo.

— ¿Los salmos, dices? ¿Qué salmos? — pregunta la abuela.

La sonrisa irónica de Padre parece decir: «Aja, ahora estás atrapada, mi chica».

El té quema mientras baja hacia el estómago en una penitencia instantánea.

— El salmo de Navidad.

La abuela retoma su masticar ruidoso.

— Creo que será mejor visitar a la señora Rogers.

— Madre — dice Padre —. Nuestra Gemma es una joven señorita con sus propios intereses.

— ¿Sus propios intereses? ¡Es absurdo! Todavía no ha acabado la escuela — farfulla la abuela.

— Un poco de libertad le irá bien — dice Padre.

— La libertad también puede guiar hacia la desgracia — contesta mi abuela.

No ha dicho el nombre de mi madre en voz alta, pero ha apuñalado a Padre con esa amenaza.

— ¿Os he dicho que hoy Gemma ha tenido la extraordinaria suerte de conocer a Simon Middleton en la estación del tren?

En el mismo momento en que dice estas palabras, Tom se da cuenta de que se ha equivocado.

— ¿Y cómo ha sido? — pide Padre.
Se pone blanco.
— Bueno, es que no podía asegurar bien el coche de caballos, y ya ve, había una horrible congestión de carros en...
— Hijo — le corta Padre —. ¿Me estás diciendo que mi hija estaba sola en la estación Victoria?
— Sólo por un momento — dice Tom.
El puño de Padre golpea la mesa, haciendo tambalear los vasos y temblar la mano de la abuela.
— Hoy me has decepcionado.
Y con esto, se va de la habitación.
— Siempre soy una decepción — dice Tom.
— Espero que sepas lo que estás haciendo, Thomas — susurra la abuela —. Su humor cada día está peor.
— Por lo menos lo intento — dice Tom amargamente.
El señor Jones entra en la habitación.
— ¿Está todo bien, madame?
— Sí, por supuesto — dice la abuela —. El señor Doyle tomará su pastel más tarde — añade, como si no pasara absolutamente nada.
Después de nuestra desagradable cena, Padre y yo nos sentamos en la mesa de juegos para echar una partida de ajedrez. Sus manos tiemblan, pero sigue siendo sorprendentemente bueno. En tan sólo seis movimientos, me ha hecho un contundente jaque mate.
— Eso ha sido terriblemente inteligente por su parte. ¿Cómo lo ha hecho?
Se señala la frente con el dedo.
— Tienes que entender a tu oponente y predecir cómo piensa.
— ¿Y cómo pienso?
— Tú sólo ves el que parece ser el movimiento más obvio, lo asumes como el único movimiento y te apresuras sin pensar, sin tan sólo mirar si hay otra posibilidad. Y eso te deja en una posición vulnerable.
— Pero ése era el único movimiento — protesto.
Padre levanta el dedo para hacerme callar y coloca las piezas como estaban en el tablero hace dos movimientos.
— Ahora, mira.
Veo el mismo lío.
— Su reina está desprotegida.
— Precipitado, precipitado... piensa con unos pocos movimientos de anticipación.
Sólo veo la reina.
— Lo siento, Padre, no lo veo.
Me enseña la progresión, el alfil reposando en espera, atrayéndome hacia un firme espacio del cual no hay vuelta atrás.
— Está todo en el pensamiento — dice —, como diría tu madre.

Madre. Ha dicho su nombre en voz alta, la palabra que no se puede nombrar.
— Te pareces tanto a ella. — Se cubre la cara con las manos y llora —. La echo tanto de menos.

No sé qué decir. Nunca había visto llorar a mi padre.

— Yo también la echo de menos.

Saca un pañuelo y se suena la nariz.

— Lo siento mucho, cielo. — Su cara se aclara —. Tengo un regalo de Navidad para ti. ¿Crees que te lo estropearé si te lo doy antes?

— Sí, ¡horriblemente! — digo, intentando subirle el ánimo —. ¿Dónde está?

Padre va hacia la vitrina e intenta abrir las puertas.

— Ah, están cerradas. Creo que las llaves están en la habitación de la abuela.

¿Puedes ir a por ellas, querida?

Voy a la habitación de la abuela, encuentro las llaves en su mesita de noche y vuelvo con ellas. Las manos de Padre tiemblan y le cuesta mucho abrir las puertas.

— ¿Son joyas? — pregunto.

— Ahora lo verás. Espera.

Con esfuerzo, abre las puertas de vidrio y remueve entre las cosas, buscando algo.

— A ver, ¿dónde lo dejé? — Espera un momento.

Abre el cajón de abajo, que no está cerrado con llave, y recupera un paquete envuelto en papel rojo y con una puntilla de acebo en la cinta.

— Ha estado en el cajón todo el tiempo.

Lo llevo al sofá y arranco el papel. Es una copia de Sonetos del portugués, de Elizabeth Barrett Browning.

— Oh — digo, esperando que no se me note la decepción que siento —. Un libro.

— Era de tu madre. Eran sus favoritos. Solía leérmelos por las noches — dice antes de romper a llorar, incapaz de seguir.

— Padre...

Me atrae hacia él, y casi me abraza.

— Estoy contento de que estés en casa, Gemma.

Siento que debería decir algo, pero no sé el qué.

— Gracias por el libro, Padre.

Me suelta.

— Sí. Disfrútalo. Y ¿podrías volver a dejar las llaves donde estaban, por favor?

Entra el señor Jones.

— Perdone, señor. Acaba de llegar esto para la señorita Gemma.

— Sí, sí — dice Padre un poco irritable.

El señor Jones me da el paquete y una nota.

— Gracias — digo.

La nota es una invitación formal para cenar dirigida a mi abuela.

El vizconde y lady Denby requieren el placer de la compañía del señor John Doyle, la señora William Doyle, el señor Thomas Doyle y la señorita Gemma Doyle para cenar el martes 17 a las ocho en punto. Se ruega respondan a la invitación.

No tengo ninguna duda que la abuela dará un entusiasta sí. Ahora, el paquete. Desenvuelvo el papel y encuentro la preciosa caja de terciopelo de Simon Middleton con una nota que dice «Un lugar para guardar tus secretos». Curiosamente, Padre no me pregunta sobre el regalo.

—Gemma, cielo — dice, con aire distraído —, devuelve las llaves a su sitio ahora. Ésa es mi chica, ¿sí?

—Sí, Padre — digo, y le beso en la frente.

Me dirijo con alegría hacia la habitación de la abuela y dejo las llaves en su sitio, y entonces corro a mi cuarto, donde me estiro encima de la cama, observando fijamente mi precioso regalo. Miro la nota una y otra vez, examino su caligrafía, admiro el trazo fuerte y ordenado de sus letras. Simon Middleton. Ayer, ni siquiera sabía que existía; ahora, es lo único en lo que puedo pensar. Es extraño cómo la vida puede cambiar de esta manera.

Debo de haberme quedado dormida, porque me despierta un fuerte golpe en la puerta. El reloj marca las doce y media. Tom irrumpe en mi habitación.

—¿Le has dado esto?

—¿Qu-qué? — pregunto frotándome los ojos.

—¿Le has dado esto a Padre?

Agarra una botella marrón en su mano. Es láudano.

—No, claro que no — digo, reaccionando.

—¿Se puede saber entonces cómo lo ha conseguido?

No tiene ningún derecho a entrar en mi habitación sin llamar y fastidiarme de esa manera.

—No lo sé, pero yo no se lo he dado — contesto en un tono fuerte.

—Lo guardé bajo llave en la vitrina. Y sólo la abuela y yo tenemos las llaves.

Me hundo en la cama, abatida y entumecida.

—¡Oh, no! Me pidió que lo abriera para darme un regalo avanzado de Navidad.

—Te dije que era listo, ¿verdad?

—Sí, lo hiciste — digo —. Simplemente no quise creerte. Lo siento, Tom.

Mi hermano se pasa los dedos por el pelo.

—Lo estaba haciendo tan bien...

—Lo siento — digo otra vez, aunque no parece servir de mucho —. ¿Lo tiro a la basura?

—No — dice —, no lo podemos tirar completamente. No así.

Me da la botella.

—Cógela y escóndela en algún sitio donde él no pueda encontrarla.

—Sí, claro.

Siento la botella caliente en mis manos. Una cosa tan pequeña. Tan poderosa.

Cuando Tom se marcha, abro el regalo de Simon y aprieto el falso fondo.

«Un lugar para guardar todos tus secretos...»

Pongo la botella dentro y coloco otra vez la tapa que hace de fondo. Es como si el láudano se hubiera esfumado.

CAPÍTULO 15.

La abuela no consiente en dejarme visitar a la señorita Moore, pero está de acuerdo en dejarme ir de compras de Navidad con Felicity y Ann, pues sabe que la sirvienta de Felicity nos acompaña como carabina. Cuando el carruaje de Felicity entra en nuestra casa, estoy tan contenta de ver a mis amigas – y tan desesperada por escaparme de mi sobreprotectora abuela – que casi me pongo a correr para saludarlas.

Ann va muy elegantemente vestida con algunas de las ropas de Felicity, y con un nuevo sombrero verde de fieltro en la cabeza. Empieza a parecer algo más que una becaria. De hecho, empieza a parecer la doble de Felicity.

— Oh, Gemma, ¡es tan maravilloso! ¡Nadie se ha dado cuenta de que no soy una de ellos! No he lavado un solo plato y nadie se ha reído de mí. Es como si de verdad fuera una descendiente de los zares. Esto es maravilloso. — Ann sigue cotorreando —: Vamos a ir a la ópera. ¡Y estaré en la fila de recepción del baile de Navidad como si fuera una más de la familia! — Ann hace muecas a Felicity, que desliza su brazo en el de Ann —. Y luego, más tarde...

— Ann — advierte Felicity disimuladamente.

Ann esboza una sonrisa avergonzada.

— Oh, lo siento, Fee.

— ¿Qué pasa? — pregunto, molesta por su complicidad.

— Nada — refunfuña Ann —. No debería decirlo.

— No es de buena educación tener secretos — contesto encendida.

— Hoy vamos a acompañar a mi madre a su club de té. Eso es todo — dice Felicity.

Ningún amago de invitación para mí. De repente, dejo de estar contenta de verlas. Desearía que estuvieran lejos.

— Oh, Gemma, no seas tan severa. Te diría que vinieras también, pero es imposible llevar a más de una invitada.

No creo que ése sea el problema.

— No pasa nada — digo —. Ya había hecho planes.

— ¿De verdad? — pregunta Ann.

— Sí. Voy a ver a la señorita Moore. — Miento. Se quedan boquiabiertas cuando les cuento mi encuentro con ella. Disfruto viendo lo asombradas que están —. Pensaba preguntarle sobre la Orden. Así que ya veis, tampoco podría...

— No puedes ir sin nosotras — protesta Felicity.

— Pero tú sí puedes ir al club de tu madre sin mí — digo.

Felicity no tiene nada que decir a eso.

— Entonces, ¿vamos a ir a Regent Street de compras?

— No — contesta Felicity —. Iremos contigo a visitar a la señorita Moore.

Ann pone mala cara.

— Pensaba que íbamos a buscar un nuevo par de guantes para mí. Sólo quedan nueve días para Navidad. Además, seguro que la señorita Moore nos odia por lo que pasó.

— No os odia — digo —. Nos ha perdonado a todas. Y se apenó mucho al oír lo de Pippa.

— Esto lo arregla todo — dice Felicity, enlazando su otro brazo con el mío —. Iremos a visitar a la señorita Moore, y después, Gemma vendrá con nosotras a tomar el té.

Ann parece contrariada.

— ¿Y qué pasa con Franny? Sabes que se chiva de la más mínima infracción.

— Franny no será una molestia — dice Felicity.

El sol está alto en el cielo. Hace un día brillante y frágil cuando llegamos al modesto alojamiento de la señorita Moore en Baker Street. Franny, la criada de la

señora Worthington, es toda ojos y oídos. Está al acecho, preparada para tomar nota de cualquier indiscreción que podamos hacer e informar debidamente a la madre y a la abuela de Felicity. Franny no es mucho mayor que nosotras. Para ella no debe de ser muy divertido vigilarnos y recordar diariamente que

existe otro tipo de vida para el que ella no ha nacido. Y si eso la amarga, ni siquiera puede atreverse a decirlo en voz alta. Sin embargo, allí está, a pesar de todo, presente en la fina línea de su boca, en la manera en que se fuerza a sí misma a vigilarnos y a verlo todo.

— Iba a acompañarlas mientras van de tiendas, señorita — dice.

— Ha habido un cambio de planes, Franny — dice Felicity con toda la frescura del mundo —. Madre me pidió que pasara a saludar a una amiga que ha estado enferma. Es importante hacer actos de caridad, ¿no crees?

— No me lo mencionó, señorita.

— Ya sabes cómo resbalan las cosas por la mente de Madre. Está tan ocupada...

El cochero nos ayuda a bajar del carruaje. Franny hace el gesto de seguirnos. Felicity la para con una fría mirada.

— Debes esperar en el carruaje, Franny.

Franny entra de nuevo en el coche con cuidado — el ceño fruncido y la boca medio abierta — antes de quedarse allí con una resignación llena de odio.

— La señora Worthington me pidió que las acompañara a todas partes, señorita.

— Y eso has hecho. Pero la visita es para tres, no para tres y una sirvienta.

Odio a Felicity cuando se comporta así.

— Hace un poco de frío afuera — digo, esperando que capte la indirecta.

— Estoy segura de que Franny recuerda cuál es su lugar.

Felicity sonrío de una manera que podría decirse bondadosa, si no fuera por la crueldad que oculta.

— Sí, señorita.

Franny agacha la cabeza y se pone a esperar en la esquina más lejana del asiento.

— Ahora podemos tener una tarde agradable, libres de la espía de mi madre — dice Felicity.

Así pues, la cuestión no era ser cruel con Franny; sino que Felicity se vengara de su madre por alguna razón que se me escapa.

Ann se queda de pie, indecisa, con los ojos en el carruaje.

— ¿Vienes? — pregunta Felicity.

Ann vuelve hacia el carruaje, se quita el abrigo y se lo da a Franny. Sin una palabra más, pasa por delante de mí y de la atónita Felicity y llama al timbre para anunciar nuestra visita.

— Eso es muy agradecido por tu parte — se queja Felicity cuando la alcanzamos —. La traigo a casa y la convierto en parte de la realeza rusa, y ahora me abandona.

La puerta se abre. Una señora mayor, bizca y con el ceño fruncido, está de pie ante nosotras, con una de sus manos apoyada en la ancha cadera.

— ¡Oh! ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? No tengo todo el día para estar aquí mirándolas. Váyanse de mi casa.

— ¿Cómo está? — empiezo, pero la impaciente mujer me corta.

Escudriña en dirección a mí. Me pregunto si puede ver algo.

— Si hacen colecta para los pobres, ya se pueden ir.

Felicity extiende su mano.

— Soy Felicity Worthington. Venimos a visitar a la señorita Moore. Somos sus estudiantes.

— ¿Estudiantes, dice? No me ha dicho nada sobre traer estudiantes.

— ¿No se lo había mencionado, señora Porter? Estaba segura de que ayer lo hice.

— Es nuestra señorita Moore que baja a rescatarnos.

— Muy extraño, señorita Moore. Si va a ser algo regular, voy a subir la renta de las habitaciones. Son unas bonitas habitaciones. Hay muchísima gente interesada en alquilarlas.

— Sí, por supuesto — dice la señorita Moore.

La señora Porter se gira hacia nosotras, sacando pecho.

— Me gustaría ser informada de qué está pasando en mi casa. Una mujer sola no es lo suficientemente cuidadosa estos días. Estoy al cargo de una casa respetable. Si pregunta a cualquiera se lo dirá: la señora Porter es una persona respetable.

Me temo que nos quedaremos todo el día de pie, junto a la puerta, pasando frío. Pero la señorita Moore nos hace un guiño mientras nos guía hacia arriba.

— Muy bien, señora Porter. La mantendré informada en el futuro. ¡Qué ilusión verlas otra vez! ¡Qué sorpresa más agradable!

— ¿Cómo está, señorita Moore?

Felicity le da un rápido apretón de manos, y también Ann. Las dos tienen la decencia de dar muestras de avergonzarse por la manera tan lamentable en que la trataron. Por su parte, la señorita Moore no pierde la sonrisa.

— Señora Porter, permítame presentarle a la señorita Ann Bradshaw, la señorita Gemma Doyle y la señorita Felicity Worthington. La señorita Worthington, por cierto, es la hija de nuestro sir George Phineas Worthington, el almirante.

La señora Porter lanza una exclamación y se endereza.

— ¡No lo dirá en serio! ¿Cómo es posible? ¿La hija del almirante en mi propia casa?

Confundiéndome a mí con Felicity, la miope señora Porter estrecha mis manos entre las suyas, moviéndolas enérgicamente.

— Oh, señorita, qué honor. El difunto señor Porter también era un hombre de alta mar. Éste de la pared es él.

Señala una pintura muy mala de un terrier vestido con un collar isabelino. La expresión de dolor del perro parece implorarme que aparte la vista y le deje soportar su humillación a solas.

— Quizás aquí estaba en el puerto, ¿no cree, señorita Moore? — exclama la señora Porter.

— En otro momento, señora Porter. Tengo que volver a nuestras lecciones o el almirante se enfadará conmigo de verdad. — La señorita Moore ha contestado con una buena mentira.

— Basta de charla, entonces. — La señora Porter sonríe conspiradora, y revela unos dientes largos, tan saltones y amarillos como las teclas de un viejo piano—. La señora Porter sabe guardar un secreto. No lo dude.

— Nunca lo haría, señora Porter. Gracias por las molestias.

La señorita Moore nos conduce arriba por las escaleras, hasta el tercer piso y su modesta habitación. El sofá de terciopelo, las mantas de flores y las pesadas cortinas reflejan el gusto de la señora Porter en decoración. Pero las estanterías llenas de libros y el escritorio inundado de dibujos son puramente de la señorita Moore. En una esquina hay un viejo globo terráqueo recostado sobre un colgante de madera. Algunas pinturas, mayoritariamente de paisajes, llenan una pared. En la otra hay una colección de máscaras exóticas, espantosas, de una belleza feroz.

— Oh, madre mía — dice Ann, mirándolas fijamente.

— Son del este — dice la señorita Moore—. ¿Le gustan mis máscaras, señorita Bradshaw?

Ann tiembla.

— Es como si fueran a comernos.

La señorita Moore se acerca.

— Hoy no, creo. Ya han comido.

Ann necesita un momento para darse cuenta de que la señorita Moore está bromeando. Hay un incómodo silencio, y me temo que he cometido un error terrible al traer a mis amigas. Debería haber venido sola.

— Esto parece Aberdeen — dice finalmente Felicity, mirando una pintura de montañas y brezos rosados purpúreos.

— Sí, lo es. ¿Ha estado en Escocia, señorita Worthington? — pregunta la señorita Moore.

— Una vez, de vacaciones. Justo antes de que mi madre fuera a Francia.

— Un país encantador — dice la señorita Moore.

— ¿Su familia está en Escocia? — pregunta Felicity tímidamente.

— No. Por desgracia, mis padres hace tiempo que están muertos. No me queda familia, salvo algunos primos lejanos en Escocia, pero son tan sosos que prefiero sentirme huérfana.

Nos reímos de su broma. Es magnífico no tener que jugar a ser piadosas todo el tiempo.

— ¿Ha viajado usted mucho, señorita Moore? — pregunta Ann.

— Mmmm — dice la señorita Moore, asintiendo—. Y éstos son los recuerdos de mis encantadoras visitas.

Hace un gesto hacia los muchos dibujos y pinturas que forran las paredes: una playa desolada, un mar enfadado, una campiña inglesa.

— Viajar te abre la mente como pocas otras cosas. Es su forma de hipnotizarte, y siempre voy a estar bajo su hechizo.

Reconozco uno de los lugares en las pinturas.

— ¿Son éstas las cuevas de detrás de Spence?

— Pues sí — dice la señorita Moore.

Se nota que estamos incómodas. Todas sabemos que nuestra visita a esas cuevas fue una de las razones del des pido de la señorita Moore.

Ésta trae el té, tostadas, pan y un trozo de mantequilla.

— Aquí está el té — dice, poniendo la bandeja en una mesa pequeña.

El reloj marca nervioso los segundos mientras picoteamos la comida. Felicity se aclara la garganta repetidamente. Está esperando que pregunte sobre la Orden, como prometí; pero ahora no estoy segura de que sea una buena idea.

— ¿Está demasiado caliente el té, señorita Worthington? — pregunta la señorita Moore cuando Felicity se aclara la garganta por cuarta vez.

Felicity niega con la cabeza y presiona ligeramente con su bota sobre la mía.

— ¡Ay!

— ¿Señorita Doyle? ¿Está bien? — pregunta la señorita Moore.

— Sí, muy bien, gracias — digo mientras aparto mis pies.

— Cuéntenme, señoritas. ¿Cómo van las cosas por Spence? — inquiera la señorita Moore, salvándome.

— Tenemos una nueva profesora — suelta Ann.

— ¿Sí? — pregunta la señorita Moore al tiempo que unta la mantequilla en una gruesa rebanada de pan tostado.

Su cara parece una máscara. ¿Le duele oír que ha sido reemplazada?

— Sí — continúa Ann —. Una tal señorita McCleethy. Viene de la escuela para chicas de Santa Victoria, en Gales.

El cuchillo de la mantequilla de la señorita Moore se le resbala, y deja una gruesa capa de mantequilla en su pulgar.

— Esto no hará que sea lo suficientemente dulce como para comerme — sonrío, y nosotras nos reímos de su ingenio —. Santa Victoria. No puedo decir que haya oído hablar de ella. ¿Y su señorita McCleethy es una excelente profesora?

— Nos está enseñando tiro con arco — dice Felicity.

La señorita Moore levanta la ceja.

— ¡Qué raro!

— Felicity es muy buena — dice Ann.

— Estoy segura de que lo es — contesta la señorita Moore —. Señorita Doyle, ¿usted qué piensa de la señorita McCleethy?

— No puedo decirlo todavía.

Felicity y yo intercambiamos miradas que no pasan desapercibidas para la señorita Moore.

— ¿Noto descontento?

— Gemma está convencida de que es una bruja — confiesa Felicity.

— ¿De verdad? ¿Ha visto a hurtadillas su escoba, señorita Doyle?

— Nunca he dicho que sea una bruja — protesto.

Ann interrumpe la conversación. Le encanta la intriga demoníaca.

– Yo misma – repite la señorita Moore.

– Sí – digo, y me siento estúpida de cien formas diferentes; pero ahora ya no hay manera de volver atrás, así que tengo que seguir – . Pensábamos que quizás usted... se ha encontrado alguna vez entre sus miembros.

Ya lo he dicho. Tengo la taza de té en mi mano. Espero a que la señorita Moore nos regañe, nos eche, admita que lo sabe todo, cualquier cosa. Pero no estoy preparada para que se ría.

– ¿Pensaban... que yo... ? ¡Oh, cielo santo! – Se está riendo con fuerza; no puede parar.

Ann y Felicity también empiezan a reír, como si desde el comienzo hubieran pensado que esto era ridículo. Traidoras.

– Oh, pobre de mí – dice la señorita Moore, frotándose los ojos – . Sí, es verdad. Soy una gran hechicera de la Orden y vivo aquí en estas tres habitaciones, trabajando con estudiantes para poder pagar mi alquiler; es una estratagema ingeniosa diseñada para mantener mi verdadera identidad escondida.

Noto que mis mejillas se sonrojan.

– Lo siento. Nosotras – digo, enfatizando la palabra – simplemente pensamos que como sabía tanto sobre la Orden...

– Oh, querida. Qué decepción debo de ser.

Mira durante un largo rato por la habitación; su mirada se mueve de las pinturas del mar a esas cuevas de detrás de Spence y hacia las máscaras que hay en la pared opuesta. Tengo miedo de que realmente la hayamos trastornado.

– ¿Por qué tanto interés en la Orden? – dice al final.

– Eran mujeres con poderes – dice Felicity – . Eso no es normal aquí.

– Tenemos una mujer en el trono – contesta la señorita Moore.

– Por derecho divino – refunfuña Ann.

La señorita Moore sonrío amargamente.

– Sí. Claro.

– Supongo que por eso el diario nos intrigaba tanto – digo – . Imagine un mundo, los reinos, con reglas impuestas por mujeres, donde una chica puede tener todo lo que desee.

– Sería un buen sitio, verdaderamente. – La señorita Moore da un sorbo a su té – . Confieso que la idea de la Orden, sus historias, me han fascinado desde la infancia; supongo que a mí también me gustaba la idea de un lugar mágico cuando tenía su edad.

– Pero... ¿qué pasa si los reinos existen de verdad? – pregunto.

La señorita Moore nos mira fijamente por un momento. Pone su té en la mesita y se sienta otra vez en la silla, manoseando el reloj de bolsillo que tiene fijado en su cadera.

– Muy bien, jugaré. ¿Qué pasa si los reinos realmente existen? ¿Cómo serían?

– Preciosos, más allá de cualquier cosa que podamos imaginar – dice Ann soñadora.

La señorita Moore apunta a un boceto que ha hecho.

– ¡Ah! ¿Cómo París, entonces?

– ¡Mejor! – dice Ann.

– ¿Cómo puedes saberlo? Nunca has estado en París – replica Felicity sin prestar atención a Ann. Continúa –: Imagine un mundo donde todo lo que quiera se convierte en realidad. Árboles lloviendo flores, y el rocío convirtiéndose en mariposas en sus manos.

– Hay un río, y cuando te miras en él, eres bonita – dice Ann –. Tan bonita que nadie te ignorará nunca más.

– Suena encantador – dice la señorita Moore, amablemente –. ¿Y es todo así? Han dicho reinos, en plural. ¿Cómo son los otros reinos?

– No lo sabemos – digo.

– No hemos... imaginado el resto – dice Ann.

La señorita Moore nos ofrece un plato con tostadas.

– ¿Quién vive en los reinos?

– Espíritus y criaturas. Algunos de ellos no son muy amables – dice Ann.

– Quieren controlar la magia – explico.

– ¿Magia? – repite la señorita Moore.

– Oh, sí. Hay magia. ¡A raudales! – exclama Felicity Las criaturas harían cualquier cosa por conseguirla.

– ¿Cualquier cosa?

– Sí, cualquier cosa – dice Ann, con un tono dramático.

– ¿Y pueden conseguirla? – pregunta la señorita Moore.

– Ahora pueden. La magia solía estar protegida de las runas – sigue Ann, entre mordiscos –. Pero las runas ya no están y la magia corre libre, para que cualquiera la use como quiera.

Parece como si la señorita Moore quisiera preguntar algo, pero Felicity la interrumpe.

– Y Pippa está allí, tan bonita como siempre – dice.

– Deben de echarla terriblemente de menos – dice la señorita Moore. Da vueltas al reloj de bolsillo una y otra vez entre sus dedos –. Estas historias son una encantadora manera de recordarla.

– Sí – digo, esperando que no se note mi culpa.

– Y ahora que la magia está libre, como dicen... ¿Cómo funciona? ¿Están en comunión con otros miembros de orden y trabajan para su abracadabra?

– No. Todas han sido asesinadas o están escondidas – dice Felicity –. Y no es nada bueno que la magia haya sido liberada.

– ¿De verdad? ¿Por qué no?

– Algunos de los espíritus pueden usarla con propósitos oscuros. Pueden utilizarla para entrar en este mundo o para hacer que Circe entre – explica Felicity –. Por eso tenemos que encontrar el Templo.

La señorita Moore está confusa.

– Me temo que tendré que tomar notas para seguir las. Por favor, díganme, ¿qué es el Templo?

— Es la fuente secreta de la magia dentro de los reinos — digo.

— ¿Una fuente secreta? — repite la señorita Moore — . Y ¿dónde está ese sitio, el Templo?

— No lo sabemos. No lo hemos descubierto aún — digo — ; pero en cuanto lo hagamos, podremos atar la magia otra vez y formar de nuevo la Orden.

— Buena suerte, entonces. Qué historia tan fascinante — dice la señorita Moore.

El reloj de la chimenea marca las cuatro en punto. La señorita Moore mira la hora en su reloj otra vez.

— Ah, infaliblemente exacto.

— ¿Ya son las cuatro? — dice Felicity, saltando de la silla — . Tenemos que reunimos con Madre a las cuatro y media.

— ¡Qué pena! — dice la señorita Moore — . Deben venir a visitarme otra vez. De hecho, hay una excelente exposición en una galería privada en Chelsea el jueves. ¿Quieren ir?

— Oh, sí — exclamamos.

— Muy bien — dice antes de levantarse.

Nos ayuda con los abrigos; nosotras nos ponemos nuestros guantes y nos colocamos los sombreros.

— Entonces ¿no hay nada más que nos pueda contar sobre la Orden? — pregunto, vacilante.

— ¿Tienen aversión a leer, señoritas? Si yo quisiera aprender más sobre algún tema, buscaría uno o dos buenos libros — dice mientras nos acompaña abajo, donde la señorita Porter nos está esperando.

— ¿Dónde están sus preciosos dibujos? — pregunta la dueña, inspeccionándonos para encontrar papel o tiza — . No sean vergonzosas, enséñenselos a la vieja Porter.

— Me temo que no tenemos nada que enseñar — dice Ann.

La cara de la señora Porter se oscurece.

— Regento un establecimiento respetable, señorita Moore. Dijo que el almirante estaba pagando por unas lecciones. Así pues, ¿qué han estado haciendo allí arriba todo este tiempo?

La señorita Moore se inclina hacia la señora Porter hasta que la vieja mujer tiene que dar un paso atrás.

— Brujería — susurra descaradamente.

— Pasen, señoritas. Abróchense bien. El viento es enérgico y toma prisioneros.

La señorita Moore nos conduce a la puerta mientras la señora Porter grita desde el vestíbulo.

— Esto no me gusta, señorita Moore. No me gusta nada.

En ningún momento la señorita Moore se vuelve a mirarla o pierde su sonrisa.

— Las veré el jueves — dice, haciendo adiós con la mano.

Y con esto, nos despide.

CAPÍTULO 16.

— Ha sido una tarde desaprovechada. La señorita Moore no sabe nada sobre la Orden y los reinos. En vez de eso deberíamos haber ido de tiendas — sentencia Felicity cuando llegamos al club de mujeres de su madre.

— No os obligué a acompañarme — digo.

— Quizá Pippa haya tenido suerte buscando el Templo — dice Ann con esperanza.

— Ya han pasado dos días — dice Felicity, mirándome —. Prometimos volver tan pronto como pudiéramos.

— ¿Cómo podemos conseguir un poco de privacidad? — pregunto.

— Eso déjame a mí — contesta Felicity.

Un sirviente con guantes blancos nos abre las puertas. Felicity muestra el carné de su madre y el hombre larguirucho lo examina.

— Somos invitadas de lady Worthington, mi madre — dice Felicity con desdén.

— Le pido disculpas, señorita, no es costumbre en el Alexandra admitir a más de una invitada. Lo siento, pero las reglas son las reglas.

El sirviente muestra su mejor cara de simpatía, pero en su sonrisa veo una ligera insinuación de satisfacción.

Felicity lanza una mirada de acero al hombre de uniforme.

— ¿Sabe quién es ella? — dice en un falso susurro que llama la atención de todas las personas que están alrededor. Estoy en guardia, porque sé que Felicity ha tramado algún plan —. Ésta es la señorita Bradshaw, la recientemente descubierta tataranieta del duque de Chesterfield. — Pestañea como si el sirviente fuera idiota —. Es una descendiente del zar. Seguramente ya lo habrá leído.

— Me temo que no, señorita — dice el sirviente menos seguro ahora.

Felicity suspira.

— Cuando pienso en las dificultades que ha tenido que superar la señorita Bradshaw, viviendo como una huérfana aunque amada por aquellos que más la querían... Me rompe el corazón ver cómo la maltratan aquí, en este sitio. Oh, querida, señorita Bradshaw, siento mucho este inconveniente. No me cabe duda de que Madre estará molesta cuando se entere.

Otra de las matronas de la sociedad se acerca.

— Madre mía, señorita Worthington, ¿de verdad es esta la taranieta zarina extraviada por tanto tiempo?

Nunca habíamos dicho eso, de hecho, pero nos va bien.

— Oh, sí — dice Felicity, con los ojos entornados —. De hecho, la señorita Bradshaw ha venido para cantar para nosotras, así que ya ve... En realidad no es una invitada de Madre, es una invitada del Alexandra.

— ¡Felic... señorita Worthington! — dice Ann, aterrada,

— Es excesivamente modesta — añade Felicity.

Hay susurros entre las matronas de la sociedad. Estamos a punto de montar una escena. El asistente está molesto. Si nos admite a las tres, está incumpliendo las reglas delante de todo el mundo; si nos echa, se arriesga a hacer enfadar a una socia y quizás a ser despedido. Felicity ha jugado sus cartas con autoridad.

La matrona da un paso adelante.

— Como la señorita Bradshaw es una invitada del Alexandra, no veo por qué tiene que haber ningún problema.

— Como usted desee, madam — dice el hombre.

— Estoy impaciente por oírla cantar — dice después la mujer.

— ¡Felicity! — susurra Ann mientras el asistente nos escolta hasta un salón de roble artesonado lleno de encantadoras mesas cubiertas con tela de damasco.

— ¿Qué pasa?

— No deberías haber dicho que voy a cantar hoy.

— Puedes cantar, ¿no?

— Sí, pero...

— Bueno, ¿quieres jugar a este juego o no, Ann?

Ann no dice nada más. La sala está casi llena de elegantes mujeres que beben té y comen sandwiches de berro. Nos hacen sentar a una mesa en una esquina alejada.

La cara de Felicity se ensombrece.

— Ha llegado mi madre.

Lady Worthington causa sensación en la sala. Todos los ojos están puestos en ella, ya que es una mujer bonita, fina como una taza de porcelana y aparentemente delicada. Emanan un aire de fragilidad, como alguien que ha sido cuidado durante toda su vida. Su sonrisa es cordial sin ser demasiado atrayente. Aunque practicara durante cientos de años, nunca podría conseguir esa sonrisa. Y su vestido de seda marrón es suntuoso y confeccionado a la última moda. Cuerdas de perlas cuelgan sobre su delgado cuello y un enorme sombrero con plumas de pavo real en banda enmarca su cara.

— *Bonjour*, querida — dice, besando a Felicity en las mejillas como he oído que hacen los parisinos.

— Madre, ¿es necesario que haga tal exhibición? — regaña Felicity.

— Muy bien, querida. Hola señorita Bradshaw — dice lady Worthington. Me mira, y su sonrisa vacila un poco — . No creo que nos conozcamos.

— Madre, déjeme presentarle a la señorita Gemma Doyle.

— ¿Cómo está, lady Worthington? — pregunto.

La señora Worthington sonríe forzosamente a Felicity.

— Felicity, querida, desearía que me avisaras cuando traes invitadas para el t . El Alexandra es muy estricto con sus invitadas.

Quiero morirme. Quiero que la tierra me trague y desaparecer. ¿Por qué hace Felicity estas cosas?

Una sirvienta aparece como una sombra al lado de la señora Worthington y le sirve t .

La señora Worthington se pone una servilleta en el regazo.

— Bueno, no importa ahora. Estoy contenta de conocer a las amigas de Felicity. Es tan bonito que la señorita Bradshaw pueda pasar las navidades con nosotros, ya que su querido tatarat o, el duque, est  retenido en San Petersburgo.

— S  — digo, intentando no estrangularme por esta mentira indignante — . Qué afortunados somos todos.

Lady Worthington me hace unas pocas preguntas de cortesía y yo le ofrezco a trompicones pero de manera más o menos exacta mi biografía; en respuesta, la señora Worthington parece quedarse con cada palabra. Me hace sentir como si fuera la única persona en la habitación. Es fácil ver por qué el almirante se enamor  de ella. Cuando habla, sus historias son muy entretenidas; pero Felicity se comporta con resentimiento, jugando con su cuchara, hasta que su madre pone una mano sobre la suya para pararla.

— Querida — dice — , ¿te importa?

Felicity suspira y mira alrededor de la habitación, como esperando ver a alguien que la rescate.

Lady Worthington lanza uña de sus deslumbrantes sonrisas.

— Querida, tengo noticias maravillosas. Quería sorprenderte, pero no creo que pueda esperar más.

– ¿Qué pasa? – pregunta Felicity.

– Padre ha tomado a alguien bajo su tutela. La pequeña Polly era la hija de su prima Bea, que murió por enfermedad, nos han dicho, aunque yo me atrevería a decir que murió porque le rompieron el corazón. El padre siempre fue un inútil y la envió lejos sin preocuparse demasiado. Su propia hija...

Felicity ha empalidecido.

– ¿Qué quiere decir? ¿Va a vivir con nosotros? ¿Con usted y Padre?

– Sí. Y con la señora Small, la gobernanta, claro. Tu padre está muy contento de tener una pequeña princesa en casa otra vez. Felicity, querida, no tanto azúcar en el té. No es bueno para los dientes – regaña lady Worthington sin perder su sonrisa.

Como si no la hubiera oído, Felicity se pone dos terrones más de azúcar y se lo bebe. Su madre hace como si no la viera.

Una mujer rellena como un sofá andante viene hacia nuestra mesa.

– Buenas tardes, señora Worthington. ¿Es verdad que su distinguida invitada va a cantar hoy para nosotras?

Lady Worthington parece asustada.

– Oh, bueno, no puedo decir... Yo...

La mujer parlotea.

– Justo estábamos hablando de lo extraordinario que es que haya acogido a la señorita Bradshaw con usted. Si podemos reclamar un poquito su compañía, por favor... Venga y cuéntenos a la señora Threadgill y a mí cómo ha llegado la larga y perdida saga de la zarina hasta, nosotras.

– Si me excusan – dice lady Worthington, deslizándose a la otra mesa como un cisne.

– ¿Estás bien, Fee? – pregunto –. Pareces pálida.

– Estoy bien. Simplemente no me gusta la idea de que una pequeña bestia pisotee mi territorio mientras no estoy en casa.

Está celosa. Celosa de alguien a la que llaman pequeña Polly. Felicity puede comportarse a veces como una niña pequeña.

– Sólo es una niña – digo.

– Lo sé – se precita Felicity –. No vale la pena discutir. Tenemos cosas más importantes entre manos. Seguidme.

Nos guía entre las mesas de elegantes mujeres con grandes sombreros que beben té y chismorrear. Levantan la mirada pero no somos importantes, y reanudan sus discusiones sobre quién ha hecho o dicho qué a quién. Seguimos a Felicity, subimos de dos en dos los escalones alfombrados y pasamos junto a señoras con vestidos tiesos a la moda que no parecen tener mucho interés en estas temerarias jovencitas que asaltan las barricadas de su amable club.

– ¿Adonde nos llevas? – pregunto.

– El club tiene habitaciones privadas para los miembros. Una de ellas seguro que está vacía. Oh, no.

– ¿Qué pasa? – pregunta Ann, aterrorizada.

Felicity mira fijamente la barandilla al vestíbulo. Una sólida mujer con un vestido lila y una estola de piel es seguida por su corte. Se trata de la jefa; las otras mujeres escuchan sus palabras.

—Una de las amigas formales de mi madre, lady Denby.

¿Lady Denby? ¿Podría ser la madre de Simon? Se me hace un nudo en la garganta. Sólo espero poder escabullir — me sin ser detectada, para que lady Denby no se forme una mala opinión de mí.

—¿Por qué dices amiga formal? — pregunta Ann, que parece preocupada.

—Nunca ha perdonado a mi madre que se fuera a vivir a Francia. No le gustan los franceses, ya que la familia Middleton se remonta hasta el mismísimo lord Nelson — dice Felicity, mencionando el gran héroe naval británico—. Si le gustas a lady Denby, ya estás preparado para la vida. Si te ve ansiosa por conocerla, te evitará. Seguirá siendo cordial, pero muy fría. Y la tonta de mi madre está demasiado ciega para verlo y continúa intentando ganarse el favor de lady Denby. Nunca lo conseguirá.

Felicity se mueve despacio, mira por el balcón, observa a lady Denby. Yo hago lo que puedo por mantener mi cabeza gacha.

—Entonces, ¿es la madre de Simon Middleton? — pregunto.

—Sí — contesta Felicity —. Gemma, ¿cómo conoces a Simon Middleton?

—¿Quién es Simon Middleton? — pregunta Ann.

—Lo conocí justo ayer en la estación de tren. Él y Tom son conocidos.

Felicity entorna los ojos.

—¿Cuándo pensabas contárnoslo?

Ann prueba otra vez.

—¿Quién es Simon Middleton?

—¡Gemma, estás guardándote secretos otra vez!

—No es un secreto — digo, poniéndome roja —. No es nada, en realidad. Ha invitado a mi familia a cenar. Eso es todo.

Parece como si alguien hubiera tirado a Felicity al Támesis.

—¿Estás invitada a cenar? Vaya, vaya...

—Es de mala educación que habléis de alguien que no conozco — dice Ann, poniendo mala cara.

A Felicity le da pena.

—Simon Middleton no es sólo el hijo del vizconde, sino también un chico muy guapo. Y parece que se ha interesado por Gemma, aunque ella no desea que nosotras lo sepamos.

—No es nada, de verdad — protesto —. Simplemente estaba siendo caritativo, estoy segura.

—Los Middleton no son nunca caritativos — dice Felicity, mirando hacia abajo —. Tienes que tener mucho cuidado con su madre. Su deporte favorito es escudriñar a la gente.

—No me lo pones fácil — digo.

– Mujer prevenida vale por dos, Gemma.

Debajo de nosotras, lady Denby dice algo divertido que hace reír a sus acompañantes de una manera refinada, que las mujeres aprenden no sé cómo cuando dejan de ser niñas. No parece el monstruo que Felicity la hace parecer.

– ¿Qué vas a llevar? – pregunta Ann soñadora.

– Los cuernos bien pulidos y la grasienta piel de un gran animal – digo. Ann se lo traga por un momento y pone cara de creérselo. ¿Qué voy a hacer con ella? –. Pues llevaré un vestido apropiado. Algo exquisito que merezca la aprobación de mi estricta abuela.

– Después nos tienes que dar todos los detalles – dice Felicity –. Estaré muy interesada en oírlo.

– ¿Conoces bien al señor Middleton?

– Lo conozco desde hace años – dice Felicity.

Tal como está ahora, con sus suaves rizos dorados rozándole la barbilla, parece una foto. Su extraña belleza es de lo más seductora.

– Ya veo. ¿Y has puesto tus ojos en él?

Felicity pone una cara de asombro.

– ¿Simon? Es como un hermano para mí. No podría imaginarme tener un romance con él.

Me alivia oír eso. Es tonto por mi parte tener esperanzas con Simon tan pronto, pero es encantador y guapo y parece que le gusto. Su atención me hace sentir bonita. Es sólo una sensación excitante, pero siento que no quiero dejarme llevar todavía.

Una de las acompañantes de lady Denby mira hacia arriba y ve que las estamos observando. Lady Denby sigue su mirada.

– Venga – susurro –. Vámonos.

– ¿Es necesario que me empujes?

Felicity me ataca desde su escondite y casi me caigo sobre ella. Nos agachamos en un pasillo. Felicity nos empuja hacia una habitación vacía y cierra la puerta.

Ann mira alrededor, nerviosa.

– ¿Tenemos que estar aquí?

– Queríais privacidad – dice –. Ahora la tenemos.

Hay un vestido en una funda, extendido sobre una silla, y varias cajas de sombreros en una esquina. La habitación puede estar vacía, de momento, pero definitivamente no está desocupada.

– Tenemos que trabajar deprisa – digo.

– Exacto – dice Felicity, haciendo muecas.

Parece como si Ann fuera a ponerse enferma.

– Esto va a ser nuestra ruina, lo sé.

Pero una vez nos cogemos de las manos y hacemos aparecer la puerta de luz, toda la incomodidad desaparece, tragada por nuestro temor.

CAPÍTULO 17.

Cuando estamos a punto de dar el primer paso dentro del brillante resplandor de los reinos, todo se vuelve oscuro; unos dedos fríos me presionan los ojos. Me escurro por entre las manos que me abrazan y... ahí está Pippa, de pie, justo detrás de mí. Todavía lleva puesta la guirnalda, aunque se le ha empezado a caer un trozo. Veo que ha añadido ortigas y narcisos rosas para aclararla un poco.

Se ríe tontamente al verme tan sobresaltada.

— ¡Pobre Gemma! ¿Te he asustado?

— N-no. Bueno, quizás un poco.

Felicity y Ann corren hacia Pip dando gritos de alegría y se lanzan sobre ella, abrazándola.

— ¿Cuál es el problema? — me pregunta Ann.

— Le he dado un susto a nuestra pobre Gemma. No te enojas conmigo — dice Pippa, cogiéndome de la mano. Habla en susurros — . Tengo una sorpresa. Seguidme.

Pip nos guía entre los árboles.

— Cerrad los ojos — nos pide. Al final se para — . Abridlos.

Estamos en el río. En el agua hay un barco, que no se parece a ninguno de los que he visto antes. No estoy del todo segura de si es un barco; más bien parece el cuerpo de un dragón, negro y rojo, con grandes alas que se cruzan por los lados. Es ciertamente de un tamaño monstruoso, curvado por las puntas, con un mástil gigante que se eleva cerca del arco y una vela tan delgada como una piel de cebolla. Grandes cuerdas de algas marinas cuelgan de los lados, así como redes de plata chispeante que flotan en la superficie del agua. Pero lo que más llama mi atención es la poderosa cabeza atada al frente del barco. Es verde y escamosa, con serpientes tan largas como ramas de árbol que se deslizan por su temible e inmóvil cara.

— La he encontrado — dice Pippa emocionada —. ¡He encontrado la Gorgona!

¿Esa cosa es la Gorgona?

— ¡Rápido! Preguntémosle sobre el Templo antes de que huya — dice Pippa, dando un paso hacia el intimidante barco —. ¡Ah del barco!, ¡aquí!

La Gorgona gira su cara en nuestra dirección. Las serpientes de su cabeza silban y se retuercen como si quisieran comernos por haber roto su paz. Seguramente lo harían si no estuvieran unidas a esa cosa. Me quedo paralizada. No estoy en absoluto preparada para ver cómo la criatura abre sus grandes ojos amarillos.

— ¿Qué deseáis? — pregunta, en un oscuro tono de voz.

— ¿Eres la Gorgona? — pregunta Pippa.

— Síiii...

— ¿Es verdad que fuiste limitada por la magia de la Orden a no hacer daño y a decir sólo la verdad? — continúa.

La Gorgona cierra los ojos por un breve instante.

— Síiii.

— Estamos buscando el Templo. ¿Lo conoces? — pregunta Pip.

Los ojos se abren otra vez.

— Todos sabemos sobre él, pero nadie sabe cómo encontrarlo. Nadie excepto los miembros de la Orden, y hace muchos años que ellas no vienen por aquí.

— ¿Hay alguien que sepa dónde está? — pregunta Pippa.

Está molesta porque la Gorgona no está siendo de mucha ayuda.

La Gorgona mira al río otra vez.

— En el Bosque de la Luz. La tribu de Philon. Algunos dicen que una vez estuvieron aliados con la Orden. Podrían saber dónde buscar el Templo.

— Muy bien, entonces — dice Pippa —. Deseamos ir al Bosque de la Luz.

— Sólo un miembro de la Orden puede pedírmelo — dice la Gorgona.

— Ella es miembro de la Orden — dice Pippa, señalándome.

— Lo veremos — silba la Gorgona.

— Venga, Gemma — me presiona Felicity —, pruébalo.

Doy un paso adelante, me aclaro la garganta. Las serpientes revolotean por la cabeza de la Gorgona como una melena que se retorciera. Me silban y revelan sus afilados y largos colmillos. Estoy tan absorta mirando esa horrible cara, que me es difícil encontrar la voz.

—Deseamos ir al Bosque de la Luz. ¿Nos llevarás, Gorgona?

Como respuesta, una de las grandes alas del barco baja despacio a la orilla, permitiéndonos embarcar. Pippa y Felicity difícilmente pueden contener la alegría. Hacen muecas tontas mientras suben al tablón.

—¿Debemos ir en esto? —pregunta Ann, manteniéndose atrás.

—No tengas miedo, Ann, querida. Estaré contigo —dice Pippa, y la empuja hacia delante.

El ala cruje y se mueve mientras embarcamos a través de ella. Felicity nos alcanza y toca una de las redes que cuelgan por el lado del remolque.

—Son ligeras como las telarañas —dice mientras acaricia las delicadas fibras—. ¿Qué se puede pescar con ellas?

—No son para pescar —dice la Gorgona en su almibarada y gruesa voz—. Son para advertir.

Debajo de nosotras, el agua hace remolinos y envía destellos color rosa y violeta a la superficie.

—¡Mirad qué bonito! —dice Ann, y mete una mano en el agua—. Un momento, ¿lo escucháis?

—¿Escuchar el qué? —pregunto.

—¡Ahí está! Oh, es el sonido más maravilloso que nunca he oído —dice Ann mientras acerca su cara al agua—. Viene del río. Hay algo allí, justo debajo de la superficie.

Los dedos de Ann tocan la brillante agua y, por un instante, creo ver algo moviéndose muy cerca de su mano. Sin advertirnos, la gran ala que había bajado para nosotras se eleva rápidamente y nos fuerza a salir disparadas hacia el barco.

—Eso no me lo esperaba —dice Ann—. La música ha parado. Ahora nunca sabré de dónde venía esa encantadora canción.

Pone cara de enfado.

—Hay cosas que es mejor no saber —dice la Gorgona.

Ann se estremece.

—Esto no me gusta. Ahora ya no hay marcha atrás.

Como una madre, Pippa le da a Ann un beso en la mejilla para calmar todos sus miedos.

—Tenemos que ser chicas valientes ahora. Tenemos que ir al Bosque de la Luz si queremos encontrar el Templo.

La Gorgona vuelve a hablar:

—Tú eres mi dueña y debes ordenarme que nos vayamos.

Me doy cuenta de que me está esperando. Miro los meandros y giros del río, sin saber adonde va a parar.

—Muy bien —digo, tomando aire—. Baja por el río, si eres tan amable.

El gran barco ronronea con el movimiento. Detrás de nosotros, el jardín se va desvaneciendo. Cogemos una curva y el río se ensancha. Inmensas piedras con largos colmillos y elaborados peinados guardan las lejanas orillas. Como las gárgolas de Spence, que no se ven pero son los siniestros y ancianos guardias de lo

que está allí. El agua es áspera aquí. Las boyas chocan con el barco. Se me revuelve el estómago.

—Gemma, pareces realmente verde — dice Pippa.

—Mi padre dice que no mirar en la dirección hacia donde vas ayuda — ofrece Felicity.

Sí, lo que sea. Probaré lo que sea. Dejo a mis compañeras con sus risas e historias y doy un paso hacia el arco del barco, para sentarme en el extremo de nuestra extraña nave.

La Gorgona siente que estoy allí.

— ¿Estás bien, Su Excelencia?

Esa resbaladiza lengua negra me ha pillado con la guardia baja.

— Estoy indispuesta... Estaré bien en un momento.

— Tienes que respirar profundamente. Así se te pasará.

Tomo aire varias veces. Parece funcionar, y pronto tanto el río como mi barriga parecen más calmados.

—Gorgona — pregunto cuando encuentro el coraje —. ¿Hay más criaturas como tú?

—No — llega la respuesta —, soy la última de mi especie.

— ¿Qué les pasó a las otras?

— Fueron destruidas o desterradas durante la rebelión.

— ¿La rebelión?

— Fue hace mucho, mucho tiempo — dice la Gorgona, con voz cansada —. Antes de las runas del Oráculo.

— ¿Hubo un tiempo antes de las runas?

— Síiii. Era un tiempo en el que la magia estaba perdida dentro de los reinos, libre para que cualquiera pudiera usarla. Pero fue también una época oscura. Había muchas batallas, ya que las criaturas luchaban entre ellas para tener más poder. Durante ese tiempo el velo entre vuestro mundo y el nuestro era muy fino. Éramos capaces de entrar y hacer allí lo que quisiéramos.

— ¿Podíais venir a nuestro mundo? — pregunto.

— Oh, sí. Un lugar muy interesante.

Pienso en cuentos que he leído, historias de hadas, fantasmas, criaturas marinas mitológicas que engañan a los navegantes y los llevan a la muerte. De repente, ya no parecen meras historias.

— ¿Qué pasó?

— Lo que pasó fue la Orden — dice la Gorgona.

No puedo decir si su tono es de enfado o de alivio.

— ¿La Orden no había existido siempre?

— En la forma, sí. Era una de las tribus. Sacerdotisas, curanderas, místicas, videntes. Balsearon espíritus a través del mundo del más allá. Eran las que dominaban el arte de hacer ilusiones. Su poder fue siempre grande, pero creció y se hizo fuerte con el tiempo. Se rumoreaba que habían encontrado la fuente de toda la magia dentro de los reinos.

– ¿El Templo?

– Síiii – fue la resbaladiza respuesta de la Gorgona – . El Templo. Se dice que la Orden bebió de su agua, y así la magia se convirtió en parte de ellas. Vivió en ellas y se hizo más fuerte con cada generación. Ahora tenían más poder que nadie, y si algo no les gustaba, buscaban la manera de corregirlo. Empezaron a limitar las visitas de las criaturas a vuestro mundo. Nadie podía entrar sin su permiso.

– ¿Fue entonces cuando construyeron las runas?

– No – responde la Gorgona – . Eso fue su venganza.

– No lo entiendo.

– Algunas criaturas de cada tribu se congregaron. Estaban resentidas por el poder que la Orden ejercía sobre ellas y no querían tener que pedir permiso. Un día, mientras algunas de las jóvenes iniciantes de la Orden jugaban en el jardín, las cogieron desprevenidas, se las llevaron a las Tierras Invernales y allí las mataron a todas. Fue entonces cuando las criaturas descubrieron un horrible secreto.

Mi boca se ha quedado seca con la historia.

– ¿Y cuál era el secreto?

– El sacrificio de una de ellas les concedía un poder enorme.

El agua acomete bajo nosotras y nos lleva hacia delante.

– En su rabia y pena, la Orden construyó las runas como forma de sellar la magia. Cerraron las fronteras entre los mundos para que así sólo ellas pudieran entrar. Lo que estuviera en cualquiera de los lados de la frontera permanecería prisionero allí para siempre.

Pienso en las columnas de mármol de Spence, con esas criaturas atrapadas allí como piedras.

– Y así fue durante muchos años. Hasta que una de vosotras traicionó a la Orden.

– Circe – digo.

– Síiii. Ofreció un sacrificio y le dio el poder a los espíritus oscuros de las Tierras Invernales una vez más. Cuantos más espíritus llegaban a su lado, más poderosos se hacían, y más débil se volvía el sello de las runas.

– ¿Y por eso pude romperlas? – pregunto.

– Quizá. – La respuesta de la Gorgona es como un suspiro – . Quizá, Su Excelencia.

– ¿Por qué me llamas Su Excelencia?

– Porque es quien eres.

Las otras están en el otro lado del barco. Se turnan para aguantar las cuerdas de las velas, dejando que sus cuerpos luchen contra la fuerza del viento. La alegre risa de Pippa resuena por encima del balbuceo del agua. Quiero hacer una pregunta, pero tengo miedo de decirla en voz alta, miedo de cuál pueda ser la respuesta.

– Gorgona – empiezo –, ¿es verdad que los espíritus de nuestro mundo deben cruzar al otro lado?

– Así es como ha sido siempre.

– Pero ¿hay algunos espíritus que se quedan para siempre?

— No conozco ninguno que no se haya corrompido e ido a vivir a las Tierras Invernales.

El viento se lleva la guirnalda de Pippa. Ella la persigue, riendo, antes de agarrarla firmemente en sus manos.

— Pero todo es diferente ahora, ¿no?

— Síiii — silba la Gorgona — . Diferente.

— Entonces, quizás haya una manera de cambiar las cosas.

— Quizá.

— ¡Gemma! — me llama Pippa — . ¿Cómo te encuentras?

— ¡Mucho mejor! — chilló.

— Entonces, ¡vuelve!

Dejo mi lugar al lado de la Gorgona y me uno a las otras.

— ¿No es precioso el río? — dice Pippa, haciendo muecas exageradas. Parece una gloriosa cerceta azul — . Oh, os he echado mucho de menos. ¿Me habéis echado vosotras terriblemente de menos?

Felicity corre a abrazarla y Pippa la estrecha con fuerza.

— Pensaba que no os vería nunca más.

— Nos viste hace dos días — le recuerdo.

— Pero apenas he podido aguantar. Es casi Navidad — dice — . ¿Ya habéis ido a algún baile?

— No — responde Ann — . Pero la madre y el padre de Felicity están organizando su baile de Navidad.

— Supongo que será magnífico — dice Pippa, poniendo mala cara.

— Voy a llevar por primera vez un vestido de fiesta — continúa Ann.

Describe el vestido con detalle. Pippa nos pregunta cosas sobre el baile. Es como si estuviéramos otra vez en Spence, sentadas en el gran pasillo, en la habitación de Felicity, chismorreando y haciendo planes.

Sin dejar de sonreír, Pippa da vueltas alrededor de Felicity mientras el barco cruje despacio y baja por el río.

— Estamos juntas. Y no tenemos que separarnos nunca.

— Pero tenemos que volver — digo.

El dolor en los ojos de Pippa me hiere.

— Pero, cuando forméis la Orden, vendréis a por mí, ¿verdad?

— Claro que vendremos — dice Felicity.

Se cae con Pippa cuando ésta pasa de nuevo, feliz de estar cerca de ella.

Pippa abraza a Felicity y reclina la cabeza en su hombro.

— Sois mis mejores amigas, en todo el mundo. No hay nada que pueda cambiar esto, nunca.

Ann se une al abrazo. Al final, yo también pongo mis brazos sobre Pippa. La rodeamos como pétalos y yo intento no pensar en lo que nos pasará una vez encontremos el Templo.

A los lados de la aguda curva, el río se abre y nos ofrece la vista más majestuosa de la orilla y las cuevas del acantilado que se alzan en lo alto, sobre nosotras. Hay

diosas talladas en las rocas. Están, posiblemente a cincuenta metros de altitud, adornadas con tocados en forma de cono. Sus cuellos están ornados con joyas. Aparte de esto, están desnudas y son muy sensuales: caderas generosas, un brazo descuidadamente colocado detrás de la cabeza, y los labios curvados en una sonrisa. La decencia me dice que debo apartar la mirada, pero me doy cuenta de que sigo mirándolas.

— ¡Oh, qué gracioso! — dice Ann, mirando hacia arriba e inmediatamente abajo.

— ¿Qué son? — pregunta Felicity.

La Gorgona abre su boca.

— Las Cuevas de los Suspiros. Ahora sólo son ruinas abandonadas, habitadas tan sólo por los Hajim, los Intocables.

— ¿Los Intocables? — pregunto.

— Síiii. Hay uno. — La cabeza de la Gorgona se vuelve lentamente hacia la derecha y algo sale disparado entre los matorrales a lo largo de la orilla —. Bichos asquerosos.

— ¿Por qué se llaman los Intocables? — pregunta Ann.

— Siempre ha sido así. La Orden los desterró a las Cuevas de los Suspiros. Nadie va allí ahora; está prohibido.

— Bueno, eso no es justo — dice Ann. Su voz se eleva —. No es nada justo.

Pobre Ann. Ella sabe lo que es ser una intocable.

— ¿Para qué se usaba antes la cueva?

— Era un lugar donde la Orden llevaba a sus amantes.

— ¿Amantes? — pregunta Felicity.

— Sí. — La Gorgona hace una pausa antes de añadir —: Los Rakshana.

No sé qué decir.

— ¿Los Rakshana y la Orden eran amantes?

La voz de la Gorgona suena lejana.

— Así era.

Felicity chilla.

— ¡Mirad eso!

Señala al horizonte, donde una pesada niebla cae del cielo como virutas de oro y oscurece lo que hay delante. Ruge como una cascada.

— ¿Vamos pasar a través de eso? — pregunta Ann, preocupada.

Pippa le da un empujón.

— No tengas miedo. Todo saldrá bien, estoy segura, además la Gorgona no nos llevaría allí, ¿verdad Gemma?

— Sí, claro — digo. Intento no parecer tan aterrada como en realidad estoy, ya que no tengo ninguna idea de lo que será de nosotras —. Gorgona, no puedes hacernos ningún daño, ¿no es así?

Pero mi pregunta es ahogada por el implacable martilleo de la cascada de oro. Nos agrupamos en el suelo del barco y Ann cierra sus ojos firmemente. Mientras nos abrazamos, también cierro mis ojos; tengo miedo de saber lo que va a pasar después. Con el denso rugido en nuestros oídos, pasamos a través de esta cortina

de humedad, emergemos en el otro lado y vemos una isla verde en la distancia. Estamos a salvo.

– Estamos vivas – dice Ann.

Las dos nos sentimos sorprendidas y aliviadas.

– Ann – dice Pippa –, mira, ¡ahora eres una chica de oro!

Es verdad. Hay copos de oro en nuestra piel. Felicity hace movimientos con sus manos, y ríe contenta mientras mira cómo brillan.

– Oh, estamos bien, ¿verdad? ¡Ningún problema!

Pippa se ríe.

– Os dije que no tuvierais miedo.

– La magia es fuerte – dice la Gorgona.

– Gemma – pregunta Pippa –, ¿por qué tenemos que atrapar la magia?

– ¿Qué quieres decir? Pues porque está perdida dentro de los reinos.

– ¿Y qué pasa si eso no es tan terrible? ¿Por qué no podría todo el mundo usar ese poder?

No me gusta el cariz que está tomando el asunto.

– Porque podrían usarla para entrar en nuestro mundo y causar estragos. No habría sentido del orden ni control sobre él.

– Tú no sabes si los habitantes de los reinos le darían ese uso.

Ella no ha oído la historia de la Gorgona; ¿cómo podría pensar de ese modo, si no?

– ¿No lo sabemos? ¿Recuerdas esa criatura que capturó a mi madre?

– Era aliada de Circe. Quizá no son todas así – reflexiona Pippa.

– ¿Y cómo decidir quién puede tenerla, en quién se puede confiar?

Nadie tiene una respuesta para eso. Meneo la cabeza.

– No hay nada más que hablar. Cuanto más tiempo esté la magia perdida, más peligro habrá de que, aquí, esos espíritus se vuelvan corruptos. Debemos encontrar el Templo y atar la magia de nuevo. Entonces reformaremos la Orden y mantendremos el equilibrio en los reinos.

Pippa bosteza, y tiene la irritante buena fortuna de estar guapa mientras lo hace.

– Muy bien. De todas maneras ya casi hemos llegado.

CAPÍTULO 18.

El río vuelve a estrecharse. Estamos entrando en un lugar lleno de árboles altos, gruesos y verdes. Cientos de candiles cuelgan de sus ramas. Me recuerda a Diwali, el festival de luces de la India. Mi madre y yo nos quedábamos despiertas hasta muy tarde para ver florecer las calles con velas y candiles.

El barco atraca en la arena suave y húmeda de la isla.

—El Bosque de la Luz —dice la Gorgona—. Estad en guardia. Contad vuestra misión a Philon y sólo a Philon.

El tablón del ala desciende y nosotras saltamos a la alfombra de hierba y arena suave que se desvanece entre los robustos arbustos moteados por las grandes flores de loto blancas. Los árboles son tan altos que no se distinguen y forman un techo verde oscuro. Si miro hacia arriba me mareo. Las luces se agitan y se mueven. Una viene hacia mí, hacia mi cara, y me hace gritar.

—¿Qué ha sido eso? —susurra Ann, con los ojos entrecerrados.

—¿Qué está pasando? —pregunta esta vez Felicity.

Algunas de las luces han descendido hasta su cabeza. Su cara entusiasta está iluminada por una brillante corona.

Las luces se congregan hasta formar una bola que flota sobre nosotras, mostrándonos el camino.

— Parece que quieren que las sigamos — dice Pippa maravillada.

Los pequeños duendecillos luminosos, si se les puede llamar así, nos conducen hacia el interior del bosque. El aire tiene un olor a tierra muy rico. El musgo crece en los enormes árboles como una suave piel verde. Miro hacia atrás. Ya no veo a la Gorgona. Es como si hubiéramos sido absorbidas por el bosque. Quiero salir corriendo y volver atrás, sobre todo cuando oigo el ritmo suave de los enganches que se acercan. La bola de luces estalla y las pequeñas luminiscencias vuelan lejos desordenadamente, hacia el interior del bosque.

— ¿Qué es esto? — chirría Felicity, mirando con aire salvaje alrededor.

— No lo sé — dice Pippa.

La palpitación parece venir de todas partes. Sea lo que sea, estamos rodeadas. Cada vez es mayor y está muy cerca de nosotras. Sólo a veces, se para repentinamente. Una banda de centauros emerge de entre los árboles. Pasan inquietos a nuestro lado, caminando sobre sus largas patas de caballo y con sus gruesos brazos cruzados sobre el pecho desnudo de hombre. El más alto viene directo hacia nosotras. En su barbilla se advierte una sombra de barba.

— ¿Quiénes sois? ¿Qué negocios tenéis aquí? — demanda.

— Hemos venido a ver a Philon — afirma Pippa.

Ha sido muy valiente, yo me hubiera ido corriendo.

Los centauros intercambian miradas inquietantes.

— La Gorgona nos ha traído — digo, esperando que esto nos abra las puertas.

El más alto viene directo hacia mí, hasta que sus cascos están a unos pocos centímetros de mis propios pies.

— ¿La Gorgona? ¿A qué está jugando con nosotros? Muy bien, entonces. Os llevaré hasta Philon y dejaré que nuestro líder decida vuestro destino. Subid, si es que no queréis ir caminando.

Me agarra con fuerza y me coloca de golpe sobre su amplia espalda.

— Oh — digo, ya que no hay brida ni cuerda alguna.

De hecho, no tengo un sitio decente donde agarrarme, y no tengo otra opción que abrazar su gruesa cintura con mis manos y apoyar la cabeza contra su ancha espalda.

De inmediato, despega al galope. Rezo por mi vida mientras nos adentramos a toda velocidad entre los árboles, rozando las ramas, que más de una vez me arañan la cara y los brazos. Sospecho que lo está haciendo a propósito. Los centauros que llevan a Felicity, a Pippa y a Ann cabalgan a mi lado. Ann tiene los ojos cerrados y su boca hace una mueca de espanto. Sin embargo, Felicity y Pippa parecen estar disfrutando del extraño paseo.

Al final, llegamos a un claro con chozas cubiertas de paja y barro. El centauro me da la mano y me lanza al suelo, donde me caigo boca arriba. Pone las manos en sus caderas, se alza sobre mí y sonrío abiertamente.

— ¿Te ayudo?

—No, gracias.
Me levanto de un salto y sacudo la hierba de mi falda.
—Tú eres una de ellas, ¿verdad? —dice, señalando mi amuleto, que se ha salido de debajo de mi blusa durante el espinoso paseo—. ¡Los rumores son ciertos! —chilla a sus amigos—. La Orden ha vuelto a los reinos. Y aquí están.
Todos se acercan y nos rodean en un círculo.
—¿Qué debemos hacer con esto? —pregunta el centauro, acompañando sus palabras con un gruñido de rabia.
Ya no me importa ver a Philon o preguntarle sobre el Templo. Ahora lo único que quiero es escapar.
—¡Creostus! —llega una nueva y extraña voz.
Los centauros se van por donde han venido. Arquean sus cabezas. El más alto, Creostus, hunde la suya pero no la mantiene baja.
—¿Qué pasa ahora? —susurra Ann, agarrándome.
Enfrente de nosotras está la más magnífica criatura que jamás he visto. No sé si es un hombre o una mujer, ya que podría ser cualquiera de los dos. Es delicada, con una piel y un pelo del color polvoriento de la flor de lila. Su melena parece formada por cabos hechos de bellotas, espinas y cardo. Sus ojos son extremadamente verdes y los tiene afilados como los de un gato. Una de sus manos es una pata; la otra, una garra.
—¿Quién viene? —pregunta la criatura con una voz que parece una armonía de tres tonos, distintos pero al mismo tiempo inseparables.
—Una bruja —dice el desafiante centauro—. La ha traído a nuestras orillas la maldita Gorgona.
—Hmmm —dice la criatura, mirándome fijamente hasta que me siento como una niña traviesa que espera su castigo. El afilado final de sus garras levanta mi amuleto para ins peccionarlo—. Una sacerdotisa. No hemos visto una de tu especie en muchos años. ¿Eres tú una de las que rompió las runas, el sello de la magia?
Le quito mi collar de las garras y lo guardo dentro de mi blusa otra vez.
—Soy yo.
—¿Qué queréis de nosotros?
—Lo siento, sólo puedo hablar con Philon. ¿Sabes dónde puedo encontrarle?
—Yo soy Philon.
—Oh —digo—. He venido a pedir tu ayuda.
Creostus interrumpe:
—No le hagas caso, Philon. ¿Recuerdas lo que han sido para nosotros todos estos años?
Philon se queda en silencio con la mirada fija.
—¿Por qué debería ayudarte, sacerdotisa?
No tengo una respuesta para eso.
—Porque deshice el sello de la magia. La Orden tiene que ser reinstaurada. Los centauros estallan en risas.

—Entonces deja que nos restauremos nosotros y lo controlemos todo —chilla uno.

Los otros aclaman.

—Pero sólo la Orden puede atar la magia y restablecer el orden en los reinos —dice Felicity.

Philon habla otra vez:

—Así es como ha sido durante generaciones, pero ¿quién dice que tiene que ser siempre así? El poder es breve. Cambia como la arena.

Hay más aclamaciones de los otros. Se ha congregado una multitud. Sumándose a los centauros, las criaturas de luz han crecido más o menos un metro.

—¿Preferirías que Circe la encontrara primero? —digo—. ¿O los espíritus oscuros de las Tierras Invernales? Si la controlan, ¿creéis que serán generosos con vosotros?

Philon lo considera.

—La sacerdotisa tiene razón. Podéis venir conmigo.

Creostus grita detrás de nosotros.

—No les prometas nada, Philon. ¡Tu lealtad es ante todo con tu gente!
¡Recuérdalo!

Philon nos introduce en una choza y vierte líquido rojo en una copa. No nos ofrece ni un poco, lo que me inspira aún más confianza en la extraña criatura. Si tuviéramos que comer o beber algo aquí, nos quedaríamos para siempre, como le pasó a Pippa. Philon remueve el líquido en la copa y se lo traga.

—Estoy de acuerdo en que la magia tiene que ser contenida. Tal como está ahora es demasiado peligrosa y puede rosa. Nadie ha sido expuesto a su fuerza total, y ellos son muy ambiciosos. Quieren más y más; no hay descanso. Me temo que harán una alianza poco aconsejable y nos destinarán a la esclavitud. Es una amenaza para nuestros caminos.

—Entonces ¿me ayudarás a encontrar el Templo? —pregunto.

—¿Y qué nos prometes si te ayudamos? —Como no contesto, Philon sonrío con satisfacción—. Justo lo que pensaba. La Orden no está interesada en compartir el poder de los reinos.

—La Gorgona ha dicho que vosotros y la Orden fuisteis una vez aliados.

—Sí —dice Philon—. Una vez.

La criatura da una vuelta alrededor de la habitación con una elegante gracia felina.

—Los centauros eran sus mensajeros; yo soy el dueño de las armas. Pero después de la rebelión, mantuvieron la magia alejada de nosotros como hicieron con los otros, aun que nosotros nos mantuvimos leales. Ésa fue su forma de darnos las gracias.

No sé qué decir a esto.

—Quizá no había otra manera.

La criatura me mira fijamente durante un largo momento hasta que me veo forzada a apartar la mirada.

—No nos van a ayudar, Gemma. Vayamos por nuestra cuenta — dice Felicity.
Philon rellena la copa.

—No puedo decirte dónde encontrar el Templo, porque en realidad no sé dónde está. Pero os puedo ofrecer algo. Venid conmigo.

Salimos otra vez hacia el brumoso día. Creostus detiene al magnífico líder y le habla en voz baja en un lenguaje que no podemos entender. Pero capto el enfado en su voz, la cautela en sus ojos cada vez que mira hacia nosotras. Philon lo despide con un conciso «Nyim».

—No puedes fiarte de ellas, Philon — escupe el centauro —. Sus promesas son como hechizos: en un momento se desvanecen.

Nos lleva a una choza baja. Las paredes brillan tapizadas con un armamento brillante que no había visto jamás. De los ganchos cuelgan lazos de plata. Copas con joyas y exquisitos espejos están dispuestos uno al lado del otro.

—Mientras la magia está perdida, las usamos como antes, por si acaso. No sabemos qué es lo que va a pasar y debemos estar preparados. Tenéis que coger un arma para vuestro viaje.

—¿Éstas son todas las armas? — pregunto.

—Con mi debido respeto, todo puede llegar a convertirse en arma.

Hay demasiadas. No sé por dónde empezar.

—¡Oh! — grita Felicity, asombrada —. He encontrado un arco con flechas de plata.

—Parece que la decisión está tomada — dice Philon, y se las da.

Las flechas están hechas a mano, aunque no se nota excepto por las extrañas marcas en la punta de plata, una serie de números, líneas y símbolos que no puedo reconocer.

—¿Qué son? — pregunta Felicity.

—Es el lenguaje de nuestros mayores.

—¿Flechas mágicas? — pregunta Ann, observando las puntas.

Felicity alza el arco y cierra un ojo como si apuntara a una diana imaginaria.

—Son flechas, Ann. Funcionarán como cualquier otra.

—Quizá — dice Philon —. Si tienes el coraje de apuntar y disparar.

Felicity frunce el ceño y gira el arco hacia Philon.

—¡Felicity! — silbo —. ¿Qué haces?

—Me sobra el coraje — gruñe Felicity.

—¿Lo tendrás cuando sea el momento decisivo? — pregunta Philon.

Pippa empuja el arco hacia abajo y lo aparta.

—Fee, para.

—Me sobra el coraje — dice otra vez.

—Claro que sí — grita Pippa.

Philon las mira con curiosidad.

—Ya veremos — y añade dirigiéndose a mí —: Sacerdotisa, entonces, esas flechas, ¿son las armas que eliges?

—Sí — contesto —. Supongo que lo son.

— Deberíamos irnos — dice Felicity —. Gracias por las flechas.

Philon agacha su magnífica cabeza.

— De nada. Pero no son un regalo. Están marcadas con una deuda que algún día tendréis que pagar.

Me siento como si estuviera cayendo por un agujero, y cuanto más intento salir, más profundo se hace.

— ¿Qué tipo de pago?

— Lo que os pedimos es compartir la magia. Pero primero tenéis que encontrar el Templo. No queremos vivir de nuevo en la oscuridad.

— Lo entiendo — digo, y hago una promesa que ni siquiera sé si podré cumplir.

Philon nos lleva hasta el final del bosque, donde unas luces brillantes nos esperan para llevarnos otra vez al barco.

— Todos intentarán manteneros alejadas del Templo. Debéis saberlo. ¿Cómo os protegeréis? ¿Tenéis alguna alianza?

— Tenemos la Gorgona — digo.

Philon asiente despacio.

— La Gorgona. La última de su especie. Prisionera en un barco para siempre como castigo por sus pecados.

— ¿Qué quieres decir? — pregunto.

— Quiero decir que hay muchas cosas que no sabéis — dice Philon—. Id con cuidado, sacerdotisa. No hay escondites aquí. Vuestros más profundos deseos y vuestros mayores miedos pueden ser usados contra vosotras. Hay muchos que querrán alejaros de vuestra misión.

— ¿Por qué me cuentas esto? ¿Al final resulta que eres leal a la Orden?

— Esto es la guerra — dice Philon, con su largo pelo purpúreo sobre los agudos huesos de las mejillas—. Yo soy leal al vencedor.

Las luces nos envuelven y apuntan hacia la cabeza de Pippa, que las golpea con fuerza, jugando. Aún tengo una última pregunta antes de irnos.

— La Gorgona es nuestra aliada, ¿verdad? Está obligada a decirnos siempre la verdad.

— ¿Obligada por qué? La magia ya no es de fiar.

Y diciendo esto, la alta y delgada criatura se gira y se va, arrastrando su melena como si fuera una cadena.

Cuando llegamos a la orilla, Creostus está allí esperándonos con los brazos cruzados.

— ¿Habéis encontrado lo que buscabais, brujas?

Felicity acaricia las flechas en su espalda.

— Así que Philon os ha dado una señal. ¿Qué nos vais a dar a cambio? ¿Nos vais a suministrar poder? ¿O nos lo vais a denegar?

No le contesto. Subo por el tablón alado de la Gorgona, y escucho cómo cruje bajo nuestra presencia. El viento hincha la amplia y translúcida vela, y nos alejamos de la pequeña isla hasta que sólo se puede ver una mancha verde detrás

de nosotros. Pero el crudo grito de los centauros me sigue con la brisa, poniéndome el corazón en un puño.

— ¿Qué nos daréis a cambio, brujas? ¿Qué nos daréis?

Navegamos una vez más por las cortinas de oro y río abajo. Cuando llegamos a las estatuas y acantilados, a las Cuevas de los Suspiros, veo fuego de color — rojo, azul, naranja, lila — y estoy casi segura de que hay una figura detrás del fuego. Pero cuando sopla el viento, el humo cambia de dirección y no veo nada aparte de briznas de colores.

Una rana plateada salta al agua. Se insinúan algunas miradas desde la orilla, por aquí y por allí, pero es difícil verlas. Ann corre hacia un lado del barco.

— Mirad, ¿lo oís? ¡Esa encantadora canción de nuevo!

Necesito un momento, pero al final la oigo. La canción es débil pero bonita. Se filtra en mis venas y corre por dentro de mí, haciéndome sentir caliente y ligera.

— ¡Mirad! ¡En el agua! — grita Ann.

De una en una, emergen tres cabezas calvas. Son mujeres como nunca antes había visto. Sus cuerpos brillan ligeramente con escamas luminiscentes de color rosa, marrón y melocotón. Cuando alzan las manos del agua, veo las débiles correas entre sus largos dedos. Están encantadas, y no puedo parar de mirarlas. Su canción me da vértigo. Felicity y Ann ríen. Las mujeres siguen al lado del barco, y tratan de acercarse. Pippa y yo nos unimos a nuestras amigas. Las palmas de sus manos golpean la gran barca como si fuera el pelo de un niño. La Gorgona no se detiene. La masa enredada de serpientes silba enloquecida.

Ann baja una mano, pero no las puede alcanzar.

— Oh, desearía tocarlas — dice.

— ¿Por qué no podemos? — pregunta Pippa —. Gorgona, baja el tablón, por favor.

La Gorgona no contesta e ignora la petición.

— Gorgona — digo —. Baja el tablón.

Las serpientes se retuercen como de dolor.

— ¿Es ése tu deseo, Su Excelencia?

— Sí, es mi deseo.

El gran barco reduce su velocidad y el tablón baja hasta cernerse sobre el agua. Nos sujetamos las faldas con las manos, nos precipitamos y nos ponemos en cuclillas, mirando si hay algún signo de las mujeres.

— ¿Dónde están? — pregunta Ann.

— No lo sé — digo.

Felicity se halla a gatas, y las puntas de su pelo tocan el agua.

— Quizá se han ido.

Me pongo de pie y trato de buscar entre la niebla. Algo frío y húmedo acaricia mi tobillo. Chillo y me tambaleo justo cuando las manos palmeadas de la criatura se alejan de mi pierna, dejándome un rastro brillante en la media.

— ¡Oh, no! Las he asustado — digo.

Parece como si el cuerpo de una sirena resbalase bajo el tablón y desapareciera. La superficie del río está cubierta con un brillo denso y aceitoso. Al cabo de un momento, las criaturas emergen otra vez. Se menean en las pequeñas corrientes, sus manos extrañas se mueven adelante y atrás, adelante y atrás.

Ann se pone de rodillas.

—Hola.

Una de las criaturas se acerca y empieza a cantar.

—Oh, qué encantador — dice Ann.

Verdaderamente, su canción es muy dulce. Quiero seguirlas, meterme en el agua y escucharla para siempre. Varias de ellas se han juntado, seis, luego siete, en un minuto hay diez de ellas. Cuantas más son, más poderosa se hace la canción. Me estoy ahogando en su belleza.

Una criatura se une al barco. Su mirada se cruza con la mía. Sus ojos son enormes, como espejos del mismo océano. Miro a través de ellos y me veo a mí misma cayendo rápido en las profundidades, donde todas las luces se desvanecen. Me coge y me mueve la cara. Su canción flota sobre mí.

—¡Gemma! ¡No!

Escucho vagamente a Pippa diciendo mi nombre, pero sus palabras se mezclan con la canción y se convierte en una melodía que me invita a entrar al río.

Gemma... Gemma... Gemma...

Pippa me da un tirón brusco hacia atrás y caemos al tablón una encima de la otra. La canción de las ninfas se con vierte en un chillido feroz que me pone la piel de gallina.

—¿Q... qué? — pregunto, como si me estuviera despertando de un sueño.

—¡Esa cosa casi te empuja hacia dentro! — dice Pippa. Sus ojos se encogen — . ¡Ann! — chillá.

Ann tiene las dos piernas sobre el borde del tablón. Una sonrisa extasiada se dibuja en sus labios mientras una de las cosas mueve su pierna y canta tan suavemente que rompe el corazón. Felicity acerca su mano, sus dedos todavía lejos de las manos palmeadas de dos de las criaturas.

—¡No! — chillamos Pippa y yo al unísono.

Cojo a Ann mientras Pippa sujeta a Felicity con sus manos. Luchan contra nosotras, pero las empujamos hacia atrás.

Las criaturas emiten otro horrible chillido. Rabiosas, agarran el tablón como si quisieran sacudirnos en el agua o arrancarlo completamente.

Ann se encoge en brazos de Pippa mientras Felicity golpea sus botas.

—¡Gorgona! — chilló — . ¡Ayúdanos!

—¡Omata! — Ahora es la voz de la Gorgona la que se oye, gritando órdenes — . ¡Omata! ¡Dejadlas o usaremos las redes!

Las criaturas chillan y se alejan. Nos miran decepcionadas antes de deslizarse lentamente bajo el agua otra vez. Sólo un brillo aceitoso en la superficie prueba que han estado allí. Prácticamente empujo a las otras dentro del barco.

—¡Gorgona, sube el tablón! — grito.

– Como desees – responde ésta, subiendo la pesada ala.
A las calvas y brillantes mujeres esto no les gusta. Chillan otra vez.
– ¿Qué son esas cosas? – digo, jadeando.
– Ninfas de agua – contesta la Gorgona, como si fuera la cosa más natural del mundo –. Están fascinadas por vuestra piel.
– ¿Son inofensivas? – dice Ann, frotándose las escamas coloridas de su media.
– Eso depende – dice la Gorgona.
Felicity mira al agua.
– ¿Depende de qué?
– De si os encuentran muy encantadoras o no. Si están particularmente encantadas con vosotras, intentarán atraeros lejos con ellas, a su estaque. Y una vez os tengan atrapadas, os quitarán la piel.
Cuando me doy cuenta de lo cerca que he estado de seguir las a las profundidades, me pongo a temblar.
– Quiero volver a Spence – gime Ann.
Yo también...
– Gorgona, llévanos al jardín – le ordeno.
– Como desees – dice.
Detrás de nosotras veo las ninfas de agua sobre la superficie, sus relucientes cabezas meneándose en el agua como joyas de un tesoro perdido. Nos llega un trocito de su bonita canción, y por un momento voy a la deriva hacia el borde del barco, pues quiero una vez más zambullirme dentro. Salimos disparadas hacia delante con una sacudida, alejándonos de ellas, y su canción se vuelve rabiosa, un sonido como de pájaros privados de comida.
– Parad – digo sin aliento, deseando que acabe –. ¿Por qué no paran?
– Esperan un regalo, un recuerdo del viaje – contesta la Gorgona.
– ¿Qué clase de regalo? – pregunto.
– Una de vosotras.
– Esto es horrible – digo.
– Síiii – silba la Gorgona –. Las habéis hecho infelices, me temo. Pueden ser bastante viciosas cuando se enfadan; y muy rencorosas.
El solo pensamiento de esas frías y húmedas manos llevándose a una de nosotras me hace temblar.
– ¿Hay más ninfas de éstas por aquí? – pregunta Pippa, con su pálida cara iluminada por el sol anaranjado.
– Síiii – dice la Gorgona –. Pero no me preocuparía mucho por ellas. Sólo pueden venir a por ti si estás en el agua.
Eso es un alivio. La niebla se aclara. Siento mis miembros inestables, como si hubiera corrido durante mucho tiempo. Las cuatro estamos estiradas en el barco, mirando el cielo brillante.
– ¿Cómo encontraremos el Templo si esas criaturas usan su propia magia contra nosotras? – pregunta Ann.
– No lo sé – digo.

Éste ya no es el bonito jardín que mi madre me enseñó. Es absolutamente obvio que ahora que los reinos están más allá, este jardín no es un sitio seguro donde podamos bajar la guardia.

—Gorgona —pregunto cuando todo se ha calmado otra vez y el jardín está a la vista—, ¿es verdad que estás prisionera en este gran barco como castigo?

—Síiii —contesta siseando.

—¿Por la magia de quién?

—De la Orden.

—Pero ¿por qué?

El gran barco cruje y gime. Agua.

—Fui yo quien lideró a mi gente contra la Orden durante la rebelión.

Las serpientes de su cabeza se retuercen. Una se enreda alrededor del arco puntiagudo, con su lengua a tan sólo unos pocos centímetros de mi mano. Me retiro a una distancia segura.

—¿Ahora eres leal a la Orden? —pregunto.

—Síiii —es su respuesta.

Pero no es inmediata, como si fuera una respuesta obligada por algún hechizo. Hay un momento de duda. Se para a pensar y me doy cuenta de que la advertencia de Philon es acertada.

—Gorgona, ¿tú sabías que las ninfas de agua estaban cerca?

—Síii —dice.

—¿Por qué no nos has avisado?

—No me lo habéis preguntado.

Y con esto, llegamos al jardín, donde la larga bestia ver de cierra sus ojos. Pippa nos aprieta con fuerza. No quiere dejarnos ir.

—¿Ya os tenéis que marchar? ¿Cuándo podréis volver?

—Tan pronto como sea posible —le asegura Felicity—. No dejes que nada te atrape, Pip.

—No lo haré —dice Pippa. Coge mis manos—. Gemma, hoy te he salvado la vida.

—Sí, lo has hecho. Gracias.

—Supongo que eso nos une, ¿no? ¿Como una promesa?

—Supongo —digo con inquietud.

Pippa me da un beso en la mejilla.

—¡Volved tan pronto como podáis!

La puerta de luz llamea a la vida, y dejamos a Pippa diciéndonos adiós como si fuera la última y breve imagen de un sueño antes del despertar.

De vuelta a la habitación tomamos aire. Estamos bien, aunque un poco aturcidas, y preparadas para retomar nuestros sitios para el té.

—¿Lo sentís? —pregunta Felicity mientras bajamos.

Asiento. La magia corre a través de mí. Mi sangre pasa repetida y rápidamente por las venas, y cada sentido se afina más por ello. Es asombroso, como si me encendiera por dentro. Desde detrás de las puertas cerradas de la sala, puedo oír

fragmentos de conversaciones, puedo sentir lo que se quiere y se desea, los pequeños secretos y desilusiones de cada corazón que late, hasta que me obligo a dejarlos ir.

— Ah, aquí está nuestra señorita Bradshaw ahora — dice la oronda mujer mientras entramos en la habitación—. Tenemos entendido que fue entrenada por los mejores profesores de toda Rusia cuando era niña, y así es como la familia zarina reconoció a la primera a su tan buscada familiar perdida: por su encantadora voz. ¿Nos haría por favor el honor de cantarnos una canción?

Esta historia se está extendiendo de una forma tan salvaje como la magia de los reinos.

— Sí, claro que lo haré — dice Felicity, y toma cariñosa mente a Ann por el brazo.

— Usa la magia — susurra.

— ¡Felicity! — le susurro yo a ella—. Se supone que no...

— ¡Tenemos que hacerlo! No podemos dejar abandonada a Ann.

Ann me lanza una mirada suplicante.

— Sólo esta vez — dice Felicity.

— Está bien, sólo esta vez — acepto.

Ann se gira hacia la multitud, sonriendo.

— Estaré encantada de cantar para ustedes.

Sigue atenta el sonido de las faldas mientras las señoras toman asiento. Entonces cierra los ojos. La puedo sentir concentrándose, dibujando en la magia. Es como si estuviéramos unidas por la magia, trabajando en concierto para crear esta ilusión. Ann abre su boca para cantar. Tiene una voz encantadora, muy natural, pero la música que sale ahora de ella es muy poderosa y seductiva. Necesito un momento para reconocer el lenguaje. Está cantando en ruso, una lengua que de hecho no conoce. Es un gran acierto.

Las mujeres del Alexandra están inmóviles, fijas como estatuas. Cuando Ann llega al crescendo de la canción, algunas se frotan los ojos de lo conmovidas que están. Cuando Ann acaba con una pequeña y respetable reverencia, las mujeres aplauden y se apresuran a elogiarla. Ella se regodea con sus felicitaciones.

Lady Denby se sitúa al lado de Ann y la felicita.

— Lady Denby, qué maravillosa está — dice la madre de Felicity.

Lady Denby asiente pero no responde. Todos se percatan de ello. Hay un silencio incómodo en la habitación.

Lady Denby mira a Ann.

— ¿Dice usted que es pariente del duque de Chesterfield?

— S...sí — balbucea ella.

— Es muy extraño. No creo que haya conocido nunca al duque.

Noto un tirón, un cambio en el aire. La magia. Cuando miro alrededor, Felicity tiene sus ojos cerrados para centrarse y una sonrisa de desmayo se curva en esos labios que están hablando. De repente, lady Denby eructa de manera grosera. No hay manera de esconder el estupor y el horror de su cara cuando se da cuenta de lo que ha hecho. Eructa otra vez, y bastantes mujeres se aclaran la garganta y

miran hacia otro lado como si no se hubieran dado cuenta de la ofensa. Por su parte, lady Denby se excusa, refunfuñando algo sobre estar indispuesta mientras se va.

—Felicity, ¡eso ha sido muy cruel por tu parte! —susurro.

—¿Por qué? —pregunta, tan fresca como sólo ella puede ser—. Es una vieja charlatana, después de todo.

Ahora que lady Denby se ha ido, la gente gravita hacia Ann y la señora Worthington, felicitando a la madre de Felicity por tener una invitada tan estimada en su casa. Invitaciones para tomar el té, para cenar: les ofrecen invitaciones en abundancia. El leve incidente ha sido olvidado.

—No volveré a quedarme sin poderes —dice Felicity, aun que no sé exactamente qué quiere decir con eso, y no da ninguna explicación.

CAPÍTULO 19

Cuando vuelvo a casa, la noche ya ha caído sobre Londres como un bálsamo: lámparas de gas alisan los ásperos bordes en una igualdad de oscura nebulosa. La casa está en silencio. La abuela ha salido a jugar a cartas con sus amigas. Padre está durmiendo a intervalos en su silla, con el libro abierto sobre su regazo. Mi padre, que sufre incluso en sus sueños.

El último remanente de magia fluye dentro de mí. Cierro las puertas y pongo la mano sobre su ceja. Sólo una vez, como dijo Felicity. Es todo lo que necesito. No estoy usando este poder para un nuevo vestido de baile; lo uso para curar a mi padre. ¿Cómo puede eso estar mal?

Pero ¿cómo empiezo? Madre me dijo que debo concentrarme. Tengo que estar segura de lo que quiero. Cierro los ojos y dejo que mis pensamientos se centren en mi padre, para curarlo de sus aflicciones.

—Deseo curar a mi padre —digo—. Deseo que nunca más tenga necesidad del láudano.

Mis manos zumban. Algo está pasando. Rápidamente, como una corriente que fluye, la magia circula a través de mí hacia Padre. Él arquea su espalda. Con los ojos aún cerrados, veo nubes corriendo por el cielo, veo a Padre riendo y sano otra vez. Me arrastra en un baile juguetón y ofrece regalos de Navidad a todos los sirvientes, que se iluminan de gratitud y de buena voluntad. Éste es el padre que yo conozco. No me había dado cuenta de cuánto lo echaba de menos hasta ahora. Mi cara se humedece con lágrimas.

Padre deja de gemir en la silla. Estoy lista para poner mi mano sobre la suya; pero no, aún hay una última cosa, rápida como un truco de mago. Veo la cara de un hombre, con la raya de sus ojos negra.

—Gracias, peque — gruñe él.

Y entonces estoy libre.

Las velas del árbol de Navidad brillan y emiten destellos. Estoy temblando y transpiro por el esfuerzo. Padre está tan en paz que temo haberlo matado.

—¿Padre? — digo bondadosamente. Como no despierta, lo zarandeo —. ¡Padre! Él parpadea, sorprendido al verme tan agitada.

—Hola, querida. Me he quedado dormido, ¿verdad?

—Sí — digo, mirándolo de cerca.

Se pasa los dedos por la frente.

—Qué sueño tan extraño he tenido.

—¿Qué, Padre? ¿Qué ha soñado?

—Yo... no puedo recordarlo. Bueno, ahora estoy despierto. Y de repente estoy muerto de hambre. ¿Me he dormido durante la hora del té? Iré a implorar a nuestro querido cocinero.

Cruza la habitación con un gran paso. En un momento, oigo la fuerte voz de Padre y al cocinero riendo. Es un sonido tan encantador... Me doy cuenta de que estoy llorando.

—Gracias — digo a nadie en particular —. Gracias por ayudarme a curarlo.

Cuando entro en la cocina, Padre está sentado a una pequeña mesa, dando mordiscos a un pato rustido y degustando el pan, mientras entretiene con sus aventuras al cocinero y a una sirvienta.

—Ahí estaba yo, cara a cara con la cobra más grande que se puedan imaginar. En pie como un árbol joven, con un cuello tan gordo como el brazo de un hombre.

—Madre mía — dice el cocinero, sorbiendo cada palabra —. ¿Qué hizo entonces, señor?

—Dije: «Mejor será, mi querido compañero, que no quieras comerme. No soy más que cartílagos. Coge a mi socio, el señor Robbins».

—No. ¡No hizo eso, señor!

—Lo hice. — Padre está disfrutando de su audiencia. Se pone en pie para representar el resto como si fuera una pantomima —. Fue directa al señor Robbins. Sólo tenía un instante para actuar. Callado como un ratón de iglesia, saqué mi machete y trocéé la cobra justo antes de que se lanzara contra el viejo Robbins y lo matara.

La sirvienta, una chica más o menos de mi edad, se ríe. Si no se tiene en cuenta el trozo de hollín en su nariz, es encantadora.

—Estaba deliciosa.

Padre se sienta con una sonrisa de satisfacción. Estoy tan contenta de verlo así, que podría escuchar sus historias toda la noche.

—Oh, señor, ha sido emocionante... ¡Las aventuras que ha tenido! — El cocinero le da un plato a la sirvienta —. Toma. Llévaselo al señor Kartik por mí.

— ¿El señor Kartik? — digo, sintiendo como si me fuera a desmayar.

— Sí — dice Padre, contento — . Kartik, nuestro nuevo cochero.

— Iré yo, si no le importa — digo mientras cojo el plato de la sirvienta, quemada mira bastante decepcionada — . Me gustaría conocer a nuestro señor Kartik.

Antes de que nadie pueda objetar, me voy a las caballerizas, pasando por delante de una asistenta cubierta de hollín y una lavandera cansada, que se frota la zona de los riñones con las manos. Hay familias enteras viviendo en las habitaciones de encima de los establos. Es difícil de imaginar. El mal olor me obliga a taparme la nariz con la mano. La casa de nuestro carruaje es la cuarta hacia abajo, a la derecha. Un asistente atiende los dos caballos de Padre. Al verme, el joven se quita la gorra.

— Buenas tardes, señorita.

— Estoy buscando al señor Kartik — digo.

— Está allí, señorita, al lado del carruaje.

Rodeo el carruaje y ahí está, dando brillo al carro con un trapo. Le han dado un uniforme apropiado: pantalones, zapatos, un chaleco rayado, una camisa fina y un sombrero. Se ha peinado sus rizos. Parece realmente un caballero. Al verlo me quedo sin respiración.

Me aclaro la garganta. Se gira y me ve. Una mueca traviesa le ilumina la cara.

— ¿Cómo está? — digo muy formal para que lo oiga el sirviente, que ahora mismo está espiándonos.

Kartik me sigue.

— Buenas tardes, señorita. ¡Willie! — llama al chico.

— ¿Sí, señor Kartik?

— Sé un buen chaval y da un paseo a Ginger, ¿quieres?

El chico guía al caballo castaño fuera del establo.

— ¿Qué tal mi nuevo traje? — pregunta Kartik.

— ¿No piensas que es demasiado arriesgado por tu parte aceptar este trabajo de cochero? — susurro.

— Ya te dije que estaría cerca.

— Sí, lo hiciste. ¿Cómo te las has arreglado?

— Los Rakshana tienen sus métodos.

Los Rakshana; por supuesto. Todo está en silencio. Puedo oír a Ginger resoplando suavemente al otro lado de los establos.

— Bueno — digo.

— Bueno — repite Kartik.

— Aquí estamos.

— Sí. Ha estado bien por tu parte que hayas venido a verme. Tienes muy buen aspecto.

Debería agradecerle la cortesía.

— Te he traído la cena — digo, y le ofrezco el plato.

— Gracias — dice. Me acerca un taburete para mí y saca el volumen de la Odisea que está encima. Él se apoya en el escalón del carruaje —. Supongo que entonces Emily no viene.

— ¿Quién es Emily? — pregunto.

— La sirvienta. Iba a traerme la cena. Parece una muchacha muy agradable.

Me ruborizo.

— ¿Y ya has decidido cómo es, después de sólo un día de conocerla?

— Sí — dice, pelando la piel de una preciosa naranja, sin duda servida por la agradable Emily.

Me pregunto si Kartik podría alguna vez pensar en mí como en una chica normal, alguien a quien esperar durante mucho tiempo, y a quien considerar agradable.

— ¿Tienes alguna noticia del Templo? — dice, sin levantar la vista.

— Hoy hemos visitado un lugar llamado el Bosque de la Luz — le cuento —. He conocido a una criatura que se llama Philon. Él no sabía dónde encontrar el Templo, pero me ofreció su ayuda.

— ¿Qué tipo de ayuda?

— Armas.

Kartik entorna los ojos.

— ¿Él creía que las necesitaríais?

— Sí. Philon nos dio flechas mágicas. No sé usarlas, pero Feli... la señorita Worthington es bastante experta. Ella...

— ¿Qué os ha pedido a cambio? — Kartik me mira directamente a los ojos.

— Compartir la magia cuando encontremos el Templo.

— Lo rechazaste, por supuesto. — Como no le contesto, Kartik deja la naranja en su plato, disgustado —. ¿Te has aliado con criaturas de los reinos?

— ¡Yo no he dicho eso! — grito. No es la verdad, pero tampoco es una mentira —. Si lo que hago no te gusta, ¿por qué no lo haces tú?

— Sabes que nosotros no podemos entrar en los reinos.

— Pues entonces supongo que vas a tener que confiar en que estoy haciendo todo lo que puedo.

— Confío en ti — contesta suavemente.

Los pequeños sonidos de la noche nos rodean, pequeñas criaturas que se apresuran de aquí para allá, buscando comida y calor.

— ¿Sabías que los Rakshana y la Orden fueron una vez amantes? — pregunto.

— No, no lo sabía — dice Kartik después de unos segundos de duda —. Qué... interesante.

— Sí, lo es.

Saca un hilo blanco de la naranja y me ofrece un gajo.

— Gracias — digo, cogiendo la fruta de sus dedos y poniéndola en mi lengua. Es muy dulce.

— De nada. — Me dedica una pequeña sonrisa. Nos sentamos un momento y saboreamos la naranja —. ¿Tú alguna vez...?

– ¿Qué?
– Me preguntaba si alguna vez has visto a Amar allí en los reinos.
– No – contesto –. Nunca lo he visto.
Kartik hace un gesto como de alivio.
– Entonces ya debe de haber cruzado, ¿no crees?
– Sí, supongo.
– ¿Cómo son los reinos? – pregunta.
– Una parte es bonita, tan bonita que nunca quieres irte. En el jardín, puedes transformar piedras en mariposas o en un vestido de hilo de plata que canta... o en lo que desees.
Kartik sonrío.
– Continúa.
– Hay un barco, como un barco vikingo, con una cabeza de Gorgona. Ella nos llevó a través de un río de agua dorada que nos dejó brillos de oro por toda la piel.
– ¿Como el oro de tu cabello?
– Más fino – digo, ruborizándome. Noto a Kartik diferente conmigo –. Pero hay algunas partes que no son tan bonitas. Criaturas extrañas, cosas horribles. Supongo que por eso debo atar la magia, para que ellos no la conviertan en salvaje.
La sonrisa de Kartik desaparece.
– Sí. Supongo. ¿Señorita Doyle?
– ¿Sí?
– ¿Crees que...? Quiero decir, ¿qué pasaría si tuvieras que quedarte allí, en los reinos, una vez encontraras el Templo?
– ¿Qué quieres decir?
Kartik pasa sus dedos por donde el jugo de la naranja los ha vuelto blanquecinos.
– Parece un buen sitio para esconderse.
– ¿Por qué dices eso?
– Quiero decir para vivir. Un buen sitio para vivir, ¿no crees?
Algunas veces no entiendo a Kartik.
Un candil lanza su luz sobre la paja e ilumina la suciedad que hay a nuestros pies.
La encantadora sirvienta de la cocina aparece de la nada, con una mirada de asombro en su cara.
– Perdón, señorita. Me olvidé de traerle el café al señor Kartik.
– Ya me iba – le digo, prácticamente saltando para ponerme en pie. Asumo que ésta es la mencionada Emily –. Gracias, muy, muy informativo, ah, instructivo acerca de... de...
– ¿Seguridad del carruaje? – ofrece Kartik.
– Sí. Una no es suficientemente cuidadosa con estas cosas. Que tenga buenas noches – le digo.
– Buenas noches – contesta él.

Emily no parece tener ninguna intención de irse. Mientras avanzo a grandes zancadas por delante de los caballos, la oigo reír bondadosamente, como una niña, por algo que le ha dicho Kartik.

Ginger me resopla.

—Es de mala educación mirar fijamente —le digo, antes de correr hacia mi cuarto para que nadie me vea triste y enfurruñada.

La caja de Simon está en una mesa al lado de mi cama. Abro el falso fondo y veo la botella marrón escondida allí.

—No la vas a necesitar nunca más —digo.

Y deslizo la caja hacia una esquina de mi armario, donde se pierde entre enaguas y dobladillos de vestido. Desde la ventana puedo ver los candiles de los establos y la casa de nuestro carruaje. Veo a Emily que vuelve del establo, con su candil en la mano. La luz le da en la cara cuando se gira para sonreír a Kartik, que le está diciendo adiós con la mano. Él levanta la mirada y yo desaparezco rápidamente de su vista y apago de inmediato mi candil. La habitación se hunde en las sombras.

¿Por qué debería importarme que a Kartik le guste Emily? ¿Qué somos el uno del otro, aparte de una obligación? Supongo que eso es lo que me molesta. Oh, debería olvidarme de este asunto con Kartik. Es estúpido.

Mañana será un nuevo día, 17 de diciembre. Cenaré con Simon Middleton. Haré cuanto pueda para agradar a su madre y me lo pasaré bien. Ante todo tengo que encontrar el Templo, pero por una noche, una gloriosa y despreocupada noche... tengo la intención de llevar un vestido de fiesta elegante y disfrutar de la agradable compañía de Simon Middleton.

—¿Cómo está, señor Middleton? —le digo al aire—. No —contesto, bajando mi voz—. ¿Cómo está usted, señorita Doyle? Vaya, está absolutamente espléndida.

El dolor me aprieta. No puedo respirar. ¡Dios! ¡No puedo respirar! No, no, no, por favor, ¡déjame sola, por favor! No sirve. Algo me empuja como la marea y me deslizo hacia las profundidades... Es una visión. No quiero abrir los ojos. Sé que están allí. Las puedo sentir. Las puedo oír.

—Ven con nosotras... —susurran.

Abro un ojo, luego el otro. Ahí están, esas tres chicas fantasmales. Parecen tan perdidas, tan tristes, con la piel tan pálida y esas sombras oscuras talladas en sus mejillas.

—Tenemos algo que enseñarte...

Una de ellas pone su mano en mi hombro. Me pongo tensa y noto que caigo en la visión. No sé dónde estamos. Parece un castillo, una gran fortaleza en ruinas. Musgo de color verde profundo crece en sus piedras. Risas brillantes flotan hacia el exterior, y a pesar de la altura y de los arcos de las ventanas, puedo ver destellos blancos. Son chicas jugando. No son unas chicas cualesquiera, son las chicas de blanco.

Pero ¡qué encantadoras parecen! ¡Tan frescas, alegres y vivas!

— ¡Cógeme si puedes! — chilla una, y me duele el corazón.

Ese es el juego al que mi madre jugaba conmigo cuando yo era una niña. Las otras dos niñas salen de un salto de detrás de una pared, asustándola. Se ríen.

— ¡Eleanor! — llaman las tres —. ¿Dónde estás? ¡Es la hora! Tendremos el poder, nos lo prometió.

Corren hacia el borde del acantilado; el mar bate con furia. Las chicas caminan por las rocas y se contonean contra un cielo gris, como estatuas griegas que cobraran vida. Están riendo, tan felices, tan felices...

— ¡Venga, no vayas tan despacio! — chillan contentas a la cuarta chica.

No puedo distinguirla muy bien; pero veo la mujer con la capa verde oscura que se acerca deprisa; puedo ver cómo el viento empuja sus largas y amplias mangas. La mujer coge la mano de la chica que se queda atrás.

— ¿Es la hora? — gritan las otras.

— Sí — responde la mujer con la capa verde oscura.

Sostiene la mano de la niña entre las suyas. Cierra los ojos y levanta las dos manos hacia el mar. Está mascullando algo. No. ¡Está invocando algo! Estoy aterrorizada y siento náuseas; algo está saliendo del mar, ¡y ella lo está llamando! Las chicas chillan de terror; pero la mujer de verde no abre los ojos. No se para.

¿Por qué me están enseñando esto? ¡Quiero marcharme! Debo alejarme de esa cosa, de su terror. Estoy otra vez en mi habitación. Las chicas planean cerca de donde me encuentro. Sus puntiagudas botas se mueven por el suelo: raspa, raspa, raspa. Creo que voy a volverme loca.

— ¿Por qué? — jadeo, intentando no vomitar —. ¿Por qué?

— Ella miente... — susurran —. Lo ha confesado a... no confíes en ella... no confíes en ella...

— ¿Quién? — jadeo, pero se han ido.

La presión me abandona. Lucho por respirar; mis ojos están llenos de lágrimas, que corren por mi nariz. No puedo soportar esas horribles visiones, y no las entiendo. ¿No confiar en quién? ¿Por qué no debo confiar en ella?

Pero había algo diferente en esta visión, un detalle que ahora recuerdo. Algo en la mano de la mujer. Llevaba un anillo de algún tipo, algo inusual. Necesito un momento; me estiro en el suelo para recuperar el sentido y luego pienso que ya sé lo que era.

El anillo de la mujer tenía la forma de dos serpientes entrelazadas.

He visto ese anillo antes. En la maleta, bajo la cama de la señorita McCleethy.

CAPÍTULO 20

—Gemma, no juegues tanto con tu pelo.

La abuela chasquea la lengua en señal de desaprobación desde su asiento en el carruaje.

—Oh —digo.

Estoy tan preocupada con mis pensamientos que no me he dado cuenta que daba vueltas a un pequeño mechón de pelo alrededor de mi dedo. Durante todo el día he estado ida, pensando en la visión de anoche y en lo que significa. Una mujer que lleva un anillo de serpientes. La señorita McCleethy tiene un anillo de serpientes. Pero ¿qué conexión puede tener con la mujer que llevaba la capa o con las chicas? Esas visiones no tienen sentido. ¿Quién son esas chicas y por qué necesitan mi ayuda? ¿Qué están intentando decirme?

Debo apartar esos pensamientos por ahora. Tengo una fiesta que atender y debo pensar en cómo gustar a la formidable lady Denby. Eso es más aterrador que cualquier visión que pueda conjurar.

Cuando llegamos a casa de Simon, veo que hay tres carruajes más. Es una casa magnífica. A través del sendero, Hyde Park es una oscura mancha, perdido en la neblina incandescente de los candiles que lanzan aureolas de niebla y nos hacen parecer más brillantes de lo que somos, como una ayuda del cielo. Kartik me coge la mano para ayudarme a bajar. Pongo un pie sobre el borde de mi vestido y me

caigo encima de él. Me coge por la cintura y, por un segundo, siento que estoy en sus brazos.

– Sujétese aquí, señorita – me dice, ayudándome a ponerme en pie.

– El viejo Potts nunca me hubiera cogido así.

Padre se burla de Tom. Me giro y veo a Kartik mirándome fijamente, enfundada en mi vestido azul y mi abrigo de terciopelo, como si fuera alguien por completo diferente, una extraña para él.

Padre coge mi brazo y me lleva a la puerta. Limpio y afeitado, con una corbata blanca y guantes, es casi el padre que recuerdo.

– Está muy guapo, Padre – digo.

Sus ojos vuelven a centellear de nuevo.

– Humo y cigarros – dice con un guiño – . Humo y cigarros.

Ése es mi temor. ¿Por cuánto tiempo funcionará la magia? No, no debo preocuparme por eso ahora. Ha funcionado, y él es mi querido padre otra vez, y de momento, voy a cenar con un chico guapo que, por alguna razón, me encuentra interesante.

Nos recibe una larga fila de lacayos y sirvientes en uniformes muy encorsetados. Parece que hay un sirviente para cada cosa. La abuela está erguida y parece excitada. Si tuviera que estar un poco más recta, se le partiría la columna. Nos conducen a un gran salón. Simon está de pie, al lado del fuego, inmerso en una conversación con dos caballeros. Me ofrece una sonrisa rapaz. Inmediatamente aparto la mirada hacia la distancia, como si acabara de descubrir las paredes empapeladas y estuviera fascinada más allá de lo normal, aunque mi corazón late con un nuevo ritmo: le gusto, le gusto, le gusto. Tengo poco tiempo para derretirme. Lady Denby desciende en picado por la habitación haciendo presentaciones, mientras sus tiasas faldas se levantan con cada paso. Saluda a un caballero calurosamente, pero es bastante fría con su mujer.

Si le gustas a lady Denby, estás asentada de por vida. Si te encuentra inadecuada, todos te evitarán.

La lengua se me pega al paladar. No puedo tragar. Me repasa de arriba abajo mientras viene hacia mí. Simon se le acerca en un instante.

– Madre, déjeme presentarle al señor John Doyle; su madre, la señora William Doyle; el señor Thomas Doyle; y la señorita Gemma Doyle. Thomas es un amigo de mis días en Eton. Actualmente es asistente clínico del doctor Smith en el hospital de Bethlem – añade Simon.

Su madre se dirige a Tom inmediatamente.

– Vaya, el doctor Smith es un viejo amigo. Dígame, ¿es verdad que tuvieron un paciente que una vez fue miembro del Parlamento? – pregunta, esperando un poco de chismorreo.

– Madam, si sacáramos a los lunáticos del Parlamento, no quedaría Parlamento – bromea Padre, olvidándose de que el padre de Simon es uno de sus miembros.

Me quiero morir.

Sorprendentemente, lady Denby se ríe.

— Oh, ¡señor Doyle! Es usted muy ingenioso.

Aliviada, dejo escapar un hilillo de aliento, que espero que nadie oiga.

El mayordomo anuncia la cena. Lady Denby reúne a sus invitados como si fuera un experimentado general que agrupa a sus tropas para la batalla. Hago lo que puedo para recordar todo lo que la señora Nightwing me ha enseñado sobre modales. Estoy muerta de miedo por si cometo alguna horrible metedura de pata y llevo la vergüenza a mi familia.

— ¿Vamos?

Simon me ofrece su brazo y yo paso el mío por el suyo. Nunca me he cogido del brazo de un hombre que no sea un pariente de sangre. Mantenemos una distancia respetable entre nosotros, pero eso no me impide sentirlo a mi lado.

Después de la sopa nos sirven cerdo asado. La mirada del cerdo, en una bandeja con una manzana en su boca, me quita el apetito. Mientras los otros parlotean sobre sus propiedades en el campo, la caza del zorro y los problemas para encontrar buen servicio, Simon susurra:

— He oído que éste fue un cerdo muy desagradable. Siempre quejándose. Nunca tuvo una bonita palabra para nadie. Una vez incluso mordió a un patito con maldad. Yo no me sentiría culpable por comérmelo si fuera usted.

Sonríe. La voz de lady Denby rompe el momento:

— Señorita Doyle, su cara me resulta familiar.

— Yo... yo fui como invitada de la señorita Worthington al Alexandra ayer, para escuchar cantar a la señorita Bradshaw.

— ¿La señorita Bradshaw cantó? — Tom está encantado de oír sobre el ascenso social de Ann —. Qué encantador.

Mis ojos se cruzan con los de lady Denby, que dice:

— Sí, ésta es una extraña cuestión. Señor Middleton — dice, dirigiéndose a su marido —, ¿ha conocido alguna vez al duque de Chesterfield?

— No puedo decir que lo haya hecho, a no ser que sea un hombre de caza.

Lady Denby frunce sus labios como si reflexionara sobre algo; entonces dice:

— ¿He oído que está usted en Spence?

— Sí, lady Denby — contesto nerviosamente.

— ¿Qué tal lo encuentra? — pregunta mientras coge algunas patatas asadas.

Me siento como un insecto bajo el intenso foco del microscopio.

— Es una escuela muy agradable — digo, evitando su mirada.

— Por supuesto, tuvo una apropiada institutriz inglesa mientras estuvo en la India — interviene la abuela, siempre con miedo de las impropiedades sociales —. Tenía miedo de enviarla lejos de casa, pero me aseguraron que Spence era un buen colegio.

— ¿Qué piensa usted, señorita Doyle? ¿Se inclina a creer que a las jóvenes señoritas se les debe enseñar latín y griego estos días? — pregunta lady Denby.

No es una pregunta inocente. Me está poniendo a prueba, estoy segura. Respiro profundamente.

– Creo que aprender es tan importante para las hijas como para los hijos. Además, ¿cómo podremos ser buenas esposas y madres?
Es la respuesta más segura que puedo encontrar.
Lady Denby sonríe calurosamente.
– Estoy absolutamente de acuerdo, señorita Doyle. ¡Qué chica más sensible es usted!
Respiro un poco aliviada.
– Ahora me doy cuenta de por qué mi chico está encantado – anuncia lord Denby.
Me ruborizo, y me doy cuenta que no puedo mirar a nadie. Tengo que luchar para mantener una ridícula mueca en el rostro y salir a la superficie. Sólo tengo un vertiginoso pensamiento en mi cabeza: a Simon Middleton, un chico tan perfecto, le gusto yo, la extraña y desagradable Gemma Doyle...
Se escuchan risas disimuladas entre los invitados allí reunidos.
– Ya está. Ya has tenido que hacerlo – salta un caballero con bigote –, ahora ya no va a querer volver más.
– Oh, de verdad, señor Conrad – le regaña lady Denby, jugando.
No entiendo por qué Felicity piensa tan mal de lady Denby. Parece bastante simpática conmigo, y me gusta.
La noche pasa como un sueño feliz. No me he sentido tan en paz y contenta desde antes de que Madre muriera. Ver a Padre volver a la vida otra vez... es el cielo, y al fin y al cabo estoy contenta por este extraño y bonito poder. Durante la cena, él es tan encantador como solía ser y entretiene a lady Denby y a Simon con sus historias de la India. La cara de la abuela, normalmente marcada por la preocupación, está serena esta noche, y Tom es casi agradable, si tal cosa se puede decir de él. Por supuesto, él cree que ha curado a Padre. Por esta vez, no estoy de humor para contradecirle. Significa mucho para mí ver a mi familia disfrutar los unos de los otros. Quiero preservar esta burbuja de felicidad en el tiempo, este sentimiento de que pertenezco a algún sitio. Que soy querida. Quiero que esta noche continúe para siempre.
La conversación en la mesa se desvía hacia el tema del hospital de Bethlem. Tom está entreteniendo a la corte con historias de sus tareas allí.
– Él insistió en que era el emperador de Sussex del oeste y, como tal, exigía una ración extra de carne. Cuando me negué, prometió que me haría decapitar.
– ¡Madre mía! – ríe lady Denby.
– Será mejor que guarde su inteligencia, joven. No querrá despertarse sin cabeza – dice el padre de Simon.
Tiene los tiernos ojos azules de su hijo.
– ¿O tal vez eso, en su caso, sería una mejora, mi querido amigo? – provoca Simon a Tom, que se hace el ofendido.
– ¡Oh, oh! *Touché!*

— Bueno, por el momento mi hijo debe mantener la cabeza en su sitio — dice Padre, con un aire bastante serio —. He pagado mucho por su nuevo sombrero, y no quiero devolverlo.

Todo el mundo estalla en risas.

La abuela habla.

— ¿Es verdad que Bethlem tiene bailes públicos cada quince días, lady Denby?

— Sí, es cierto. Siempre es rejuvenecedor para ellos estar entre el público y recordar sutilezas sociales. Mi marido y yo hemos ido bastantes veces. Hay otro baile de aquí a una semana. Deben venir como invitados nuestros.

— Estaremos encantados — dice la abuela, contestando por todos nosotros, como suele hacer.

Me duele la cara del esfuerzo por mantener una expresión simpática todo el tiempo. ¿Es hora de ponerme de nuevo los guantes? ¿Debo comerme el último bocado de mi postre, como me gustaría, o dejar la mitad para mostrar mi delicado apetito? No quiero cometer un error, esta noche no.

— Oh, cuéntenos otra historia — le ruega lady Denby a Tom.

— Sí, venga — dice Simon —. Si no, me veré obligado a hablar de cuando miré a los ojos de un infeliz faisán en el campo, y todos se aburrirán.

Simon me mira otra vez. Me doy cuenta que me gusta que busque mi reacción. Me gusta ser cortejada. Es como un sentimiento de poder.

— Ah, veamos... — dice Tom, pensativo —. Estaba el señor Whaltham, que afirmaba que podía oír lo que estaba ocurriendo en cada casa por la que pasaba, que cada piedra le hablaba. Me alegra decir que ya se ha curado y que le dimos de alta justo el mes pasado.

— ¡Bravo! — exclama el padre de Simon —. No hay nada que la ciencia y el hombre puedan descubrir a la vez.

— Exacto — dice Tom, emocionado de encontrar un amigo en un lugar de tanto prestigio.

— ¿Qué más? — pregunta una mujer con un vestido de seda de color melocotón.

— Está la señora Sommers, que parece pensar que su vida es un sueño y ve espíritus en su habitación por la noche.

— Pobre mujer — dice la abuela.

Estas historias se están llevando mi felicidad. ¿Qué pensarían mis compañeros de cena si supieran que veo visiones y visito otros reinos?

Tom continúa.

— Está Nell Hawkins, de diecinueve años. Diagnosticada como un caso de manía aguda mientras estaba lejos de casa, en la escuela.

— ¿Lo ven? — dice el caballero del bigote, moviendo sus dedos —. La constitución femenina no puede aguantar los rigores de una educación formal. Nada bueno puede salir de eso.

— Oh, señor Conrad — le reprende su mujer —. Continúe, señor Doyle.

— Nell Hawkins sufre alucinaciones — dice Tom.

Padre se une.

– Piensa que es Juana de Arco, ¿verdad?

– No, ése es el señor Jeringan, de la sala MiB. La señorita Hawkins es única. Tiene la ilusión de que forma parte de una especie de secta mística de hechiceras llamada la Orden.

Al oír esto, la habitación parece estrecharse. Mi corazón se acelera. Desde muy lejos oigo a alguien que pregunta:

– ¿La Orden?

– Sí. Dice que conoce los secretos de un lugar llamado los reinos, y que una mujer llamada Circe quiere todo el poder. Ella misma afirma que se ha vuelto loca al intentar mantener su mente nublada y lejos de la comprensión de Circe. – Tom mueve la cabeza –. Un caso muy difícil.

– Estoy de acuerdo con usted, señor Conrad, demasiada educación formal no es buena para nuestras hijas. Y éste es el precio. Estoy muy contenta de que Spence sea tan cuidada con la formación de las señoritas. – La abuela se mete un trozo bastante grande de crema de chocolate en la boca.

Me tiembla todo el cuerpo. Deseo más que nada salir corriendo de la mesa. En algún sitio del hospital de Bethlem hay una chica que podría contarme todo lo que necesito saber, y tengo que encontrar la manera de llegar a ella.

– ¿Qué se puede hacer en tal caso? – pregunta el señor Conrad.

– Encuentra un poco de consuelo en la poesía. Las enfermeras le leen cuando pueden.

– ¿Quizá yo podría leerle poesía? – me ofrezco, esperando no sonar tan desesperada como me siento. Haría lo que fuera por ver a esa chica –. Quizás encuentre alivio hablando con una chica de su edad.

El padre de Simon me acerca el vino.

– Nuestra señorita Doyle es una alma muy bondadosa.

– Es nuestro ángel – dice Padre.

No, no lo soy. Soy una chica espantosa por decepcionarlos tanto, pero tengo que ver a Nell Hawkins.

– Muy bien, entonces – dice Tom de mala gana –. Te llevaré mañana por la tarde.

CAPÍTULO 21

Una vez acabados los postres, los hombres se disponen a retirarse al salón para conversar con una copa y un puro en la mano. Las mujeres, en cambio, se dirigen a otra sala a disfrutar del té y de la conversación.

—Madre, creo que a la señorita Doyle podría interesarle el retrato del abuelo — apunta Simon, atrapándonos a medio camino.

Es la primera vez que oigo hablar de tal retrato.

—Sí, por supuesto. Deberíamos verlo todos — dice lady Denby.

La mueca de Simon lo delata.

—Pero Madre, sabes que en la biblioteca hay mucha humedad. No querría molestaros apartándoos de la chimenea.

—No te preocupes. Iremos bien abrigadas. Es cierto que tiene que ver el retrato del querido George. Lo pintó un retratista de Cotswold de gran renombre.

No sé qué acaba de ocurrir, pero intuyo que Simon ha perdido la batalla.

—Aquí lo tienen.

Lady Denby señala una habitación espaciosa, dominada por una pintura tan grande como una puerta. Es una obra recargada que muestra un caballero

distinguido montado a lomos de un caballo. Viste un jersey rojo y toda la parafernalia necesaria para un día de caza. A sus pies hay dos perros obedientes.

Simon asiente con la cabeza mientras lo observa.

—Señorita Doyle, le presento a mi abuelo, Cornelius George Basil Middleton, el vizconde de Denby.

La abuela roza el ridículo al mostrar un interés desmesurado por el cuadro, a pesar de que sus conocimientos de arte caben en un alfiler. Pero consigue su objetivo: halagar a lady Denby. Ahora se dirige hacia una pieza de arte que se exhibe sobre un tapete, obligando a un criado a apartarse y abandonar sus labores de limpieza.

— ¡Qué pintura tan bonita! — digo para quedar bien.

Simon alza las cejas.

— Si por bonita entiende una pintura recargada, estúpida y grotesca, entonces acepto el cumplido.

Reprimo la risa.

— Bueno, los perros están logrados.

Simon se coloca a mi lado y siento de nuevo una especie de corriente. Inclina la cabeza como si estuviera tomando en consideración mi comentario.

— Sí, de hecho quizá podríamos considerarlos lo mejor del cuadro.

Sus ojos son tan azules y su sonrisa tan cálida... Sólo nos separan unos centímetros. De reojo, veo cómo el resto de las visitas se mueve por la sala.

— ¿Cuántos ha leído? — pregunto mientras me acerco a las estanterías, como si me interesaran muchísimo.

— No muchos — reconoce Simon —. Tengo muchas otras aficiones y responsabilidades que me roban el tiempo. Es mi deber encargarme de los negocios de la familia, ya sabe.

— Sí, claro — digo, y sigo avanzando por la sala.

— ¿Asistirá al baile del almirante y la señora Worthington?

— Sí — digo mientras me acerco a la ventana que da a la calle.

— Yo también.

Me atrapa. De nuevo estamos uno al lado del otro.

— ¡Qué bien! — digo, nerviosa.

— A lo mejor, podría reservarme un baile — pregunta con timidez.

— Sí — respondo, sonriendo —. A lo mejor podría.

— Veo que esta noche no lleva su collar.

Me llevo las manos, al cuello desnudo.

— ¿Se había fijado en él?

Al ver a su madre distraída, aprovecha para susurrarme algo al oído:

— Me había fijado en su cuello y por eso vi el collar. Es extraño.

— Era de mi madre — digo, aún sonrojada por el cumplido —. Se lo dio una mujer en una calle de la India. Una especie de protección. Pero me temo que no le sirvió de mucho.

— A lo mejor no sirve para proteger — replica Simon.

Nunca lo había pensado. ¿Y para qué más podría servir?

— ¿Cuál es su color favorito? — pregunta Simon.

— El lila — contesto —. ¿Por qué lo pregunta?

— Por nada — responde con una sonrisa —. Creo que tendría que invitar a su hermano al club. Parece un buen chico.

«Ya.»

— Seguro que a él le encantaría ir.

Tom saltaría a través de aros de fuego por poder asistir a un club de tanto renombre como el de Simon.

Éste me mira un momento.

— No es usted como el resto de chicas que mi madre me ha presentado.

— ¿Ah, no? — replico, desesperada por saber en qué soy diferente.

— Hay algo de aventura en usted. Es como si guardara montones de secretos que quiero descubrir.

Lady Denby nos ve juntos en la ventana. De pronto, hago ver que me interesa muchísimo un ejemplar de *Moby Dick* que está sobre la mesita más cercana. Al abrirlo, el lomo cruje, como si yo fuera la primera persona que toca el libro.

— Es posible que no le interese descubrirlos.

— ¿Cómo lo sabe? — pregunta Simon, acariciando una figura de cerámica que representa dos cupidos —. Probémoslo.

¿Qué puedo decirle? ¿Que sufro las mismas alucinaciones que la pobre Nell Hawkins y que no son alucinaciones?

¿Que temo estar a un paso del manicomio? Sería maravilloso poder confiar en Simon y oírle decir: «¿Lo ves? No era tan espantoso y no estás loca. Te creo. Estoy de tu lado».

Será mejor tirar por otros derroteros.

— Tengo un tercer ojo — digo, misteriosa —. Soy descendiente de Atalanta. Y mis modales en la mesa son impresentables.

Simon asiente.

— Lo sospechaba. Por eso habíamos decidido pedirle que a partir de ahora comiera en el establo. Sólo por precaución. ¿Supongo que no le importará?

— Por supuesto que no. — Cierro el libro y me giro —. ¿Y usted, señor Middleton, qué terribles secretos guarda?

— Aparte de ser un ludópata, un ladrón y un pervertido... — Se coloca detrás de mí —. ¿La verdad?

El corazón me va a explotar.

— Sí — digo, girándome hacia él —. La verdad.

Me mira a los ojos.

— Soy horriblemente aburrido.

— Eso no es cierto — digo mientras me aparto un poco y miro el resto de estanterías.

— Me temo que sí lo es. Sólo tengo que encontrar una mujer adecuada con una fortuna adecuada y crear una familia que perpetúe el apellido. Es lo que se espera

de mí. Mis deseos no cuentan. Lo siento, me he sincerado demasiado. No tiene por qué escuchar estas cosas.

—No, de verdad. Me gusta que me lo cuente.

Y la verdad es que me siento feliz de oírle decir eso.

—¿Nos retiramos a la sala? —pregunta lady Denby.

Con una mirada, hace una indicación a todas las damas. Nosotros las seguimos lentamente.

—Su flor se está cayendo, señorita Doyle.

La rosa que llevo en el cabello resbala por mi cuello. Voy a cogerla justo mientras lo intenta él. Nuestros dedos se tocan por un momento.

—Gracias —digo, roja como un tomate.

—¿Me permite?

Con cuidado, Simon coloca de nuevo la flor tras mi oreja. Debería impedirselo o considerará que soy muy permisiva. Pero no sé qué decir. Recuerdo entonces que Simon tiene diecinueve años, tres más que yo. Sabe cosas que yo no sé.

Oigo un golpe en la ventana, y otro y otro.

—¿Quién está lanzando piedras? —pregunta Simon en la oscuridad de la noche.

Abre la ventana. Entra una ola de aire frío que me pone la piel de gallina. No se ve a nadie abajo.

—Debo ir con las señoras. La abuela debe de estar preocupada.

Me doy la vuelta repentinamente y paso al lado del criado, que no aparta su vista del frente.

Es casi medianoche cuando nos despedimos y salimos a la calle, iluminada sólo por las estrellas y la esperanza. La velada ha sido un tanto salvaje para mí. Primero el bueno de Simon, su familia, la calidez que me han mostrado, ver a mi padre recuperado... Después, las noticias sobre Nell Hawkins en Bedlam, la ilusión de que ella puede darme la clave para acceder al Templo y a Circe. Y finalmente la anécdota curiosa de las piedras lanzadas contra la ventana.

Al llegar el carruaje, noto a Kartik inquieto.

—¿Una velada agradable, señora?

—Sí, muy agradable, gracias —respondo.

—Me lo parecía —murmura, ayudándome a subir al vehículo quizá con un poco de demasiado brío. ¿Qué le ocurre?

Una vez se han acostado todos, en casa, me pongo de nuevo el abrigo y atravieso el campo frío y oscuro para llegar a los establos. Encuentro a Kartik leyendo la *Odisea* y tomando una taza de té caliente. No está solo. Emily le acompaña y escucha cómo lee.

—Buenas noches —digo, mientras me acerco.

—Buenas noches —responde, y se pone en pie.

Emily parece aturdida.

—Oh, señora... yo sólo estaba... sólo...

– Emily, me gustaría discutir algunas cosas con el señor Kartik. Si nos permites...

Como un cohete, Emily sale corriendo hacia la casa.

– ¿Qué has querido decir con el comentario de hoy?

– Sólo preguntaba si habías pasado una buena velada. Con el señor Muddleton.

– Muddleton – le corrijo – . Es un caballero, ya lo sabes.

– Parece un pingüino.

– Te agradecería que no le insultaras. No sabes nada de él.

– No me gusta la manera como te mira. Se piensa que eres una pieza de fruta madura.

– No es cierto. Espera un momento, ¿cómo sabes cómo me mira? ¿Me has estado espiando?

Atrapado, Kartik esconde la nariz en el libro.

– Te miró así en la biblioteca.

– ¡Fuiste tú quien lanzó las piedras contra la ventana!

Kartik se pone en pie de un salto y el libro cae al suelo.

– ¡Le permitiste tocarte el pelo!

Es cierto. No fue muy decoroso por mi parte. Me avergüenzo pero no puedo permitir que Kartik se meta en mi vida.

– Lamento que no puedas dejar de sentir pena por ti mismo.

– No siento pena por mí.

– Pues buenas noches.

– Espera. – Kartik me sale al paso. Estoy sudando. No es muy propio de señoritas, pero así es – . Lo siento. Prometo comportarme como es debido de ahora en adelante – dice. Se deja caer de rodillas con aire dramático, agarra una piedra y la sujeta sobre su cuello – . Se lo suplico, señorita Doyle. Dígame que me perdona o tendré que matarme aquí mismo.

– ¡Oh, venga! – digo, riéndome a mi pesar – . Tom tiene una paciente en Bedlam. Se llama Nell Hawkins. Dice que sufre alucinaciones.

– Por eso debe estar encerrada en el manicomio, supongo. – Sonríe irónicamente. Como no continúo, corrige su comportamiento – . Perdona. Sigue.

– Asegura que es miembro de la Orden, y que una mujer llamada Circe intenta encontrarla. Dice que se ha vuelto loca para evitar que Circe la encuentre.

La sonrisa desaparece.

– Debes ir a ver a Nell Hawkins.

– Sí, ya está arreglado. Mañana, hacia el mediodía, iré a leer poesía a Nell Hawkins e intentaré descubrir dónde se halla el Templo. ¿De verdad me miraba de esa manera?

– ¿Cómo?

– Como si fuera fruta madura.

– Deberías tener cuidado con él – dice Kartik.

¡Está celoso! Kartik está celoso y Simon me ve... apetitosa. Me siento complacida. Y confundida. Pero sobre todo complacida.

—Soy capaz de cuidar de mí misma — digo.
Me giro de golpe, choco con el muro y me golpeo la frente de manera absurda.

CAPÍTULO 22

Al día siguiente, vestida con un traje de franela y un sombrero modesto, voy al Hospital Real de Bedlam. El edificio es impresionante. La fachada tiene un pórtico sostenido por seis columnas blancas, y una cúpula con ventanas culmina la construcción. Espero que Tom no sienta el latir inquieto de mi corazón. Con suerte, la señorita Hawkins me resolverá el misterio del Templo.

—Se te ve presentable, Gemma. Lástima del morado en la frente — dice Tom con tono burlón—. ¿Cómo te lo has hecho?

—No es nada — respondo, intentando taparme el morado con el sombrero.

—No te preocupes. Aun así serás la chica más bonita de Bethlem — dice Tom.

Siempre es encantador saber que eres la más bonita de todo un grupo de lunáticos. Al menos a mí me sorprende. Pobre Tom. Lo hace con buena intención; se muestra más simpático conmigo desde que Simon se interesa por mí. Es como si me hubiera vuelto visible para él. O al menos para su pensamiento.

Decido disculparle y contestar amablemente:

—Gracias. Me gustaría ver a la señorita Hawkins.

—No te hagas ilusiones, Gemma. Está torturada por su mente. A menudo dice y hace cosas rarísimas. Tú no estás acostumbrada a este tipo de escenas. Te lo digo para que te prepares.

«Si supieras las cosas que he llegado a ver, hermano...»

—Sí. Gracias. Me tomaré a pecho tu advertencia.

Caminamos a lo largo de un gran pasillo, con ventanas a la derecha y puertas a la izquierda. Del techo cuelgan algunas plantas que aportan algo de luz y alegría al espacio. No sé qué me esperaba, pero lo cierto es que no me imaginaba que el manicomio sería así. Si no estuviera segura de dónde estoy, pensaría que estoy accediendo a uno de esos clubes tan exclusivos de Londres. Las enfermeras nos adelantan con parsimonia, con sus cofias en la cabeza, blancas como merengues.

Tom me conduce a una sala forrada en madera y ocupada por muchas mujeres que cosen. Una de las mayores, ligeramente ida, se concentra en tocar el piano, tarareando una cancioncilla infantil y cantando con un tono dulce pero agitado. En una esquina hay una jaula con un loro precioso. El pájaro habla:

—¿Cómo estamos? ¿Cómo estamos?

—¿Tienen un loro? —susurro.

Intento guardar la compostura, como si visitara manicomios todos los días.

—Sí. Se llama Cassandra. Es la más habladora de la sala. Va repitiendo palabras sueltas de los pacientes. Botánica, navegación, frases sin sentido. Pronto tendremos que sanarlo a él.

Como si quisiera confirmarlo, Cassandra afirma:

—Soy un gran poeta. Soy un gran poeta.

Tom asiente.

—Uno de nuestros pacientes, el señor Osborne, se piensa que es un poeta de renombre. Está muy enojado porque lo tenemos aquí encerrado, así que escribe diariamente cartas de protesta a sus editores y al duque de Gales.

La mujer mayor del piano se para de golpe. Muy agitada y temblorosa, se dirige a Tom:

—¿Es un sueño? ¿Lo sabes? —pregunta preocupada.

—No, le aseguro que todo esto es real.

—¿Me harán daño? ¿Me han herido?

Se estira las pestañas y se arranca algunas.

Una enfermera se acerca inmediatamente y la detiene.

—Venga, venga, señora Sommers. ¿Qué pasa con nuestra canción preferida?

Volvamos al piano.

La mano con que se estiraba de las pestañas cae con todo el peso sobre su falda.

—Un sueño. Un sueño. Todo un sueño.

—Bien, has conocido a la señora Sommers.

—Eso parece.

Un hombre alto y delgado con barba y bigote se acerca. Sus ropas están viejas y rasgadas y su pelo, alborotado. Por lo demás, parece normal.

—¡Oh, señor Snow! ¿Cómo se encuentra hoy? —pregunta Tom.

—Bien, bien —responde el hombre—. He enviado una carta al doctor Smith.

Pronto atenderá mi caso, pronto. Asistiré al baile. Sí, lo haré.

– Ya lo veremos, señor Snow. No olvidemos lo que ocurrió en el último baile. Se tomó demasiadas libertades con algunas señoritas.

– Todo eso son mentiras. Mi abogado hará frente a esas acusaciones. Mentiras, se lo digo yo.

– Ya lo hablaremos. Buenos días.

– El doctor Smith tiene mi carta. Él me ayudará a recuperar la reputación.

– El señor Snow – explica Tom mientras seguimos nuestro camino hacia la salita – tiene la costumbre de meter las manos donde no debe durante los bailes.

– Vaya – digo al tiempo que pienso que intentaré no bailar con el señor Snow.

Mientras avanzamos, Tom va saludando a todos los pacientes que nos salen al paso. Teniendo en cuenta lo desagradable que puede llegar a ser en casa, es sorprendente verle aquí, amable y controlado. Estoy orgullosa de él. Me cuesta creerlo, pero es cierto.

Al lado de la ventana, hay una criatura tímida. Es muy poca cosa. Su cara está apagada, pero tengo la impresión de que una vez fue hermosa. Sus ojos están rodeados de ojeras oscuras. Se pasa los dedos por el pelo que tiene recogido en un moño. Mueve constantemente la cabeza, lo que la asemeja un poco a Cassandra.

– Buenos días, señorita Hawkins – dice Tom con simpatía. La chica no dice nada –. Señorita Hawkins, quiero presentarle a mi hermana, la señorita Gemma Doyle. Tiene muchas ganas de conocerla. Ha traído un libro de poesía. Creo que las dos pueden tener una conversación muy interesante.

De nuevo el silencio. Nell se moja los labios con la lengua. Tom me mira como preguntándome: «¿Estás segura?». Yo asiento.

– Muy bien, te dejo aquí mientras hago las visitas.

– ¿Cómo está? – pregunto mientras me siento enfrente de ella.

Nell Hawkins continúa peinándose el cabello.

– Me han dicho que va al colegio.

Silencio.

– Yo también voy al colegio. A la Academia Spence. A lo mejor le suena.

Abajo, la señora Sommers continúa aporreando el piano.

– ¿Le apetece que lea un texto de la señora Browning? Su poesía es muy relajante. O a mí me lo parece.

El loro se queja.

– Sigue el camino. Sigue el camino.

Leo con mucha efusividad la poesía de la señora Browning.

Tom sale de la habitación y cierra la puerta.

– No me creo que esté loca, señorita Hawkins. Yo sé que la Orden y Circe existe. Yo le creo.

Su mano se queda inmóvil. Tiembla.

– No me asuste. Quiero parar a Circe. Pero necesito su ayuda.

Es como si Nell Hawkins me viera por primera vez. Su voz es alta y contundente, como ramas sacudidas por el viento.

– Sé quién es usted.

El pájaro repite:

— Sé quién es usted. Sé quién es usted.

— ¿Sí?

— La están buscando. Los oigo, en mi cabeza. Todas esas cosas horribles.

Y vuelve a acariciarse el pelo y a cantar flojito.

— ¿Quién me busca?

— Ella es una casa de dulces esperando devorarla. Tiene sus espías —susurra de una manera que hiela mi sangre.

No sé qué hacer con esta información.

— Señorita Hawkins, hábleme claro. De verdad, puede confiar en mí. Pero debo saber dónde está el Templo. Si lo sabe, es fundamental...

Nell se gira y me mira con ojos como platos.

— Siga el camino. Sólo el camino.

— El camino. ¿Qué camino?

Rápida como un rayo, Nell me arranca el amuleto con tal fuerza que la piel me quema. Antes de que pueda protestar, se inclina sobre él y lo balancea con ambas manos. Se acerca y se aleja, como si intentara leer algo que estuviera escrito en el dorso.

— El Camino de la Verdad.

— El Camino de la Verdad. Siga el Camino de la Verdad — repite el loro.

— ¿De qué camino habla? ¿Está en el jardín? ¿O se refiere al río? — pregunto.

— No, no, no — murmura Nell rotunda.

De manera imprevista, golpea el amuleto contra la silla y abolla el ojo.

— Ya está bien — digo, recuperando mi collar.

El ojo cuelga ligeramente.

— Siga el camino — dice Nell de nuevo —. Intentarán separarla de él. Le enseñarán cosas, pero no debe confiar en ellas. No confíe en nadie. Tenga cuidado con los Guerreros Amapola.

La cabeza me da vueltas. No entiendo lo que intenta decirme Nell.

— Señorita Hawkins, por favor, ¿cómo puedo encontrar el camino? ¿Me conducirá al Templo? — pregunto, pero Nell Hawkins no responde, sólo murmura y golpea suavemente su cabeza contra la pared hasta que llega una enfermera para impedirselo.

— Ya está, ya está, señorita Hawkins. ¿Qué dirá el doctor si la ve comportarse de esta manera? Vamos a coser un poco. He conseguido un nuevo tipo de hilo.

La enfermera se lleva a la señorita Hawkins.

— El Templo se esconde en la planicie — dice ésta —. Siga el camino.

La enfermera hace que Nell se siente en una silla, le da las labores y la invita a coser. Estoy más confundida que nunca. Me dirijo a la jaula de Cassandra:

— ¿Tú entiendes algo?

El loro me guiña el ojo una y otra vez, haciendo desaparecer su pupila como en un juego de ilusionismo. Ahora la ves, ahora no. Salta y se vuelve a colocar en la barra, luciendo los colores de sus plumas.

—No creo —opino.

Pregunto a una de las enfermeras dónde puedo encontrar a Tom y me pide que lo intente en la zona de hombres. Se ofrece a acompañarme, y sé que es necesario que lo haga, pero en lugar de eso le digo que me quedará a esperarlo allí donde estoy. Entonces me escabullo y me dirijo a la zona de hombres. Los doctores se cruzan conmigo, enzarzados en sus conversaciones. Saludan al pasar y yo les sonrío por toda respuesta. Me miran unos segundos más, pero yo aparto la mirada. Es extraño sentirse observada así. Me gusta y me espanta. Hay tanto poder en esas miradas seductoras... Pero no sé qué se esconde en ellas y eso es lo que me espanta. ¿Cómo es posible sentirse preparada y no preparada para entrar en el universo de los hombres?

El señor Snow se me acerca. Me escondo en un pasillo hasta que pasa de largo. Un hombre está sentado y tocándose los dedos, con la mirada fija en el horizonte. «Por favor, señor Snow. Pase y así yo podré regresar al salón.»

—Tengo un mensaje para usted —dice el hombre.

Sólo estamos él y yo en esa sala.

—¿Perdone?

Se gira de pronto para mirarme.

—Los espíritus se están agrupando. Vienen a buscarla.

Me siento fatal, ardiendo.

—¿Qué dice?

Se inclina y baja la cabeza, mirándome con ojos entrecerrados. El efecto es extraño, como si se estuviera transformando en otra persona.

—Venimos a por usted, señorita. Venimos a buscarle.

Con un movimiento repentino, se me tira encima dispuesto a morderme como un perro hambriento.

«Apártate, Gemma.» De un salto, me escapo, salgo corriendo, giro en la esquina y voy a parar a los brazos de mi hermano.

—Gemma, ¿qué demonios haces aquí tú sola?

—Y-y-y-yo te buscaba. Ese hombre... —digo señalando hacia atrás.

Tom avanza y yo le sigo. El hombre está sentado de nuevo y mira fijamente hacia delante.

—Pobre señor Carey. Ha perdido la razón. Me temo que tendrán que aislarlo en otro manicomio.

—Me... me habló —digo tartamudeando.

Tom parece confuso.

—¿Qué? ¿El señor Carey te habló? Es imposible. No habla. Nunca. Es mudo. ¿Qué crees que te dijo?

—Vienen a buscarla —repito, y me doy cuenta de que no era el señor Carey quien me hablaba, sino otra persona.

Alguien desde los reinos.

—¿Qué le ocurrió a Nell Hawkins? —pregunto mientras tomamos un taxi que me llevará hasta Regent Street, con Ann y Felicity.

– Esa información es confidencial – responde Tom.
– Venga. ¿No creerás que voy a contárselo a alguien? – miento.
Tom sacude la cabeza.
– No y no. Es una historia horrorosa y sería poco delicado por mi parte. No es el tipo de cosas que deba escuchar una señorita. Además, tú tienes demasiada imaginación. No añadiré leña al fuego de tus pesadillas.
– Muy bien – protesto –. ¿Se recuperará?
– Es difícil decirlo. Trabajamos para que sea así, pero dudo que pueda recuperarse de lo ocurrido en Santa Victoria. Yo diría que no, vaya.
Me pongo recta, con los nervios a flor de piel.
– ¿Qué has dicho?
– He dicho que yo diría que no.
– No, antes que eso.
– Santa Victoria, la escuela para chicas. Está en Swan-sea, creo. Dicen que es un colegio muy fino. ¿Por qué?
Siento que algo se remueve en mi estómago. Es por los nervios. Es como tener dentro una serpiente cascabel. Una mujer de verde. «No confíes en nadie.»
– Creo que una de nuestras profesoras viene de Santa Victoria.
– Bueno, espero que vigilen más a las chicas en Spence de lo que lo hacía en Santa Victoria. Sólo puedo decirte eso.
Estoy preocupada. ¿La señorita McCleethy estuvo en Santa Victoria mientras Nell Hawkins estudiaba allí? ¿Qué pudo ocurrir que resulte tan «poco delicado» para Tom? ¿Qué le ocurrió a Nell Hawkins?
Fuera lo que fuese, temo que yo pueda sufrir el mismo final.
– ¿Tienes alguna dirección de Santa Victoria? – pregunto.
– Sí. ¿Por qué? – Tom empieza a sospechar.
Miro los escaparates de las tiendas a través de la ventana del taxi.
– Nuestra directora me castigó obligándome a hacer una obra de caridad esta Navidad. He pensado que podría escribirles e informarles de que hay una alumna de otra escuela ayudando a la señorita Hawkins a recuperarse y recordándole sus días felices.
– Muy bien. En ese caso, te daré la dirección. Hemos llegado.

CAPÍTULO 23

El taxi para ante una de las tiendas de Regent Street. Felicity y Ann se nos tiran encima y tras ellas llega la siempre atenta Franny. Me muero de ganas de contarles lo que he descubierto sobre Nell Hawkins, y pienso cómo puedo hacerlo.

Tom saluda a mis amigas alzándose el sombrero. Se intercambian cumplidos.

— ¿Qué le está pareciendo Londres, señorita Bradshaw? — pregunta.

— Me encanta — dice Ann, adoptando una sonrisa ridícula.

— Lleva un sombrero muy elegante. Le sienta muy bien.

— Gracias — susurra Ann, y mira el suelo con timidez.

Estoy a punto de desesperarme.

— Podría acompañarlas en su visita a la tienda — se ofrece Tom.

Felicity sonrío impaciente.

— Es muy amable por su parte, pero no debe molestarse. Que tenga un buen día.

— Eso no ha sido muy cordial por tu parte — protesta Ann al entrar en la tienda, y es toda una novedad que proteste.

— Podría haberle dicho que ese sombrero tan elegante es mío — ataca Felicity.

— Tengo noticias — digo, antes de que Ann contraataque.

He conseguido atraer su atención.

— ¿De qué se trata? — pregunta Ann.

Franny revolotea por allí con la mirada fija en el infinito pero con la oreja bien cerca de nosotras.

—No podremos tener un minuto de paz con ella — murmura mientras examina unos lazos hechos de papel plateado y de colores—. Mide cada paso que damos como si fuera la mismísima señora Nightwing. Pensaba que Spence era el lugar del mundo donde me sentía menos libre, pero veo que me equivocaba.

Dejamos esa tienda y entramos en otras, de ropa, de juguetes, en un estanco, en un local donde los hombres se sientan a fumar puros... Las calles están llenas de decenas de personas que buscan los guantes ideales para la tía Prudence o el tambor perfecto para el pequeño Johnny. Y sin embargo Franny no nos pierde la pista, mientras que Felicity está a punto de perder los nervios.

—Mi madre piensa que puede fugarse a Francia, volver y actuar como si yo aún estuviera bajo sus órdenes y le riera las gracias. Pues se equivoca. Tengo la intención de enviar a Franny a la porra — se queja Felicity.

—No, no lo hagas — suplica Ann—. No quiero más escándalos.

—Sí, tienes razón. Nos dejarían encerradas en la habitación lo que queda de vacaciones — opino.

Llegamos a una pastelería que nos atrae especialmente por las frutas y dulces que vemos a través del escaparate. Un hombre joven barre la entrada. De pronto, grita:

—¡Franny! Ven aquí y danos un beso.

Franny se hace la despistada y mira hacia otra parte.

—Me temo que se confunde, señor — dice.

Felicity interviene:

—Señor, ¿conoce a mi sirvienta?

El joven no sabe qué hacer o decir. Es evidente que conoce a Franny, y bien, pero ahora podría haberle ocasionado algún problema. Para una sirvienta, cualquier mancha en su reputación es suficiente para ser despedida.

—Mi madre podría estar muy interesada en saber que su criada se besa con un hombre a plena luz del día y ante sus jóvenes acompañantes — dice Felicity.

—Pero yo no he hecho eso — se defiende Franny.

—Es tu palabra contra la nuestra — continúa Felicity, convirtiéndonos en sus cómplices, tanto si queremos como si no.

Franny cierra los puños con fuerza y se golpea las caderas disimuladamente.

—Dios la castigará, señorita. Es la oveja negra del rebaño, lo sé.

—Creo que tendremos que llegar a un acuerdo — dice Felicity mientras saca una moneda—. Toma. Cógela y cómprate un pastel. Seguro que este joven te ayuda gustosamente a elegirlo. Y quedamos aquí mismo a las cinco en punto.

¿Entendido?

La moneda brilla en el guante de Felicity. Si Franny la toma, podrá disfrutar de un pastel y de una tarde en compañía de su amigo. Pero también habrá firmado su sentencia ante Felicity.

Franny mueve las manos, nerviosa.

— Oh, no, señorita. No me pida que mienta a la señora Worthington. Mentir es un pecado. No puedo hacerlo, señorita. ¿Cree que vendería mi puesto de trabajo y mi alma por una moneda?

Que Franny haya encontrado fuerzas para lanzarnos este sermón chantajista tiene su mérito. Creo que a partir de ahora la miraré con más respeto.

— Tenía pensado decírselo a mi madre, de todas maneras — dispara Felicity. Es una frase vacía y todos lo sabemos. Felicity está a punto de conseguir la libertad que tanto ansia. Entrega a Franny la moneda, el precio de su silencio. Franny esconde la moneda rápidamente cerrando la mano. Felicity ha ganado la batalla—. Si alguna vez se te ocurre confesarle esto a mi madre, nosotras insistiremos en que fuiste tú la que quisiste pasar la tarde con tu amigo. Pobres de nosotras, solas y abandonadas en las peligrosas calles de Londres, y además hemos perdido una moneda... Eso fue lo más curioso de todo.

Franny, triunfante sólo hace un momento, se sonroja y sus labios se convierten en una estrecha línea de tan apretados que están.

— Muy bien, señorita, a las cinco en punto.

Mientras nos apresuramos tras Felicity, me giro un momento y miro a Franny pero no sé qué decir.

— Gracias, Franny. Has demostrado... Has demostrado tu valentía.

Y dicho esto, nos vamos solas. La libertad sabe mejor con un pastel de nata comprado en Regent Street. El sabor de este delicioso pastel me llena la boca mientras contemplo los carruajes que pasan por encima del lodo del suelo y la nieve sucia. La gente se mueve deprisa a pesar del frío, como si tuvieran un objetivo claro. Y nosotras nos movemos entre ellos sin llamar la atención. Somos una parte de la masa anónima dispuesta a enfrentarse a su destino.

Nos dirigimos a Piccadilly y nos colamos en el pórtico de Burlington, pasando por delante del guardia que ordena el tráfico con la porra y la mirada gélida. Hay puestos de venta ambulante por todas partes. Venden música, guantes, joyas, adornos de vidrio y muchas otras cosas. Y de pronto siento añoranza de la India, de sus mercados frenéticos y sus bazares.

— Esto es casi tan genial como entrar en los reinos — opina Ann, feliz con su porción de tarta.

— ¿Qué noticias tienes? — pregunta Felicity.

— Mi hermano tiene una paciente en Bedlam llamada Nell Hawkins. Un caso muy interesante...

— Es tan noble por parte de Tom... Cuidar de los pobres desvalidos... — comenta Ann, mientras muerde de nuevo el pastelito—. Su prometida debe de encontrarle encantador.

— ¿Prometida? ¿Tom? — digo, indignada por la interrupción. Demasiado tarde, he recordado mi mentira—. Claro, te refieres a la señorita Richardson. Claro. ¡Qué tonta soy!

— Me dijiste que se llamaba Dalton. Y que era bella.

— Yo... — No se me ocurre nada más que decir. He metido la pata—. Han roto.

— ¡Ohhh! — se lamenta Ann, contenta en realidad.
— ¿Y si dejamos que siga con la historia? — interrumpe Felicity.
— Nell Hawkins no se cree Juana de Arco ni la reina de Saba. Su alucinación más habitual es que se cree miembro de la Orden y que la persigue una mujer llamada Circe.

Felicity interrumpe de nuevo.

— Me tomas el pelo.

Ann está confundida.

— Pensaba que habías dicho que estaba ingresada en el manicomio.

— Sí, es lo que dije — apunto, y me doy cuenta de lo ridículo que debe de sonar todo esto. Dos vendedores ambulantes de diarios pasan por delante de nosotras, guiñándonos el ojo al pasar. La verdad es que no les prestamos ninguna atención

— Pero tú crees que no está loca, ¿verdad? Tú crees que sólo lo finge para protegerse — se adelanta Felicity.

Hemos llegado a un sitio donde venden preciosas tabaqueras. Me fijo en una que está forrada en marfil. Es cara pero aún no tengo ningún regalo para Padre, así que le pido a la chica que me la envuelva para regalo.

— De hecho la he visitado esta mañana. Y puedo aseguraros que está enferma. Mirad lo que hizo. — Y les enseño mi amuleto.

— Oh, lo siento... — dice Felicity.

— Entonces no sé cómo puede ayudarnos — opina Ann.

— Ha visto a Circe. Estoy segura. No para de hablar del camino. «Siga el camino» Lo dijo decenas de veces.

— ¿Qué crees que significa? — le pregunta Felicity.

Atravesarnos la calle y salimos de la avenida Bond. Nos detenemos ante un escaparate de ensueño. Cascadas de seda sobre un maniquí de mujer. Las piezas de tela brillan y encajan como el vino a la luz de la luna. No podemos dejar de mirarlo.

— No sé qué significa, pero sé que Nell Hawkins fue una estudiante en Santa Victoria, en Gales.

— ¿No es ése el colegio donde trabajaba la señorita McCleethy antes de trasladarse a Spence?

— Sí, pero ignoro si llegó a ser profesora de Nell. Escribiré una carta a la dirección del centro preguntándoles cuándo dejó su empleo la señorita McCleethy. Sospecho que hay alguna relación terrible entre lo que le ocurrió a Nell Hawkins y la señorita McCleethy, algo que tiene que ver con los reinos. Si resolvemos este acertijo, podremos acceder al Templo.

— No veo cómo — opina Ann.

«Yo tampoco, pero a día de hoy es mi única esperanza.»

La seda nos ha hipnotizado desde el otro lado del escaparate. Ann comenta:

— ¿No os encantaría tener un vestido como ése? Todos se girarían para contemplarlo.

— Mi madre me ha hecho confeccionar un vestido en París. Llegará esta semana — dice Felicity, como si hablara del tiempo.

Ann se apoya en el escaparate.

— Me encantaría...

No se atreve a acabar la frase. Es demasiado incluso para desearlo.

Una chica nos llama la atención desde dentro de otra tienda. «Castle e hijos. Moda y confección», se llama el negocio. La chica busca entre la multitud de piezas de ropa de diferentes colores que se exhibe en los estantes y entre las maniqués.

Seguimos nuestro paseo y llegamos a un callejón. Uno de los rótulos me deja paralizada. Acabo de descubrir una tiendecita medio escondida, el Amanecer Dorado.

— ¿Qué ocurre? — pregunta Felicity.

— Esa tienda. La señorita McCleethy tenía un anuncio de esta tienda en su maleta. Era una de las pocas cosas que traía consigo, así que debe de ser importante.

— ¿Una librería? — pregunta Ann, extrañada.

— Vamos a echar un vistazo — opina Felicity.

Entramos en la tienda con forma de cueva. El polvo flota en el aire. No es una tienda bonita y me pregunto por qué le gustará a McCleethy. Una voz sale de entre los estantes.

La señorita McCleethy se acerca peligrosamente a nuestro escondite.

Espantadas, nos acurrucamos aún más y percibimos cómo se detiene frente a los libros que hay en los estantes de encima. ¿Y si se interesa por los libros de los estantes inferiores?

— Ya lo tengo — afirma el señor Day, apareciendo tras la cortina lila de nuevo.

El libro misterioso está envuelto, decorado con un lazo. Un minuto después, la campana de la puerta nos anuncia que ya se lo ha llevado. Miramos entre los libros para asegurarnos, y salimos del escondite para encontrarnos con el señor Day.

— Señor Day, creo que era la gran amiga de mi madre la que acaba de marchar. ¿Sería tan amable de decirme qué libro se ha llevado? Tiene tan buen gusto... — digo con tanta dulzura como soy capaz.

De reojo veo a Felicity con la boca abierta, de sorpresa y admiración. No es la única que sabe mentir.

— Sí, claro. Era el volumen de la señorita Wilhelmina Wyatt titulado *Una historia de las sociedades secretas*. No lo he leído.

— ¿Tendría otra copia, por favor?

— Por supuesto. — El señor Day entra de nuevo en el almacén y regresa con el libro —. ¿No es curioso? No me interesaba nada este libro y hoy he vendido dos. Lástima de la autora.

— ¿Qué quiere decir? — pregunta Felicity.

— Por lo visto falleció poco después de publicarlo. — Se inclina, murmurando —: Dicen que se vio envuelta en el ocultismo. Cosas horribles. Bueno, le pondremos un lacito...

– No se preocupe, señor. Tenemos mucha prisa.
– Muy bien. Serán cuatro peniques.
– Felicity – solícito.
– ¿Yo? ¿Por qué tengo que pagarlo yo?
– Porque tú tienes dinero – argumento manteniendo la sonrisa.
– A mí no me miréis – apunta Ann – . Yo estoy sin blanca.
– Son cuatro peniques – repite el señor Day bien serio.
Al final, juntamos todas las monedas que tenemos y conseguimos pagar el precio del siniestro ejemplar de la desgraciada señorita Wyatt.
– Dejarme que le eche un vistazo. Al fin y al cabo he puesto tres peniques y vosotras sólo uno – exige Felicity mientras salimos a las calles de Londres de nuevo.
– Lo leeremos juntas – me impongo.
– Está allí – murmura Ann. La señorita McCleethy está justo delante de nosotras – . ¿Qué hacemos?
– Yo voto por seguirla – opina. Y se pone en marcha.
– Espera un momento – digo sin quitarle el ojo a la señorita McCleethy, que se acerca a la esquina – . No sé si es inteligente hacerlo.
Obviamente, Ann se pone del lado de Felicity.
– Tú querías descubrir cosas. Es la única manera.
No puedo enfrentarme a las dos. La señorita McCleethy se detiene y se gira. De un salto, damos media vuelta también y rodeamos a un afilador ambulante. Ella continúa su paseo.
– ¿Y bien? – pregunta Felicity.
Es más una orden que una pregunta.
El afilador grita: «¡Cuchillos. Cuchillos. Bien afilados!» . La señorita McCleethy se aleja.
– Vamos – digo.

CAPÍTULO 24

Seguimos a la señorita McCleethy durante un rato, pasando por delante de todo tipo de tiendas y de calles. Una mujer se nos acerca y nos implora que nos acordemos de los pobres en estas fechas tan señaladas, pero no le hacemos caso. Ahora tenemos una misión.

En Charing Cross, la señorita McCleethy nos sorprende al entrar en la estación de metro.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Felicity.

Tomo aire antes de responder:

—Viajar en metro.

—Nunca he viajado en metro —murmura Ann.

—Ni yo —la apoya Felicity.

—Hoy es un buen día para hacerlo —digo, aunque la idea me hace sudar.

El metro. Bueno, es un tren subterráneo y ya está. Esto es una aventura, y yo soy una aventurera. Eso dijo Simon.

—Venga, no tengáis miedo. Dame la mano, Ann —digo.

—No tengo miedo — se defiende, y comienza a bajar las escaleras que conducen a los túneles subterráneos.

La sigo. Tomo aire y avanzo. A medio camino me giro y veo que Felicity aún está arriba, dudando. Me mira como si fuera Alicia entrando en el País de las Maravillas.

—Gemma — me llama antes de unirse a mí.

Al final de la escalera se abre un gran vestíbulo. Nos colocamos en la plataforma. El techo del túnel está sobre nuestra cabeza. A pocos metros, la señorita McCleethy espera la llegada del metro. Nos mantenemos fuera de su vista hasta que llega el convoy. La señorita McCleethy entra en él y nosotras, detrás. Es difícil saber qué es más excitante: si la posibilidad de ser descubiertas por la señorita McCleethy o viajar por primera vez en metro. Nos turnamos para mirar discretamente hacia el otro vagón, en el que viaja la señorita McCleethy. Por su parte, ella está absolutamente concentrada en la lectura de la obra de la señorita Wyatt sobre las sociedades secretas. Me muero de ganas de saber qué está descubriendo, pero no me atrevo a concentrarme en el libro por si perdemos de vista a nuestra profesora.

El conductor anuncia la salida. De manera brusca, el metro se pone en marcha y se introduce en el túnel. Felicity me coge de la mano. Es extraño estar en medio de toda esa oscuridad viendo pasar ráfagas de luz que iluminan momentáneamente nuestras caras como si fueran estrellas.

Un revisor avisa de la siguiente parada. La señorita McCleethy no levanta la vista del libro. Cuando el revisor anuncia Westminster Bridge, cierra el libro y abandona el metro. Y nosotras tres, detrás. Salimos a la calle, sorprendidas por la luz del día.

—Va a subir al tranvía de caballos — dice Felicity.

—Aquí se acaba nuestro viaje, pues — opino—. No podemos seguirla en ese vehículo. Nos descubriría.

—Claro que sí. Hay muchísima gente. Nos mezclaremos con ella. Si nos descubre, diremos que estamos haciendo turismo, como el resto — dice Ann, cogiéndome de la mano.

Es un plan muy arriesgado. La señorita McCleethy se sitúa en la parte posterior del tranvía. Nosotras, en la delantera, dejando tanta gente entremedio como nos es posible. En Westminster Bridge, la señorita McCleethy se apea y casi nos caemos una sobre otra al intentar seguirla. Sé dónde estamos. He venido aquí hace pocas horas. Estamos en Lamberth, cerca del Hospital Real de Bedlam. De hecho, la señorita McCleethy se dirige decidida hacia allí. En pocos minutos la vemos entrar en el pórtico del edificio. Nos escondemos tras los árboles del paseo.

—¿Qué busca en Bedlam? — pregunta Felicity en tono despectivo.

Siento un escalofrío.

—A Nell Hawkins — afirmo.

—¿Crees que quiere hacerle daño? — pregunta Ann, tan excitada que temo que incluso encuentre la idea emocionante.

—No lo sé — digo — . Pero ahora ya estoy segura de que se conocen, seguramente de la escuela de Santa Victoria.

Esperamos fuera, a la intemperie, un buen rato, pero la señorita McCleethy no regresa y nosotras no podemos esperar más. Franny nos espera. Nos vamos de mala gana y con más interrogantes que nunca. ¿Qué espera la señorita McCleethy de Bedlam? ¿Qué busca? Sé, lo sé seguro, que ella y Nell Hawkins están relacionadas. Pero no sé cómo ni por qué.

CAPÍTULO 25

Felicity nos invita a tomar un té tardío en su casa. Con el apetito animado por la aventura, nos comemos varios bocadillos sin sentimiento de culpa.

— Bien, ¿qué hacemos con todo esto? La señorita McCleethy en Bedlam... — resume Felicity entre bocado y bocado.

— A lo mejor la señorita McCleethy tiene algún pariente loco — comenta Ann — . Alguien muy cercano.

— Y a lo mejor ha ido a visitar a Nell Hawkins — opino.

— No lo sabemos. Pero podemos saber qué dice la señorita Wyatt que resulta tan interesante a nuestra señorita McCleethy — propone Felicity abriendo el libro al azar — . Caballeros Templarios, Masones, El Club del Infierno, los Asesinos... Este índice no se acaba nunca. Aquí. Aquí está. Página 255. La Orden.

Busca la página y comienza a leer en voz alta.

En cada generación, unas cuantas chicas jóvenes serán entrenadas rigurosamente para ocupar los altos cargos de la estructura de la Orden. A los dieciséis años, serán observadas con atención para poder decidir quién de ellas ha sido elegida por los reinos para tener el

poder real. El poder del resto de chicas se extinguirá y quedará reducido a cenizas. Muchas de las que no sean elegidas, volverán al país de los mortales, quizás a una vida hogareña, sin volver a pensar de nuevo en sus conjuros y sus tiempos de mujeres poderosas. En cambio, otras seguirán al servicio de la Orden, para poder desarrollar algunas misiones esporádicas.

Hay gente que dice que la Orden nunca existió más que en las mentes más imaginativas. La comparan con cuentos de hadas, princesas, brujas y los dioses inmortales del Monte Olimpo. Con toda esa literatura escrita para impresionar a las chicas jóvenes. Otras personas piensan que no fueron más que paganas celtas que desaparecieron hace tiempo, como Merlín, Arturo y sus caballeros. Pero hay quien apunta a una versión más oscura: la de que la propia Orden se traicionó con un sacrificio humano...

Los ojos de Felicity no se apartan de la página. Está leyendo para ella.

— Lee en voz alta — exijo.

— Pero todo esto ya lo sabemos — dice ella.

— Dámelo, ya leo yo — protesto, arrancándole el libro.

Los lunáticos, los adictos, los borrachos, los pobres y los mendigos... Los pobres desgraciados requieren la protección de la Orden, porque sus almas son demasiado débiles para soportar las voces de los espíritus oscuros que les hablan en todo momento...

Los borrachos, los adictos. Pienso en mi padre. Pero no, lo he salvado. Lo he salvado.

— Si los espíritus pueden penetrar en las mentes de los locos, ¿cómo podemos confiar en Nell Hawkins? — pregunta Ann —. ¿Y si la están utilizando para sus propósitos?

Felicity está de acuerdo.

— Sí, es preocupante.

Es cierto que el señor Carey me lo ha advertido, pero Nell no parecía terrorífica. Más bien parecía aterrorizada. Muevo la cabeza.

— Tengo la impresión de que Nell está luchando con todas sus fuerzas para mantener los espíritus lejos. Por eso es tan difícil entenderla. Seguro.

— ¿Cuánto crees que aguantará? — pregunta Ann.

No tengo respuesta para eso.

— Leamos un poco más — sigue Felicity, recuperando el libro de nuevo.

Es un hecho, aunque algunos consideren que es una locura hacer esta afirmación, que la Orden existe aun hoy en día. Que sus miembros viven ocultos. Se reconocen los unos a los otros, por diversos símbolos que sólo conocen ellos. Entre otros, son el ojo de luna creciente, la doble flor de loto, la rosa, las dos serpientes entrelazadas...

— Como el anillo de la señorita McCleethy. La señorita Moore dijo que era un símbolo — digo —. Y yo he visto un símbolo como ése en una de mis visiones de las tres chicas de blanco.

– ¿De verdad?

Los ojos de Ann se abren como platos. Felicity sigue leyendo.

Pero eso no es todo. Las sacerdotisas de la Orden utilizan también anagramas. Esto les era especialmente útil a la hora de esconderse de aquellos que las perseguían. De manera que Jane Snow era Jean Wons, y nadie excepto los miembros de la Orden conocían la identidad real.

Felicity garabatea sobre un papel.

– Hagamos nuestros anagramas. Quiero saber cuál sería mi nombre secreto.

Está excitada. Cuando se encuentra en la intimidad, no es tan esnob. No le asusta parecer entusiasmada.

– Muy bien – me sumo.

Felicity escribe su nombre al final de la página: Felicity Worthington. Miramos las letras e intentamos crear un nuevo nombre con aire misterioso.

Ann lo prueba:

– Felicity Worthington puede ser City Worth Gin If Lento.

Felicity la mira con desconcierto.

– ¿Y qué clase de nombre es éste?

– Uno muy ridículo – opino.

– Pruébalo de nuevo, Ann – pide Felicity.

Ann toma el lápiz y se concentra:

– ¿Wont Left in City Groh? – propone.

– No tiene ningún sentido – se queja Felicity.

– Hago lo que puedo.

Yo no progreso mucho más. He hecho y deshecho nombres con las letras de Gemma Doyle pero no sale nada.

– ¿Cómo te va? – pregunta Felicity, que mira por encima de mi brazo y lee en voz alta Dog Mealy Em.

El nombre les produce mucha risa y me siento un poco avergonzada.

– Es perfecto, Gemma. De ahora en adelante te llamaremos con el nombre de la Orden: Dog Mealy Em.

– Encantador. Voy a intentarlo de nuevo – digo.

– Haz lo que quieras, pero para mí eres Dog Mealy Em.

Ann se ríe a mandíbula batiente mientras repite para sí Dog Mealy Em, y cada vez que lo dice provoca la risa de Felicity. Me irrita la situación.

– Bien, ¿y tu nombre secreto, Ann? – pregunto.

Ann escribe en letras bien claras Nan Washbrad.

– Eso es trampa. Se parece demasiado a tu nombre – opino.

Ann se encoge de hombros.

– No es necesario que el nombre sea impronunciable, ¿no? – sonrío, triunfal, mientras va repitiendo Dog Mealy Em.

Felicity sigue concentrada en el papel. Se está frustrando.

– Soy incapaz de crear algo con sentido. No me sale nada.

– ¿Tienes algún otro nombre? Eso ayudaría. Si hay más letras...

– No, no ayudaría – responde Felicity, cortante.

– ¿Por qué no? – pregunta Ann.

– Porque no – suelta Felicity en una respuesta impropia de ella.

– Muy bien. Pues te conoceremos a partir de ahora como City Worth Gin if Lento – digo, disfrutando del momento.

– Si queréis saberlo, mi otro nombre es Mildrade – dice Felicity concentrada aún en el papel, como si no nos acabara de confesar que tiene el peor segundo nombre que he oído nunca.

– ¿Mildrade? ¿Qué clase de nombre es ése? – pregunta Ann, extrañada.

– Es un viejo nombre de la familia – responde de pasada –. Es un nombre de tradición sajona.

– Ya – dice Ann.

– Encantador – opino, intentando que no se me escape la risa.

Felicity se tapa la cara con las manos.

– Es horrible. Lo sé. Lo odio.

No sé cómo consolarla, pero lo intento.

– No. – Y no puedo resistirme a pronunciarlo en voz alta –. Mildrade.

Felicity frunce el ceño.

– Dog Mealy Em.

Esto está durando demasiado.

– ¿Hacemos un trato?

– Trato – responde.

Ann ha recortado las letras del nombre de Felicity en pequeños cuadrados y los va uniendo para formar un nombre razonable. Es realmente aburrido y al cabo de un minuto sigo mirando las letras pero pensando en la cena. Felicity se queja de la dificultad del juego y se sienta en el sofá a leer el libro de la señorita Wyatt. Sólo Ann continúa con el código. Está concentrada y mueve las letras arriba y abajo.

– Lo tengo – grita al final.

– A ver...

Felicity lanza el libro y se tira al suelo. Yo me uno. Ann señala las letras con orgullo y Felicity las lee en voz alta.

– Maleficent Oddity Ralingworth. Es perfecto.

– Sí, es maléfico y oscuro – opino.

– Dog Mealy Em – me devuelve Felicity.

Tendré que trabajar el tema del nombre. En un trozo de papel, Ann ha escrito varias veces Thomas Doyle, imitando una firma que nunca ha visto. Y me avergüenzo de haberla tachado de la lista de Tom sin tan siquiera haberle dado una oportunidad. Tengo que arreglarlo. Ann mira fijamente un nombre.

– ¿Qué pasa? – pregunto.

– Estoy intentándolo con el nombre de la señorita McCleethy – dice.

Felicity y yo nos acercamos.

– ¿Qué has conseguido?
Han nos enseña su trabajo.
Claire McCleethy. Let Her Claim CCy. I'm Clear Celt Hey. C Ye Thrice Calm
Cel. The Mal Cire Leccy.
Felicity se ríe.
– No tiene ningún sentido. ¿Let her Claim CCy? ¿Mal Cire?
– Cire en inglés es un tipo de fábrica – responde Ann orgullosa.
Miro la página. Hay alguna cosa extrañamente familiar en todo ello. Algo que
me está poniendo los pelos de punta.
Ann añade otra C. Escribe Circe.
– Prueba con todo el nombre – digo.
Una vez más, Ann escribe el nombre, recorta las letras en cuadraditos y las va
moviendo. Prueba diversas combinaciones: Circe Lamcleethy, Circe the Lamcley,
Circe the Mal Cley, Circe the Ye Call M.
– Pon una y detrás del «the» – le pido.
Circe They E Call M.
Ann vuelve a mover las letras hasta que consigue: *They call me Circe*, que en
inglés significa «Me llaman Circe». No nos lo podemos creer.
– Claire McCleethy es un anagrama – dice Ann.
Felicity tiembla.
– Circe ha vuelto a Spence.
– Tenemos que encontrar el Templo. Y pronto – afirmo.

Cuando llegamos a los reinos, Pippa está sentada junto a la Gorgona.
– Mirad, os he hecho unas coronas. Son mi regalo Navidad. – Lleva en los
brazos tres coronas de flores nos coloca en la cabeza en cuanto nos ve – . Estáis
preciosas.

– Son muy bonitas, Pip – dice Felicity.
– He vigilado vuestras flechas mágicas – sigue Pippa colgando el arco y las
flechas de la espalda de Felicity – . ¿Volvemos al río?

– Creo que no – contesto.

La Gorgona se gira y me observa.

– ¿No viajan hoy, señorita? – sisea.

– No, gracias – digo.

Aún recuerdo nuestro último viaje, aquel momento de duda. No sé si puedo
fiarme del gran monstruo, sobre todo sabiendo que un día se rebeló contra la
Orden. Podrían haberla encarcelado.

Pido a las otras que me sigan al jardín. Los árboles han crecido tanto que parece
que vayan a explotar.

– Hemos descubierto que el nombre de nuestra profesora es un anagrama que
quiere decir "Ellos me llaman Circe" – explica Felicity a Pippa, tras darle todas las
noticias del día.

— ¡Qué extraño! — dice Pippa —. Me habría encantado perseguirla con vosotras. ¡Qué valientes!

— ¿Creéis que la señora Nightwing también es sospechosa? — pregunta Felicity —. Son amigas.

— No lo habíamos pensado — digo, nerviosa.

— No quería que supiéramos nada de la Orden. Y por eso despidió a la señorita Moore — dice Pippa —. A lo mejor la señora Nightwing tiene algo que ocultar.

— O quizá no sabe nada de nada — dice Ann.

La señora Nightwing ha sido como una madre para ella. Sé lo que es sospechar de alguien a quien amas.

— La señora Nightwing era una maestra de Spence cuando Sarah y Mary estudiaron allí. ¿Y si estuviera ayudando a Sarah avisándola del momento en que debe volver? — apunta Felicity.

— No me gusta que habléis así — se queja Ann.

— ¿Y si...?

— Fee — la interrumpo mirando de reojo a Ann —. Creo que lo mejor por ahora será intentar localizar el Templo. Nell Hawkins dijo que buscáramos un camino. ¿Has visto alguno, Pip?

Pippa me mira desconcertada.

— ¿Quién diantres es Nell Hawkins?

— Una interna de Bedlam — responde Ann —. Gemma cree que ella sabe dónde encontrar el Templo.

Pippa se ríe.

— Estás de broma.

— No — digo, sonrojada —. ¿Has visto el camino?

— Hay cientos de caminos. ¿Qué tipo de camino buscas?

— No lo sé. El Camino de la Verdad. Eso es lo que dijo.

— Eso no es de gran ayuda — dice Pippa mirando a su alrededor —. Hay uno que sale del jardín y que no he seguido nunca.

— Enséñamelo — le pido.

El camino que dice Pippa no es más que una estrecha línea que se pierde en un muro recubierto de musgo. Es lento y difícil de recorrer. A cada paso tenemos que ir apartando la vegetación que nos araña las manos y las piernas.

— Vaya rollo — protesta Pippa —. Espero que sea el camino correcto. Odio pensar que estamos haciendo todo esto para nada.

Una rama me abofetea la cara.

— ¿Qué decías? — pregunta Felicity.

— ¿Yo? Nada — respondo.

— He oído unas voces.

Nos paramos. Yo también las oigo. Algo se mueve en el aire. De pronto, nos parece que no es buena idea adentrarse en este camino sin saber qué es. Alzo una

mano para detener a mis amigas. Felicity coge el arco y una flecha. Estamos tensas como las cuerdas de un piano.

Un par de ojos asoman entre las ramas de un árbol. —Hola. ¿Hay alguien ahí? —pregunto. —¿Has venido a ayudarnos? —pregunta una voz dulce. Una joven sale de detrás del árbol. La parte derecha su cuerpo está quemada. De su mano, sólo queda el hueso. Nos ve asustadas e intenta taparse la parte afectada la ropa.

—Hubo un incendio en la fábrica, señorita. Se extendió muy deprisa y no pudimos escapar —explica. —¿Quiénes? —pregunto cuando consigo que me salga la voz.

Detrás de ella, entre la vegetación, hay una docena chicas jóvenes, muchas de ellas quemadas, todas muertas —Las que no pudimos escapar. El fuego atrapó a algunas, otras escaparon —dice a modo de explicación. —¿Cuánto hace que estáis aquí? —pregunto.

—No lo sé seguro —responde—. Me parece una eternidad

—¿Cuándo fue el incendio? —pregunta Pippa.

—En diciembre de 1895, señorita. Hacía mucho viento ese día. Lo recuerdo. —Llevan dos semanas aquí. Menos que Pippa—. La he visto antes, señorita —dice, señalando a Pippa—. A usted y a su caballero.

Pippa se queda boquiabierta.

—Pero yo no la he visto en mi vida. No se de que habla.

—Siento haberle ofendido, señorita. No era mi intención. No sé por qué Pippa reacciona así, pero no ayuda. La chica se me acerca y me pone una mano en el brazo. Tengo que hacer un esfuerzo para no gritar al verle la mano quemada.

—¿Estamos en el cielo o en el infierno?

—Ni en uno ni en otro —digo, apartándome un poco—. ¿Cómo te llamas?

—Mae. Mae Sutter.

—Mae —susurro—. ¿Alguna de vosotras se ha comportado de manera extraña últimamente? Se queda pensativa.

—Bessie Timmons —dice, señalando a otra de las chicas quemadas—. Pero en realidad, señorita, siempre ha sido una chica muy extraña. Habla con gente que no podemos ver, nos dice que tenemos que seguirla hasta un lugar llamado las Tierras Invernales. Dice que allí nos ayudarán.

—Ahora, escúchame atentamente, Mae. Sobre todo no vayáis a las Tierras Invernales. Pronto todo esto se arreglará y tú y tus amigas podréis cruzar el río y quedaros en otro lado.

Mae me mira asustada.

—¿Y qué hay al otro lado?

—Bueno, yo, yo... No lo sé —confieso—. Pero mientras tanto no debes confiar en nadie de aquí. ¿Lo entiendes?

Me mira desconfiada.

—Entonces, ¿por qué tendría que confiar en usted? —retrocede y se coloca al lado de sus amigas y les dice—: No puede ayudarnos. Estamos solas.

—Todos estos espíritus esperando para cruzar... —dice Felicity.

– Esperando hasta que se corrompan – continúa Ann.
– Eso no lo sabes – replica Pippa.
Nos quedamos en silencio.
– Continuemos – propongo –. A lo mejor estamos cerca del Templo.
– Yo no sigo – responde Pippa –. No quiero ver todos estos horrores. Me vuelvo al jardín. ¿Quién viene conmigo?
Miro la vegetación que tenemos por delante. El camino se abre paso entre matorrales y árboles. Pero me parece ver por dónde sigue el sendero.
Bessie Timmons se acerca al camino. Me mira mal.
– ¿Por qué no te largas, si no puedes ayudarnos? Venga. Largo o lo que sea.
No nos aclara qué significa ese «lo que sea». Algunas de las chicas se colocan a su lado, apoyándola. No nos quieren aquí. No vale la pena enfrentarse a ellas. No es el momento.
– Venga. Volvamos atrás – digo.
Retrocedemos. Bessie Timmons nos grita:
– No seáis tan orgullosas. Pronto seréis como nosotras. Mis amigas vienen a buscaros. Estaremos juntas. Os convertirán en las reinas. Y no seréis más que polvo.
Caminamos en silencio hacia el jardín. Estamos cansadas, desconcertadas y espantadas. Especialmente Pippa.
– ¿Y si nos divertimos un poco? – resopla cuando llegamos al sitio donde estaban las runas –. Esta búsqueda del Templo es horrorosa.
– Conozco un sitio fantástico, señorita.
El caballero aparece detrás del árbol y nos sorprende a todas. Tiene un trozo de tela en una mano. Retrocedemos un paso y se arrodilla ante nosotras.
– ¿Las he espantado? – pregunta bajando la cabeza de manera que su flequillo dorado le tapa la cara.
Pippa le mira con dureza.
– Nadie le ha llamado.
– Lo siento – responde el joven, pero el tono no es de disculpa. Parece que se lo está pasando bien –. ¿Cómo podría pagar por mi atrevimiento, señorita? ¿Qué me obligará a hacer? – Se lleva el puñal al cuello –. ¿Quiere sangre mi dama?
Pippa responde en un tono frío.
– Por qué no.
– ¿Qué desea mi dama?
Pippa se gira y los rizos negros se colocan sobre sus hombros.
– Quiero que me deje en paz.
– Muy bien, mi dama. Pero antes le ofreceré un regalo.
Deja un paquete sobre la hierba y se pierde de nuevo entre la vegetación.
– Creía que habías dicho que te lo habías quitado de encima – comenta Felicity.
– Sí, pensaba que lo había conseguido – responde Pippa.
– ¿Qué te ha dejado? – pregunta Ann.
Desenvuelve el paquete y se cae de culo mientras grita.

— ¿Qué es? — pregunta Felicity corriendo hacia el paquete.

Es una cabeza de cabra, toda cubierta de moscas y sangre seca.

— Es horrible — dice Ann aguantándose las ganas de vomitar.

— Si ese hombre vuelve, le diré cuatro cosas — promete Felicity, apurada.

No sé si nos atreveríamos a hacerlo. Me pregunto por qué el príncipe soñado y largamente anhelado por Pippa — y conseguido a través de la magia — se ha convertido en un ser tan cruel. Pippa observa la cabeza con atención. Se lleva las manos al estómago y abre la boca. Por un momento, pienso que está a punto de echarse a llorar. Pero en cambio, hace algo sorprendente: se relame y mira la cabeza con deseo. Entonces, se da cuenta de que la observo y dice:

— Más tarde la enterraré como se merece.

Y me coge del brazo.

— Sí, creo que será lo mejor — opino mientras me alejo.

— Volved mañana — grita —. Probaremos con otro camino. Seguro que mañana lo encontramos.

El reloj de cuco de Felicity marca la hora. Es como si hubiéramos estado fuera muchas horas pero en realidad ha sido sólo un segundo en el tiempo de Londres. Estoy intranquila por los descubrimientos de hoy: el anagrama de la señorita McCleethy, su visita a Bedlam, Mae Sutter y sus amigas. Y Pippa; sobre todo por Pippa.

— ¿Nos divertimos un poco? — pregunta Felicity, saliendo por la puerta de su habitación.

Shames, el criado, nos sigue.

— Señorita Worthington, ¿qué ocurre?

Felicity entorna los ojos.

— Usted no me ha visto aquí, Shames. Nosotras estamos en la sala, tomando el té.

Sin pronunciar una palabra, Shames mueve la cabeza como si no pudiera entender por qué la puerta está abierta. La cierra y nos libera.

La niebla de Londres tapa las estrellas. Se dejan ver aquí y allá pero no acaban de lucir todo su esplendor.

— ¿Qué hacemos ahora? — pregunta Ann.

Felicity da un salto y responde:

— Lo que queramos.

Sobrevolar Londres en una noche como ésta es maravilloso. Vemos a los caballeros saliendo de los clubes, los carruajes que los conducirán a casa, los mendigos y pobres que buscan algo de suerte y algunas monedas en las orillas del Támesis... Si queremos, podemos tocar las puntas de los teatros del West End o las agujas góticas del Parlamento. Ann incluso se sienta en la torre del Big Ben.

— Mirad — dice riendo —. Tengo un asiento en el Parlamento.

– Podemos hacer lo que queramos. Incluso robar las joyas reales en Buckingham Palace – comenta Felicity caminando de puntillas por las torres.

– No lo harás, ¿verdad? – pregunta Ann espantada.

– No, no lo hará – contesto seria.

Es divertidísimo sentirse tan libre. Volamos tranquilamente sobre el río y descansamos en el puente de Waterloo. Una barca pasa por debajo iluminada tan sólo con una linterna. Es extraño pero puedo leer los pensamientos del hombre que va en la barca, como los de las mujeres de mala vida en Haymarket o los de los jóvenes que van en los carruajes por Hyde Park. Es muy extraño; es como escuchar la conversación de otra habitación y además saber qué sienten mientras hablan.

El viejo se llena los bolsillos de piedras y sé qué quiere hacer.

– Tenemos que parar al hombre de la barca – digo.

– ¿Por qué? – pregunta Ann.

– ¿No le oyes?

– No – dice Ann, y Felicity también me indica con la cabeza que ella no oye nada.

– Quiere suicidarse.

– ¿Cómo lo sabes? – pregunta Felicity.

– Puedo oír sus pensamientos.

Dudan, pero me siguen a través de la niebla. El hombre canta una triste canción sobre cosas perdidas para siempre y se pone más piedras en el bolsillo. Está en el borde de la barca.

– Tenías razón – dice Ann.

– ¿Quién está ahí? – grita el hombre.

– Tengo una idea. Seguidme – susurro a mis amigas.

Nos movemos entre la niebla y nos ponemos a la vista del hombre.

– No debe hacerlo – digo con una voz que parece de ultratumba.

El hombre se pone de rodillas, con los ojos como platos.

– ¿Qué sois?

– Somos los fantasmas de la Navidad, y venimos a advertiros que debéis seguir nuestras órdenes.

Felicity se sonríe pero guarda la compostura al decir eso. Ann la mira muy sorprendida, y yo misma me he quedado de piedra al verle improvisar así.

– ¿De qué me adviertes? – pregunta el hombre.

– Si sigue con esto, caerá una maldición sobre usted – digo.

– Y sobre su familia – apunta Felicity.

– Y sobre la familia de su familia – sigue Ann, exagerando un poco la nota.

Funciona. El hombre se saca las piedras del bolsillo tan deprisa que temo que haga tumbar la barca.

– Gracias. De verdad, gracias.

Satisfechas, nos retiramos, riéndonos y orgullosas de haber salvado la vida de un hombre. Cuando llegamos de nuevo a las casas de Mayfair, me dirijo a la casa de Simon. Sería fácil entrar y escuchar sus pensamientos. Por un instante me lo

planteo, y me acerco a él, pero en el último momento decido seguir a Ann y Felicity a la salita, donde encontramos el té frío.

— ¡Ha sido emocionante! — dice Felicity, tomando asiento.

— Sí — dice Ann —. Me pregunto por qué Fee y yo no podíamos oír sus pensamientos.

— No lo sé — digo.

Una niña pequeña vestida de pulcro blanco entra en la habitación. No tiene más de ocho años. Lleva el pelo peinado hacia atrás y adornado con un lazo blanco. Sus ojos son azules como los de Felicity. De hecho, se parece mucho a ella.

— ¿Qué quieres? — le pregunta Felicity.

Una criada entra detrás.

— Disculpe, señorita Worthington. La señorita Polly ha perdido su muñeca. Le he dicho que tiene que cuidar más de sus cosas.

Así que ésta es la pequeña Polly. La compadezco por vivir con Felicity.

— Está aquí — dice Felicity, sacando la muñeca de debajo de la alfombra persa —. Espera. Vamos a comprobar que esté bien.

Felicity hace ver que es una enfermera y atiende a la muñeca. Polly se ríe con ganas. Pero cuando cierra los ojos y pone sus manos en la muñeca noto cómo fluye la magia.

— Felicity — la llamo para romper su concentración.

Entrega la muñeca a Polly.

— Ten, Polly. Ahora está mucho mejor. Ahora hay alguien que cuidará de ti.

— ¿Qué has hecho? — pregunto cuando Polly sale de la habitación.

— No me mires así. Tenía el brazo roto y lo he reparado — dice Felicity.

— No serías capaz de hacerle daño, ¿verdad? — pregunto.

— No, no sería capaz — responde Felicity con frialdad.

CAPÍTULO 26

Lo primero que he hecho al despertarme ha sido escribir una carta a la directora de la escuela Santa Victoria preguntándole cuándo trabajó la señorita McCleethy allí. Lo siguiente ha sido enviar a Emily a tirar la carta antes incluso de que la tinta estuviera seca.

Como es jueves, la señorita Moore nos lleva al museo, como había prometido. Nos desplazamos en tranvía a través de las calles de Londres. Es divertido sentarse arriba y sentir el viento en la cara, contemplar la gente que pasea por la calle y los caballos que tiran de los carruajes. Falta menos de una semana para Navidad y la temperatura ha cambiado. Por encima de nosotras, las nubes anuncian nieve. Las masas blancas culminan las chimeneas de las casas y se desplazan incesantemente, como si aún estuvieran lejos de su destino.

— Nuestra parada, señoritas — nos avisa la señorita Moore.

El viento sopla con tanta fuerza que se tiene que sujetar su sombrero con una mano. Con cuidado bajamos las escaleras que nos conducen a la calle. El revisor nos ayuda a descender.

—Muy amable — dice la señorita Moore. Se ajusta el sombrero y se dirige a nosotras —: Hace tanto viento que por un momento he creído que iba a salir volando.

El museo que vamos a visitar comparte edificio con un club masculino. Mucha gente ha acudido hoy a visitar sus salas. Nos movemos por las plantas entre los visitantes y disfrutamos de las pinturas. La señorita Moore nos guía por las plantas inferiores, donde se exhiben las obras de artistas menos conocidos. Vemos retratos tranquilos de señoritas, escenas feroces de batallas en el mar y paisajes bucólicos que hacen venir ganas de vivir en ellos. Me detengo frente a una obra en la que se ve a un ejército de ángeles en una batalla. También se ve un jardín frondoso y un solo árbol, y mucha gente al fondo, lamentándose de algo. Debajo hay una franja de roca negra bañada de un color naranja. Una ciudad dorada descansa sobre las nubes, a lo lejos. En el centro, dos ángeles luchan de tal manera que es difícil diferenciar los dos cuerpos.

—¿Ha visto algo que le guste? —pregunta la señorita Moore, de pronto a mi lado.

—No lo sé —respondo—. Estoy desconcertada.

—Bueno, a veces pasa ante el arte. ¿Qué le desconcierta de esta pintura?

Me fijo en los colores más llamativos, los rojos y los naranjas del fuego, el blanco de las alas de los ángeles, los diferentes tonos del color de la carne que convierten los músculos pintados en casi reales.

—La desesperación que transmite. Es como si hubiera muchas cosas en juego.

La señorita Moore se inclina sobre la placa que hay al lado de la pintura. *Artista desconocido. Hacia 1801. Un ejército de ángeles rebeldes*. Cita algo que parece poesía:

«Para reinar hace falta tener ambición en el Infierno: mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo.» John Milton. *Paraíso Perdido*. Libro I. ¿Lo ha leído?

—No —digo sonrojada.

—¿Y ustedes? Señorita Worthington, señorita Bradshaw —pregunta la señorita Moore. Ellas también dicen que no—. No sé qué será de nosotros si la gente ni siquiera lee la obra del mejor poeta del imperio. Hablo de John Milton, nacido en 1608 y muerto en 1674. Su poema épico, *Paraíso perdido*, narra la historia de Lucifer. —Señala el ángel de cabellos oscuros que hay en el centro—. El ángel más brillante y amado del Cielo, que fue expulsado por rebelarse contra Dios. Una vez perdido el Cielo, Lucifer y su ejército de ángeles rebeldes prometieron continuar su lucha aquí, en la Tierra.

Ann se suena la nariz discretamente en su pañuelo mientras dice:

—No entiendo por qué tenía que luchar, si ya estaba en el Cielo.

—Cierto. Pero para él no era suficiente. Quería más.

—Pero tenía cuanto pedía, ¿no es así? —pregunta Ann.

—Sí —contesta la señorita Moore—. Pero tenía que pedirlo. Dependía de otro. Y le parecía terrible no depender de sí mismo, que ese otro le denegara la posibilidad de ser autónomo.

Felicity y Ann me miran, y me siento un poco culpable. Yo tengo el poder. Ellas no. ¿Me odian por eso?

– Pobre Lucifer – murmura Felicity.

La señorita Moore se ríe.

– Bien, es un pensamiento muy original. Aunque no es usted la única que piensa eso. También Milton sintió compasión por Lucifer. Y este pintor también. ¿Ven qué bello ha pintado el ángel oscuro?

Las tres nos quedamos mirando la perfección y la fuerza del ángel oscuro. La escena de lucha es tremenda.

– Me pregunto... – musita la señorita Moore.

– ¿El qué? – pregunta Ann.

– ¿Y si el mal no existe? ¿Y si el mal, el demonio, es algo que se han inventado los hombres y no hay nada contra lo que luchar más que contra nuestras propias limitaciones? La batalla contra nuestra voluntad, nuestros deseos y nuestras posibilidades.

– Pero el mal existe – digo, pensando en Circe.

La señorita Moore me mira con curiosidad.

– ¿Cómo lo sabe?

– Lo hemos visto – dice Ann de pronto.

Felicity tose y golpea disimuladamente el brazo de Ann.

La señorita Moore se acerca.

– Tiene razón. El mal existe. – El corazón me va a estallar. ¿Va a hacerlo? ¿Va a confesarnos algo ahora? –. Y se llama el final de la escuela – afirma en tono de burla, y nosotras le reímos la gracia.

Una pareja mayor pasa a nuestro lado y nos mira mal por el ruido que hacemos.

Felicity sigue mirando la pintura como si quisiera tocarla.

– ¿Cree que es posible que alguna gente no esté del todo bien? Que haya algo malo en ellos que hace que otros... – Se para en seco.

– ¿Hace que otros qué...? – pregunta Ann.

– Sufran algunas cosas.

No sé de qué habla. La señorita Moore mira la pintura.

– Todos somos responsables de nuestros actos, señorita Worthington, si es lo que está preguntando.

Si es eso lo que pregunta, no lo sabremos nunca. No sé si su pregunta ha quedado contestada.

– ¿Nos vamos, señoritas? Aún tenemos que ver los románticos.

La señorita Moore nos guía a través del museo. Ann la sigue, pero Felicity está como enganchada al cuadro.

– Tú no me echarías, ¿verdad? – me pregunta.

– ¿De dónde? – contesto con otra pregunta.

– De los reinos. La Orden. Todo eso.

– Claro que no.

Inclina la cabeza.

— ¿Crees que lo echaron mucho de menos? ¿Crees que Dios lloró por su ángel perdido?

— No lo sé.

Felicity me coge del brazo y seguimos a las otras, dejando atrás a los ángeles y su lucha feroz.

— Hombre, ¡si es nuestra Ann!

Una mujer se nos acerca. Es muy elegante y lleva grandes joyas y diamantes, más apropiados para la noche. Es obvio que tiene dinero y quiere que todos lo sepan. Me avergüenza un poco. Su marido, un hombre con bigote, se quita el sombrero a modo de saludo. Lleva un bastón en la mano.

La mujer saluda a Ann con efusividad.

— ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! Pero ¿por qué no estás en la escuela?

— Yo-yo-yo... — tartamudea Ann —. ¿Puedo presentaros a mi prima, la señora Wharton?

Nos la presenta y descubrimos que la mujer es una prima lejana de Ann, la misma que paga parte de los gastos de la escuela con la esperanza de que pronto se instale en su casa para cuidar de los niños.

— Espero que esta exposición sea de buen gusto — comenta la señora Wharton

— . Fuimos a una exposición en París que era casi obscena. Retratos de salvajes que no llevaban encima ni un trozo de tela que los tapara. Y los cuadros eran bien caros

— sigue la señora Wharton sin darse cuenta que lo que no es de buen gusto es hablar del precio.

La señora Moore interrumpe:

— Veo que les interesa el buen arte. Siendo así, no deben perderse la gran pintura de Moretti — dice, y les recomienda una Venus desnuda, la diosa del amor que me ha hecho subir los colores sólo unos minutos antes.

No me cabe ninguna duda de que tal visión ofenderá a los Wharton, y me temo que la señorita Moore lo ha hecho adrede, como provocación.

— Lo haremos. Mil gracias — dice la señora Wharton —. Ha sido una suerte que nos encontráramos, Annie. Creo que nuestra criada se irá antes de lo que pensábamos. Nos abandonará en mayo, y necesitaremos que empieces antes. Estoy segura de que Caroline y Charlotte estarán encantadas de tener a su prima como institutriz, aunque me temo que Charlotte, con sólo ocho años, ya espera que venga alguien que le llame señorita Charlotte. No dejes que te manden demasiado.

Se ríe, para mayor tormento de Ann.

— Tenemos que irnos — dice el señor Wharton.

Ya se ha aburrido de nosotras.

— Sí, claro. Escribiré a la señora Nightingale — dice la mujer, pronunciando mal el nombre —. Encantada de verte — se despide dejándose arrastrar por su marido, como una niña.

Vamos a una sala de té para reponernos. No es como los clubes y las salas que frecuentamos, repletas de flores y conversaciones banales. Éste es un local para mujeres trabajadoras y se nota que hay actividad. Felicity y yo nos sentimos plenas

con el impulso del arte. Hablamos de nuestros cuadros favoritos y la señorita Moore nos cuenta lo que sabe de los artistas. Todo eso nos hace sentir sofisticadas, como si estuviéramos en un famoso salón de París. Sólo Ann sigue en silencio. Se toma el té y se come dos porciones de pastel, uno detrás del otro.

— Sigue comiendo así y ya veremos qué vestido te cabe el día de Navidad — le riñe Felicity.

— ¿Qué pasa? — responde Ann—. Ya has oído a mi prima. En mayo todo se habrá acabado.

— Venga, señorita Bradshaw — interviene la señorita Moore—. Siempre hay otras opciones. Su futuro no se va a decidir ahora.

— Ya se ha decidido. Me han pagado los estudios en Spence. Estoy en deuda con ellos.

— También puede rechazar su oferta y devolverles el dinero que han invertido en su formación — propone la señorita Moore.

— ¿Cómo podría devolvérselo?

— Podría. Con tiempo. No sería fácil, pero podría.

— Pero se enfadarían mucho conmigo — sigue Ann.

— Probablemente. Eso no la matará.

— No soporto que alguien piense mal de mí.

— ¿Soportarías mejor pasarte la vida a las órdenes de la señora Wharton y de Caroline y Charlotte?

Ann mira fijamente las migajas del plato. Yo conozco a Ann y sé que la respuesta es afirmativa. Sonríe tímidamente.

— A lo mejor me convierto en la heroína de una de esas novelas de la escuela, y alguien viene a rescatarme. Un tío rico. O quizá rompo el corazón de un buen hombre que quiere convertirme en su esposa — dice, mirándome con timidez, y sé que está pensando en Tom.

— Eso es esperar demasiado — dice la señorita Moore.

Ann empieza a llorar y dos grandes lágrimas caen en su taza de té.

— Venga — dice la señorita Moore, cogiéndole la mano—. Tenemos tiempo para arreglarlo. ¿Qué podemos hacer para distraerla? ¿Por qué no me explican más cosas de las maravillas que han visto en los reinos?

— Soy bella, allí — dice Ann con voz llorosa.

— Muy bella — añade—. Explícale cómo asustamos a las ninfas.

Una sonrisa ilumina el rostro de Ann.

— Les dimos una lección, ¿verdad?

La señorita Moore hace ver que le interesa el tema.

— ¿Por qué no me lo explican de una vez? Quiero saberlo todo de las ninfas.

Mientras le describimos toda la escena, la señorita Moore escucha con atención.

— Bueno, veo que al final han estado leyendo. Todo esto que me cuentan es muy parecido a las ninfas y las sirenas de los griegos que arrastraban a los marineros a la muerte con sus canciones. ¿Y han conseguido encontrar el Templo?

— Aún no. Pero hemos visitado la librería Amanecer Dorado. Está cerca de la calle Bond. Allí encontramos un libro sobre sociedades secretas escrito por la señora Wyatt — explica Ann.

— Amanecer Dorado... — repite la señorita Moore mientras toma un trozo de pastel —. Creo que no sé cuál es.

— La señorita McCleethy tenía un anuncio de esta librería en su maleta — suelta Ann —. Gemma lo vio.

La señorita Moore levanta las cejas.

— Estaba abierta — me disculpo, sonrojada —. No pude evitar verlo.

— Vimos a la señorita McCleethy en la tienda. Pidió ese libro, y después lo pedimos nosotras. Hablaba de la Orden — dice Felicity.

— ¿Sabía que la Orden usaba anagramas para esconder sus verdaderas identidades? — pregunto.

La señorita Moore nos sirve más té.

— ¿Es eso cierto?

Ann no puede esperar más y lo dice.

— Sí, y hemos descubierto que el anagrama de la señorita McCleethy es *They call me Circe*: «Ellos me llaman Circe». Eso lo prueba todo.

— ¿Qué prueba? — pregunta la señorita Moore limpiando las gotas de té que se le acaban de caer.

— Que la señorita McCleethy es Circe, por supuesto.

Y ha regresado a Spence con algún fin diabólico — explica Felicity.

— Como por ejemplo enseñar latín y dibujo... — bromea la señorita Moore con una sonrisa.

— Es un tema serio, señorita — insiste Felicity.

La señorita Moore se inclina con cara solemne.

— También es serio acusar a la gente de brujería sólo por visitar una librería.

Mientras pensamos en ello, bebemos un poco más de té.

— La seguimos — dice Ann, más calmada —. Fue a Bedlam, a visitar a Nell Hawkins.

La señorita Moore la interrumpe.

— ¿Quién es Nell Hawkins?

— Es una chica que cree en la Orden. Dice que Circe la persigue. Por eso ha enloquecido — dice Ann tranquilamente.

Realmente le va lo macabro.

— Mi hermano, Tom, trabaja en la clínica. Nell Hawkins es una de sus pacientes — explico.

— Interesante. ¿Ha hablado usted con ella?

— Sí.

— ¿Le dijo que conocía a la señorita McCleethy?

— No — respondo avergonzada —. Ella está perturbada y es difícil descifrar sus comentarios. Pero estaba en la escuela Santa Victoria cuando le sucedió el horrible

cambio de estado mental, y tenemos razones para creer que la señorita McCleethy trabajaba también allí en la misma época.

— ¡Qué curioso! — dice la señorita Moore, vertiendo un poco de leche en el té —. ¿Tienen alguna certeza de eso?

— No — admito —. Pero he escrito a la dirección del centro preguntándolo. Espero tener respuesta bien pronto.

— Entonces en realidad no saben nada — dice la señorita Moore limpiándose la boca con la servilleta —. Hasta que lo sepan seguro, les aconsejo que sean prudentes con sus acusaciones: pueden tener repercusiones imprevistas.

Nos miramos y nos sentimos culpables.

— Sí, señorita Moore.

— Ann, ¿qué está escribiendo? — pregunta.

Ann ha estado escribiendo cosas en un papel. Lo tapa con la mano.

— N-nada.

Felicity le arranca el papel de las manos.

— Devuélvemelo — grita Ann tratando de recuperarlo.

Felicity lo lee en voz alta. *Hester Moore. Room She Reet.*

— Es un anagrama de tu nombre. No es muy bueno — dice Ann, roja de vergüenza.

Felicity sigue leyendo, encantada. O, Set Her More. Set More Hero. De pronto, los ojos de Felicity se iluminan. Er Tom? Eros He.

No importa que no tenga sentido. El hecho de que sepamos que ha combinado las palabras Tom y Eros en una frase humilla a Ann. Le arranca la nota. En la sala de té, todos nos miran por nuestro comportamiento infantil. Me temo que la señorita Moore no querrá llevarnos nunca más de paseo.

En cambio, saca su monedero y dice:

— Tendríamos que vernos en casa, chicas.

En el taxi, la señorita Moore dice:

— Espero que no tengan problemas con las ninfas de agua. No parecían muy agradables.

— Son como dos de nosotras — explica Ann, temblando.

— Quizá pudieran dejarme entrar en la historia. Me encantaría combatir a las ninfas — dice la señorita Moore con una mueca heroica.

Nos reímos. Me siento mejor. Lo he pasado muy bien. Odio pensar que puede que no haya más días como éste.

Cuando dejamos a Ann y Felicity a salvo en casa, recorremos la distancia que queda hasta Belgrave Square. La señorita Moore mira la encantadora casa.

— ¿Le gustaría entrar y conocer a mi abuela? — pregunto.

— En otra ocasión — dice, preocupada —. Gemma, ¿de verdad desconfía de la señorita McCleethy?

— Hay algo muy extraño en ella — opino —. Pero no sé decir de qué se trata.

La señorita Moore asiente.

– Investigaré lo que pueda. Quizás no es nada, y de aquí a unos días nos reímos como tontas de todo esto. Mientras tanto, procure evitarla.

– Gracias, señorita – respondo –. Gracias por todo.

CAPÍTULO 27

Cuando entro por la puerta, me encuentro con la señorita Jones.

– Su abuela le espera en la sala, señorita. Ha pedido que vaya a verla en cuanto llegue.

La voz suena tan grave que por un momento temo que haya sucedido alguna desgracia en la familia. Entro en la sala y me encuentro a la abuela departiendo con lady Denby y con Simon. Siento el contraste entre el frío de la calle y la calidez de la sala. Mi nariz se pone roja.

– La señora Denby y el señor Middleton han venido a visitarnos, Gemma – dice la abuela con una sonrisa que oculta su enojo por mi abrupta entrada –. Esperaremos a que te cambies para recibirlos.

Me pongo presentable y salimos a la calle. Seguimos uno de los caminos de Hyde Park. Lady Denby y la abuela van detrás de nosotros, permitiendo que Simon y yo podamos charlar con intimidad pero vigilados.

— Hace un día precioso — digo, a pesar de que noto cómo caen los primeros copos de nieve.

— Sí — opina Simon, compadeciéndose de mí — . Helado, pero precioso.

Caminamos unos pasos más en silencio.

— ¿Has...?

— ¿Qué?

— Olvídalo — digo.

— La culpa es mía. Por favor, sigue — dice Simon, lo que provoca que mi corazón se acelere.

— Sólo me preguntaba...

¿El qué? No sé qué decir. Estaba desesperada por dar conversación y parecer una chica interesante y desenvuelta.

El tipo de chica que quieres tener a tu lado. El problema es que en estos momentos no me siento en posesión de dichas virtudes. Será un milagro si puedo hacer algún comentario que no sea una estupidez.

— Si... esto... lo que quiero decir es que... ¿No están preciosos los árboles en esta época del año?

Los árboles, pelados y secos, me miran atónitos.

— Supongo que podemos decir que se ven elegantes — me salva Simon.

Esto no va bien.

— Lamento molestarle, señor Middleton — dice la abuela — . Me temo que es la humedad. Se me mete en los huesos.

Simon le ofrece su brazo.

— No se preocupe, señora Doyle.

En mi vida había agradecido tanto una interrupción. La abuela está encantada de pasear por Hyde Park del brazo del hijo de un vizconde. Todos pueden verla. La abuela habla de su salud, de los problemas con el servicio y de otros temas y yo puedo relajarme. Simon me lanza miradas cálidas de tanto en tanto y yo le sonrío. Tiene la habilidad de convertir un paseo con la abuela en una aventura.

— ¿Le gusta la ópera, señora Doyle? — pregunta lady Denby.

— La italiana no. Pero nuestros Gilbert y Sullivan, sí. Son encantadores — responde la abuela.

Me avergüenzo de su mal gusto.

— ¡Qué casualidad! Van a representar *El Mikado* el sábado por la noche en la Ópera Real. Tenemos un palco. ¿Les gustaría venir?

La abuela se queda en silencio y al principio temo que esté catatónica. Pero después descubro que sólo está muy complacida. Es una invitación tan especial que le cuesta reaccionar.

— Estaremos encantadas — responde finalmente.

La ópera. No he visto nunca una ópera. ¡Hola, bonitos árboles pelados! ¿Lo habéis oído? Voy a ir a la ópera con Simon Middleton. El viento agita las ramas de los árboles y suena algo parecido a un aplauso.

Un carruaje negro se acerca despacio, guiado por dos caballos que brillan. El cochero va elegantemente uniformado. Cuando el carruaje pasa por nuestro lado, su ocupante nos mira y me sonrío de manera cruel. Tiene una cicatriz en la mejilla izquierda. Es el hombre que vi en la estación el día que llegué a Londres. El hombre que me siguió. Estoy segura de ello. Al pasar por mi lado, se quita el sombrero a modo de saludo. El carruaje sigue su camino. Una mano enguantada de mujer aparece al otro lado, por la ventana. Se mueve como con una advertencia. Puedo ver un trozo de su ropa. Es verde, de un verde intenso.

– Señorita Doyle – dice Simon.

– Sí – respondo cuando encuentro de nuevo mi voz.

– ¿Está bien? Parece mareada.

– Me temo que la señorita Doyle ha cogido frío. Lo mejor es regresar a casa y que se siente frente a la chimenea – insiste la madre de Simon.

La calle está tranquila. Incluso sopla menos viento. Pero en mi interior, mi corazón late como nunca. Porque la ropa verde que llevaba esa mujer la he visto antes. En mis visiones. Estoy segura de que pertenece a Circe y eso significa que en ese carruaje ella viajaba junto a un miembro de los Rakshana.

Cuando la señora Denby y Simon se marchan, la abuela le pide a Emily que me prepare un baño caliente. Me meto en el agua y me relajo. Cierro los ojos y dejo flotar los brazos.

El dolor llega de repente. Mi cuerpo se pone rígido, como fuera de control. El agua se me mete en la boca y empiezo a toser. El pánico me impide salir del agua. Oigo un suspiro: «Ven con nosotros...».

El dolor se va, y noto mi cuerpo ligero como un copo de nieve. No me atrevo a abrir los ojos. No quiero ver quién hay ahí. Pero a lo mejor tienen respuestas a mis preguntas. Sí, ahí están. Las tres chicas de blanco.

– ¿Qué queréis? – pregunto, aún escupiendo agua.

– Síguenos – dicen, y atraviesan la puerta cerrada como si no estuviera.

Rápidamente, me visto y abro la puerta, buscando alguna señal que me permita seguirlas. Las veo en la puerta de mi habitación. Me indican que entre con ellas. Estoy temblando de frío pero las sigo y encuentro el coraje para hablar.

– ¿Quiénes sois? ¿Podéis ayudarme a encontrar el Templo?

No responden. Van hacia mi armario y se paran.

– El armario. No hay nada dentro. Sólo mi ropa.

Mueven la cabeza.

– Las respuestas que buscas están ahí.

¿En mi armario? Están peor que Nell Hawkins. Abro la puerta y empiezo a sacar vestidos y abrigos, zapatos y zapatillas sin saber qué busco. Finalmente, la frustración me invade.

– Ya os dije que aquí no hay nada.

Responden taconeando en la habitación. Lo he conseguido. Las he enojado. Vienen a por mí y yo no puedo moverme. Me han atrapado contra la cama.

—No, por favor —murmuro, cerrando los ojos con fuerza.

Me ponen sus dedos helados en los hombros y en este punto no puedo moverme. Siento tanto pánico que queda fuera de lugar la posibilidad de gritar o llorar. Ellas se ríen y corren a mi alrededor.

—¿Nos dará el poder hoy? ¿Podremos ver esos reinos tan preciosos? —comenta una de ellas.

—Espero que sí, porque me muero de ganas de jugar con la magia —responde la otra.

La chica que juega con mis rizos ahora, pregunta:

—Eleonor, ¿no nos dijo ella que sería hoy?

—Sí —responde otra en voz alta—. Vendrá pronto. Entremos en los reinos y tendremos cuanto deseemos.

—¿Y cree que podrá llevarnos con ella?

—Eso dice.

—Oh, Nell, eso es fabuloso.

Eleanor. Nell. El nombre me insufla aire. Por primeé vez, la veo, andando hacia las otras. Se le ve más fuerte y su pelo está precioso, pero es ella: Nell Hawkins, antes de volverse loca.

Oigo el murmullo de nuevo: «Vigila».

Es como ser arrastrada por un tren. Veo cómo todo pasa a mi lado a una velocidad vertiginosa. Las chicas en las rocas. La mujer de verde, la mujer sin cara. La mano que toma la de Nell.

Paran. Vuelven a señalar el armario. ¿Qué puede ser? Lo he sacado todo y no hay nada. El diario rojo de mi madre asoma en el bolsillo de un abrigo. Voy a buscarlo.

—¿Esto? —pregunto, pero ellas desaparecen como arte de magia.

La habitación vuelve a ser la de antes. La visión ha acabado y no sé qué significa. Tomo el diario y voy pasando páginas. Esta vez no me parece tan novelesco. Encuentro un recorte de periódico que me llama la atención, cada vez más y más:

Un trío de chicas de Gales salieron a pasear y nunca más volvió a saberse de ellas.

Sigo leyendo y noto que la sangre se me hiela.

Jóvenes que fueron ángeles del colegio Santa Victoria... Brillantes hijas de la Corona... amadas... caminaban por las rocas cercanas al mar, sin sospechar el trágico destino que les esperaba... sólo una sobrevivió... se volvió loca... Llama la atención los elementos en común con la historia de la escuela MacKenzie, en Escocia... La tragedia del suicidio... decía que tenía visiones... asustaba al resto de chicas... otras historias igual de inquietantes... Academia para chicas Señorita Farrow, Colegio Real de Bath...

El nombre de todas esas escuelas me es familiar. Los he visto antes, pero ¿dónde? De pronto, lo recuerdo y el sudor me inunda la frente: la señorita

McCleethy. Los he visto en la lista que guarda en la maleta. Todos estaban tachados. Sólo quedaba Spence.

CAPÍTULO 28

Nell Hawkins y yo nos disponemos a pasear por los patios interiores de Bedlam. El día es frío pero si Nell quiere caminar, caminaremos. Haré lo que sea para desbloquearla, porque estoy segura que en algún rincón de la mente torturada de Nell se esconde el secreto que busco.

Sólo algunas de las almas más valientes han salido hoy. Nell no ha querido ponerse guantes. Tiene las manos heladas pero parece que no le importa. Cuando estamos a una distancia prudencial de las puertas del hospital, le entrego el recorte de periódico.

Nell lo sostiene en sus manos y empieza a temblar.

—Santa Victoria...

—Tú estuviste allí, ¿verdad?

Se apoya en un banco, sin fuerzas.

—Sí —dice, como si lo acabara de recordar—, yo estuve allí.

— ¿Qué ocurrió aquel día, en las rocas?
 Los ojos de Nell, llenos de dolor, me miran como si yo conociera la respuesta.
 Los cierra con fuerza y narra:
 — Jack y Jill subieron a la colina para tocar el agua. Jack se cayó y se rompió la corona y... — Se detiene, frustrada—. Jack y Jill subieron a la colina para tocar el agua. Jack se cayó y se rompió la corona y...
 Lo repite cada vez más rápido: «Jack y Jill subieron a la colina para tocar el agua. Jack se cayó y se rompió la corona y...».
 Abre los ojos de nuevo. Está aterrorizada.
 — Sí, sí, pero yo no me caí.
 — ¿Qué dices? No te entiendo.
 — Subimos a la colina... a la colina. Para tocar el agua. Del agua. Salió del agua.
 Lo hizo salir.
 — ¿Circe? — me aventuro.
 — Es una casa de caramelo esperando devorarnos.
 La extraña señora Sommers ha estado caminando cerca de nosotras, estirándose de las pestañas cuando nadie la ve. Se acerca cada vez más, y quiere oírnos.
 — ¿Qué quería Circe de vosotras? Decirme, ¿por qué os buscaba?
 — El camino. — Nell lo dice en un susurro tal que siento un escalofrío. Mira a derecha e izquierda como un niño que quiere guardar su secreto—. Quería entrar. Lo hizo. Lo hizo. Nos dijo que seríamos su nueva Orden. Las reinas. Reinas con corona. Jack se cayó y su corona se rompió.
 — Señorita Hawkins, mírame, por favor. ¿Puedes decirme qué pasó?
 Parece triste, lejana.
 — No pudimos hacerla entrar. No pude entrar. No del todo. Sólo aquí. — Y al decir esto se señala la cabeza—. Puedo ver cosas. Decirle cosas. Pero ella quería más. Quería entrar. Se cansó de nosotras. Ella...
 La señora Sommers está muy cerca. Nell se gira de pronto y le grita tan fuerte que la mujer sale corriendo. Mi corazón va a explotar.
 — Busca a la persona que pueda devolver la magia a su esplendor. La persona con el poder suficiente para llevarle al Templo. Eso es lo que siempre ha querido — susurra—. No, no, no — le grita al aire.
 — Señorita Hawkins — le llamo para volver a nuestra conversación—. ¿Es la señorita McCleethy? ¿Estaba ella allí? ¿Es Circe? Dímelo.
 Nell se acerca y toca mi frente con la suya. Me agarra del cuello para que no me separe.
 — No le dejes entrar, señorita Esperanza.
 ¿Es eso una respuesta? Nell continúa entonando su canción.
 — Las criaturas harán lo que sea por controlarte. Te harán ver cosas. Oír cosas. Debes mantenerlas apartadas.
 Quiero liberarme de esa mano que me inmoviliza con fuerza inusitada. Pero me da miedo moverme.
 — Nell, por favor. ¿Sabes dónde puedo encontrar el Templo?

– Debes seguir el Camino de la Verdad – dice otra vez.
– Hay cientos de caminos. No sé cuál es el de la Verdad.
– Lo hallarás donde menos te lo esperes. Está a la vista. Mira y lo verás. Lo verás. Lo verás. El mar. Salió del agua. Salió del mar. – Sus ojos se abren más – . Te vi. Lo siento. Lo siento.

Se está yendo otra vez.

– ¿Qué le ocurrió a las otras chicas, Nell?

Empieza a moverse como un animal herido.

– No fue culpa mía. No fue culpa mía.

– Señorita Hawkins... Nell... Está bien. Las he visto. En mis visiones. He visto a tus amigas.

Me mira fijamente. Con furia.

– No son mis amigas. No, no lo son.

– Pero intentan ayudar.

Huye de mí, gritando.

– ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

Alarmada, una enfermera viene hacia nosotras.

– Señorita Hawkins, por favor, no quería...

– Chsssss. Silencio. Lo oyen todo – dice moviéndose arriba y abajo con los brazos cruzados.

– No hay nadie. Estamos solas, tú y yo.

Se doblega, se arrodilla y me mira:

– Lo verán en mi mente.

– Señorita... Nell... – tartamudeo, pero se me ha escapado.

Empieza a cantar una canción popular a grito pelado y se va corriendo hacia la enfermera, que la hace pasar adentro. Yo me quedo fuera, pasando frío y con más preguntas que nunca. El comportamiento de Nell me tiene confusa. No sé si puedo creer lo que dice.

La señora Sommers vuelve y se sienta a mi lado. Tiene la piel de los ojos roja de tanto estirarla.

– ¿Es un sueño? – me pregunta.

– No, señora Sommers – contesto mientras recojo mis cosas.

– Ella miente y usted lo sabe.

– ¿De qué habla? – pregunto.

Las cejas sonrojadas dan una apariencia extraña a la señora Sommers. Es como una figura demoníaca escapada de una pintura medieval.

– Me hablan. Me cuentan cosas.

– Señora Sommers. ¿Quién le habla y le cuenta cosas?

– Ellos – dice como si pudiera entenderlo – . Me lo han dicho. No es lo que parece. Ha hecho cosas espantosas. Está aliada con las malas, señorita. Lo oigo por las noches. Cosas espantosas, espantosas. Vienen a por usted. Tenga mucho cuidado. Vienen a por usted.

La señora Sommers sonrío y muestra unos dientes demasiado delicados para su boca. Me guardo el recorte de periódico, me giro y camino a buen paso por los pasillos del hospital. Paso por delante de las clases de costura y de la sala del piano desafinado. Voy tan deprisa que parece que corro. Cuando llego a la altura del carruaje, donde encuentro a Kartik, me falta la respiración.

—Señorita Doyle, ¿qué ocurre? ¿Y tu hermano? —pregunta mientras me mira intranquilo.

—Dice... vuelvas luego... a recogerle —digo con voz entrecortada.

—¿Qué ocurre? Tienes mal aspecto. Te llevaré a casa.

—No. Necesito hablar contigo. A solas.

Kartik me mira y me ve agitada y respirando con dificultad.

—Conozco un lugar. Nunca llevaría a una chica joven allí, pero es el único sitio que se me ocurre. ¿Confías en mí?

—Sí —digo.

Me ofrece la mano y me agarro. Viajamos a través de Blackfriars Bridge y nos adentramos en la oscura zona de East London. Empiezo a dudar de Kartik. Las calles son estrechas e irregulares. Vendedores ambulantes de verduras y carne nos salen al paso en la calle.

—Patatas, zanahorias, guisantes... —gritan.

Los niños nos siguen, pidiendo limosna o lo que sea que podamos darles. Kartik detiene el carruaje frente a la puerta trasera de una carnicería. Los niños vienen en mi busca y empiezan a estirarme la ropa.

—Fuera —grita Kartik con un acento de chico de la calle que nunca le había oído.

Los chicos desaparecen inmediatamente. Sólo queda uno, y Kartik le entrega un penique.

—Vigila tu moneda, chico —le dice, y le invita a irse.

—Ha sido impresionante —comento.

Kartik sonrío tímidamente.

—Lo que hay que hacer para sobrevivir.

Kartik camina un poco por delante de mí, y avanza rápido como un cazador. Giramos por una calle y luego por otra. Al final, paramos ante una pequeña taberna. Golpeamos en la pesada puerta de madera. Al otro lado, un ojo mira por la mirilla y la puerta se abre. Hombres fuertes se sientan ante mesas repletas de comida. Ahora entiendo por qué Kartik no había traído nunca a una mujer a este antro. Creo que soy la única del local en estos momentos.

—¿Estoy segura aquí? —pregunto.

—Tanto como yo. Es decir, si nos dedicamos a nuestras cosas no habrá problemas.

Sigo a Kartik por el local. Vamos avanzando por entre las mesas. Al final elegimos una, me siento y él se retira.

—¿Adonde vas? —pregunto, espantada.

—Es una sorpresa.

Vuelve al cabo de un minuto con una bandeja llena de comida india, picante, deliciosa. No puedo dejar de comer. Hace tanto tiempo que no probaba estos platos...

— Está riquísimo. ¿Cómo conoces este sitio?

— Amar me habló de él. El propietario es de Calcuta.

¿Ves esa cortina? Hay una puerta detrás y una habitación oculta. Si alguna vez me necesitas...

Me doy cuenta de que está compartiendo su secreto conmigo y siento que puedo confiar en él.

— Gracias — le digo —. ¿Echas de menos la India?

Se encoge de hombros.

— Mi familia son los Rakshana. Eso hace que no sienta lealtad hacia otros países o costumbres.

— Pero ¿acaso no recuerdas la belleza de las procesiones y de las flores flotando en el río?

— Hablas como Amar — dice mientras muerde otro pastel de carne.

— ¿Qué quieres decir?

— Añoraba la India. Se burlaba de mí y me decía: «Hermanito, voy a retirarme a Benarés con una mujer gorda y doce hijos que me incordien a todas horas. Y cuando me muera, puedes tirar mis cenizas al Ganges».

Kartik nunca me había hablado así de su hermano. Sé que hemos venido a hablar de otras cosas, pero necesito saber más sobre él.

— ¿Se casó?

— No. Los Rakshana no pueden casarse. Es un obstáculo para nuestro propósito — dice mientras sigue comiendo.

— Claro. ¿Tenía mucho poder dentro de la hermandad?

— No, pero lo habría tenido si...

Si no hubiera muerto intentando proteger a mi madre. Kartik aparta la bandeja. Ha llegado el momento de hablar de lo nuestro y dejarse de confesiones.

— ¿Qué querías decirme?

— Creo que la señorita McCleethy es Circe — digo. Le explico todo lo que hemos descubierto —. La señorita Hawkins dijo que Circe intentó entrar en los reinos a través de ella pero que no lo consiguió. Nell sólo podía verlos en visiones. Y cuando se dio cuenta de que no podía acceder a los reinos...

— ¿Qué?

— No lo sé. He visto fragmentos de lo ocurrido en mis visiones — digo. Kartik me advierte con la mirada —. Sé lo que vas a decir, pero lo cierto es que veo a las tres chicas que eran amigas de la señorita Hawkins y cada vez las veo más claras. Las chicas, el mar y la mujer del abrigo verde. Circe. Y entonces... No lo sé. Ocurre algo horrible. Pero no consigo ver esa parte.

Kartik tamborilea con los dedos, impaciente.

— ¿Te dijo algo de cómo encontrar el Templo?

— No, no para de repetir que sólo debo seguir el Camino de la Verdad.

— Sé que te cae bien, pero no debes olvidar que no es de fiar.
— En estos momentos tampoco lo son la magia y los reinos. No sé por dónde empezar.
— ¿Qué le ocurrió a tu amuleto?
— Oh — digo, cogiéndolo —. Fue Nell Hawkins la primera vez que me vio. Me lo arrancó, lo miró así y lo lanzó así.

Le indico cómo.

— Hazlo otra vez.

— ¿Qué ocurre? — digo mientras imito de nuevo el movimiento.

— No lo sé. Pero por lo visto lo miró como si mirara una brújula.

¿Una brújula? Tomo el amuleto y lo pongo ante la antorcha para examinarlo bien.

— ¿Ves algo? — pregunta Kartik aproximándose a mí.

Puedo olerle, y huele bien.

— Nada.

Soy incapaz de reconocer alguna dirección, alguna señal.

— Bueno, ha sido un buen intento.

— Un momento — digo —. ¿Y si sólo sirve en los reinos?

— ¿Lo probarás?

— En cuanto pueda.

— Bien dicho, señorita Doyle. Y ahora te llevaré a casa antes de que me despidan.

Salimos de la taberna. Recorremos las calles que nos separan del carruaje, pero al llegar el chico no está. En su lugar encontramos a tres hombres vestidos igual, de negro. Dos llevan palos en las manos. El tercero está sentado en el carruaje, con un periódico en las manos. La calle está ahora desierta.

Kartik me para con la mano. Los hombres lo ven y silban. El hombre del carruaje dobla el periódico. Es él. El hombre de la cicatriz. El que me sigue desde que he llegado a Londres.

— La Estrella del Este es difícil de encontrar — dice el hombre de la cicatriz —. Muy difícil.

Veo el alfiler de la hermandad en su traje. Los otros dos no lo llevan.

Uno de ellos se acerca a Kartik y le golpea con el palo mientras le pregunta si le recuerda. El de la cicatriz se me acerca. He oído que le llaman Fowlson.

— Fowlson — digo —. Así que te llamas así. — El hombre hace ver que no me oye —. No tienes que disimular. Sé que eres un Rakshana y me sigues por Londres.

El hombre responde en voz baja y controlada.

— Y yo sé que eres una chica impertinente e irresponsable que no tiene ni idea de la importancia de su misión. Deberías estar en los reinos buscando el Templo y no paseando por las calles de Londres. Está claro que el Templo no está aquí. ¿O sí? Dime, ¿estaba en el lugar adonde te ha llevado éste?

Desconoce el lugar secreto de Kartik. Mientras pienso eso, oigo cómo Kartik respira con dificultad detrás de mí.

– Le aseguro que estoy trabajando en mi misión – digo a Fowlson.
– Pues no lo creo. Es fácil: encontrar el Templo y atar la magia.
– Y si es tan fácil, ¿por qué no lo hace la hermandad? Quizá porque no puede.
Estáis obligados a depender de mí, de la chica impertinente.
Fowlson me mira como si tuviera ganas de golpearme con fuerza.
– Creo que por el momento tiene que ser así – dice, y se gira hacia Kartik –: No olvides tu misión, aprendiz.
Dobla el periódico y los tres se alejan lentamente. Kartik se pone en pie al momento y me hace entrar en el carruaje.
– ¿Qué han querido decir con eso de tu misión, Kartik?
– Te lo dije. Debo ayudarte a encontrar el Templo. ¿Por qué le has pedido a Fowlson que dejara de seguirte?
– Porque me ha estado siguiendo desde que llegue a Londres. Y una de las veces iba con una mujer vestida de verde.
– Hay muchos vestidos verdes en Londres.
– Sí, pero Circe también tiene uno. Sólo quiero saber si estás seguro de que nos podemos fiar de Fowlson.
– Es un Rakshana, así que sí.
Pero no me mira mientras me responde. Kartik arranca y me lleva a toda velocidad a casa.

Por la noche, la abuela y yo cogemos la labor de costura y nos sentamos ante la chimenea. Noto que la abuela está inquieta, atenta a los carruajes que pasan. Está esperando el carruaje de Padre, que aún no ha regresado del club. Hoy ha sido un día duro. Mi padre se ha ido de casa de muy mal humor, acusando al criado de haberle perdido los guantes. Cuando al final los ha encontrado ni siquiera ha pedido disculpas.

– Estoy segura de que llegará pronto – me dice, y continúa –: Te quiere incluso más que a Tom. Lo sabes, ¿verdad? Nunca le rompás el corazón, Gemma. Ya ha sufrido demasiado. No lo soportaría.

Me pongo tan nerviosa que me pincho en un dedo.

– No lo haré – prometo.

En ese momento entra la señorita Jones.

– Disculpe, señorita Doyle. Esto llegó esta tarde para la señorita. Se me olvidó entregárselo.

Es obvio que el paquete, delicadamente envuelto, es para mí, pero aun así se lo entrega a la abuela. Ella lee la tarjeta. Es de Simon Middleton. ¿Un regalo? Se trata de un collar de perlas de color lila. Mi color favorito. La tarjeta reza «Gemas para Gemma».

– Es precioso – opina la abuela –. Me parece que Simon Middleton se ha enamorado.

– ¿Me ayudas a ponérmelo? – pregunto.

Es lo más bonito que he visto nunca. Me quito el amuleto de Madre y me coloco el collar.

– Deberías ponértelo mañana para ir a la ópera – sugiere la abuela.

– Sí, lo haré – digo mientras veo cómo brillan las perlas.

Brillan tanto que casi no me reconozco.

Encuentro una nota de Kartik en mi almohada: «Tengo que decirte algo. Nos vemos en los establos». No me gusta que Kartik piense que puede entrar en mi habitación cuando quiera. Tampoco me gusta que tenga secretos conmigo. También se lo diré. Pero no ahora. Ahora sólo quiero pensar en Simon Middleton. Doy vueltas por la habitación con las gemas en mis manos.

Lanzo al fuego la nota de Kartik. El papel se arruga y en un santiamén se ha convertido en cenizas.

CAPÍTULO 29

Si yo estoy nerviosa por la cita de esta noche, la abuela está histérica.

– Espero que estos guantes te queden bien – dice mientras me dan los últimos retoques.

La abuela ha encargado los guantes en una de las mejores tiendas de Londres. Mi pelo ha sido cepillado hasta la extenuación. Y se han cuidado todos los detalles. Reconozco que me encuentro elegante, como una dama de verdad.

Incluso Tom se levanta extrañado al verme entrar con esta indumentaria. Padre me toma la mano y la besa. Tiembla un poco.

– Eres una princesa. ¿Verdad, Tom?

– Desde luego, no hará el ridículo.

Es lo más halagador que se le ocurre.

– ¿Es todo lo que tienes que decir? – le riñe Padre.

– Estás más que presentable, Gemma. Recuerda que no debes roncar en la ópera.

– Creo que lo conseguiré, Tom. Gracias por el consejo.

Salimos y mientras me acerco al carruaje veo la cara de Kartik, Me mira, frío, como si fuera una aparición, alguien a quien no ha visto nunca. Sí. Me alegro. Ahora verá que no soy una chiquilla impertinente.

—Por favor, señor Kartik, la puerta — dice Tom, y sigue dirigiéndose a Padre—. De verdad, Padre. Me gustaría que lo reconsideraras. Ayer mismo me propusieron otro cochero que...

—No hay más que hablar. El señor Kartik me lleva adonde necesito y eso es todo.

—Haya paz — pide la abuela—. Estamos en Navidad.

Al atravesar la puerta de la Ópera Real, siento pánico. ¿Y si estoy ridícula y no elegante? ¿Y si hay algo fuera de lugar: mis guantes, mis zapatos, mi peinado? Me veo muy alta. Me gustaría ser más baja. ¿Es tarde para salir corriendo y esconderme en casa?

—Están ahí — dice la abuela.

Veo a Simon. Está muy guapo con corbata blanca y traje negro.

—Buenas noches — digo.

—Buenas noches — dice, y me sonrío.

Cuando lo hace siento tanta felicidad que me relajo de golpe.

Nos dan los programas y nos unimos al grupo. Conversamos y oigo mi nombre. Son Felicity y Ann. Están muy guapas.

—Oh. Es la horrible señora Worthington — dice lady Denby.

La abuela coge el comentario al vuelo:

—¿La señora Worthington? ¿La esposa del almirante? ¿Qué ocurre? ¿Hay algún escándalo?

—¿No lo sabe? Hace tres años, por supuestos problemas de salud, se fue a París y envió a su hija interna a Spence. Todos sabemos que allí tuvo un amante y que hace poco ese hombre la abandonó. Pues bien, ahora ha regresado con el almirante como si nada de eso hubiera ocurrido. No se la recibe en las casas respetables, aunque todos asistimos a los bailes que se celebran en su casa por respeto al almirante, un gran hombre. Silencio, viene hacia aquí.

—Buenas noches, lady Denby — dice la señora Worthington, con una gran sonrisa.

Lady Denby no le ofrece la mano. En su lugar, abre el abanico.

—Buenas noches, señora Worthington.

Felicity muestra una sonrisa gélida. La conozco bien.

—Oh, Ann, creo que has perdido la pulsera.

—¿Qué pulsera? — pregunta Ann.

—La que te envió el duque de San Petersburgo. Debemos buscarla. ¿Nos ayudas, Gemma?

—Por supuesto — digo.

—Id rápidas. La ópera empezará enseguida — advierte la abuela.

Nos escapamos y nos escondemos en el vestidor. Algunas mujeres se arreglan las joyas y los vestidos.

– Ann, cuando te diga que has perdido la pulsera, sígueme el juego – le riñe.

– Lo siento – dice Ann.

– Odio a lady Denby. Es horrible.

– Yo no lo veo así – opino.

– No dirías eso si no estuvieras enamorada de su hijo.

– No estoy enamorada. Sólo me ha invitado a la ópera.

Felicity me mira como si no se creyera ni una palabra. Para cambiar de tema digo:

– A lo mejor os interesa saber que he descubierto algo nuevo sobre mi amuleto.

– ¿El qué? – pregunta Ann mientras se quita un guante para arreglarse el pelo.

– El ojo de luna creciente es una especie de brújula. Eso es lo que Nell Hawkins intentó decirme. Creo que puede conducirnos al Templo.

– Una brújula – repite Felicity –. Tenemos que probarla.

– ¿Ahora? ¿Aquí? Imposible. No podemos – me niego.

– Claro que podemos. En la media parte. Dile a tu abuela que quieres retocarte el vestido y nos encontramos aquí. Ya buscaremos un buen sitio desde donde partir a los reinos.

– No es tan fácil. No me dejarán salir sola.

– Venga. Encuentra la manera – insiste Felicity –. ¿O es que te da miedo lo que piense tu Simon?

– No he dicho eso.

Felicity sabe que ha ganado.

– Entonces, quedamos así.

Nos colocamos ante los espejos para darnos los últimos retoques y Felicity dispara de nuevo:

– ¿Ha intentado besarte?

– Claro que no – digo, deseando que nadie la haya oído.

– Sólo quería advertirte que Simon tiene una gran reputación de mujeriego.

– Se ha portado como un caballero conmigo – me defiendo.

Felicity se hace la tonta mientras Ann se pellizca las mejillas para sacarles color.

De pronto dice:

– Me encantaría encontrar a alguien esta noche. Alguien amable y noble. El tipo de persona que ayuda a los otros. Alguien como Tom.

Mientras la miro descubro dos nuevas cicatrices en su muñeca. Son recientes. Se ha vuelto a cortar. Ann se da cuenta de que la miro y se pone pálida de nuevo. De pronto, se vuelve a poner los guantes para tapar las cicatrices.

Felicity sale del vestidor y aprovecho para agarrar a Ann de las muñecas y reñirle:

– Me dijiste que no lo volverías a hacer.

– ¿De qué hablas?

– Lo sabes perfectamente.

– Prefiero herirme yo a que me hieran ellos. Duele menos.

– No te entiendo.

– Vuestro caso es diferente. Yo no tengo futuro, Gemma. Nada ni nadie me espera. Nunca seré una gran dama ni podré casarme con alguien como Tom. Sólo puedo soñar. Es horrible.

– No tienes ni idea de lo que pasará.

Felicity regresa.

– ¿Qué ocurre?

– Nada. Ya vamos – respondo, y cojo a Ann del brazo mientras le repito – : Las cosas pueden cambiar.

– ¿Lo crees de verdad? – pregunta.

Llora en silencio.

– Te prometo que encontraremos la manera. Pero antes tienes que prometerme que acabarás con estas tonterías.

Antes de que salgamos, Felicity nos intercepta con un anuncio:

– Tenemos un problema. Acabo de ver a Cecily Temple.

Ann se pone blanca.

– Esto es el fin. Estoy acabada.

– No digas tonterías – le riñe Felicity, aunque sabe que tiene razón, porque Cecily puede desmontar la historia de los antepasados rusos de Ann.

– Se lo impediremos – dice Felicity – . Ven conmigo. Nos sentaremos lejos. Tú, Gemma, recuerda nuestra cita.

Salgo del vestidor y me encuentro con Simon.

– Está aquí. La estaba buscando. ¿Ha encontrado la pulsera de la señorita Bradshaw?

– No. Ha recordado que a última hora la dejó en el joyero – miento.

La familia de Simon tiene un palco privado muy bien situado. Me siento como si fuera la misma reina, sentada por encima del resto de humanos. Todos hacemos ver que nos interesamos por el programa de la ópera pero lo cierto es que a la ópera se va a mirar. Los prismáticos se mueven a derecha y a izquierda para examinar a los asistentes. Hay más drama potencial entre el público que en el escenario. Es mi primera ópera y estoy encantada. Aún más al descubrir que Simon me mira disimuladamente siempre que puede. Nos sonreímos cuando nuestras miradas se encuentran y me siento feliz y culpable a la vez. Culpable porque siento que el amor hace que me olvide de la magia que tendría que estar buscando en los reinos.

Antes de la media parte, busco con mis prismáticos a Felicity. Me está mirando impaciente, así que me giro y le digo a la abuela que debo ausentarme un momento para ir al vestidor. Antes de que pueda protestar, ya he salido del palco.

– Hay un palco vacío arriba – dice Felicity cogiéndome de la mano.

Una bella aria nos acompaña por el camino. Con discreción abrimos las cortinas del palco y nos sentamos en el suelo. Nos damos las manos. Con los ojos cerrados, nos concentramos y aparece la puerta de luz.

CAPÍTULO 30

El suave aroma de las lilas nos recibe en el jardín, pero todo se ve diferente. Los árboles y la hierba están más agreste como si se hubieran echado a perder. Han brotado hongos venenosos y sus sombras alargadas se proyectan en nuestras caras.

— ¡Estáis preciosas! — nos grita Pippa, sentada en el río.

Viene corriendo hacia nosotras, y la brisa levanta su dobladillo hecho jirones. Las flores de su corona se ven secas y quebradizas.

— ¡Qué hermosas! ¿Dónde habéis estado con semejantes galas?

— En la ópera — responde Ann dando una vuelta para mostrar su elegante vestido —. Todavía están representando *El Mikado*; nosotras nos hemos ido disimuladamente.

— La ópera — dice Pippa suspirando —. ¿Es muy elegante? ¡Tenéis que contármelo todo!

— Es deslumbrante, Pip. Las mujeres iban cubiertas de joyas y un hombre me guiñó el ojo.

– ¿Cuándo? – pregunta Felicity, incrédula.

– ¡Lo hizo! Cuando subíamos por las escaleras. ¡Oh! y Gemma ha ido con Simon Middleton y su familia. Está sentada en su palco – cuenta Ann sin tomar aliento.

– ¡Oh, Gemma! ¡Me siento tan feliz por ti! – dice Pippa dándome un beso. Todos los malentendidos que haya podido tener con ella acaban de desvanecerse.

– ¡Gracias! – le digo devolviéndole el beso.

– ¡Oh, todo suena tan divino! Contadme más – dice Pippa.

– ¿Te gusta mi vestido? – pregunta Ann, haciendo otro giro para que la vean. Pippa toma las manos de Ann entre las suyas y bailan juntas.

– ¡Es precioso! ¡Estás preciosa!

Pippa deja de dar vueltas. Parece como si fuera a ponerse a llorar.

– Nunca he ido a la ópera y supongo que ya nunca iré. Cómo me gustaría poder ir con vosotras.

– Si fueras, serías la más bonita de todas – dice Felicity devolviéndole la sonrisa a Pippa.

Ann corre hacia mí.

– Gemma, prueba el amuleto.

– ¿Qué es eso? – pregunta Pippa.

– Gemma cree que su amuleto es una especie de brújula – comenta Felicity.

– ¿Tú crees que nos mostrará el camino hacia el Templo? – pregunta Pippa.

– Vamos a averiguarlo – digo.

Y vuelco el contenido de mi bolso para sacar el amuleto de él. Al principio no se ve nada excepto la superficie fría y dura del metal, que refleja una imagen distorsionada de mi rostro. Pero entonces algo cambia. La superficie aumenta como una nube. Me muevo despacio en círculo. Cuando me encuentro frente a dos hileras de olivos, aumenta el brillo del ojo de luna creciente que ilumina un tenue pero indudable sendero.

– Señala hacia el sendero – murmuro recordando las palabras de Nell –. Creo que hemos encontrado el camino del Templo.

– ¡Oh, déjame ver! – Pippa toma el amuleto en sus manos y observa cómo se ilumina en dirección a los olivos –. ¡Es fantástico!

– ¿Has ido por ese camino? – le pregunto.

Pippa menea la cabeza. La brisa sopla baja por el sendero que hay entre los olivos, llevándose con ella un puñado de hojas y de perfume de lilas. Usamos el brillo resplandeciente del amuleto como guía y nos sumergimos entre el follaje de los árboles; caminamos al menos seis kilómetros, pasamos por extraños tótems con cabezas de elefante, serpiente y pájaro. Cuando llegamos a un pasillo de tierra, el amuleto se ilumina.

– ¿Por aquí? – dice Ann jadeando.

– Me temo que sí – le respondo.

Es estrecho pero no muy alto. Incluso Ann, la más baja de nosotras, se agacha para pasar por él. De un terreno blando pasamos a un suelo más rocoso. Cruzamos

la abertura hacia un sendero bordeado a ambos lados por flores altas de color anaranjado rojizo que se mecen de manera hipnotizadora. Mientras pasamos por allí, la brisa las dobla hacia delante, de manera que nos acarician suavemente la cara y los hombros. Huelen a fruta fresca de verano. Pippa coge un ramillete y lo mete en su corona marchita.

Algo pasa revoloteando a mi derecha.

— ¿Qué era eso? — pregunta Ann acercándose.

— No lo sé — le respondo.

No acierto a ver nada que no sean las flores ondeando al viento.

— Sigamos — aconseja Pippa.

Seguimos el brillo del amuleto hasta que el sendero termina de manera abrupta en una enorme pared de piedra. Es tan alta como una montaña y parece extenderse infinitamente, de modo que no hay salida por ahí.

— ¿Qué hacemos ahora? — pregunta Felicity.

— Tiene que haber alguna manera de pasar — digo, aunque no tengo la menor idea de cómo —. Busquemos un paso.

Empujamos contra la pared de roca hasta que quedamos exhaustas por el esfuerzo.

— Es inútil — dice Pippa jadeando —, es pura roca.

No podemos haber llegado hasta aquí para nada. Tiene que haber una salida. Recorro el muro moviendo el amuleto de atrás adelante. Se ilumina brevemente.

— ¿Qué es esto? — digo.

Le doy la vuelta despacio y destella en mi mano. Cuando miro el muro de piedra, veo el tenue contorno de una puerta.

— ¿Veis eso? — pregunto, esperando que no sean imaginaciones mías.

— ¡Sí! — grita Felicity —. ¡Es una puerta!

Extiendo una mano y siento en la roca el frío acero de un pomo. Respiro hondo y tiro de él. Es como si se abriera un enorme y oscuro agujero en la tierra. El resplandor del amuleto es muy fuerte ahora.

— Parece que éste es el camino — anuncio, aunque sinceramente no tengo ningún deseo de dar un paso hacia aquella profunda oscuridad.

Felicity se relame los labios con nerviosismo.

— Entonces adelante. Lo seguiremos.

— No me siento aliviada con eso — le digo.

El corazón se me acelera, en parte porque temo que la roca me trague por completo. Paso al interior y espero a que mis ojos se acostumbren a la penumbra. Está húmedo y huele a jardín recién plantado. Unos farolillos dorados y rosas cuelgan de las paredes de piedra proyectando una débil luz sobre el suelo de barro. Es difícil ver unos metros más allá, pero siento que estamos escalando, subiendo y dando vueltas. Enseguida se hace difícil respirar. Mis piernas tiemblan por el esfuerzo. Al final llegamos a otra puerta. Giro el pomo y entramos en una niebla violeta y roja que nos envuelve como una nube. Una brisa despeja la niebla

y el lugar se abre ante nuestros ojos. Estamos en la parte alta del río. Muy lejos de nosotras, el barco de la Gorgona se abre paso silenciosamente por el agua azul.

— ¿Cómo hemos llegado tan arriba? — pregunta Felicity tras tomar aliento.

— No lo sé — le respondo.

Ann estira el cuello.

— ¡Dios mío!

Ann se queda con la boca abierta igual que la sensual diosa que hay esculpida junto al acantilado, con las curvas de sus labios y caderas, los hoyuelos de sus rodillas y la exuberante suavidad de sus redondas mejillas. Esas mujeres de piedra nos miran desde lo alto haciéndose notar pero sin molestarnos.

— Me acuerdo de esto — digo —. Estamos cerca de las Cuevas de los Suspiros, ¿verdad?

Pippa se detiene.

— No deberíamos estar en este lugar. Los Intocables viven aquí. Está prohibido.

— Regresemos — dice Ann.

Pero cuando nos damos la vuelta, la puerta se desvanece en la roca. No hay manera de regresar por allí.

— ¿Qué hacemos ahora? — pregunta Ann.

— Desearía haber traído mis flechas — murmura Felicity.

Alguien se acerca. Una figura aparece en la espesura de la niebla: es una mujer pequeña con la piel curtida y del color de un tonel de vino. Su cara y sus manos están pintadas con dibujos muy recargados. Todo menos los brazos y piernas, que están marcadas por las más horrorosas cicatrices. Una pierna está tan hinchada que tiene el tamaño del tronco de un árbol. Incapaces de mirarla, giramos la cabeza con repugnancia.

— Bienvenidas — dice —. Soy Asha. Seguidme.

— Ya nos íbamos — dice Felicity.

Asha se ríe.

— ¿Adonde pensabais ir? Ésta es la única salida. Hacia delante.

Como no podemos volver por el camino que hemos venido, la seguimos. El sendero se bifurca en muchos otros. Todos son accidentados, sinuosos, rocosos.

— No te quedes ahí mirando — reprendo a Ann en voz baja —. Fíjate por dónde andas.

Asha nos conduce por el acantilado, a través de túneles arqueados sostenidos por pilares. Las paredes están pintadas con escenas de batallas fantásticas: la cabeza cortada de una Gorgona; el regreso de las serpientes, caballeros vestidos con túnicas decoradas con amapolas rojas. Veo el Bosque de la Luz, un centauro tocando una gaita, las ninfas del agua, las runas del Oráculo. Es como un tapiz, con tantas escenas que me es imposible contarlas todas.

El túnel se abre descubriendo otro magnífico panorama. Estamos muy arriba de la montaña. Unas vasijas de incienso bordean el estrecho sendero. Unas volutas de humo de color magenta, turquesa y amarillo cosquillean por mi nariz y hacen que me piquen los ojos.

Asha se detiene en la boca de la cueva. Una primitiva escultura con forma de serpientes en cadena señala la entrada. No parece tanto una escultura como algo que ha surgido desde la misma tierra.

– La Cueva de los Suspiros.

– Pensé que había dicho que ésta era la salida – protesto.

– Y así es.

Asha se dirige al interior de la cueva y se confunde con la oscuridad. Detrás nuestro, en el camino, las otras se apiñan en un grupo estrecho. No hay vuelta atrás.

– No me gusta esto – dice Pippa.

– A mí tampoco, pero ¿qué otra cosa podemos hacer ahora? – digo mientras me adentro en la cueva.

En cuanto estoy dentro comprendo por qué llaman así a estas cuevas. Es como si las mismas paredes suspiraran por el embeleso de cientos de miles de besos.

– ¡Qué hermoso!

Es Ann, que está mirando el bajorrelieve de una cara con una nariz larga y recta y grandes y rotundos labios. Sus dedos trazan la curva del labio superior e inmediatamente pienso en Kartik. Pippa se une a ella deleitándose en la textura de la piedra.

– Discúlpeme, pero estábamos siguiendo un sendero y parece haber desaparecido. ¿Puede mostrarnos el camino de regreso, por favor? Tenemos una prisa espantosa – ruega Felicity dulcemente.

– ¿Buscáis el Templo? – pregunta Asha.

Ahora le prestamos atención.

– Sí – digo –. ¿Sabe dónde está?

– ¿Qué me ofreces? – pregunta Asha con las manos extendidas.

¿Tengo que darle un regalo? No tengo nada para entregarle. No podría de ninguna manera desprenderme del collar de Simon ni de mi amuleto.

– Lo siento – respondo –. No he traído nada.

Los ojos de Asha delatan su decepción, pero de todas formas sonrío.

– A veces buscamos lo que todavía no estamos preparados para encontrar. El camino verdadero es difícil. Para verlo, tienes que estar dispuesta a perder la piel como la serpiente. Tienes que estar dispuesta a desprenderte de aquello que para ti es más valioso.

Cuando dice esto le dirige una mirada a Pippa.

– Debemos marcharnos – dice Pippa.

Creo que tiene razón.

– Gracias por las molestias, pero debemos regresar ahora.

Asha hace una reverencia.

– Como deseéis. Puedo llevaros hasta el camino, pero necesitaréis nuestra ayuda.

Una mujer cuyo rostro está pintado de un vivo color rojo y rayas verde oscuro vierte una mezcla de arcilla dentro de un largo tubo que tiene un orificio en el extremo.

— ¿Para qué es eso? — pregunta Felicity.

— Para pintarlos — responde Asha.

— ¿Para pintarnos? — Ann casi chilla.

— Proporciona protección — explica Asha.

— ¿Protección contra qué? — pregunto con recelo.

— Protección contra cualquier cosa que venga a buscarte en estos reinos.

Esconde lo que debe ser escondido y revela lo que debe ser visto.

Y de nuevo dirige esa rara mirada hacia Pippa.

— No me gusta en absoluto cómo suena todo esto — dice Pippa.

— A mí tampoco — conviene Ann.

— ¿Y si es una trampa? — susurra Felicity —. ¿Qué pasa si la pintura es un veneno?

La mujer de la cara roja trata de que nos sentemos y coloquemos las manos sobre una gran roca.

— ¿Por qué deberíamos confiar en usted?

— Se pueden hacer muchas elecciones. Sois libres de oponeros — responde Asha.

La mujer espera pacientemente con la pintura. ¿Debo confiar en Asha, una Intocable, o probar suerte en los reinos, desprotegida?

Le ofrezco las manos a la mujer de la cara pintada.

— Veo que eres valiente — dice Asha asintiendo con la cabeza a la mujer, que estruja la mezcla contra mis manos.

Siento frío en la piel. ¿Acaso el veneno está haciendo su efecto antes de entrar en mi sangre? Sólo me queda cerrar los ojos y esperar, confiando en que nada pase.

— ¡Oh, mira! — Ann ahoga un grito.

Temiéndome lo peor, abro los ojos. Mis manos. En los lugares donde la mezcla de arcilla se ha secado se ha convertido en un increíble bloque rojo con un dibujo más recargado que una tela de araña. Me recuerda a las novias de la India que se hacen dibujos en las manos con henna en honor a sus esposos.

— Yo seré la siguiente — dice Felicity, dándose prisa por sacarse los guantes.

Ya no tiene miedo de ser envenenada, sólo de ser excluida.

En las profundas oquedades de la cueva una fina capa de agua tan suave como el cristal parece ascender y descender al mismo tiempo. La corriente me adormece. Es lo último que veo antes de dormirme.

Estoy de pie ante un gran pozo. La superficie está en continuo movimiento. Veo cosas en ella. Rosas que florecen con rapidez sobre gruesas parras verdes. Una catedral perdida en una isla. Una roca negra cubierta por la niebla. Un guerrero con un casco adornado con cuernos que cabalga sobre un furioso caballo. Un árbol retorcido contra un cielo de un rojo encendido. Las manos pintadas de Asha. Nell Hawkins. El manto verde. Algo se mueve entre las sombras y me asusta, se acerca. Un rostro.

Me despierto sobresaltada. Felicity se ríe alegremente mostrando sus manos, en las que han pintado hermosas fiorituras. Las compara con los diseños de Ann y Pippa. Asha se sienta cerca de mí con sus gruesas piernas escamosas cruzadas.

— ¿Qué viste en tus sueños? — me pregunta.

¿Que qué vi? Nada que tenga sentido para mí.

— Nada — le respondo.

De nuevo veo la decepción en sus ojos.

— Es hora de que os vayáis.

Nos conduce a la boca de la cueva. El cielo ya no está azul sino oscuro, negro como la noche. ¿Tanto tiempo hemos estado aquí? Los incensarios arrojan su arco iris de colores. Una línea de antorchas ilumina todo el camino. Los Haijin permanecen junto a ellas, haciendo reverencias mientras nos marchamos.

Cuando una vez más alcanzamos la roca, aparece la puerta.

— Pensé que había dicho que la única salida era seguir adelante — digo.

— Sí, es verdad.

— Pero ¡éste es el camino por el que hemos venido!

— ¿Sí? — me pregunta —. Tened cuidado en el sendero. Caminan deprisa y en silencio. La pintura os mantendrá fuera de la vista. — Asha une las palmas de sus manos y se inclina —. Marchaos ya.

No comprendo nada, pero hemos malgastado demasiado tiempo ya como para hacer más preguntas. Tenemos que regresar al sendero. En el resplandor del amuleto distingo las delicadas líneas de mis manos. Parece poca protección contra lo que sea que nos esté buscando, pero espero que Asha tenga razón.

CAPÍTULO 31

El brillo del ojo de luna creciente nos conduce al exterior de la montaña, hasta que nos encontramos en una tierra extraña. El cielo no es tan oscuro aquí. Está bañado por la luz de una luna roja oscura. Estamos rodeadas por los contorsionados cuerpos de unos árboles gigantes. Las ramas que no tienen hojas se arquean elevándose sobre nuestras cabezas, con sus retorcidos dedos de corteza entrelazados en un espeluznante abrazo. El efecto es parecido a estar en una jaula larga.

— ¿Vinimos antes por este camino? — pregunta Felicity.

— ¿Dónde estamos? — pregunta Pippa.

— No lo sé — respondo.

— Es un sitio espantoso — dice Ann.

— Sabía que no debíamos confiar en ellos. ¡Bichos asquerosos! — dice Pippa.

— ¡Chitón! — digo.

En mi mano el brillo del amuleto se ha reducido a un trémulo parpadeo, y luego se ha extinguido como la llama de una vela.

—Se ha apagado.

—¡Genial! ¿Y ahora cómo volveremos? —farfulla Ann.

La luna roja se desangra a través de las delgadas y desnudas ramas, proyectando sombras alargadas.

—Utilizaremos la luz de la luna. Sigamos caminando —digo.

¿Por qué ha dejado de funcionar el amuleto?

—¡Dios mío! ¿Qué es ese olor? —pregunta Felicity.

El viento sopla hacia mí y también me llega el olor. Es un olor a enfermedad y porquería. Olor a muerto. La brisa agita el pasillo de árboles por detrás de nosotras, haciendo crujir nuestras sedas y satenes. Es algo más fuerte que una bocanada de aire. Es un anuncio. Algo se acerca.

Ann se tapa la nariz y la boca con la mano.

—¡Oh, es realmente repugnante!

—Sssshhh —digo.

—¿Qué? —pregunta Pippa.

—¿Oyes eso?

Jinetes. Vienen de prisa. Se aproxima una nube de polvo. Nos darán alcance de un momento a otro. Delante, el pasillo parece estrecharse durante seis kilómetros. ¿Podremos apretujarnos en los espacios que hay entre cada árbol? Los huecos son como astillas de luz, demasiado estrechos como para que podamos pasar.

—¿Dónde os habéis ido? —pregunta Pippa, mirando alrededor.

—¿Qué quieres decir? Estamos aquí —dice Felicity.

—¡No os veo!

¡La pintura, de alguna manera, nos oculta a la vista!

—La pintura nos protege. No pueden vernos.

—¿Y yo qué? —pregunta Pippa examinando sus manos, que son bastante visibles.

—¡Oh, Dios mío!

Parece desesperada y no sé qué hacer para ayudarla. Aparecen los jinetes, retorcidos esqueletos espectrales muy alejados de la forma humana que una vez tuvieron. Y tras ellos se asoma una figura tan terrorífica, una cosa atroz con jirones de alas gigantes y una boca con un largo y afilado diente. En algunas partes todavía lleva pegados colgajos de carne. No tiene ojos, pero olfatea el aire buscándonos. Yo sé qué es porque una vez me enfrenté a él. Es un rastreador, de los que usa Circe.

Olisquea en nuestra dirección. Su hedor me provoca arcadas y lucho contra ellas.

—Estáis ahí —brama el espíritu oscuro.

Y por un momento, pienso que nos ha descubierto.

—¿No has pasado, espíritu?

—¿Yyoo? —dice Pippa—. Yo... yo...

De la boca de la cosa caen grumos viscosos de baba. ¡Oh, Pip! Quiero salvarla, pero estoy asustada, incapaz de renunciar a la seguridad de mi invisibilidad. La horrible criatura olisquea el aire.

—Umm, puedo olerías. Dejan rastro. La sacerdotisa ha estado aquí. ¿La has visto?

Pippa niega con la cabeza.

—Nno —susurra.

La criatura se acerca a ella. Su voz es el rugido de la desesperación de miles de almas.

—Tú no nos mentirías, ¿verdad?

Pippa abre la boca pero no le salen las palabras.

—No importa. Al final la encontraremos. Mi señora lo ve. Y cuando tenga el Templo, la balanza del poder por fin recaerá sobre las Tierras Invernales.

Se mueve acercándose más a Pippa, y muestra una terrible sonrisa.

—Cabalga con nosotros. Podrás compartir nuestra victoria. Aquello que desees puede ser tuyo. Preciosa cachorrita. Cabalga con nosotros.

Su cara está realmente cerca de la encantadora mejilla de Pippa. Hay una piedra bajo mi bota. Con cuidado la cojo y la arrojo haciéndola volar a través del sendero. La cabeza del rastreador gira completamente en esa dirección. El espectro ruge y chilla.

—Todavía están cerca. Tienen magia. Puedo sentir las. Estoy seguro de que nos volveremos a encontrar, cachorrita. ¡Cabalgad!

Al grito, salen en carrera chillando hasta que la tierra se calma y el viento desaparece.

—¿Estás bien, Pip? —grita Felicity.

—Sssí, creo que sí —dice—. Aún no os veo. Me pregunto por qué no ha funcionado conmigo.

Sí, yo también me lo pregunto. Oculta lo que debe estar oculto y revela lo que debe ser visto. ¿Por qué razón Pippa no necesita ocultarse, a menos que ella ya tenga protección en los reinos? No, Pippa no es como esa cosa. Eso es lo que dice mi cabeza, pero en mi corazón hay otro terrible pensamiento: pronto lo será.

—Quiero que nos vayamos de este lugar enseguida —dice Ann.

Caminamos deprisa y en silencio, como nos aconsejó Asha. Cuando llegamos al final del pasillo, el amuleto chisporrotea y vuelve a funcionar en mis manos.

—¡Funciona de nuevo! —digo.

Lo muevo de un lado a otro, y brilla con fuerza a mi izquierda.

—¡Por aquí!

Pronto empezamos a ver el dorado atardecer que señala el reino del jardín. En cuanto alcanzamos la arcada de plata y el río, ya somos visibles una vez más.

Pippa está temblando.

—Esa criatura... es tan horrible.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—Gemma —dice mordiéndose el labio—, ¿qué pasará una vez hayas encontrado el Templo?

—Tú sabes lo que pasará. He de atar la magia.

—¿Y qué me pasará a mí? ¿Tendré que irme? —Su voz es un leve susurro.

Ésa es la cuestión que he tratado de evitar todo el tiempo. Menos esta noche, cuando he empezado a darme cuenta —a verlo claramente como decía Asha— de que esto no será así siempre. Pippa podría convertirse en uno de esos espíritus oscuros si no cruza. No tengo fuerzas para decirlo. Cojo del suelo un puñado de rocío. Las gotas se unen en mis dedos, convirtiéndose en una telaraña plateada.

—¡Gemma! —suplica Pippa.

—Por supuesto que no tendrás que irte —dice Felicity arrollándome al pasar—. Encontraremos la manera de cambiar las cosas con la magia. La Orden nos ayudará.

—No podemos estar seguras —digo con cariño.

—Pero es posible, ¿no? —pregunta Pippa con un brillo de esperanza en sus ojos—. ¡Piensa en ello! Podría quedarme. Estaríamos juntas para siempre.

—Sí, claro. Encontraremos la manera. Te lo prometo —dice Felicity.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero Pippa está llorando de alegría; rodea a Felicity con sus brazos y la mece.

—Fee, gracias. Te quiero tanto.

La pintura de nuestras manos se ha descolorido y ya no es sino una sombra de líneas y garabatos bajo las finas mentiras piadosas de nuestros guantes.

—No podéis iros justamente ahora —ruega Pippa—. Quiero imaginarme que estoy también en la ópera ¡y que después habrá un baile! Vamos. ¡Bailad conmigo!

Sale corriendo por la hierba arrastrando su vestido, divertida. Ann corre tras ella con una risita tonta y yo aparto a Felicity a un lado.

—No deberías haber prometido a Pippa ese tipo de cosas.

Los ojos de Felicity relampaguean.

—¿Por qué no? Gemma, la habíamos perdido y ahora la tenemos de vuelta. Tiene que haber alguna razón para ello, ¿no crees?

Pienso en el momento en que mi madre murió, con qué dolor tan agudo siento todavía su pérdida, como una herida que parece haberse curado hasta que te golpeas el moratón y sientes el dolor de nuevo. Es horrible. Y además, la magia de Asha no funcionó con Pip. Por lo menos no con nuestra Pippa. Esos espíritus oscuros la vieron, la cortejaron, y a nosotros nos buscaban.

—No sé qué es, pero no es Pippa. Por lo menos, no nuestra Pippa.

Felicity trata de alejarse de mí.

—No la perderé dos veces. Puedes ver que no ha cambiado. Todavía es nuestra Pippa, tan encantadora como siempre.

—Pero si ella odia las bayas. Murió. Viste cómo la enterraban.

Felicity no quiere oírlo.

—La magia cambiará las cosas.

—Ésa no es su función — digo en voz baja —. Ahora Pippa es una criatura de los reinos y debe cruzar el río antes de que se corrompa.

Felicity mira hacia la hierba donde Pippa y Ann retozan, dando vueltas como bailarinas.

—Fee...

—Tú no sabes nada — dice, y sale corriendo.

—¡Baila conmigo, Fee! — la llama Pippa, esbozando una sonrisa radiante.

Toma las manos de Felicity entre las suyas. Algo fluye entre ellas, algo que no sé explicar. Ternura. Unión. Como si estuviéramos en el gran salón de baile de Spence, Felicity coloca sus manos en la cintura de Pippa y baila un vals con ella. Giran y giran, y los tirabuzones de Pippa vuelan por el aire sueltos y libres.

—¡Oh Fee, cuánto te echo de menos!

Toma a Felicity por la cintura y ésta hace lo mismo con Pippa. Podrían ser hermanas siamesas. Pippa le susurra algo al oído a Felicity y se ríe.

—No me dejes — dice Pippa —. Prométeme que volverás. Prométemelo.

Felicity pone sus manos sobre las de Pip.

—Te lo prometo.

Necesito sujetarme. Voy hasta el borde del río para sentarme y pensar. De repente aparece la Gorgona deslizándose en silencio.

—¿Está preocupada, Su Excelencia? — dice con su voz embaucadora.

—No — le gruño.

—No confías en mí — dice.

—No he dicho eso.

Gira su enorme cabeza verde en dirección al jardín donde mis amigas bailan sobre la agradable hierba.

—Las cosas están cambiando. No puedes detener el cambio.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tendréis que tomar una decisión. Y pronto, me temo.

Me pongo de pie y peino la hierba con mi falda.

—Sé que ayudaste a los carniceros de la Orden. No nos avisaste de que las ninfas de agua estaban cerca. Todo me hace pensar que podías ser parte de las Tierras Invernales. ¿Por qué habría de hacer caso a algo de lo que dices?

—Fui obligada por la magia a decir la verdad y a no dañar a los de tu especie.

Una vez más, me doy la vuelta para marcharme.

—Como has dicho, las cosas están cambiando.

Regresamos a los palcos de la Ópera Real justo en el momento en que el telón cae para un intermedio. Traemos magia con nosotras; está en mi cuerpo, de una manera que me alerta de todo. El suave siseo de la lámpara de gas que hay en un costado del palco retruena en mi cabeza. Las luces que suben de intensidad hacen que me escuezan los ojos y los pensamientos de la gente me asaltan de tal manera que creo voy a enloquecer.

—Gemma, ¿estás bien? — pregunta Ann.

— ¿No oyes eso? — grito.
— ¿Oír qué? — dice Felicity irritada.
— La magia. Es demasiado. — Me tapo los oídos con las manos como si eso fuera a pararlo. A Ann y Felicity no parece molestarlas en absoluto — . Trata de hacer algo mágico: haz un saltamontes o un rubí.

Felicity cierra los ojos y extiende las palmas de las manos. Por un instante se ve un destello, pero luego se desvanece.

— ¿Por qué no podemos hacer que funcione?

— No lo sé. — Apenas puedo recobrar el aliento — . Ann, inténtalo tú.

Ann ahueca las dos manos y se concentra. Desea una corona de diamantes. Puedo ver su deseo dentro de mí.

— No lo entiendo — dice.

— Es como si toda la magia estuviera en mí — digo temblando — . Como si la tuviera por triplicado.

Felicity echa un vistazo asomándose por encima del borde del palco.

— ¡No están en sus asientos! ¡Nos están buscando! Tenemos que salir a su encuentro. Gemma, ¿puedes ponerte en pie?

Mis piernas parecen las de un potrillo recién nacido. Felicity y Ann me flanquean y me agarran de la mano. Nos ponemos detrás de un hombre y su esposa. Él tiene un lío con la hermana de su esposa; planea verse con ella esta noche después de la ópera. Sus secretos penetran con rapidez por mis venas, envenenándome.

— ¡Ah! — gruño, y sacudo mi cabeza tratando de deshacerme de sus pensamientos — . Esto es horrible. Puedo oír y sentirlo todo. No puedo detenerlo. ¿Cómo acabaré esta noche?

Felicity me ayuda a bajar las escaleras.

— Te llevaremos al guardarropa y le diremos a tu abuela que estás indispuesta. Ella te llevará a casa.

— Pero de ese modo ¡me perderé mi velada con Simon! — gimo.

— ¿Quieres que Simon te vea así? — susurra Felicity.

— Nooo — digo mientras las lágrimas me resbalan por las mejillas.

— Entonces, vamos.

Ann canturrea quedamente. Tiene ese tic nervioso; de alguna manera resulta tranquilizador y si me limito a escuchar su voz me doy cuenta de que puedo caminar y mirar bastante bien.

Cuando llegamos al final de las escaleras y al gran vestíbulo, Tom está ahí mirándome. Ann deja de canturrear y me veo asaltada por el estrépito de los secretos de alguien. Concéntrate, Gemma. No los escuches. Elige uno.

Ann. Siento su corazón latiendo al unísono con el mío. Se está imaginando que baila en los brazos de Tom mientras él la mira embelesado. Ella lo quiere desesperadamente y siento haberme enterado de esta manera.

Aquí llega él, junto a lady Denby y Simon. Pierdo el hilo de los pensamientos de Ann. Todo vuelve a ser confuso de nuevo. Siento terror. Sólo puedo pensar en

Simon, en la belleza de Simon con su corbata blanca y su chaqueta negra, y en mí, deshecha por la magia. Se acerca a grandes zancadas. Por un momento sus pensamientos comienzan a penetrarme con imágenes fugaces. Sus labios en mi cuello y su mano quitándome un guante.

Mis piernas se doblan. Felicity me yergue rápidamente.

— ¿Señorita Doyle? — pregunta Simon burlonamente.

— La señorita Doyle está ligeramente indispuesta — responde Felicity para mi bochorno.

— Lamento oír eso — dice lady Denby —. Enviaremos a buscar el carruaje enseguida.

— Si cree que eso es lo mejor, lady Denby — dice la abuela decepcionada por ver que su velada se acorta.

— Lady Denby ¡cuánto me alegra verla!

Es la madre de Cecily Temple, que se acerca a nosotras con Cecily a su lado. Los ojos de Cecily se agrandan cuando mira a Ann.

— Buenas noches — dice —. ¡Vaya, señorita Bradshaw! ¡Qué sorpresa verla aquí! ¿Por qué no está de regreso en Spence con Brigid y el servicio?

— Nos sentimos dichosos de tener con nosotros durante las vacaciones a la señorita Bradshaw, ya que su tío abuelo, el duque de Chesterfield, tuvo que quedarse en Rusia — le informa la madre de Felicity.

— ¿El duque de Chesterfield? — repite Cecily como si no hubiera oído bien.

La señora Worthington le cuenta la historia del noble origen de Ann a Cecily y a su madre. Cecily tiene la boca abierta por el asombro, pero la cierra con expresión cruel dando paso a una sonrisa maliciosa. Una sensación fría y dura fluye por mi interior. Son las intenciones de Cecily. Va a hacerlo. Va a decirlo. Ahora es la alerta de Ann la que me da puñetazos, mezclándose con el rencor de Cecily y volviéndome loca. Necesito pensar.

Oigo la voz de Cecily:

— Ann Bradshaw...

Mis ojos parpadean. Por favor detente.

— ... es...

Detente, por favor.

— ...la persona más...

Incapaz de aguantarme, grito:

— ¡Detente!

Un agradable alivio me inunda.

Hay un completo silencio. No hay ráfagas de pensamientos. No se oye el ruido del gentío. Nadie afina los instrumentos. Nada en absoluto. Cuando abro los ojos, veo el motivo. He hecho que todo se detenga: las damas recogiendo la falda y charlando. Los caballeros mirando sus relojes de bolsillo. Se parecen a los maniqués que hay detrás de los escaparates de cualquier gran almacén. No quería que pasara esto, pero ha ocurrido y debo aprovecharme de ello. Tengo que salvar a Ann.

— Cecily — digo colocando la mano sobre su hombro — . No dirás ni una sola palabra contra Ann. Creerás todo lo que digamos y más aún, tratarás a Ann como si fuera la misma reina.

— Ann — digo mientras retiro suavemente el pelo de su rostro preocupado — . No tienes motivo para preocuparte. Te mereces estar aquí. Eres querida.

El hombre que tiene una aventura con su cuñada está cerca y no puedo resistirme. Le abofeteo la cara. Curiosamente, me siento mejor.

— Usted, señor, es un sinvergüenza. Va a cambiar de inmediato para dedicarse a hacer feliz a su esposa.

Simon. Qué extraño es poder mirar atentamente a esos ojos azules que están abiertos pero no ven. Muy despacio, me quito el guante y acaricio su mentón. La piel es suave, recién afeitada. En la mano se me queda el olor a su loción de afeitarse. Será mi secreto.

Me pongo de nuevo el guante y cierro los ojos, dispuesta a que ahí se acabe todo.

— Comienza de nuevo — digo.

La voz se transmuta en acción como si no hubiera habido ninguna pausa. El esposo siente el escozor de mi bofetada. Simon pone el dedo en su mentón como si recordara un sueño. La expresión engréida de Cecily no ha cambiado y contengo la respiración esperando que la magia haya hecho efecto cuando abre la boca para decir: «La señorita Bradshaw es la persona más...».

— ... generosa de todo Spence — declara Cecily — . De hecho su modestia le ha impedido contarnos lo de su sangre azul. Es la mejor chica que uno haya podido encontrarse nunca.

No sé quién se ha quedado más pasmada, si Felicity o Ann. Tom empieza a hablar.

— Señorita Bradshaw, debe concederme el honor de asistir al baile de Navidad en el hospital de Bedlam.

¿Ha alcanzado mi hechizo a todo el mundo? Empiezo a darme cuenta de que no. La simple sugerencia de fama y fortuna llena todo de glamour. Es bastante alarmante la rapidez con que la gente convierte el engaño de alguien en un hecho con el fin de alimentar sus propios engaños. Pero al ver la cara complacida de Ann, sabiendo lo que siente su corazón, no puedo evitar que me embargue la felicidad por esta ilusión.

— Estaré encantada — contesta Ann a todo el mundo.

Podía haber aprovechado la oportunidad para recrearse en ello. Yo lo hubiera hecho. Pero en lugar de eso demuestra que tiene sangre real.

— Deberíamos mandar a por el carruaje para la señorita Doyle — dice lady Denby.

La detengo.

— No, por favor. Me gustaría quedarme hasta que acabe la ópera.

— Pensaba que te sentías mal — dice la abuela.

— Ahora me siento mejor.

Y es verdad. Usar la magia me ha calmado de alguna forma. Todavía puedo escuchar los pensamientos de algunas personas, pero no son tan apremiantes como antes.

Felicity me susurra:

– ¿Qué ha pasado?

– Después te lo contaré. Es una buena historia.

Cuando llega la hora de acostarme, la magia casi se ha ido. Estoy agotada y temblorosa. Tengo la frente caliente y no estoy segura si la responsable es la magia o es que de verdad me estoy poniendo enferma. Sólo sé que necesito dormir desesperadamente.

Cuando lo hago, mis sueños no me dejan descansar. Son como incontrolados caleidoscopios de locura. Felicity, Ann y yo corremos por túneles alumbrados por antorchas, con el terror reflejado en los rostros, mientras tratamos de salvar nuestras vidas. La Cueva de los Suspiros. El amuleto gira. La cara de Nell Hawkins se aparece ante mí: «No sigas la Estrella del Este, lady Esperanza. Quieren matarte. Ésa es su misión».

– ¿Quién? – murmuro, pero ya se ha ido, y veo el perfil de Pippa contra un cielo enrojecido.

Sus ojos no son los de ella de nuevo, son de un horrible azul pálido con puntitos negros en el centro. Tiene el pelo enmarañado con flores silvestres marchitas. Unas profundas ojeras rodean sus ojos. Sonríe mostrando unos puntiagudos y afilados dientes. Voy a gritar: «¡Oh, Señor de los cielos!». Quiero gritar. Sus manos me ofrecen algo, algo sangriento y nauseabundo. Es la cabeza de una cabra arrancada de cuajo.

Un trueno retumba en el cielo, que se tiñe de rojo.

– Salvé tu vida, Gemma. Recuerda eso...

Me lanza un beso en el aire y entonces, veloz como un rayo, agarra la cabeza de la cabra y le clava los dientes en el cuello.

CAPÍTULO 32

Nuestro médico, el doctor Lewis, me ha diagnosticado un simple catarro, y después de varios estornudos estoy de acuerdo con su dictamen. Me veo obligada a guardar cama. La señora Jones me trae té caliente y caldo en una bandeja de plata. Por la tarde, Padre se pasa una hora contándome unas historias muy bonitas de la India.

— Así que allí estábamos Gupta y yo viajando a Cachemira en un burro que no quería moverse ni por todas las joyas de la India. Cuando vio aquel estrecho paso de montaña, nos mostró su dentadura y simplemente se tumbó, negándose a seguir. Tiramos y tiramos de la sirga, y cuanto más estirábamos, más se resistía. Pensé que estábamos acabados. Pero al final, una idea de Gupta nos salvó.

— ¿Qué hizo? — pregunto mientras me sueno la nariz.

— Se sacó el sombrero, se inclinó ante el burro y le dijo: «Después de usted».

Entonces el burro se levantó y nosotros le seguimos.

Le miro con los ojos entrecerrados.

– Se ha inventado esa historia.
Padre se coloca la mano sobre el pecho en un gesto dramático.
– ¿Dudas de la palabra de tu padre? ¡A la horca! Desagradecida.
Esto me hace reír y estornudar. Padre me sirve más té.
– Bebe, querida. ¿No querrás perderte esta noche el baile de Tom con todos esos lunáticos?
– He oído que el señor Snow se está tomando muchas confianzas con sus acompañantes – le digo.
– Lunático o no, mejor que cuide su pellejo si se atreve – dice Padre inflando su pecho y vociferando como un oficial de la Marina retirado –. A menos que sea más alto que yo. Entonces necesitaría que me protegieras, querida.
Me río otra vez. Hoy está de buen humor, aunque le veo delgado y las manos todavía le tiemblan de vez en cuando.
– Seguro que a tu madre le hubiera encantado la idea de ir a un baile en Bedlam. Le gustaba tanto la originalidad...
Se hace un silencio. Padre juguetea con la alianza que aún lleva, dándole vueltas y vueltas. Dudo si hablarle con franqueza o dejar que siga así. La franqueza gana.
– La echo de menos – le digo.
– Yo también, mi amor.
Se hace el silencio por un momento; ninguno sabe qué decir para romper esa distancia entre nosotros.
– Sé que estaría muy contenta de verte en Spence.
– ¿Usted cree?
– Claro. Fue idea suya. Dijo que si algo le ocurría tenía que enviarte allí. Algo extraño por su parte, ahora que lo pienso. Casi como si hubiera sabido... – Se detiene y mira hacia la ventana.
Es la primera noticia que tengo de que mi madre quisiera enviarme a Spence, la escuela que estuvo a punto de destruirla y donde conoció a la que sería su gran amiga y más tarde enemiga: Sarah Rees-Toome. Circe. Antes de que pueda preguntarle más sobre ello a Padre, se levanta y me dice adiós. La alegría ha sido vencida por la fría verdad, y él no lo soporta ni puede acercarse a mí.
– Bueno, me voy, ángel mío.
– ¿No puede quedarse un poco más? – lloriqueo, aunque sé que detesta que lo haga.
– No puedo dejar esperando a los muchachos en el club.
¿Por qué siempre parece que sólo tengo una sombra de padre? Me siento como una niña perdida que constantemente tira de su abrigo.
– Está bien – digo.
Le dedico una sonrisa para tratar de ser una niña buena y feliz. *No le rompas el corazón, Gemma.*
– Te veo en la cena, mi amor.
Me besa en la frente y se marcha. La habitación no parece notar su ausencia. Ni siquiera ha dejado huella en el lado de la cama donde se ha sentado.

La señora Jones está ocupada con el té y el correo de la tarde.

– Carta para usted, señorita.

No tengo ni idea de quién puede enviarme una tarjeta de Navidad. La sorpresa dura hasta que alcanzo a ver que viene de Gales. La señora Jones tarda una eternidad en ordenar la habitación y abrir las cortinas. La carta descansa en mi regazo, mofándose de mí.

– ¿Desea algo más, señorita? – pregunta nuestra ama de llaves sin demasiado entusiasmo.

– No, gracias – le contesto con una sonrisa que no me devuelve.

Por fin, la señora Jones me deja sola y abro la carta. Es de la directora del colegio de Santa Victoria, una tal señora Morrissey.

Querida señorita Doyle:

Gracias por su información. Es muy agradable oír que nuestra Nella ha encontrado una amiga tan amable. Es cierto que en Santa Victoria estuvo empleada una profesora llamada Claire McCleethy; estuvo con nosotros desde el otoño de 1894 hasta la primavera de 1895. Era una excelente profesora de arte y poesía y fue muy popular entre algunas de nuestras alumnas, entre ellas Nell Hawkins. Desgraciadamente, no dispongo de una fotografía de la señorita McCleethy para dársela a la señorita Hawkins como me pide, ni tampoco tengo su dirección. Cuando se marchó de Santa Victoria aceptó un puesto en una escuela cercana a Londres donde su hermana era directora. Espero que esta carta le sea de utilidad y le deseo que pase unas felices navidades.

Atentamente,
Sra. Beatrice Morrissey

¡Así que estuvo allí! ¡Lo sabía!

Aceptó un puesto en una escuela cercana a Londres donde su hermana era directora...

Una escuela cerca de Londres. ¿Spence? ¿Eso significa que la señora Nightwing es la hermana de la señorita McCleethy?

Escucho voces que suben.

Al cabo de un momento, Felicity irrumpe en mi habitación seguida por una avergonzada Ann y una enfurecida señora Jones.

– Hola, Gemma, querida. ¿Cómo te encuentras? Ann y yo pensamos que teníamos que hacerte una visita.

– El doctor ha dicho que debe descansar, señorita.

La señora Jones corta el final de sus palabras como si fueran los tijeretazos de un jardinero enfadado.

– Está bien, señora Jones, gracias. Creo que la visita me sentará bien.

Felicity dibuja una sonrisa triunfante.

– Como desee, señorita. Una visita corta – insiste cerrando con fuerza la puerta.

– Ahora ya lo habéis conseguido. Habéis hecho enfadar a Jones – me burlo.

– ¡Qué horror! – dice Felicity, haciendo girar sus ojos.

Ann examina el vestido que cuelga dentro del ropero.

– Te recuperarás para ir esta noche al baile del hospital, ¿verdad?

– Sí – respondo –. Estaré allí, no os preocupéis, y Tom también estará allí. No se ha contagiado.

– Me alegro de oír que disfruta de buena salud – dice Ann, como si no hubiera estado esperando escuchar eso todo el tiempo.

Felicity me escudriña.

– Tienes una cara rara.

– Tengo noticias interesantes – digo, y les paso la carta.

Felicity y Ann se sientan en mi cama, y leen en silencio mientras los ojos se les abren como platos.

– Es ella, ¿no? – pregunta Ann –. La señorita McCleethy es en realidad Circe.

– La tenemos – digo.

– «Cuando se marchó de Santa Victoria, aceptó un puesto en una escuela cercana a Londres donde su hermana es directora...» – lee en voz alta Felicity.

– Si eso es cierto – digo –, la señora Nightwing también es sospechosa. Ya no podemos confiar en ella.

CAPÍTULO 33

Después de pasar media hora consumidas por los nervios, dándole vueltas, decidimos que enviaremos una nota a la persona que puede ayudarnos, la señorita Moore. Espero con impaciencia el regreso del mensajero, y justo antes de salir para el baile de Bedlam, llega la respuesta.

Querida Gemma:

Yo también estoy consternada por semejantes coincidencias.

Quizás haya una explicación para todo ello, pero por el momento te aconsejo que estés alerta. Si aparece por el Hospital Real de Bedlam, haz lo posible por alejarla de Nell Hawkins.

Tu amiga,
Hester A. Moore.

Padre no viene a cenar como me ha prometido, ni tampoco envía ningún recado. Se ha llevado a Kartik con el carruaje, así que Tom y yo tenemos que alquilar un coche de caballos para que nos lleve a Bedlam. El hospital está muy bonito, decorado con hiedra y acebo, y los pacientes se han puesto sus mejores galas. Todo es alegría y complicidad.

He traído flores para Nell. Una de las enfermeras me conduce al pabellón de mujeres, de forma que he de entregárselas a ella.

— ¡Qué ramillete tan bonito! — dice la enfermera.

— Gracias — murmuro.

— Un día afortunado para nuestra señorita Hawkins. Es la segunda vez que le traen flores.

— ¿Qué quiere decir?

— Hoy tuvo una visita que le trajo unas rosas preciosas.

Un paciente pasa bailando un vals con un acompañante de baile imaginario.

— ¿Un visitante? ¿Cómo se llama? — le pregunto.

La enfermera frunce los labios en un gesto pensativo.

— Me temo que no me acuerdo. ¡Ha sido un día terrible! El señor Snow ha estado muy nervioso hoy. El doctor Smith le dijo que si no se tranquilizaba perdería su oportunidad de ir al baile. Ya estamos — dice cuando llegamos a una pequeña salita.

Nunca he visto a Nell con un aspecto más desaliñado. Su fino pelo tiene las puntas abiertas y se desparrama sobre sus hombros hechos una ruina. Está sentada sola y sostiene con las manos sobre su regazo la jaula de Cassandra. El pájaro grazna a Nell y ésta le responde murmurando unas dulces palabras. En la mesa que se encuentra junto a ella hay un jarrón con unas rosas de vivo color rojo.

— Señorita Hawkins — le dice la enfermera —, la señorita Doyle ha venido a visitarla y le ha traído un precioso ramo de flores. ¿Quiere decirle buenas noches?

— ¡Buenas noches! ¡Buenas noches! — pía como el pajarito Cassandra.

— La dejo con su visita — dice la enfermera —. Tendrá que vestirse enseguida, señorita Hawkins.

— Nell — le digo cuando nos quedamos a solas —, has tenido una visita hoy. ¿Era la señorita McCleethy?

Nell se estremece al oír el nombre, y se acerca tanto a la jaula que Cassandra da un saltito nervioso.

— Nos condujo a las rocas. Nos prometió el poder y luego nos traicionó. Surgió del mar. Jack y Jill subieron a la colina...

— Era tu profesora en Santa Victoria, ¿verdad? ¿Qué te hizo? ¿Qué ocurrió?

Nell introduce sus deditos entre los barrotes de la jaula tratando de tocar a Cassandra, que grazna y da saltitos para evitar que lo agarre.

— ¡Nell! — digo mientras le cojo las manos.

— Oh, Dama de la Esperanza — dice con un profundo susurro mientras sus ojos se llenan de lágrimas —. Me ha encontrado. Me ha encontrado y estoy confusa. Tengo miedo. No me perdonarán.

— ¿Quién no te perdonará? — le pregunto.
— ¡Ellos! — casi grita —. Los que hablan contigo. No son amigos míos. No son amigos, no amigos.
— Sssshhh, está bien, Nell — le digo en voz baja.
Puedo oír el sonido distante de unos violines afinándose. La orquesta de cámara ha llegado. El baile está a punto de comenzar.
Nell se balancea con fuerza.
— Debo huir enseguida. Jack y Jill arriba en la colina, arriba en la colina esta noche. Esta noche te diré dónde se encuentra el Templo.
Con una sorprendente fiereza y agilidad, Nell agarra la pata de Cassandra. El pájaro chilla desesperadamente con su apretón; pero Nell parece decidida y su boca dibuja una extraña sonrisita.
— ¡Nell! ¡Nell! ¡Déjalo marchar! — le digo.
Tiro de sus dedos y me muerde la mano con fuerza. El surco de una fina dentellada en forma de medialuna traspasa mi guante.
— Eh, vamos ¿qué es todo este jaleo?
Una enfermera avanza hacia nosotras con cara de preocupación. Si ve el mordisco no dejarán que Nell vaya esta noche al baile, y entonces nunca sabré dónde se encuentra el Templo.
— El pájaro me picó — digo — y me he asustado.
— Cassandra, eres muy mala, eso es lo que eres — cacarea la enfermera mientras figonea en la jaula que tiene Nell en las manos.
— ¡Mala, mala! — grazna Cassandra.
— Esta noche — dice Nell con voz ronca —. Debes escuchar. Debes observar. Es nuestra última oportunidad.
La mano me duele como el demonio. Para empeorarlo, en el pasillo el señor Snow espera con una mirada lasciva. No debería estar aquí en el pabellón de mujeres, y me pregunto hacia dónde se dirige. No es momento para discutirlo. Tengo que pasar por delante de él para llegar hasta el baile. Saco coraje de donde puedo, alzo los hombros y camino a grandes zancadas como si fuera la dueña del hospital. El señor Snow me sigue los pasos.
— Eres una muchacha realmente bonita, vaya si lo eres.
Sigo andando, sin responderle. El señor Snow se pone delante de mí de un salto y camina de espaldas. Busco ayuda pero todo el mundo está en el salón de baile.
— ¿Me deja pasar, señor?
— Danos un beso, entonces. Un beso para no olvidarte.
— Señor Snow, no se olvide de usted, por favor — le digo.
Trato de parecer firme pero mi voz tiembla.
— Tengo un mensaje de ellas para ti — me susurra.
— ¿Ellas?
— Las chicas de blanco. — Tengo tan cerca su rostro que puedo oler la acidez de su aliento —. Ella se ha aliado con los oscuros. Con ese que viene. Te llevará por el

mal camino. No confíes en ella –susurra, mirándome con esa enferma mirada de lascivia.

– ¿Trata de asustarme? –le pregunto.

El señor Snow pone las manos en la pared y deja mi cabeza entre ellas.

– No señorita. Intentamos prevenirla.

– Señor Snow, ¿qué está haciendo?

Por fin aparece una de las enfermeras y el señor Snow se escabulle por el vestíbulo no sin antes anunciarme:

– ¡Cuidado, señorita! ¡Una cabecita tan preciosa!

Cuando ya me encuentro lejos de él, me saco el guante y examino la herida de la mano. No es tan terrible. Es como un rasguño profundo, pero por primera vez tengo mis dudas acerca de Nell Hawkins.

Por primera vez, tengo miedo de ella.

CAPÍTULO 34

El baile de Bedlam es un evento muy popular. El hospital rebosa de gente que acude por invitación o tras adquirir una entrada. Algunos vienen por la música y el baile, sin ninguna intención caritativa; otros, por la curiosidad de ver al loco de Bedlam haciendo reverencias y saludando, con la esperanza de que ocurra algo extraño y escandaloso, algo de lo que hablar en este baile o en aquella cena. Efectivamente, dos damas observan discretamente cómo una enfermera persuade a una paciente para que suelte una andrajosa muñeca, convenciendo a la anciana con promesas como que su niñita será la mejor servida esa noche en la cena del cuarto de los niños.

Las damas murmuran «Pobrecita» y «Te rompe el corazón», aunque puedo ver en sus ojos que ya tienen lo que andaban buscando: levantar el telón de la desesperanza, del horror y la desesperación. Así estarán felices de volverlo a bajar para mantenerse a salvo en la comodidad de sus vidas. Les deseo un largo baile con el señor Snow.

El baile hace rato que ha empezado cuando me pongo a espiar a Felicity y Ann, que avanzan muy lentamente hacia mí a través de la multitud. La señora Worthington ha venido de carabina, pero está liada otra vez hablando con el director médico del hospital, el doctor Percy Smith.

— ¡Gemma! ¡Oh!, pero ¿qué te ha pasado? — dice Felicity al ver mi guante manchado de sangre.

— Nell Hawkins me mordió.

— ¡Qué horror! — dice Ann.

— La señorita McCleethy ha estado aquí hoy. Nell está en un estado lamentable, pero sabe cómo encontrar el Templo y esta noche va a revelármelo.

— Si es que es de fiar — dice Ann.

— Sí, claro — admito —. Si es de fiar.

De pronto veo a Tom a mi lado. Juguetea nervioso con la corbata.

— Me parece que todo está transcurriendo bastante bien, ¿verdad?

— Es el mejor baile al que he asistido — dice Ann.

Es el único baile al que ha asistido, pero no parece ser el momento para decirlo.

— Espero que la función de hoy sea de su agrado — dice Tom mirando en dirección al doctor Smith—. Tengo a varios pacientes preparando una serie de actuaciones para esta velada.

— Estoy convencida que nos deleitará a todos — dice Ann como si se tratara de una cuestión de gran relevancia.

— Gracias, señorita Bradshaw. Es usted muy amable. — Tom le sonrío de manera singular.

— En absoluto — responde Ann mirando ansiosamente hacia la pista de baile.

Felicity me pelliza con suavidad. Tose con delicadeza tapándose con el pañuelo, pero sé que trata desesperadamente de no echarse a reír ante este lamentable intercambio de palabras. Vamos, Tom, ruego para mis adentros. Sácala a bailar.

Tom le hace una reverencia.

— Espero que tenga una agradable velada — dice excusándose.

El rostro de Ann refleja decepción y después sorpresa.

— ¡Ella está aquí! — susurra.

— ¿Quién?

Ann abre completamente su abanico, y ocultándose con él señala hacia la zona más alejada del salón. Sólo veo al señor Snow bailando un vals con la sonriente señora Sommers, pero entonces mis ojos tropiezan con algo familiar. Me cuesta reconocerla enseguida debido a su vestido color lavanda pálido y su cuello desnudo.

Es la señorita McCleethy. Ha venido.

— ¿Qué hacemos? — pregunta Felicity,

Recordando la carta de la señora Moore, digo:

— Debemos alejarla de Nell a toda costa.

La orquesta ha dejado de tocar y el brillo de las lámparas se atenúa, hasta que queda una iluminación acogedora. La gente abandona la pista de baile en parejas y

se queda a los lados del salón. Tom se sitúa en el centro. Está a punto de pasarse los dedos por el pelo, un tic nervioso, pero se lo piensa mejor cuando se acuerda de los guantes y del fijador. Carraspea demasiado. Estoy nerviosa por él. Por fin le sale la voz.

— Presten atención, señoras y caballeros. Gracias por salir de sus casas y venir aquí en una noche tan fría. Como muestra de gratitud, los actores del Hospital Real de Bedlam han preparado para ustedes una breve actuación. Y ahora, bueno... les presento a los actores del Hospital Real de Bedlam.

Después de haberse defendido bien, Tom sale, acompañado de unos amables aplausos. Me doy cuenta de que he perdido a la señorita McCleethy entre la multitud. Un temor me recorre lentamente la espalda.

— He perdido a la señorita McCleethy — le susurro a Felicity —. ¿La ves?

Felicity estira el cuello.

— No. ¿Adonde vas?

— A buscarla — digo mientras me escabullo entre la gente.

Mientras la señora Sommers comienza a teclear una melodía en el piano, me muevo despacio como la niebla por el salón en busca de la señorita McCleethy. La música de la señora Sommers es penosa, pero a pesar de todo el público la aplaude. Se queda un momento más haciendo reverencias y sonriendo mientras se tapa la boca con la mano. Cuando comienza a estirarse del pelo, Tom le ofrece asiento. El espeluznante señor Snow nos deleita con un soliloquio de *Un cuento de invierno* de Shakespeare. Tiene una voz educada para el escenario y resultaría impresionante si pudiera olvidarme de la actuación que me ha hecho anteriormente.

He conseguido llegar en medio de la multitud pero no logro divisar a la señorita McCleethy.

Presentan a Nell Hawkins. Está vestida con su mejor ropa, y con el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás parece una muñeca. Bonita, como la chica sonriente que he visto en mis visiones. Lleva mi ramillete prendido en la blusa. Se ve tan grande que le hace parecer enana.

Nell permanece de pie mirando a la gente hasta que se oyen murmullos de confusión: «¿Qué está haciendo? ¿Es parte de la actuación?».

El espeluznante y rayado fonógrafo de su voz resuena:

— Jack y Jill subieron a la colina para coger un cubo de agua. Jack se cayó y se rompió el cráneo, y Jill se cayó después.

Por el salón se oyen algunas risas en tono bajo y educado, pero creo que voy a llorar. Me lo prometió, y ahora sé que su promesa no era nada más que otra ilusión tejida por su mente perturbada. No sabe dónde se encuentra el Templo. Es una pobre loca y me dan ganas de llorar por las dos.

Animada, Nell se va exaltando.

— ¿Adonde iremos, doncellas? ¿Adonde iremos? Tenéis que abandonar el jardín. Dejadlo atrás con una triste despedida. Río abajo por la gracia de las Gorgonas, pasad por las garras de las escurridizas y traviesas ninfas. Por el vapor dorado de

la magia. Encontrad a la tribu del Bosque de la Luz. Las flechas, tenéis que usar bien y sabiamente las flechas. Y guardad una. Quedaos una para mí, porque la necesitaré.

Una dama que está junto a mí se vuelve hacia su esposo.

— ¿Esto es de *Pinafore*? — dice confundida, pensando que es una opereta de Gilbert y Sullivan.

Estoy ardiendo. ¡Lo sabe! Ha encontrado una manera ingeniosa de revelar el lugar donde está el Templo. Pero, Dios nos asista, ¿quién puede entender ese galimatías? La señorita McCleethy sale de detrás de una columna mostrando su lado izquierdo; el derecho queda oculto en la penumbra. Ella también está escuchando atentamente.

— Ofrece esperanza a los Intocables, porque ellos deben tener esperanza. Continúa el viaje más allá de las flores de loto. Sigue el sendero. Sí, no lo dejéis porque puede conducirnos al camino equivocado, con falsas promesas. Cuidado con los Guerreros Amapola: roban la fuerza y pueden engulliros. ¡Engullir, engullir!

Esto le hace gracia a la gente. Varios enfermos repiten divertidos: «Engullir». Parecen gallinas cacareando, hasta que son acallados por las enfermeras. Se me ponen los pelos de punta. A menos que esté loca de remate, es como si Nell estuviera haciendo esa pantomima para mí, hablando en un código que yo debo descifrar.

— No abandonéis el sendero porque es difícil volverlo a encontrar de nuevo una vez se ha perdido. Tocarán la canción de la roca; no dejéis que la canción termine. También debéis tener cuidado con la belleza. La belleza debe pasar. Hay sombras oscuras de los espíritus, justo detrás de las Fronteras donde se alza el árbol solitario y el cielo vuelve a sangrar...

Unas cuantas damas se abanicán incómodas ante la mención de la sangre.

— ...en las Tierras Invernales conspiran y hacen planes con Circe. No descansarán hasta que el ejército se levante y los reinos sean suyos para poder gobernarlos.

Hay tensión en el ambiente, un sentimiento general de que han sido demasiado indulgentes con Nell. Tom se dirige hacia delante. ¡No! ¡No hasta que diga dónde se encuentra el Templo!

— Gracias, señorita Hawkins. Y ahora...

Nell no se sienta. Está muy agitada.

— ¡Quiere entrar! ¡Me ha encontrado y no puedo huir de ella!

— Enfermera, si fuera tan amable...

— Ve a donde nadie va, donde está prohibido; ofrece esperanza... Jack y Jill subieron a la colina; el mar, el mar, vino del mar... ve donde la oscuridad oculta un espejo de agua. Enfrenta tus temores y ¡ata rápido la magia!

— Venga por aquí ahora, señorita Hawkins — le dice la enfermera sujetándola con fuerza.

Nell no cede y lucha contra la enfermera con una fuerza brutal. Su camisa se rasga a lo largo del brazo de tal forma que toda la manga se queda en la mano de la enfermera. La gente grita. Nell está fuera de sí.

— ¡Ella quiere utilizarme para encontrarte, Dama de la Esperanza! ¡Nos usará a las dos y yo perderé, perderé para siempre! ¡No permitas que me coja! ¡No dudes! ¡Libérame, Dama de la Esperanza! ¡Libérame!

Dos fornidos ordenanzas han llegado con una camisa de fuerza.

— Venga con nosotros, señorita. No se preocupe.

Nell patalea y grita mostrando de nuevo una fuerza sorprendente, pero para ellos no es nada. Uno rodea el esbelto cuello de Nell doblando el codo de su fornido brazo, mientras el otro la fuerza a meter los brazos en la camisa y le ata las cintas en la espalda. Su cuerpo se dobla contra los dos hombres, que en parte llevan y en parte arrastran a la débil muchacha hasta que todo lo que se oye son sus quejidos y el ruido sordo de sus tacones contra el suelo.

Tras la conmoción de aquel espectáculo, el tono de los murmullos del público se eleva. Tom le pide a los músicos que vuelvan a tocar. La música apacigua el salón y pronto los más valientes se lanzan a la pista. Estoy temblando. Nell está en peligro y tengo que salvarla.

Me abro paso hasta Felicity y Ann.

— Tengo que escabullirme de aquí y debo encontrar a Nell — digo.

— ¿Qué quería decir con lo de «Cuidado con los Guerreros Amapola»? — pregunta Ann.

— Parece una locura — añade Felicity —. ¿Qué pensáis?

— Creo que era una especie de clave para nosotras, para que encontremos el Templo — le digo —. Y estoy segura de que la señorita McCleethy también la estaba escuchando.

Felicity examina a la multitud.

— ¿Dónde está?

La señorita McCleethy ha abandonado la columna. Tampoco se encuentra entre los que bailan. Se ha esfumado.

Felicity me mira con los ojos muy abiertos.

— ¡Ve ahora mismo a por ella!

Me escabullo sigilosamente de la habitación y corro tan rápido como puedo hacia el pabellón de mujeres. Tengo que llegar antes que la señorita McCleethy. ¡Me ha encontrado! Bien, pues no pienso dejar que te coja, Nell. No te preocupes.

El pasillo está concurrido debido a las idas y venidas de las enfermeras. Cuando se va la última, me subo la falda y vuelo hacia la habitación de Nell tan rápida como puedo.

Ésta sentada en una esquina. Le han quitado la camisa de fuerza. Mi bonito ramillete se ha estropeado; los pétalos se han desprendido o están aplastados. Nell se mece adelante y atrás golpeándose ligeramente la cabeza contra la pared con cada movimiento. Le tomo las manos.

– Señorita Hawkirrs, soy Gemma Doyle. Nell, no tenemos mucho tiempo. Necesito saber la localización del Templo. Estabas a punto de decirlo cuando te agarraron. Ahora estás a salvo. Debes decírmelo.

Un fino hilo de baba resbala por la comisura de sus labios. Un olor a frutas pasadas perfuma el débil aliento de su boca. Le han dado algo para sedarla.

– Nell, si no me dices cómo hallar el Templo, me temo que estamos perdidas. Todas nosotras. Lo sabes. Circe nos encontrará y entonces... Supongo que no tengo que decirte lo que ocurrirá. Ella conseguirá gobernar los reinos. Le hará a una muchacha y luego a otra lo mismo que a ti.

Lejana bajo nuestros pies, la música cambia de ritmoy mientras otro baile comienza. No sé cuánto tiempo podré permanecer fuera antes de que empiecen a buscarme.

– Nunca se detendrá. – La voz áspera de Nell rasga el silencio – . Nunca. Nunca. Nunca.

– Entonces nosotras debemos detenerla – digo – . Por favor. Por favor, ayúdame.

– Eres tú lo que ella quiere, lo que siempre ha querido – dice, arrastrando las palabras – . Me hizo decirle dónde encontrar el Templo, del mismo modo que me ha hecho decirle dónde encontrarte a ti.

– ¿Qué quieres decir?

Un sonido me atraviesa los oídos. Se oyen pasos que se acercan por el vestíbulo. Me pongo en la puerta y miro a hurtadillas. Alguien viene. Alguien con un manto verde oscuro. Se detiene a mirar en todas las habitaciones del pasillo. Cierro la puerta despacio.

– Nell – le digo con el corazón latiéndome deprisa – , tenemos que escondernos.

– La pequeña señorita Muffet se sentó en un taburete... la espantaba, la espantaba.

– Ssshhh, Nell. Tienes que estar callada. Aquí, deprisa, bajo la cama.

Nell es una muchacha pequeña, pero pesa como una piedra debido al narcótico y resulta difícil de manejar. Nos caemos juntas al suelo. Con esfuerzo consigo empujarla debajo la cama y después me meto yo. Los pasos se detienen en la puerta de Nell. Cuando se abre, le tapo la boca con la mano. No sé qué me da más miedo, si que Nell se ponga de pronto a hablar, descubriendo nuestro escondite, o que el latido de mi corazón nos delate.

Se oye un susurro en la oscuridad.

– ¿Nell?

Nell se pega contra mí completamente rígida. El susurro se oye otra vez.

– Nell, querida, ¿estás ahí?

Puedo ver de pronto el borde de su capa. Debajo veo los cordones pulidos y delicados de unas botas brillantes. Estoy convencida de que podría ver mi miedo reflejado en su brillo. Las botas se acercan. Aguanto la respiración sin dejar de tapar la boca de Nell, con toda su saliva en mi palma.

A mi lado, Nell está tan quieta que temo que se haya muerto. Las botas se giran y la puerta se cierra con un chasquido. Me deslizo de debajo de la cama y saco después a Nell, que se sujeta con la mano a mi cintura. Pone ojitos de niña pequeña y aprieta los labios, haciendo una mueca que sólo le deja decir cuatro palabras.

— Veo lo que veo...

Caemos repentinamente en una visión. Pero no es mi visión, sino la de Nell. Veo lo que ella ve. Estamos corriendo por los reinos. La hierba se nos queda pegada a los tobillos, pero todo pasa demasiado deprisa. La mente de Nell es un revoltijo de cosas y no le encuentro sentido a lo que veo. Rosas que salen de la pared. Masilla roja en la piel. Unas mujeres vestidas de verde arrastran con fuerza de la mano a Nell hacia un pozo profundo y claro.

Yo me caigo de espaldas en el agua. No puedo respirar. Me ahogo. Me salgo de la visión y veo que Nell me está apretando el cuello. Tiene los ojos cerrados. No me ve ni parece saber lo que está haciendo. Desesperada, tiro de su brazo, pero no cede.

— Nell — digo con una voz ronca —. Nell, por favor.

Me suelta y me caigo al suelo tratando de respirar; me duele la cabeza por su repentino y brutal ataque. Nell regresa de nuevo a su estado de locura, pero su rostro está surcado de lágrimas.

— No dudes, Dama de la Esperanza. Libérame.

CAPÍTULO 35

Hoy es Nochebuena; las tiendas y tabernas están llenas de gente alegre, en las calles se ve gente que lleva a casa un árbol aromático o que ha elegido un enorme ganso para cenar. Debería compartir ese alegre espíritu navideño y el impulso de repartir buenos deseos a mis semejantes. Sin embargo, contemplo las piezas del puzzle que Nell Hawkins me ha dejado para que lo complete.

Ve donde nadie va, donde está prohibido, ofrece esperanza. Ve donde la oscuridad oculta un espejo de agua. Enfrenta tus temores y ¡ata rápido la magia a ti! No tiene sentido. Sigue el sendero. Pueden conducirnos al camino equivocado con falsas promesas. ¿Quién? ¿Qué falsas promesas? Todo es un enigma que envuelve otro. Tengo el amuleto que me guía pero no sé dónde buscar el Templo, y sin eso no tengo nada. Me irrita tanto que estoy a punto de arrojar mi tazón al suelo.

Para empeorar las cosas, Padre no está en casa. No regresó del club anoche. Soy la única que parece preocupada por ello. Abuela está atareada ladrándoles órdenes a los criados para la cena de Navidad. La cocina es una marea de cocineras que preparan los pudines con salsa y el faisán con manzanas.

— ¿No ha venido a desayunar? — pregunto.

— No — dice la abuela mientras me aparta para llamar a la cocinera.

— ¿Y si estuviera herido? — le pregunto.

— ¡Gemma, por favor! Señora Jones, creo que con la seda roja será suficiente.

La cena de Navidad está a punto de empezar y todavía no hay señales de Padre. Los tres nos sentamos en el salón para abrir los regalos haciendo como que no pasa nada, pero en realidad estamos muy preocupados.

— ¡Vaya! — dice Tom al desenvolver una larga bufanda de lana — . Perfecta. Gracias, Abuela.

— Estoy contenta de que te guste. Gemma, ¿por qué no abres los tuyos?

Me pongo con la caja de la abuela. Quizá sea un hermoso par de guantes o una pulsera. Dentro hay unos pañuelos bordados con mis iniciales. Son bastante bonitos.

— Gracias — le digo.

— Encuentro que los regalos prácticos son siempre los mejores — comenta sorbiendo por la nariz.

La apertura de regalos dura sólo unos minutos. Además de los pañuelos recibo de Abuela un espejo de mano y una lata de chocolates, y de Tom un alegre cascanueces rojo. Yo le regalo un chai a la abuela. A Tom, una calavera para que algún día la ponga en su despacho.

— Le llamaré Yorick — dice Tom encantado.

Me pongo contenta de haberle hecho feliz. El regalo de Padre se queda sin abrir bajo el árbol.

— Thomas — dice Abuela —, quizá deberías ir a su club a preguntar por él. Trata de averiguar algo con discreción.

— Pero esta noche yo me voy al Ateneo; Simon Middleton me ha invitado — protesta Tom.

— Padre ha desaparecido — le digo.

— No ha desaparecido. Estoy convencido de que volverá a casa en cualquier momento cargado de regalos que ha tenido el capricho de ir a buscar a algún sitio. ¿Recuerdas cuando llegó la mañana de Navidad como el mismo San Nicolás, montado en un elefante?

— Sí — le digo, sonriendo con el recuerdo.

Me regaló mi primer sari y Tom y yo bebimos leche de coco lamiéndolo de unos cuencos como si fuésemos tigres.

— Volverá a casa. Recuerda mis palabras. ¿No ha vuelto siempre?

— Tienes razón, claro. — Lo digo porque quiero creerle desesperadamente.

La casa queda sumida en el silencio de los fuegos apagados y del constante sonido de los relojes, de las lámparas calladas por los incandescentes murmullos de

su nuevo resplandor. Como son las once pasadas, los criados se retiran a sus habitaciones. Abuela está acurrucada en su cama y cree que yo estoy metida también. Pero no puedo dormir. No con Padre fuera. Quiero que vuelva a casa, con o sin elefante. Así que me siento a esperar en el salón.

Kartik está en la habitación; todavía lleva el abrigo y las botas. Parece sin aliento.

— ¿Está tu hermano en casa? — pregunta muy nervioso.

— No, ha salido. ¿Por qué lo preguntas?

— Es necesario que hable con tu hermano.

Me pongo de pie.

— Te he dicho que no está en casa. Tienes que contármelo.

Coge el atizador y remueve unos frágiles troncos, que vuelven a prender. No dice nada y empiezo a imaginarme lo peor.

— ¡Oh, no! ¿Se trata de Padre? ¿Sabes dónde está? — Kartik mueve la cabeza — .
¿Dónde?

Kartik no se atreve a mirarme a los ojos.

— Bluegate Fields.

— ¿Bluegate Fields? — repito — . ¿Dónde está eso?

— Es la escoria del mundo, un lugar habitado sólo por ladrones, adictos, asesinos y gente parecida.

— Pero... ¿por qué está allí mi padre?

Una vez más Kartik no se atreve a mirarme.

— Es adicto al opio. Está en Chin-Chin, un antro de opio.

No es cierto. No puede ser. Te he curado, Padre. Desde lo del hechizo había mejorado, no ha pedido ni una gota de láudano.

— ¿Cómo sabes eso?

— Porque anoche me mandó que le llevara y desde entonces no se ha movido de allí.

Se me cae el alma a los pies.

— Mi hermano está con el señor Middleton en su club.

— Tenemos que enviar a por él.

— ¡No! ¡Qué escándalo! Sería una humillación para Tom.

— Sí, no íbamos a molestar al honorable señor Simon Middleton.

— Eres un atrevido — digo.

— Y tú mientes al decir que no quieres que humillen a Tom.

La cruda verdad me duele y le odio un poco por haberlo dicho.

— No hay nada que podamos hacer sino esperar hasta que tu hermano regrese.

— ¿Quieres decir que dejaremos a mi padre en ese lugar?

— No hay otra opción.

— Él es todo lo que tengo — le suplico — . Llévame con él.

Kartik mueve la cabeza.

— Está fuera de discusión. Bluegate Fields no es lugar para una dama.

— Me voy, me lleves tú o no.

Me dirijo rápidamente hacia la puerta. Kartik me sujeta por el brazo.

— ¿Sabes lo que te puede pasar allí?

— Me arriesgaré. — Kartik y yo estamos uno frente a otro —. No puedo dejarle allí, Kartik.

— Muy bien — dice cediendo, y me hace una atrevida inspección —. Tendrás que ponerte las ropas de tu hermano.

— ¿Qué quieres decir?

— Si vas a ir, tendrás que ir vestida como un hombre.

Vuelo escaleras arriba esperando no despertar a Abuela o a los criados. Las ropas de Tom son un misterio para mí. Consigo desvestirme con cierta dificultad, quitarme las capas de ropa que llevo y el corsé. Suspiro aliviada cuando me libero de todo. Me pongo los pantalones de Tom encima de las medias de lana y elijo una camisa y un abrigo. Me quedan un poco ajustados. Soy alta, pero no tan delgada como él. Aunque todavía me queda por hacer. Asegurar el pelo bajo el sombrero es todo un trabajo, porque amenaza con desparramarse sobre los hombros. Y ponerme los zapatos de Tom requiere que rellene las puntas con pañuelos porque sus pies son un número y medio más largos que los míos. Camino con ellos como si estuviera bebida.

— ¿Cómo estoy? — le pregunto mientras bajo las escaleras.

Kartik se burla.

— Como alguien que puede ser asaltado por los gamberros del este de Londres. Es una mala idea. Esperaremos hasta que tu hermano regrese.

— No voy a permitir que mi padre muera en un antro de opio — le digo —. Acerca el carruaje hasta aquí.

Comienza a caer una ligera nieve que cubre las crines de *Ginger* mientras nos acercamos despacio a los barrios bajos del este de Londres. La noche es tranquila y fría. Me duele el pecho al respirar. Avenidas estrechas y mugrientas se abren camino a través de los destartados edificios que están en pie, parados como mendigos. Chimeneas mutiladas sobresalen de los empapados tejados; brazos tortuosos de metal pidiendo al cielo limosna, esperanza, algún consuelo de que esta vida no es todo lo que van a conocer.

— Tápate la cara con el sombrero — advierte Kartik.

Incluso en esta noche y con este frío, las calles están repletas de borrachos que vociferan y juran. Tres hombres detenidos en el dintel de la puerta abierta de un bar tocan mi fina vestimenta; Kartik está a mi lado.

— No les mires — dice Kartik —. No hables con nadie.

Un grupo de golfillos nos rodea mendigando. Uno tiene una hermanita enferma en casa; el otro me ofrece limpiarme las botas por un chelín. Otro, un chico de no más de once años, sabe de un lugar donde podemos ir y «será bueno» conmigo el tiempo que yo quiera. Mientras lo dice no sonríe ni muestra ningún sentimiento. De hecho, lo hace como el chico que se ofrece a limpiarme las botas.

Kartik saca seis monedas del bolsillo, que brillan sobre la lana negra de sus guantes. Los ojos de los chicos se abren en la oscuridad.

— Tres chelines para el que vigile el carruaje y el caballo — comenta.

Tres chicos van donde él enseguida, jurando todo tipo de males al que le haga algo al carruaje de ese buen caballero.

— Y tres para el que nos escolte hasta el Chin-Chin sin incidentes.

Se quedan en silencio. Un muchacho mugriento con harapos y zapatos tan desgastados que tienen agujeros coge la última moneda.

— El *menda* conoce el Chin — dice.

Los otros chicos le miran con envidia y desdén.

— Por aquí, *jeñores* — dice llevándonos por un laberinto de callejuelas húmedas en las que sopla el viento que viene de los muelles cercanos.

Hace mucho frío. Unas ratas gordas se escabullen por los adoquines figoneando Dios sabe qué en el bordillo. Todavía es Nochebuena y las tabernas y calles están llenas de gente, algunos tambaleándose por la borrachera.

— *Quí mi'hmo* — dice el muchacho en cuanto llegamos a un cobertizo que está dentro de un diminuto patio.

El chico empuja la puerta desvencijada y nos escolta camino hacia arriba por unas escaleras que apestan a orina y moho. Me tropiezo con algo y veo que es un cuerpo.

— *É e viejo Jim* — dice el muchacho sin darle importancia — . *Siempre tá quí.*

En el segundo piso abrimos otra puerta.

— *Quí ehtá* Chin-Chin. Danos un vaso de ginebra por las molestias, ¿eh, tío? — dice el muchacho extendiendo la mano con la esperanza de recibir más dinero.

Le coloco otros dos chelines en la mano.

— Feliz Navidad, tío.

Desaparece y golpeo la lúgubre y gruesa puerta que cruje al abrirse, dejándonos ver a un anciano chino. Las ojeras que tiene bajo sus profundos ojos le hacen parecer más una aparición que un hombre de carne y hueso. Entonces sonrío mostrando un puñado de dientes marrones como la fruta podrida. Nos hace seguirle a una habitación de techo bajo y sin apenas espacio. Por todas partes donde miro hay cuerpos. Están tendidos con la mirada perdida; algunos balbucean una sarta de frases sin sentido interrumpidas por largas pausas y una risa repentina que congela el alma. Un marinero, con la piel del color de la tinta china, cabecea durmiendo en una esquina. Junto a él hay un hombre que parece como si nunca fuera a despertar.

El humo del opio me hace llorar y la garganta me quema. En este punto sería mucho esperar que dejásemos la habitación sin rendirnos a las drogas. Me tapo la boca con el pañuelo para evitar las arcadas.

— Fíjate dónde pisas — dice Kartik.

Varios caballeros acomodados están sentados en grupo alrededor de un cuenco con opio y tienen la boca abierta con expresión de estupor. Encima de ellos, una cuerda cruza la habitación y de ella cuelgan unos sucios trapos que forman una cortina podrida que huele a leche agria.

— ¿En qué barco estás, muchacho? — dice una voz que proviene de la oscuridad. Un rostro surge a la luz de una vela. Es un hombre indio.

— No soy ni marinero ni muchacho — dice Kartik.

El marino indio se ríe. Tiene una horrible cicatriz que le nace en el extremo del ojo y le cruza la mejilla. Me estremezco al pensar cómo se la ha podido hacer y qué le pasó al otro hombre. Se palpa la daga que lleva a un lado.

— ¿Entrenas perros ingleses?

Me señala con la daga. Suelta una especie de ladrido que acaba convirtiéndose en una carcajada hasta que una tremenda tos le hace escupir sangre en la mano.

— Los ingleses — escupe — nos dejan vivir. Tú y yo somos sus perros. Perros. No puedes confiar en sus promesas. Pero el opio de Chin-Chin hace que el mundo entero sea bueno. Fuma, amigo y te olvidarás de lo que hacen. Olvídate de que eres un perro y de que siempre lo serás.

Señala con la punta de su daga dentro de la bola pegajosa de opio, listo para fumarse sus problemas y flotar en el olvido, allí donde nadie es inferior. Kartik y yo avanzamos a través de la niebla de humo. El hombre chino nos conduce a una pequeña habitación y nos hace esperar un momento mientras desaparece tras los trapos que cuelgan sobre la puerta. Kartik todavía aprieta la mandíbula.

— Lo que ese hombre dijo... — Me detengo porque no estoy segura de continuar —. Lo que quiero decir es que espero que sepas que yo no pienso de esa manera.

El rostro de Kartik se endurece.

— No soy como esos hombres. Yo soy Rakshana. Una casta superior.

— Pero también eres indio. Son compatriotas tuyos, ¿no?

Kartik niega con la cabeza.

— El destino determina tu casta. Tú debes aceptarla y vivir de acuerdo a las reglas.

— Tú no puedes creer eso de verdad.

— Lo creo. La desgracia de ese hombre es que no puede aceptar su casta, su destino.

Sé que los indios llevan su casta como una marca que se pintan en la frente para que todos la vean. También sé que en Inglaterra tenemos nuestro propio, y no reconocido, sistema de castas. Un laborista nunca podrá sentarse en el Parlamento. Ni tampoco una mujer. No creo que me haya cuestionado estas cosas hasta este momento.

— ¿Y el poder y el deseo? ¿Qué pasa si alguien quiere cambiar las cosas?

Kartik mira la habitación.

— No puedes cambiar tu casta. No puedes ir contra el destino.

— Eso significa que no hay esperanza de una vida mejor. Eso es una trampa.

— ¿Así es como lo ves? — dice suavemente.

— ¿Qué quieres decir?

— Es un alivio seguir el camino que ha sido trazado para ti, saber cuál es tu curso y tomar parte en ello.

— Pero ¿cómo puedes estar seguro de que estás siguiendo el curso correcto?
¿Qué pasaría si no existiera el destino, sólo la elección?

— Entonces no elegiría vivir sin destino — dice con una leve sonrisa.

Parece tan seguro y, sin embargo, yo sólo siento incertidumbre.

— ¿Alguna vez tienes dudas? ¿Sobre cualquier cosa?

Sonríe vanidoso.

— Sí.

Me gustaría saber cuáles son, pero el hombre chino regresa e interrumpe nuestra conversación. Le seguimos, apartando los fétidos trapos. Señala a un inglés gordo con los brazos del tamaño de un elefante.

— Buscamos al dueño del Chin-Chin — dice Kartik.

— Están ante él — contesta el inglés —. Se lo compré al anterior propietario hace tres años. Algunos me llaman Chin. Otros me llaman Tío Billy. Pasen y saboreen la felicidad.

El cuenco con el opio se encuentra en una mesita baja. Chin remueve el espeso mejunje negro. Saca una pegajosa bola de opio que parece alquitrán y la introduce en una pipa de madera. Con horror veo que lleva la alianza de mi padre colgada de una cadena en su cuello.

— ¿De dónde ha sacado ese anillo? — le pregunto en un susurro ronco que espero pase por la voz de un hombre joven.

— Bonito, ¿verdad? Un cliente me la dio para comprarse opio.

— Ese hombre, ¿está todavía aquí?

— No lo sé. No dirijo una casa de huéspedes ahora, tío.

— Chin... — Es una voz apremiante y ronca que proviene de detrás de la cortina de trapos.

Se asoma una mano que tiembla en busca de la pipa. Entre unos dedos delgados balancea un reloj de oro de bolsillo.

— Cógelo, Chin... Dame más...

Padre.

Retiro la cortina. Mi padre yace en un sucio y roto jergón, con tan sólo sus pantalones y camisa. La chaqueta y el abrigo adornan a una mujer que está tumbada sobre él, roncando suavemente. Ya no tiene ni su fina corbata ni las botas; no sé si se las han robado o las ha canjeado. El hedor a orina me ahoga y tengo que esforzarme por no marearme.

— Padre.

Trata de distinguir en la tenue luz quién le habla. Tiene los ojos sanguinolentos y las pupilas dilatadas y vidriosas.

— Hola — dice sonriendo como si soñara.

Me vienen arcadas y tengo que contenerlas.

— Padre, hay que irse a casa.

— Sólo un poco más. Cuando me reponga nos iremos...

Chin coge el reloj y se lo mete en el bolsillo, pasándole la pipa a Padre.

— No le dé más — le suplico.

Trato de coger la pipa, pero Padre me la arranca de la mano y además me da un empujón. Kartik acude en mi ayuda.

— Chin, la luz. Hay un buen hombre...

Chin acerca la vela a la pipa. Mi padre se ve tras el humo. Aprieta los ojos, que dejan escapar una lágrima que hace un surco a través de su mejilla sin afeitarse.

— Déjame, mi amor.

No puedo soportarlo más. Con la poca fuerza que me queda, le quito de encima a la mujer y le pongo de pie. Los dos damos un traspié hacia atrás. Chin se ríe al vernos, como si fuera una pelea de gallos o un espectáculo deportivo. Kartik coge a mi padre por el otro brazo y juntos lo conducimos a través de los atestados fumaderos de opio. Me avergüenza que vea a mi padre en ese estado. Quisiera llorar pero me temo que si empiezo no acabaría nunca.

Bajamos tropezando por las escaleras, pero de alguna forma conseguimos llegar hasta el carruaje sin más inconvenientes. Los muchachos han cumplido su palabra. En el grupo hay ahora una veintena más de muchachos, que se bajan de los asientos y de *Ginger*. El aire frío de la noche, que antes me ha sorprendido, es un miserable bálsamo después del humo de opio. Tomo con avidez unas bocanadas de aire mientras Kartik y yo ayudamos a Padre a subir al carruaje. Los pantalones de Tom se me enganchan en la puerta y se rasgan por la costura. No me importa, estoy demasiado destrozada. Todo lo que he dejado atrás: frustración, soledad, temor y la tristeza opresiva que me ha dejado, todo ello me sale a borbotones entre un torrente de lágrimas.

— ¿Gemma?

— No... me... mires — digo sorbiendo por la nariz y girando la cabeza hacia el frío acero del carruaje—. Todo es... tan... horrible... y es por... mi culpa.

— No es culpa tuya.

— Sí, ¡sí que lo es! Si no fuera quien soy, Madre no hubiera muerto. ¡Padre nunca hubiera estado así! ¡He destrozado su felicidad! Y... — Me detengo.

— ¿Y?

— Emplé la magia para tratar de curarle.

Temo que Kartik se enfade, pero no dice nada.

— No puedo soportar verle sufrir así. ¿Para qué sirve todo ese poder si no puedo hacer nada con él?

Me asalta un nuevo caudal de lágrimas. Para mi sorpresa Kartik las retira con su mano. «*Meraa mitra yahaan aaiye*», susurra.

Sólo comprendo un poco de hindi, lo bastante para entender lo que ha dicho: «Ven aquí, amiga mía».

— Nunca había conocido a una muchacha tan valiente — me dice.

Me deja apoyada contra el carruaje unos instantes, hasta que mis lágrimas cesan y mi cuerpo vuelve a sentirse como siempre después de un buen llanto: tranquilo y aliviado. En el Támesis las grandes campanas del Big Ben tocan las dos.

Kartik me ayuda desde el asiento contiguo a donde duerme mi padre con un «Feliz Navidad, señorita Doyle».

Cuando llegamos a casa, las luces están encendidas, lo cual es una mala señal. Tom espera en el salón. No hay manera de esconder lo que ha pasado.

—Gemma, ¿dónde estabas a estas horas? ¿Por qué te has puesto mis ropas? ¿Y qué le has hecho a mis mejores pantalones?

Kartik entra en la habitación, sujetando a Padre como puede.

—¡Padre! — dice Tom viéndolo a medio vestir y drogado—. ¿Qué ha pasado?

Me salen las palabras como un torrente.

—Lo encontramos en un antro de opio. Ha estado allí dos días. Kartik quería que fueras tú, pero yo no quería que fueras objeto de escándalo en el club y por eso yo, yo, yo...

Al oír todo el barullo, la señora Jones llega con su gorro de dormir todavía puesto.

—¿Ocurre algo grave, señor? — pregunta.

—El señor Doyle está enfermo.

La expresión de la señora Jones indica que reconoce la mentira, pero se pone en acción inmediatamente.

—Prepararé enseguida un té, señor. ¿Hago llamar al doctor?

—¡No! Sólo el té, por favor — ruge Tom, y mira a Kartik con dureza—. Puedo arreglármelas solo.

—Sí, señor — responde Kartik.

Por un momento no sé si ir hacia Kartik o hacia mi hermano. Al final ayudo a Tom y a la señora Jones a llevar a mi padre a la cama. Me quito las ropas de Tom y me restriego todo el cuerpo para sacarme el olor del Londres este y me pongo el pijama. Me encuentro a Tom sentado en el salón mirando absorto al fuego. Coge las ramitas que son demasiado pequeñas, y las parte en dos para alimentar con ellas las furiosas llamas.

—Lo siento, Tom. No sabía qué otra cosa podía hacer — le digo.

Me quedo esperando a que me diga que soy una desgracia para la familia y que no volveré a salir de casa otra vez.

Echa otra ramita. Crepita en el fuego y se consume. No sé qué decir.

—No he podido curarle — dice Tom en voz tan queda que he de inclinarme para oírle—. Un estudiante de medicina es un hombre de ciencia. Se supone que tiene respuestas. Pero ni siquiera puedo ayudar a mi padre a dominar sus demonios.

Reclino la cabeza contra el marco de madera de la puerta. Algo firme que me sostiene para no derrumbarme.

—Con el tiempo, encontrarás la manera.

Pretendo sonar tranquilizadora, pero no lo consigo.

—No. La ciencia se ha acabado para mí. Se ha acabado.

Sujeta su cabeza entre las manos y se oye un sonido ahogado. Está tratando de no llorar, pero no lo consigue. Quisiera cruzar la alfombra corriendo y abrazarle con fuerza, pero no lo hago por temor a su desdén. En lugar de eso, giro el pomo de la

puerta lentamente y me marcho para que él pueda guardar las apariencias. Me odio por eso.

CAPÍTULO 36

El sonido lejano de las campanas de la iglesia me despierta. Es la mañana de Navidad. La casa está tan silenciosa como la morgue. Padre y Tom todavía duermen después de la larga noche, y Abuela ha preferido quedarse en la cama también. Sólo están levantados los criados.

Me visto rápidamente y me dirijo en silencio hacia la cochera. Todavía adormilado, Kartik está inmóvil y se ve encantador.

—Vengo a disculparme por lo de anoche y agradecerte que le ayudaras —le digo.

—Todo el mundo necesita ayuda alguna vez —responde.

—Menos tú.

No me responde. En lugar de eso me da algo burdamente envuelto en un pedazo de tela.

– Feliz Navidad, señorita Doyle.
Estoy sorprendida.
– ¿Qué es esto?
– Ábrelo.
Dentro de la tela hay una cuchilla del tamaño de un pulgar.
La parte superior de la cuchilla es un primitivo tótem que representa a muchos hombres armados con una cabeza de búfalo.
– Megh Sambara – explica Kartik –. Los hindúes creen que protege contra los enemigos.
– Pensaba que no creías en ninguna costumbre que no fuera de los Rakshana.
Apurado, Kartik mete las manos en los bolsillos y se balancea sobre sus tacones.
– Era de Amar.
– Entonces no debes desprenderte de ello – digo intentando devolvérselo.
Kartik da un salto para evitar la cuchilla.
– ¡Cuidado, es pequeña pero afilada! Y puede que la necesites.
Detesto que me recuerde lo que he de hacer en este momento.
– La guardaré conmigo. Gracias.
Veo que hay otro pequeño envoltorio junto a él. Me encantaría preguntarle si es para Emily, pero no me atrevo a hacerlo.
– ¿No es hoy el baile de Navidad de la señorita Worthington? – pregunta Kartik pasándose los dedos por sus enmarañados rizos.
– Sí – le respondo.
– ¿Qué se hace en esos bailes? – me pregunta tímidamente.
– Bueno – suspiro –, es la gran ocasión para sonreír y hablar del tiempo y de lo bien que se ve la gente. Hay una cena ligera y refrescos. Y el baile, por supuesto.
– Nunca he estado en un baile. No sé qué tipo de danza se baila.
– No es difícil de aprender para un hombre. Las mujeres tienen que ejercitarse para hacerlo hacia atrás sin pisarle los pies.
Kartik coloca las manos en posición de agarrar a una acompañante imaginaria.
– ¿Así?
Y comienza a dar vueltas y vueltas.
– Un poco más despacio. Así es – le indico.
Kartik se pone morado como una ciruela.
– Le preguntaba, lady Como – se – llame, si ha recibido muchas visitas desde que llegó a Londres.
– ¡Oh!, lord Presumido – le respondo imitando su tono –. He recibido tantas tarjetas de invitación que he tenido que ponerlas en dos soperas chinas.
– ¿Dos soperas, dice?
– Dos soperas.
– ¡Qué desgracia para usted y su cerámica china! – dice Kartik riéndose. ¡Está tan encantador cuando se ríe!
– Me encantaría verte con chaqueta negra y corbata blanca.
Kartik se para.

— ¿Cree que me parecería a uno de esos elegantes caballeros?

— Sí.

Se inclina hacia mí.

— ¿Me concede este baile, señorita Doyle?

Le hago una reverencia.

— Oh, por supuesto, lord Presumido.

— No — dice suavemente —. ¿Me concedes a mí este baile?

Kartik me está pidiendo que baile con él. Miro alrededor. Mientras duermen, los postigos de las ventanas permanecen echados. Hasta el sol parece esconderse tras las nubes grises de sus sábanas. No hay nadie por ahí, pero pueden aparecer en cualquier momento. No debo. Es impropio. ¿Qué pasaría si alguien nos ve? ¿Qué pasa con Simon?

Pero mis manos toman la decisión por mí, empujándome en el frío de esta mañana de Navidad a pegarme a él.

— Eh, tu, eh, tu otra mano tiene que estar en mi cintura — le digo mientras observo nuestros pies.

— ¿Aquí? — dice dejando descansar su mano en mi cadera.

— Más arriba — digo con voz ronca mientras su mano encuentra mi cintura —.

Eso es.

— ¿Y ahora qué?

— Pues bailamos — le digo mientras respiro dando pequeñas bocanadas.

Al principio damos vueltas despacio y torpemente. Hay tanto espacio entre los dos que cabría otra persona. Sigo mirando nuestros pies mientras damos pasos muy juntos uno del otro y dejamos surcos sobre la capa de serrín.

— Me parece que sería más fácil si no me apartaras tanto.

— Así es como se hace — le respondo.

Me atrae hacia él, mucho más cerca de lo que sería apropiado. Apenas cabe un susurro entre su pecho y el mío. Miro alrededor instintivamente, pero nadie nos ve excepto los caballos. La mano de Kartik va de mi cintura a la parte baja de mi espalda, y estoy sofocada. Mientras damos vueltas y vueltas y su mano calienta mi espalda, su otra mano sostiene la mía, y de pronto la cabeza me da vueltas.

— Gemma — me dice de una manera que me obliga a mirar esos maravillosos ojos castaños —. Hay algo que debo decirte.

No debe decirlo. Lo echará todo a perder. Me despego y me sujeto el estómago con la mano para serenarme.

— ¿Estás bien? — me pregunta Kartik.

Sonríó débilmente y niego con la cabeza.

— El frío — digo —. Es mejor que vuelva.

— Pero primero necesito decírtelo.

— Hay mucho que hacer — le digo cortante.

— Está bien — dice con tono herido —. No olvides tu regalo.

Me entrega la encantadora cuchilla. Nuestras manos se rozan y por un instante es como si el mundo contuviera la respiración, entonces sus labios, esos cálidos y suaves labios, me besan. Siento como si me hubiera caído un aguacero.

Cuando me aparto, me parece tener pájaros revoloteando en el estómago.

—No, por favor.

—Es porque no soy inglés, ¿verdad? — me pregunta.

—Claro que no —le digo—. No le doy importancia a que seas de la India.

Me mira como si le hubiera pinchado. Entonces se pone a reír echando la cabeza atrás. No sé qué he podido decir que sea tan gracioso. Me dirige una mirada tan dura que temo que mi corazón se vaya a romper.

—Así que ni siquiera me ves como a uno de allí. Bien, eso es un alivio tremendo.

—Yoo... no he querido decir eso.

—Los ingleses nunca lo hacéis.

Se dirige hacia el establo, conmigo pisándole los talones. Nunca me había puesto a pensar en lo insultante que suena eso. Pero ahora es demasiado tarde, me doy cuenta de que tiene razón, que en lo más profundo de mi corazón he dado por sentado que era tan sincera con Kartik y conmigo misma... porque es indio y no puede haber nada entre nosotros. Nada de lo que diga puede engañarle. He confundido todo.

Kartik mete sus escasas pertenencias en una mochila.

—¿Adonde vas?

—A Rakshana. Ha llegado la hora de que reclame mi sitio. Debo empezar mi entrenamiento y avanzar.

—Por favor, no te vayas, Kartik. No quiero que te vayas.

Es la cosa más cierta que he dicho en lo que va de día.

—Pues lo siento por ti.

Comienza a haber movimiento en las cocheras. Los criados se ponen en acción como las figuritas mecánicas de un reloj de cuco.

—Es mejor que te vayas adentro. ¿Serías tan amable de darle esto a Emily por mí? — me dice en un tono glacial.

Me pasa el regalo, que se abre: es la *Odisea*.

—Dile que siento no poder seguir enseñándole a leer. Tendrá que buscarse a otro.

—Kartik —empiezo a decir.

Me doy cuenta de que ha tenido mi regalo colgado en la pared durante meses.

—¿No quieres llevarte el palo de criquet?

—Criquet. Es un juego demasiado inglés — me responde—. Adiós, señorita Doyle.

Se carga la mochila en la espalda y se marcha, desapareciendo en la débil luz de la mañana.

CAPÍTULO 37

Al mediodía, las calles de Londres son un concierto de campanas que llaman a la iglesia. Abuela, Tom y yo nos sentamos en los duros bancos de madera, dejando que las palabras del reverendo nos invadan.

—Entonces Herodes, cuando tuvo delante a los sabios que había convocado, les preguntó cuándo aparecería la estrella. Y les envió a Belén y dijo: «Id y buscad con presteza al niño; y cuando lo hayáis encontrado, hacédmelo saber que yo iré y también lo adoraré»...

Paseo mi mirada por la iglesia. A mi alrededor, las cabezas de la gente están inclinadas, rezando con recogimiento. Felices, porque después de todo es Navidad.

La luz de colores procedente de las vidrieras muestra al ángel de la anunciación. María está arrodillada a sus pies, temblorosa mientras recibe con temor el mensaje que le trae el visitante celestial. Su rostro se muestra temeroso y sobrecogido ante el anuncio del regalo que no ha pedido pero que sin embargo soportará. Y me pregunto por qué no hay ningún pasaje que describa sus terribles dudas.

— Entonces Herodes, cuando vio que había sido burlado por los sabios, se encolerizó y así envió a sus hombres y mandó asesinar a todos los niños que encontraran en Belén y en sus alrededores...

Por qué no hay ningún panel que diga: «No, lo siento. No deseo tu regalo. Llévate. Tengo ovejas que cuidar y pan que amasar, no deseo ser una santa enviada».

La ventana es lo único que miro. Un rayo de luz atraviesa el cristal y, por un momento, el ángel parece tan encendido como el mismo sol.

Me dejan pasar la tarde con Felicity y Ann para que Abuela y Tom atiendan a Padre. La señora Worthington está admirando el bonito conjunto de la pequeña Polly, que ha puesto a Felicity de mal humor para ponerse a tono conmigo. Sólo Ann parece disfrutar del día. Es la primera Navidad que puede recordar en un verdadero hogar y con un baile al que asistir, y le da tantas vueltas a todo que nos atormenta con preguntas.

— ¿Debo ponerme flores y perlas en el pelo? ¿O es muy hortera?

— Hortera — le responde Felicity —. No sé por qué tenemos que llevarla. Hay un montón de parientes más adecuados, me parece.

Me siento en el tocador de Felicity y me cepillo el pelo contando cada pasada y recordando el dolor de la mirada de Kartik cada vez que me paso el cepillo.

— Sesenta y cuatro, sesenta y cinco, sesenta y seis...

— Le hacen carantoñas y se preocupan por ella como si nos visitara una princesa — refunfuña Felicity.

— Es una monada — dice irreflexivamente Ann —. Estaba pensando en ponerme perfume. Gemma, ¿a Tom le gustan las chicas que llevan un aroma muy intenso?

— Le gusta el olor a estiércol — dice Felicity —. Deberías revolearte en el establo para demostrarle todo tu amor.

— Vaya humor que tienes — refunfuña Ann.

No debería haber bailado con él. No debería haber dejado que me besara. Pero quiero que me bese para después insultarle.

— Oh, ¡qué lata!

Felicity carraspea mientras se dirige hacia su cama, que está inundada de medias, sedas y enaguas descartadas. Todos los armarios de Felicity están abiertos de par en par, como si quisiera que los viera todo el mundo. Y aún no ha encontrado nada a su gusto.

— No pienso ir — suelta Felicity.

Se sienta desgarradamente y con petulancia en una tumbona, con las medias de lana arrolladas en los tobillos. Toda su pretendida modestia ha desaparecido.

— Es el baile de tu madre — le digo —. Tienes que ir. Sesenta y siete, sesenta y ocho...

— ¡No tengo nada que ponerme!

Hago un ademán solemne hacia la cama y retomo la cuenta.

— ¿No te puedes poner uno de los trajes de noche que tu madre ha mandado hacer para ti en París? — le pregunta Ann mientras sujeta uno de los vestidos contra su cuerpo y lo aparta.

Después le hace una reverencia a su imaginario acompañante.

— Son burgueses — resopla Felicity.

Ann pasa sus dedos por las aguas de la tela de seda azul y por las cuentas, bordadas alrededor del cuello.

— Éste me parece encantador.

— Entonces, pónitelo.

Ann retira los dedos como si se quemara.

— No podría ni empezar a metérmelo.

— Podrías si dejaras de zamparte esos bollos para el desayuno.

— No importa. Sería como un insulto para el vestido.

Felicity salta como un resorte y le dirige una mirada que raya en la fiera.

— ¿Por qué haces eso? Te subestimas en cuanto tienes oportunidad.

— Sólo estaba aclarando las cosas.

— No, no lo estabas. ¿Sí o no, Gemma?

— Setenta y siete, setenta y ocho, setenta y nueve... — contesto en voz baja —.

Ann, si sigues diciendo lo poco valiosa que eres, la gente empezará a creerlo.

Ann se encoge de hombros y devuelve el vestido al montón de ropa de la cama.

— Se creen lo que ven.

— Entonces cambia lo que ven.

— ¿Cómo?

— Ponte ese vestido. Podemos sacarle las costuras.

— Cien. — Me vuelvo hacia ellas —. Sí, pero ya no te servirá a ti.

La amplia sonrisa de Felicity tiene algo de salvaje.

— Exactamente.

— ¿De verdad te parece una buena idea? — le pregunto.

El vestido es bastante caro, lo han hecho en París expresamente para Felicity.

— ¿No se enfadará tu madre? — pregunta Ann.

— Estará demasiado entretenida con los invitados para darse cuenta de lo que llevo. Sólo estará preocupada de su propio vestido y de si le rejuvenece.

Parece una mala idea pero Ann vuelve a tocar la tela como si fuera un preciado tesoro, y no seré yo quien se lo estropee.

Felicity da un salto.

— Llamaré a Franny. Aunque es una pesada es la mejor modista del mundo.

Franny acude a la llamada. Cuando Felicity le explica lo que quiere hacer, abre los ojos con incredulidad.

— ¿Consultamos con la señora Worthington primero, señorita?

—No, Franny. Quiero darle una sorpresa a mamá. Se pondrá muy contenta de ver que le queda tan bien a la señorita Bradshaw.

—Muy bien, señorita.

Franny le toma las medidas a Ann.

—Será difícil, señorita. No estoy segura de que haya suficiente tela.

Ann se sonroja.

—¡Oh!, por favor, no te molestes. Me pondré el que llevé a la ópera.

—Franny —dice Felicity pronunciando su nombre como si cantara una nana—, tú eres una costurera tan buena, que estoy segura de que si alguien puede hacerlo eres tú.

—Pero una vez que lo arregle, señorita, ya no se puede volver a dejar como estaba —dice Franny.

—Déjame eso a mí —dice Felicity, empujándola con el vestido.

—Ahora vamos a ver cómo te dejamos la cintura.

Mirando a la pared, Ann se abraza a sí misma con los dos brazos. Cuando comienza a darse la vuelta para decirme algo, Felicity le gira la cabeza hacia delante otra vez.

—No iréis a pellizcarme muy fuerte, ¿verdad?

—Sí —digo—. Ahora quédate quieta.

Le doy un fuerte tirón en los lazos del corsé, apretando la cintura de Ann tanto como puedo.

—Ci... cielos —jadea.

—Otra vez —dice Felicity.

Estiro con fuerza y Ann se endereza buscando aire mientras unas lágrimas humedecen sus ojos.

—Demasiado apretado —dice con una voz ahogada.

—¿No quieres ponerte el vestido? —se mofa Felicity.

—Sí... pero no quiero morirme.

—Está bien, no sirve de nada si te desmayas sobre nosotras —aflojo las tiras y el color retorna a la cara de Ann.

—Siéntate aquí —le digo conduciéndola a la tumbona.

No le queda otra elección que sentarse. Respira de la misma manera que un caballo cansado.

—No es tan malo una vez que te has acostumbrado —susurra Ann con una débil sonrisa.

Felicity se echa otra vez en la tumbona.

—Mentirosa.

—¿Qué os pareció la actuación de Nell Hawkins? Para mí fue un verdadero galimatías —dice Ann tratando de respirar—. Tom estaba tan guapo, creo yo. Es tan amable.

—No he sido capaz de encontrarle sentido —respondo—. Ofrece esperanza a los Intocables; no dejes que termine la canción. Cuidado con la belleza; la belleza pasa.

—No salgas del sendero. ¿Qué quiso decir? —pregunta Ann alzando la voz.

— Y qué me decís de las escurridizas y traviesas ninfas — dice Felicity con una risita tonta —. O de ¡Cuidado con los guerreros! Os engullirán. ¡Engullir, engullir!

Ann comienza a reírse tontamente, pero el corsé le corta las risas. Sólo puede sonreír y jadear.

— Intentaba decirnos algo. Estoy convencida. — Pero en este asunto estoy a la defensiva.

— ¡Vamos, Gemma! Era un poema sin sentido. Pobre Nell Hawkins, está loca de remate.

— Entonces, ¿cómo sabía lo de la Gorgona o lo del Bosque de la Luz o del vapor dorado?

— Puede que se lo dijeras tú.

— ¡No lo hice!

— Entonces lo leería en alguna parte.

— No — protesto —. Creo que hablaba con nosotras en clave, y si no podemos descifrarla no podremos resolver el misterio de la localización del Templo.

— Gemma, sé que deseas creer que Nell tiene la llave de todo esto, pero debo decirte, después de haberla visto, que estás equivocada.

— Hablas igual que Kartik — digo, y al instante me arrepiento de haberlo nombrado.

— ¿Qué te pasa, Gemma? ¿Por qué frunces el ceño? — dice Ann.

— Kartik se ha ido.

— ¿Ido? ¿Ido adonde? — pregunta Felicity poniéndose una media y examinándola por la curva de la pantorrilla.

— Regresa a Rakshana. Le insulté y se marchó.

— ¿Qué le dijiste? — me pregunta Felicity.

— Le dije que nunca pensé en él como si fuera indio.

— ¿Qué hay de insulto en eso? — dice Felicity sin comprender.

Se quita la media y la deja caer al suelo.

— Gemma, ¿iremos esta noche a los reinos? Quiero enseñarle a Pip mi traje de noche y desearle feliz Navidad.

— Será difícil escaparse — le digo.

— Tonterías. Siempre hay alguna oportunidad de escaparse de los espías. Lo he hecho otras veces.

— Me gustaría pasármelo bien en el baile — digo.

Felicity se me queda mirando con una sonrisa burlona.

— ¿Deseas pasártelo bien con Simon Middleton?

— Yo tengo la esperanza de poder bailar con Tom — admite Ann.

— Iremos mañana — digo arrojándole un hueso a Felicity.

— Te detesto cuando te pones así. Algún día tendré poder y entonces entraré en los reinos cuando me plazca — dice Felicity enfadada.

— No te enfades, Felicity — le suplica Ann —. Es sólo una noche. Mañana. Mañana entraremos de nuevo a los reinos.

—Echo de menos a Pip. Con ella todo era divertido — dice Felicity, y se aleja de nosotras con desprecio.

Después de que Felicity salga de esa manera tan abrupta, Ann y yo mantenemos una pequeña charla y pasamos el rato jugando con las cintas. Entonces, como si no hubiera pasado nada, Felicity irrumpe en la habitación con Franny, que lleva delicadamente colgado del brazo el vestido de seda azul.

— ¡Vamos a echarle un vistazo! ¿Podemos? — exclama Felicity.

Ann da unos pasos hacia la brillante tela y desliza sus brazos dentro, poniéndose el vestido. Franny le ata los botoncitos de perlas de la espalda. Es precioso. Ann se gira ante el espejo como si no pudiera creer que la muchacha del espejo fuera su propio reflejo.

— ¿Qué te parece? — le pregunto sujetando el cabello de Ann.

Mueve la cabeza y observa su cuello desnudo.

— Sí, me gusta. Gracias, Felicity.

— No me lo agradezcas a mí. Disfrutaré muchísimo viendo la cara de mi madre.

— ¿Qué quieres decir? — pregunta Ann —. Creí que habías dicho que no le importaría.

— ¿Eso dije? — dice Felicity, fingiendo sorprenderse.

Le lanzo a Felicity una mirada de advertencia. Me ignora y saca un terciopelo color burdeos de la pila de la cama.

— Franny, eres una modista increíble. Estoy segura de que no será un problema para ti hacerle un pequeño arreglo a este vestido de noche. Porque estoy segura de que lo harás a tiempo.

Franny se sonroja.

— Sí, señorita.

— Lo que pasa es que el corpiño de este vestido resulta algo mojigato para que una joven dama asista a un baile tan importante como éste. ¿No estás de acuerdo?

Franny examina el corpiño.

— Supongo que podré bajar un poquito el escote, señorita.

— Oh, sí, por favor. Ahora mismo — dice Felicity, empujando a Franny afuera.

Toma asiento en el sitio del tocador donde yo estaba y rompe a reír con una carcajada malévola.

— ¿Por qué la odias de esa manera? — le digo.

— De hecho le estoy tomando cariño a Franny.

— Me refería a tu madre.

Felicity coge dos pendientes de piedras granate y los examina.

— No me interesan sus gustos en vestidos de noche.

— Si no quieres hablar de ello...

— No, no quiero — dice Felicity.

A veces, Felicity es para mí un misterio igual que el lugar donde está el Templo. Puede ser rencorosa e infantil un momento, y animada y alegre al minuto

siguiente. Una chica lo bastante amable como para llevarse a Ann a casa en Navidad y lo bastante inmadura como para creer que Kartik es inferior.

– A mí me parece muy agradable – dice Ann.

Felicity se queda mirando al techo.

– Ha invertido mucho en parecer agradable, divertida y accesible. Eso es lo que a ella le importa. Pero no cometas el error de acudir a ella por algo importante.

Una sombra de dureza ensombrece el rostro de Felicity.

– ¿Qué quieres decir? – le pregunto.

– Nada – murmura.

Y el misterio que es para mí Felicity Worthington se hace mayor.

Para divertirme me pongo uno de los vestidos de mujer que tiene Felicity, uno de satén verde oscuro. Ann se ajusta los corchetes y comienza a verse una sugerente cintura. Me asombro de verme con este aspecto; las medias lunas de mis pálidos pechos quedan aplastados por la tela de seda y flores. ¿Es ésa la chica que la gente ve?

Para Felicity y Ann soy un medio de acceder a los reinos.

Para la abuela soy algo que debe ser moldeado.

Para Tom soy la hermana que ha de soportar.

Para Padre soy una buena chica, siempre a punto de llevarle la contraria.

Para Simon soy un enigma.

Para Kartik soy una tarea que debe llevar a cabo.

Esta reflexión me hace mirar atrás y me quedo esperando ser presentada.

«Hola, muchacha del espejo. Eres Gemma Doyle. Y no tengo ni idea de quién eres realmente.»

CAPÍTULO 38

En Park Lane las luces de la mansión de los Worthington brillan con intensidad. La casa resplandece en medio de la silenciosa nevada. Los carruajes van alineándose al llegar en una larga fila negra. Los lacayos ayudan a las damas a apearse sobre el bordillo, donde toman los brazos de los caballeros y se dirigen lentamente hacia la entrada principal, con las cabezas muy altas, mostrando las joyas y los sombreros.

Nuestro nuevo cochero, el señor Jackson, observa mientras un lacayo ayuda a la abuela a salir del carruaje.

—Tenga cuidado con el charco, señora — dice Jackson al notar una sospechosa charca en la calle.

—Eres un buen hombre — dice Tom—. Hemos sido afortunados de encontrarte ahora que el señor Kartik se ha desvanecido sin dejar rastro. La verdad es que si su nuevo empleador contacta conmigo no diré nada acerca de él.

Hago un gesto al oír esto. ¿He vuelto a ver a Kartik otra vez?

El señor Jackson se levanta e inclina su sombrero. Es un hombre de una altura brutal, y su largo y fino bigote enroscado en las puntas me recuerda al de las morsas. Quizá no esté siendo amable porque echo de menos a Kartik.

—¿Dónde has encontrado al señor Jackson? — le pregunto mientras nos reunimos con las elegantes parejas que desfilan hacia el baile.

—¡Oh!, él nos encontró a nosotros. Pasó por casa preguntando si necesitábamos un cochero.

—¿El día de Navidad? ¡Es curioso! — digo.

—Y afortunado — dice Tom—. Ahora recuerda: Padre ha caído enfermo y no puede asistir esta noche, pero envía sus más sinceras excusas.

Como no digo nada, la abuela se agarra a mi brazo sonriendo y saludando con la cabeza a los que llegan. —¿Gemma?

—Sí — le digo suspirando—. Lo recordaré.

Felicity y su madre nos saludan cuando llegamos. El vestido de Felicity, el que ha arreglado Franny, muestra un atrevido escote que no pasa desapercibido entre los invitados, que no disimulan su asombro y se quedan mirándola. La sonrisa forzada de la señora Worthington revela sus sentimientos, pero no puede hacer otra cosa que mostrarse desafiante, como si su hija no estuviera avergonzándola en su propio baile. No comprendo por qué Felicity martiriza de esa manera a su madre, ni por qué su madre lo aguanta sin mucho más que un suspiro de martirio.

—¿Cómo estás? — le murmuro a Felicity mientras intercambiamos saludos de cortesía.

—Encantada de que hayas venido — me dice.

Las dos estamos tan formales que tengo que contener una carcajada. Felicity gesticula hacia el hombre de su izquierda.

—No me puedo creer que conozca a mi padre, sir George Worthington.

—¿Cómo está usted, señor Worthington? — digo, haciendo una reverencia.

El padre de Felicity es un hombre atractivo, con ojos grises y claros, y un bonito pelo rubio oscuro. Tiene el tipo de perfil imponente que uno se imagina delineado contra el gris del mar. Me lo imagino con los brazos en la espalda, como está ahora, dando órdenes a sus hombres. Como su hija, posee una sonrisa carismática que despliega cuando la pequeña Polly entra en el salón con su vestido de terciopelo azul y sus cabellos peinados en tirabuzones.

—¿Puedo quedarme al baile, tío? — pregunta la niña sosegadamente.

—Debería irse al cuarto de los niños — dice la madre de Felicity.

—No, No. Es Navidad. Nuestra Polly quiere bailar y lo hará — dice el almirante.
—Me temo que cuando se trata de ser indulgente con las jovencitas me convierto en un viejo tonto.

Los invitados se ríen entre dientes, disfrutando del espíritu navideño. Cuando nos vamos, le oigo saludar a la gente con afabilidad y encanto.

—...Sí, mañana me tomo el día para ir al Hospital Real de Greenwich a visitar a los ancianos de la Marina. ¿Cree que me darán una cama? Stevens, ¿cómo lleva lo de la pierna? Ah, bien bien...

En una mesa lateral hay dispuestas unas preciosas tarjetas de baile. Han sido hábilmente decoradas con un galón dorado y un diminuto lápiz para apuntar el nombre del acompañante junto al baile que solicite: vals, quadrille, gallop, polca. Aunque me gustaría poner en todos ellos el nombre de Simon, sé que no debo bailar más de tres piezas con ningún caballero. Además, tengo que bailar una vez con mi hermano.

La tarjeta será un encantador recuerdo de mi primer baile, aunque realmente soy una colegiala, porque aún no he hecho mi debut ni ha llegado mi momento. Pero esto es una fiesta familiar y como tal tendré todos los privilegios de una señorita de diecisiete o dieciocho.

La abuela pasa un montón de tiempo saludando a varias damas, y yo me veo forzada a seguirla sonriendo, haciendo reverencias y generalmente sin poder hablar a menos que me dirijan la palabra. Me encuentro con las carabinas — la mayoría son aburridas tías solteras — y una tal señora Bowles le promete a Abuela que me vigilará como una gallina clueca mientras ella se entretiene por ahí jugando a las cartas. Espío a Simon cuando entra en el salón con su familia. Siento cosquillas en el estómago. Estoy tan absorta con su llegada que no oigo una pregunta que me dirige una lady No-sé-qué. Ella, Abuela y la señora Bowles se quedan mirándome esperando una respuesta. Abuela cierra brevemente los ojos con un gesto avergonzado.

—Sí, gracias — digo deseando no equivocarme.

Lady No-sé-qué sonrío y se da aire con un abanico de marfil.

—¡Maravilloso! El próximo baile está a punto de comenzar, y aquí viene mi Percival.

Un joven aparece a su lado. Su cabeza me llega a la mejilla y tiene la desgracia de parecerse a un pez de ojos saltones y boca excepcionalmente grande. Y yo acabo de aceptar un baile con él.

Mientras dura la polca llego a dos conclusiones. Una, este baile es un poco como ser sacudida durante una eternidad. Dos, el motivo por el que Percival tiene una boca tan excepcionalmente grande es por exceso de uso. Se pasa el baile hablando y sólo se detiene para hacerme preguntas que él mismo responde. Me vienen a la cabeza historias de sobrevivientes en las que hombres valerosos se vieron forzados a amputarse sus propios miembros con el fin de escapar de trampas hechas para animales, y me temo que tendré que recurrir a esta drástica medida si la orquesta

no se detiene. Afortunadamente llega ese momento y logro escaparme diciéndole a Percival que «lamento» tener todos los bailes ocupados.

Mientras me abro paso por la pista de baile para regresar a la compañía de la señora Bowles y las carabinas, veo a Ann que sale a bailar con Tom. No puede verse más feliz, y Tom parece estar encantado en su compañía. Me siento contenta de verlos juntos.

— ¿Me permite este baile, señorita Doyle? — Simon me hace una leve reverencia.

— Estaré encantada.

— He visto que lady Faber la ha atrapado para que baile con su hijo Percival — me dice Simon mientras bailamos el vals.

Su mano enguantada descansa en mi espalda y me lleva fácilmente alrededor de la pista.

— Es un bailarín muy cauteloso — digo intentando ser amable.

Simon sonríe.

— ¿Así es como lo diría? Supongo que es una habilidad ser capaz de bailar la polca y hablar incesantemente al mismo tiempo.

No puedo evitar reírme.

— Mire allí — dice Simon —, la señorita Weston y el señor Sharpe.

Me señala a una joven mujer de aspecto severo que está sentada en una silla sola, con la tarjeta de baile en la mano. Dirige fugaces miradas a un hombre alto de cabello oscuro, que charla con otra joven mujer y su institutriz de espaldas a la señorita Weston.

— Todo el mundo sabe que la señorita Weston se ha encaprichado con el señor Sharpe. También es sabido que el señor Sharpe no sabe que ella existe. Mira cómo anhela que él le pida un baile. Apuesto a que ella ha dejado vacía la tarjeta de baile por si él le pide uno.

El señor Sharpe se dirige hacia la señorita Weston.

— Mira — digo —. Puede que vaya a pedirselo ahora.

Sentada con aire digno, la señorita Weston dibuja en su delgado rostro de aguja una sonrisa esperanzada. El señor Sharpe pasa de largo y ella simula mirar a otro lado, como si no le molestara lo más mínimo su rechazo. Es todo tan cruel.

— Ah, quizá no — dice Simon.

Simon se dedica a hacer comentarios de las parejas que nos rodean.

— El señor Kingsley va tras la viuda Marsh, que tiene un considerable fideicomiso. La señorita Byrne está mucho más gruesa que en su baile en mayo. En público come como un pajarito, pero he oído que en la intimidad puede comerse una despensa entera en un santiamén. Se dice que el señor Braxton tiene una relación con la institutriz. Y luego está el caso de nuestros anfitriones, los Worthington.

— ¿Qué quieres decir?

— Apenas si se tratan. Mira cómo ella le evita.

La madre de Felicity va de un invitado a otro, atendiendo a todo el mundo, pero no se la ve mucho con su esposo.

— Ella es la anfitriona — digo, sintiéndome impelida a defenderla.

— Todo el mundo sabe que ella vive en París con su amante, un artista francés. Y la joven señorita Worthington ha dejado demasiada piel al aire esta noche. Está a punto de ser la comidilla del baile. Probablemente se tendrá que casar con un hortera americano. Es una pena. Su padre fue nombrado caballero por la reina y recibió el título de Caballero de la Orden del Baño por su distinguida carrera naval. Y ahora incluso se ha hecho cargo de la hija huérfana de una prima lejana. Es un buen hombre, pero su hija ha empezado a convertirse en una mancha para su buena reputación.

Lo que Simon dice sobre Felicity es verdad, aunque no me gusta oírle hablar de mi amiga de esa manera. Es un aspecto de Simon que no conocía.

— Lo que pasa es que es muy alegre — protesto.

— ¿La he hecho enfadar? — dice Simon.

— No, en absoluto — miento, aunque no sé por qué trato de no parecer enfadada.

— Sí, lo está. Ha sido muy desconsiderado por mi parte. Si fuera usted un hombre, le dejaría una pistola para que defendiera su honor — dice con esa sonrisa suya medio diabólica.

Simon se ríe.

— Señorita Doyle, Londres es, con diferencia, mucho más interesante si está usted.

El baile termina y Simon me escolta por la pista, prometiéndome otro baile cuando mi tarjeta esté libre. Ann y Felicity corren a mi lado y me insisten para que les acompañe a otra sala donde hay limonada. Con la señora Bowles merodeando, atravesamos las habitaciones con las manos enlazadas, contándonos chismorreos sin parar.

— ...y entonces me dijo que era demasiado joven para llevar un vestido tan escotado y que podría muy bien haberme impedido salir así si hubiera sabido que iba a avergonzarla con ese vestido tan vulgar, y que el de seda azul está hecho una ruina... — parlotea Felicity.

— No estará enfadada conmigo, ¿verdad? — pregunta Ann con la preocupación dibujada en el rostro—. ¿No le dijiste que yo intenté detenerte?

— No tienes que preocuparte tanto. Tu reputación está intacta. Además, Padre salió en mi defensa y Madre se echó para atrás enseguida. Nunca ha podido enfrentarse a él...

El salón de baile va a dar a una habitación que ha sido destinada a los refrescos. Sorbemos las limonadas, que están frescas. A pesar del frío invernal estamos acaloradas por el baile y la excitación. Ann mira ansiosamente hacia el salón de baile. Cuando la música comienza de nuevo, da un brinco con su tarjeta de baile.

— ¿Eso qué es?

— No lo sé — le digo—. Parece otro vals.

— Oh, gracias a Dios. Tom me ha pedido bailar la quadrille. No me gustaría que se me pasara.

Felicity está momentáneamente aturdida.

– ¿Tom?
Ann está radiante.

– Sí. Me dijo que quería saberlo todo sobre mi tío y cómo me convertí en una dama. Oh, Gemma, ¿tú crees que le gusto?

¿Qué hemos hecho? ¿Qué pasará cuando se descubra el engaño? Siento cierta inquietud.

– ¿Te gusta de verdad?
– Muchísimo. Es tan... respetable.
Me atraganto con la pulpa de limón de mi refresco.

– ¿Qué tal te va con el señor Middleton? – me pregunta Felicity.
– Es un bailarín de lo más experto – digo para torturarlas, por supuesto.
Felicity aplasta juguetona su tarjeta de baile contra mí.

– ¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Es un bailarín de lo más experto?
– Vamos, cuenta – me presiona Ann.

La señora Bowles nos ha descubierto. Ahora ronda cerca, esperando que le demos un poco de conversación, algún escándalo.

– ¡Qué pena, se me ha rasgado el vestido! – digo.
Ann ladea su cuerpo para mirarme la falda.
– ¿Dónde? No veo nada.
Felicity se da cuenta enseguida.

– Ay, sí. Tenemos que ir al guardarropa ahora mismo. Una de las criadas puede arreglarlo. ¡No se preocupe por nosotras, señora Bowles!

Antes de que nuestra carabina pueda decir una palabra, Felicity nos lleva volando por las escaleras hasta llegar a un pequeño guardarropa.

– ¿Y bien?
– Es encantador. Es como si le conociera de toda la vida – les digo.
– A mí no me hace ni caso – dice Felicity.
¿Sabe lo que me ha contado sobre ella? Me sonrojo pensando que podía haberla defendido mejor.

– ¿Por qué dices eso?
– Quiso cortejarme. El año pasado le rechacé y nunca me lo ha perdonado. Es un golpe duro.
– Creí que no te interesaba Simon.
– Eso es exactamente, no siento nada por él. Tampoco me preguntaste si me interesaba.

Mis buenos sentimientos se ahogan en el fondo de mi estómago, como el confeti desparramado por la pista de baile. ¿Ha estado Simon prestándome atención todo este tiempo para fastidiar a Felicity? ¿O realmente le intereso?

– Creo que hemos de volver al baile – digo, dirigiéndome hacia el primer piso con un paso más rápido del necesario, de manera que dejo un abismo entre Felicity y yo.

Todavía no me apetece unirme a la alegría general. Necesito un momento para recobrar me. En el lado más alejado de la sala veo un par de contraventanas que se

abren a un pequeño balcón. Me deslizo fuera, y me quedo mirando el amplio espacio de Hyde Park. En los árboles desnudos veo a Felicity con su escotado vestido de noche, y a mí, la alta y desgarbada, la muchacha que tiene visiones, jugando a ser elegante. Felicity y Simon. Juntos podrían tener una vida sin complicaciones. Ambos son atractivos, elegantes y han viajado. ¿Entendería sus ingeniosos chistes? ¿Se los contaría a ella? Quizás ella le haría la vida imposible. Quizá.

El aire frío me alivia. Cada vez que tomo aire, el frío me despeja la cabeza un poco más. De pronto me doy cuenta de que me he recuperado lo suficiente como para sentir fresco. Debajo veo a los cocheros y lacayos reunidos junto a un puesto con café. Están aferrados a sus tazas de bebida caliente mientras caminan arriba y abajo por la nieve, intentando mantenerse calientes. Estos bailes deben de ser un sufrimiento para ellos. Por un momento me parece ver a Kartik, pero entonces recuerdo que se ha ido.

La noche continúa entre música, bailes, susurros, sonrisas y promesas. El champán corre libremente y la gente se ríe con alegría y se olvida de las preocupaciones. De pronto, las carabinas han perdido interés en vigilar a las muchachas y se dedican a bailar o a jugar al whist con otras jugadoras en la habitación de abajo. Cuando por fin Simon regresa de jugar a las cartas, estoy hecha un mar de nervios.

— Estás aquí — me dice sonriente —. ¿Me has reservado otro baile?

No puedo evitarlo y le digo:

— Pensaba que quizá preferirías bailar con la señorita Worthington.

Me mira con el ceño fruncido.

— ¿Un baile con Felicity la carnívora? ¿Por qué? ¿Se ha comido a todos los hombres disponibles?

Me quedo tan aliviada con su respuesta que sonrío a pesar de mi amistad con Felicity.

— No debería reírme. Eso que has dicho es horrible.

— Sí — contesta Simon levantando una ceja —. Soy muy bueno diciendo cosas horribles. ¿Quieres descubrirlo?

— ¿Qué quieres decir?

— ¿Podemos dar un paseo?

— Eeh — le digo con un temor mezclado con cierta excitación —, se lo diré a la señora Bowles.

Simon sonrío.

— Sólo será un paseo. Además, mira qué bien se lo está pasando con el baile. ¿Para qué vamos a interrumpir un momento tan agradable?

No deseo que Simon se moleste y crea que soy una aburrida. Pero sería impropio que me marchara sola con él. No sé qué hacer.

— En serio, tengo que informar a la señora Bowles.

— Muy bien — responde Simon, que, con una sonrisa, se excusa y se va.

Ahora sí que la he liado. Le he echado. Sin embargo, poco después regresa con Felicity y Ann.

— Ahora estamos salvados, o al menos tu reputación está asegurada. No sé la mía.

— ¿Qué pasa aquí? — pregunta Felicity.

— Si a las señoritas no les importa acompañarme a la sala de billar, lo descubrirán enseguida — dice Simon despidiéndose.

Esperamos un tiempo prudencial antes de dirigirnos arriba, donde se encuentra la sala de billar de los Worthington. Me mareo sólo con pensar en quedarme a solas con Simon, y me siento doblemente mareada de que Felicity esté con nosotros.

— ¿Qué estás tramando, Simon? — le pregunta.

Al oírla pronunciar su nombre con tanta familiaridad siento que se me revuelve el estómago.

Simon se dirige a la librería y coge un libro de una estantería.

— ¿Pretendes leernos? — dice Felicity arrugando la nariz, extrañada.

Con el taco tira una bola blanca que recorre el fieltro verde de la mesa y choca en el triángulo de bolas del centro, haciendo que éstas salgan en varias direcciones.

De un hueco del libro Simon saca una botella con un espeso líquido color esmeralda. No es como los licores que yo he visto.

— ¿Qué es eso? — pregunto con la boca seca.

Sus labios se curvan haciendo una mueca picara.

— Un poco de hierba de hada. Es una señora sumamente afable, creo que pensaréis lo mismo.

Aún estoy confundida.

— Absenta. La bebida de los artistas y de los locos. Algunos dicen que el hada verde vive en un vaso de absenta y que te lleva como por arte de magia a su guarida, donde se pueden ver todo tipo de cosas extrañas y maravillosas. ¿Queréis probar a estar en dos mundos a la vez?

No sé si reírme o llorar.

— Oh — dice Ann preocupada —, quizá deberíamos volver. Seguramente nos están buscando.

— Les diremos que estábamos en el guardarropa arreglando el descosido de tu vestido — dice Felicity —. Quiero probar la absenta.

Yo no deseo probar la absenta. Bueno, quizás un poquito, aunque no estoy segura del efecto que pueda hacer en mí. Tengo miedo de quedarme, pero no quiero salir ahora de la habitación y dejar que Felicity comparta esta experiencia a solas con Simon.

— A mí también me gustaría probarla — digo roncamente.

— Un espíritu aventurero — dice Simon, mirándome —. Me encanta.

Simon alarga la mano de nuevo, saca una cuchara plana que está encajada dentro. De una licorera se sirve medio vaso de agua. Pone el vaso en la mesa y

coloca la extraña cuchara sobre la boca del vaso. Después introduce con elegancia sus dedos en el bolsillo para sacar un terrón de azúcar, que coloca sobre la cuchara.

— ¿Para qué es eso? — le pregunto.

— Para quitar el sabor amargo del ajeno.

Espesa como la savia de un árbol, verde como la hierba en verano, la absenta fluye sobre el azúcar, disolviéndolo en su lento fluir. Dentro del vaso tiene lugar una hermosa alquimia. El remolino verde se convierte en un blanco lechoso. Es extraordinario.

— ¿Cómo se logra eso? — le pregunto.

Simon se saca una moneda del bolsillo, se la pone en la palma de la mano y después me enseña la palma vacía. La moneda ha desaparecido.

— Magia.

— Vamos a ver si es verdad — dice Felicity tratando de alcanzar el vaso, pero Simon lo coge y me lo ofrece.

— La señorita primero — me dice.

Felicity le mira como si escupiera fuego por los ojos. Ha sido una crueldad pincharla así, pero yo también debo de ser cruel porque me siento satisfecha de haber sido elegida la primera. Cuando cojo el vaso me tiembla la mano. En parte espero que esta extraña bebida me convierta en rana. Incluso el olor es embriagador, como el licor de nuez moscada. Al tragar me quema la garganta. Cuando termino, Felicity me lo arranca de las manos y bebe su parte. Después se lo ofrece a Ann, que apenas toma un sorbito. Por fin le toca a Simon, que toma su parte y me lo pasa de nuevo. Hacemos la ronda tres veces más hasta que no queda nada en el vaso.

Simon emplea su pañuelo para limpiar los restos de absenta del vaso y coloca todo detrás del libro, para volverlo a coger en otro momento. Se sitúa cerca de mí y Felicity se interpone entre los dos tomándome de la cintura.

— Gracias, Simon. Ahora lo que deberíamos hacer es ir al guardarropa para que nuestra historia sea creíble — dice con una chispa de satisfacción en su mirada.

Por lo que puedo ver, a Simon no le agrada la idea. Pero hace una reverencia y nos deja marchar.

— Yo no me siento muy diferente — dice Ann cuando llegamos al guardarropa y nos regocijamos viendo cómo las criadas se ponen a buscar en el vestido nuestro descosido imaginario.

— Eso es porque apenas si bebiste un sorbo — murmura Felicity —. Yo estoy bastante bien.

Siento algo cálido en la cabeza, una claridad que me hace ver que todo está bien y nada puede lastimarme. Le sonrío a Felicity; ya no estoy molesta con ella, estoy disfrutando de nuestra osadía. ¿Por qué será que los secretos afloran cuando te acercas a otros de esa manera que no querrías que terminara?

— Estás preciosa — me dice Felicity con las pupilas tan grandes como lunas.

— Tú también — le respondo sin dejar de sonreír.

— ¿Y yo qué? — pregunta Ann.

— También — le digo —. Tom no podrá resistirse. Eres una princesa, Ann.

Eso hace que la criada que se encarga de mi vestido alce la mirada hacia mí por un instante, para enseguida volver a lo suyo.

Cuando entramos de nuevo al salón de baile, todo parece haberse transformado, los colores se ven más oscuros y las luces más difusas. La hierba de hada se funde como un líquido de fuego que corre por mis venas como un cotilleo, como las alas de miles de ángeles, como el susurro del más delicado secreto que nunca haya oído. A mi alrededor el salón se convierte en una preciosa imagen borrosa de color, sonido y movimiento; el frufú de las faldas almidonadas de las damas se mezcla con los verdes y azules, plateados y borgoñas de sus enjoyados cuerpos. Se balancean y se doblan hacia los caballeros como imágenes de un espejo que besan y salen volando, besan y salen volando.

Siento que mis labios están brillantes y preciosos. Mi boca crece como la fruta madura y todo lo que puedo hacer es sonreír como si supiera todo lo que tengo que saber y sin esperar nada a cambio. Simon me encuentra y me oigo a mí misma aceptando bailar con él. Nos mezclamos con el torbellino de gente. Me siento flotar. Simon Middleton es el hombre más atractivo que jamás haya conocido. Quiero decírselo pero no me salen las palabras. A través de mis ojos borrosos el salón se ha transformado en la danza sagrada de los Derviches Giradores; sus sotanas blancas revolotean como la primera nieve del invierno, sus gorros altos y morados desafían la gravedad cuando las cabezas giran. Pero sé que no puedo estar viendo eso.

Cierro los ojos con esfuerzo para aclarar la escena, y cuando los vuelvo a abrir veo a las damas y caballeros con las manos unidas bailando un vals. Por encima de sus delicados hombros, las damas se comunican entre ellas con sutiles miradas y movimientos de cabeza. «La chica de los Thetford y el joven Roberts hacen una buena pareja ¿no creéis?» Un destino sellado, futuros decididos en tres cuartos de hora bajo el oropel creador de ilusiones y de los candelabros que irradian su luz a través de los prismas de cristal, bañándolo todo con un reflejo de fría belleza.

El baile termina y Simon me lleva a través de la pista. Mareada, doy un pequeño traspié. Mi mano busca algo firme en donde sostenerme y me encuentro con el amplio espacio del pecho de Simon. Los dedos se me doblan alrededor de los pétalos blancos de la rosa de su solapa.

— Tranquila. Quiero decir, ¿se encuentra bien, señorita Doyle?

Sonrío. Oh sí, bastante. No puedo hablar ni sentir mi cuerpo, pero estoy tan encantada, por favor, déjame aquí. Sonrío. Los pétalos se caen y giran lentamente, ejecutando su propia danza. La palma de mi guante se mancha con la rosa. No puedo imaginarme qué es ni qué tengo que hacer. Esto me produce una incontenible risa y me encuentro riendo a carcajadas.

— Quieta ahí... — dice Simon presionando ligeramente mi muñeca.

El dolor regresa lentamente a mis sentidos. Simon me hace pasar por los grandes maceteros de helechos que hay cerca de la entrada hasta detrás de un biombo muy decorado. Entre sus pliegues puedo distinguir el torbellino de la pista

de baile que hemos atravesado. Estamos ocultos pero aquí podríamos ser descubiertos. Debería estar alarmada, pero no lo estoy. No me importa.

—Gemma — me dice Simon.

Sus labios me rozan justo bajo el lóbulo de la oreja, trazando un arco húmedo hasta la nuca. Tengo la cabeza caliente y pesada. Todo en mí está listo y maduro. La habitación continúa con su danza de luces, pero los sonidos de la fiesta se han apagado y se oyen lejanos. Lo que oigo dentro de mí es la voz de Simon.

—Gemma, Gemma, eres un elixir.

Se pega contra mí. No sé si es la absenta o algo más profundo, algo indescriptible, pero me voy hundiendo dentro de mí y no deseo detenerme.

—Ven conmigo — me susurra.

El eco de su voz suena en mi cabeza. Me toma del brazo como si fuéramos a bailar. En lugar de eso me saca del salón de baile y me lleva arriba, lejos de la fiesta. Me lleva a una pequeña habitación del ático, la habitación de la criada, creo. Está más bien oscura, iluminada sólo por una vela. Es como si no tuviera voluntad. Me hundo en la cama maravillándome de cómo se ven mis manos contra la luz de la vela, como si no fueran mías. Simon mira cómo me observo las manos y comienza a desabotonarme el guante. Cuando lo abre, besa las venitas azules que laten en mi muñeca.

Quiero decirle que pare. La bruma de la absenta se aclara ligeramente. Estoy sola con Simon. Me está besando la muñeca. No deberíamos estar aquí. No debemos.

—Yo... yo quiero regresar.

—Ssshhh, Gemma.

Me saca el guante. Siento la extrañeza de mi piel desnuda.

—A mi madre le gustas. Haríamos una bonita pareja, ¿qué piensas tú?

¿Pensar? No puedo pensar. Me empieza a quitar el otro guante. Mi cuerpo se arquea y se pone tirante. ¡Oh, Dios mío! Está ocurriendo. Está ocurriendo. Por encima de la cabeza inclinada de Simon veo un resplandor y siento que mi cuerpo se tensa por una visión de la que no puedo salir. Lo último que oigo es la voz preocupada de Simon diciendo «Gemma, Gemma». Y después caigo, caigo en un profundo agujero.

Las tres muchachas de blanco flotan detrás de Simon. Lo hemos encontrado. Lo hemos encontrado. Ven y mira...

Las sigo deprisa a través de los reinos hasta la cima de una colina. Oigo unos llantos. Vamos deprisa, muy deprisa. La colina da paso a la más magnífica catedral que nunca haya visto. Brilla como un espejo. El Templo.

—Deprisa... — me susurran las muchachas —. Antes de que lo encuentren.

Tras ellas se agrupan oscuras nubes. El viento les aparta el cabello de los rostros pálidos y ensombrecidos. Algo se acerca. Algo surge tras ellas y se eleva como un fénix. Una negra criatura alada. Las muchachas no miran, no lo ven. Pero yo sí. Abre las alas hasta que tapa el cielo y deja ver su interior, un horrible revoltijo de caras que gritan.

Entonces me pongo a chillar.

— ¡Gemma, Gemma! — oigo la voz de Simon llamándome para que vuelva. Me pone la mano sobre la boca para que no grite —. Lo siento, no pretendía hacerte daño.

Precipitadamente me devuelve los guantes. Me cuesta regresar a la habitación y darme cuenta de que Simon estaba besando mis hombros desnudos y de que piensa que grito por eso. Todavía estoy mareada por la bebida y siento náuseas. Vomito en el lavamanos de la criada y Simon corre a traerme una toalla.

Me siento mortificada y me duele la cabeza. También tengo temblores por todo el cuerpo, tanto por la visión como por lo que ha pasado entre los dos.

— ¿Quieres que vaya a buscar a alguien? — me pregunta Simon, que está parado en la puerta, sin acercarse más.

Le digo que no con la cabeza.

— No, gracias. Quiero regresar al baile.

— Sí, enseguida — dice Simon con voz temerosa y aliviada al mismo tiempo.

Quisiera explicárselo, pero ¿cómo? Entonces bajamos las escaleras en silencio. Me deja en el primer piso. La campana llama a la cena y yo simplemente me uno a las otras señoritas.

La cena se alarga y gradualmente, con la comida y el tiempo, me voy sintiendo mejor. Simon no ha venido a cenar, y al tiempo que se aclara mi mente crece mi vergüenza. He sido una loca por beber absenta y haberme ido sola con él. Y luego esa visión tan horrible. Aunque por un instante he visto el Templo. Lo he visto. Está a nuestro alcance. No es el mayor consuelo de la noche pero, si hay un consuelo, me aferraré a él rápidamente.

La señora Worthington hace un brindis por la Navidad. Ann es presentada e invitada a cantar. Cuando lo hace, todos los asistentes la aplauden, aunque nadie tan fuerte como Tom, que le grita «¡Bravo!». La institutriz llega con una Polly adormilada que abraza a su muñeca.

El almirante Worthington llama a la niña con una seña.

— Siéntate aquí, niña. ¿Todavía soy tu tío más bueno?

Polly salta a su regazo y le dedica una tímida sonrisa. Felicity mira con un gesto severo. No puedo creer que sea tan inmadura como para estar celosa de la niña. ¿Por qué hace esas cosas?

— ¿Qué? ¿Ése es todo el regalo que le haces a tu tío en estos días? Vamos, dale a tu tío un beso de verdad y como Dios manda.

La niña se revuelve con un gesto tímido, dirigiendo los dardos de sus ojos de una persona a otra. Cada uno le devuelve la misma expresión de ánimo. Venga. Dale un beso. Resignada, Polly se inclina con los ojos cerrados y besa la atractiva mejilla del almirante Worthington. Se oyen susurros de aprobación y afecto por toda la sala.

«Ah, bien hecho. Eso es. Ya ve lord Worthington, la niña le quiere como si fuera su propio padre. Qué hombre tan bueno.»

— Padre — dice Felicity levantándose —. Polly debe irse a la cama ahora. Es tarde.

— ¿Señor?

La institutriz mira al almirante Worthington, esperando sus órdenes.

— Sí, muy bien. Ve entonces, Polly querida. Iré más tarde para echarte polvo de hadas, mi niña, así me aseguraré que tengas dulces sueños.

Felicity detiene a la institutriz.

— Deja que lleve yo a Polly a la cama.

La institutriz le hace una leve reverencia.

— Como desee, señorita.

No me gusta esto. ¿Por qué quiere Felicity quedarse a solas con Polly? No irá a hacerle daño, ¿verdad? Me disculpo y me escabullo de la sala para seguirla.

Felicity conduce a Polly por las escaleras hasta el cuarto de los niños. Me quedo fuera, escuchando. Felicity está en cuclillas y apoya las manos en los hombros de Polly.

— Polly, tienes que prometerme algo. Prométeme que cerrarás la puerta antes de meterte en la cama. ¿Me lo prometes?

— Sí, prima.

— Y debes cerrar la puerta todas las noches. No lo olvides, Polly. Es muy importante.

— Pero ¿por qué prima?

— Para que no entren los monstruos, por supuesto.

— Pero si cierro la puerta, tío no podrá echarme polvo de hadas.

— Yo te espolvorearé polvo de hadas, Polly. Pero no debes dejar que tío entre.

No comprendo. ¿Por qué insiste tanto en que deje fuera a su propio padre? ¿Qué podría hacer el almirante que pudiera...?

¡Oh, Dios! Surge en mí la horrible conciencia de lo que ocurre, como un gran pájaro que lentamente agita las alas de la verdad y crea una terrible sombra.

No puedes acudir a ella pase lo que pase.

No. No, almirante. ¿Crees que hay un demonio que empuja a la gente a hacer cosas? Salgo de las sombras cuando Felicity abandona la habitación de Polly. Se queda un momento hasta que oye el chasquido del cerrojo. Parece tan pequeña. En las escaleras doy un paso adelante y la sorprendo.

— ¡Gemma! Me has asustado. ¿No te pita la cabeza? Te lo digo de verdad, no volveré a beber absenta otra vez. ¿Por qué no estabas en la fiesta?

— He oído lo que le decías a Polly —le digo.

Los ojos de Felicity me miran desafiantes, pero esta vez no la temo.

— ¿De verdad? ¿El qué?

— ¿Tu puerta no tenía cerrojo? —le pregunto.

Felicity hace una inspiración profunda.

— No sé qué estas insinuando, pero creo que debes parar esto ya —me dice.

Pongo mi mano en la suya, pero la retira.

— ¡Detente! —me desprecia.

— Oh, Fee, lo siento tanto...
Mueve su cabeza y se da la vuelta, de forma que no le veo la cara.
— Tú no sabes cómo es realmente, Gemma. No es culpa de él. La culpable soy yo. Yo hice que le ocurriera. Él me lo dijo.
— Felicity, te digo con toda seguridad que no es culpa tuya.
— Sabía que no lo entenderías.
— Entiendo que es tu padre.
Me vuelve a mirar con lágrimas en los ojos.
— No quería hacerlo. Me quiere. Él me lo dijo.
— Fee...
— Eso es algo, ¿no? Es algo.
Sus sollozos se entrecortan, y se pone la mano contra la boca como si quisiera cogerlos y devolverlos adentro.
— Los padres deben proteger a sus hijos.
Sus ojos se encienden. Su mano me señala.
— ¿Tú no eres una buena experta en eso? Dime, Gemma, ¿cómo puede protegerte tu padre con el sopor del láudano?
— ¡No es en absoluto lo mismo!
— Estás tan ciega. Sólo ves lo que quieres ver. — Me mira enfurecida —. ¿Sabes lo que es sentirse impotente, indefensa? No, claro que no. Tú eres la gran Gemma Doyle. Tú tienes toda la fuerza, ¿no?
Nos quedamos allí, mirándonos la una a la otra sin decir ni una sola palabra. No tiene derecho a atacarme de esa manera. Sólo intentaba ayudarla. Por ahora, sólo puedo pensar en que no quiero volver a ver a Felicity.
Sin decir nada empiezo a bajar las escaleras.
— Sí, sigue. Adelante. Siempre estás yendo y viniendo. El resto se queda aquí. ¿Crees que todavía te querría si supiera quién eres? Realmente no le importa, sólo cuando le conviene.
Por un momento no sé si se refiere a Simon o a mi padre. Sigo caminando y dejo a Felicity arriba de pie, en las sombras.

El baile se termina. La sala es un barullo de gente. Cogen los abrigo, bostezan buenas noches y los que antes bailaban ahora pisan los restos de suciedad del suelo: confeti, migas, olvidadas tarjetas de baile y marchitas flores de pétalos. Algunos de los caballeros tienen la nariz enrojecida y están un poco achispados. Aprietan la mano de la señora Worthington con demasiada efusividad y hablan con un tono demasiado fuerte. Sus esposas tiran de ellos con un amable pero firme «Nuestro coche está esperando, señor Johnson». Otros continúan. Algunos se marchan con el rubor de un nuevo amor dibujado en sus rostros soñadores; otros lucen esperanzas rotas y corazones heridos en sus miradas bajas y sonrisas temblorosas.

Percival me pregunta si puede llamarnos alguna vez. No veo a Simon. Parece como si los Middleton se hubieran ido. Se ha ido sin despedirse.

Lo he hecho todo mal: Kartik, Simon, Felicity, Padre. Feliz Navidad. Dios nos bendiga a todos.

Pero en mi visión he visto el Templo.

Sólo deseo poder contárselo a alguien.

CAPÍTULO 39

Transcurren dos miserables y solitarios días antes de que encuentre el valor de llamar a Felicity con el pretexto de devolverle un libro.

— Preguntaré si está en casa, señorita — dice Shames, el mayordomo, cogiendo la tarjeta de visita de mi abuela en la que he escrito mi nombre con una clara caligrafía.

Enseguida vuelve solo y me devuelve la tarjeta.

— Lo siento, pero parece que la señorita Worthington se ha ido.

Al marcharme, me giro. Miro arriba y veo su rostro en la ventana.

Inmediatamente se oculta tras la cortina. Está en casa y ha decidido hacerme un desaire.

Ann viene corriendo hacia mi carruaje.
 – Lo siento, Gemma. Estoy segura de que no quería hacerlo. Ya sabes cómo se pone.

– Eso no la excusa – le digo.

Ann parece inquieta por algo más que eso.
 – ¿Pasa algo?

– He recibido una carta de mi prima. Alguien ha hecho averiguaciones sobre mi pretendida relación familiar con el duque de Chesterfield. Gemma, me descubrirán.

– No te van a descubrir.

– ¡Sí! Y en cuanto los Worthington sepan quién soy yo y que les he engañado... ¡Ay, Gemma, estoy perdida!

– No hables de la carta con la señora Worthington.

– ¡Está tan enfada todavía por lo del vestido! Escuché por casualidad cómo le decía a Felicity que, después de habérmelo puesto yo, era un desastre total. No debí dejar que me convenciera. Y ahora... me hundiré para siempre, Gemma.

Ann casi está enferma de preocupación y miedo.
 – Lo arreglaremos – le digo, aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo. Veo de nuevo a Felicity en la ventana. Hay tanto que arreglar...

– ¿Podrías darle a Felicity un mensaje de mi parte?

– Claro – gime Ann –. Si es que todavía estoy aquí para decírselo.

– ¿Puedes decirle que he estado en el Templo? Lo vi en una visión la noche del baile.

– ¿Lo viste?

– Las tres chicas de blanco me mostraron el camino. Dile que cuando esté preparada, volveremos.

– Se lo diré – me promete Ann –. Gemma...

Otra vez no. No puedo ayudarla ahora.
 – No le contarás nada de esto a Tom, ¿verdad?

Si se entera, no sé a quién odiará más por decepcionarle: si a Ann o a mí.
 – Tu secreto está a salvo.

No soporto volver a casa. Padre se está deteriorando rápidamente, pide a gritos láudano o la pipa o cualquier opiáceo que le quite el dolor. Tom está sentado tras la puerta de la habitación de Padre. Tiene las rodillas dobladas y sus largos brazos descansan sobre ellas. No se ha afeitado y tiene ojeras.

– Te he traído té – le digo alcanzándole una taza –. ¿Cómo se encuentra?

Como si me respondiera, Padre gime al otro lado de la puerta. Oigo el crujido de la cama bajo el peso de sus movimientos agitados. Lloro quedamente. Tom se tapa los oídos con las manos como si pudiera exprimirse todos sus pensamientos de la cabeza.

– Le he fallado, Gemma.

Esta vez me siento junto a mi hermano.
 – No, no es verdad.

– Quizá no debería pensar que soy un médico.
– Claro que lo eres. Ann piensa que vas a ser uno de los mejores médicos de Londres –le digo con la esperanza de darle ánimos.
Me cuesta ver así a Tom, el imposible, el arrogante, el imparable Tom, tan hundido. Él es lo único constante en mi vida, incluso si lo constante es irritación.
Tom sonrío avergonzado.
– ¿La señorita Bradshaw dijo eso? Es muy amable, y también muy rica. Cuando te pedí que me encontrases una pareja apropiada con una pequeña fortuna sólo estaba bromeando. Pero por lo que veo te lo tomaste al pie de la letra.
– Sí, bueno, en cuanto a su fortuna... – comienzo.
¿Cómo puedo explicarle a Tom esa mentira? Debo decírselo antes de que las cosas lleguen demasiado lejos, pero todavía no tengo fuerzas para confesarle que Ann no es una heredera sino una simpática y esperanzada alma que cree en él.
– Ella es rica de otras muchas maneras, Tom. Recuerda eso.
Padre se queja en voz alta y Tom hace como si fuera a desgarrarse la piel.
– No lo aguanto más. Quizá debería darle un poco de algo, brandy o...
– No. ¿Por qué no sales a dar un paseo o te vas al club? Me sentaré con él.
– Gracias, Gemma.
Me da un impulsivo besito en la frente que me deja la piel cálida.
– No sucumbas a sus súplicas. Sé cómo sois las mujeres: demasiado blandas para ser buenos guardianes.
– Venga. Vete –le digo.
La habitación de Padre está bañada por una neblina purpúrea de polvo. Gime y se agita en el lecho, retorciendo las sábanas de lino. El aire huele a sudor, Padre está empapado en él y tiene la ropa de la cama pegada al cuerpo.
– ¡Hola, Padre! –le digo al tiempo que corro las cortinas y enciendo la luz.
Sirvo agua en un vaso y se lo acerco a los labios, que están cuarteados y pálidos. Se toma los sorbos a intervalos.
– Gemma – dice sin aliento –. Gemma, querida. Ayúdame.
No llores, Gemma. Sé fuerte.
– ¿Podrías leerme un poco? – Me sujeta el brazo –. Estoy teniendo unos sueños horribles. Son tan reales que no puedo decir si estoy despierto o soñando.
Se me retuerce el estómago.
– ¿Qué clase de sueños?
– Son criaturas que me cuentan historias terribles sobre tu madre. Dicen que no era quien decía ser. Que era una bruja, una hechicera que hizo cosas terribles. Mi Virginia... mi esposa.
Se derrumba entre sollozos. Algo se precipita dentro de mí.
Mi padre, no. Dejad en paz a mi padre.
– Mi esposa era virtuosa. Era una noble mujer. Una buena mujer.
Sus ojos tropiezan con los míos.
– Me dicen que es por tu culpa. Que todo es por ti.
Trato de respirar. La mirada de Padre se suaviza.

— Pero tú eres mi niña querida, mi buena niña, ¿verdad, Gemma?

— Sí — murmuro —, claro que sí.

Me aprieta con fuerza.

— No puedo aguantar un minuto más estas cosas. Sé una chica buena, Gemma. Encuentra la botella antes de que esos sueños regresen a por mí.

Mi resolución flaquea. Cuando sus súplicas se vuelven más apremiantes, ya no estoy tan segura de mí misma, su voz rasgada murmura con aspereza.

— Por favor. Por favor. Por favor. No puedo soportarlo.

Una pequeña burbuja de saliva se queda sobre sus labios partidos.

Creo que voy a volverme loca. La mente de mi padre, como la de Nell Hawkins, se ha desgastado. Y ahora esas criaturas lo han encontrado en sus sueños y no le dejarán en paz por mi culpa. Soy la responsable y yo debo ponerle remedio. Esta noche iré a los reinos y no me marcharé hasta haber encontrado el Templo.

Pero no puedo dejar que mi padre sufra mientras lo hago.

— Sssh, Padre. Te ayudaré — le digo.

Subiéndome el borde de la falda más de lo apropiado salgo corriendo hacia mi habitación y busco la caja donde he escondido la botella. Corro de prisa al lado de mi padre. Tiene las sábanas de lino enrolladas en sus nudillos y balancea su cabeza adelante y atrás. Está sudoroso y se retuerce de dolor.

— Padre, aquí. ¡Aquí! — Le pongo la botella en los labios y bebe el láudano como si estuviera muerto de sed.

— Más — me suplica.

— Sssh, eso es todo lo que hay.

— ¡No es bastante! — me grita —. ¡No es bastante!

— Dale tiempo.

— ¡No! ¡Vete de aquí! — vocifera, y se golpea la cabeza contra el cabezal.

— ¡Padre, para! — Sujeto su cabeza con mis manos para evitar que se lastime más.

— Tú eres mi niña buena, Gemma — susurra.

Entorna los ojos. Su mirada se enciende y entra en un estado de sueño narcótico. Espero haber hecho lo correcto.

La señora Jones está junto a la puerta.

— Señorita, ¿está todo bien?

Doy un tropezón.

— Sí — le digo, sin poder apenas contener la respiración —. El señor Doyle va a descansar ahora. Me acabo de acordar de que tengo algo que hacer. ¿Puede quedarse aquí con él? No me retrasaré mucho.

— Sí, señorita — me responde.

Ha comenzado a llover de nuevo. No hay carruaje, así que tomo un coche de caballos al Hospital Real de Bedlam. Quiero decirle a Nell que he visto el Templo en mi visión y que está a mi alcance. Y quiero preguntarle cómo puedo encontrar a la señorita McCleethy, Circe. Si cree que puede enviar a sus criaturas a atormentar a mi padre, está muy equivocada.

Cuando llego hay un pandemónium. El señor Sommers corre por el vestíbulo, restregándose las manos. Habla a gritos. Está muy agitado.

— Está haciendo cosas muy malas, señorita. ¡Muy malas!

Varios pacientes se han reunido en el vestíbulo, ansiosos por saber cuál es la causa de todo ese jaleo.

Se oye un terrible graznido que procede de abajo del vestíbulo. Dos de las mujeres juegan a imitarlo. Ese sonido, que se repite por todas partes al mismo tiempo, me perfora los oídos.

— ¡Que Dios nos asista! — exclama una enfermera —. ¿Qué es eso?

Pasamos corriendo ante las estrepitosas mujeres, con el eco de nuestros pasos resonando a través de los suelos relucientes, hasta que llegamos a la sala de estar. Nell está allí de pie, dándonos la espalda. La jaula de Cassandra está vacía y la puerta entreabierta.

— ¿Señorita Hawkins? ¿Qué es todo este jaleo...? La enfermera no dice nada mientras Nell se vuelve hacia nosotras.

CAPÍTULO 40

Al día siguiente por la tarde, la curiosidad de Felicity ya ha disipado su rabia contra mí. Ella y Ann responden a mi convocatoria. Nuestros días en Londres están tocando a su fin y pronto deberemos regresar a Spence. Tom saluda a Ann cálidamente, lo que la anima bastante. En las dos últimas semanas en Londres ha ganado confianza en sí misma, como si se creyera por fin digna de algo de felicidad. Aun así, yo sigo preocupada pensando que todo esto pueda acabar mal.

Felicity me conduce al salón.

— No debemos hablar de lo que sucedió en el baile nunca más. — Ni siquiera me mira —. De todas formas, no es lo que estás pensando. Mi padre es un buen hombre y un perfecto caballero que nunca haría daño a nadie.

— ¿Y qué pasa con Polly?

— ¿Qué pasa con Polly? — dice de repente, mirándome fijamente.

Felicity puede tener una mirada glacial cuando algo le molesta de verdad.

—Ha tenido suerte de que nosotros la hayamos recogido. Tiene todo lo que quiere: las mejores institutrices, escuela y una puesta de largo que acabará con todas las puestas de largo. Mucho mejor que un orfanato, ¿no?

Me callo porque mi silencio es el precio de su amistad.

—¿Hacemos un trato?

Ann se une a nosotros.

—¿Me he perdido algo?

Noto cómo Felicity espera mi respuesta.

—No —le digo a Ann.

Felicity deja caer los hombros.

—No nos preocupemos ahora de los horrores de las visitas que vienen a casa por vacaciones. Gemina sabe dónde encontrar el Templo.

—Creo que lo he visto.

—Y entonces, ¿a qué esperamos? En marcha —dice Ann.

Casi no reconozco el jardín. Las ramas de la maleza brotan secas, fuertes y altas como centinelas. La carcasa de un pequeño animal, un conejo o un erizo, yace abierta sobre la hierba mientras las moscas lo sobrevuelan haciendo un horrible estruendo.

—¿Estás segura de que estamos en el jardín? —pregunta Ann mirando alrededor.

—Sí —le digo—. Mira, ahí está el arco plateado. En realidad, no brilla mucho, pero todos los arcos son iguales.

Felicity ha encontrado la roca donde Pippa había escondido sus flechas, y se pone el carcaj a la espalda.

—¿Dónde está Pip?

En ese momento un precioso animal sale lentamente de los arbustos. Es un cruce entre un ciervo y un poni y luce una larga y brillante melena, con manchas de color malva en los costados.

—¡Hola! —le saludo.

La criatura camina lentamente hacia nosotros hasta que se detiene y olisquea el aire. Se marcha nerviosa como si hubiese olido algo que la alerta, pero algo salta sobre ella desde la maleza, con un grito guerrero.

—¡Fuera! —les grito al tiempo que las empujo contra los matorrales.

El animal es reducido en el suelo con violencia. Se oyen gritos y el sonido horrible de huesos que se rompen. Después nada, absolutamente nada.

—¿Qué era esa cosa? —susurra Ann.

—Ni idea —le digo.

Felicity coge su arco y la seguimos hasta el borde de la maleza donde nos escondíamos. Vemos algo junto al precioso animal, que está abierto en canal.

—¡Quédate donde estás! —grita Felicity en posición de ataque.

El temible ser alza la mirada y nos quedamos petrificadas al ver que se trata de Pippa con la cara salpicada por la sangre del animal. Juro que, por un instante, veo sus ojos cambiar del azul al blanco, con una mirada malévola que rompe su hasta ahora hermosa cara.

— ¿Pippa? — pregunta asombrada Felicity mientras baja el arco—. Pero... ¿qué haces?

Pippa se incorpora con el vestido hecho jirones y su cabello totalmente enmarañado.

— Tenía que hacerlo. Iba a lastimaros.

— No, no iba a hacernos nada — le digo yo.

— ¡Sí, estaba a punto! — nos grita—. No conocéis este tipo de cosas — dice aproximándose a nosotras.

Por puro instinto retrocedo lentamente. De repente, arranca un diente de león del suelo y se lo ofrece a Felicity.

— ¿Por qué no bajamos al río otra vez? Es un lugar maravilloso. Ann, conozco un sitio donde la magia es muy fuerte. Podríamos hacerte tan feliz y hermosa que se cumpliría ese deseo que anhelas en tu corazón.

— Me gustaría ser así de hermosa — le responde Ann—, pero mejor lo dejamos para cuando encontremos el Templo.

— Ann... — le advierto con cierto tono de reproche.

Pippa pasea su mirada de Ann a Felicity hasta llegar a mí.

— ¿Sabéis dónde está?

— Gemma lo vio muy cerca del lu...

— No, todavía no — interrumpo rápidamente a Felicity.

Los ojos de Pippa empiezan a llenarse de lágrimas.

— Sabéis dónde está pero no queréis que os acompañe.

Y tiene razón. Empiezo a temer a Pip, a aquello en lo que se está convirtiendo.

— Claro que queremos que vengas con nosotras, ¿verdad? — me suelta Felicity poniéndome en evidencia ante las otras.

Pip echa por tierra los esfuerzos de Felicity y me mira con odio.

— No, ella no quiere. No le gusto. Nunca le he gustado.

— Eso no es verdad — le espeto.

— ¡Yo creo que sí! Siempre has tenido celos de mí, de mi amistad con Felicity, de cómo aquel chico indio, Kartik, me miraba, como si me quisiera. Creo que por eso me odias. ¡No te molestes siquiera en negarlo porque se te nota en la cara!

Pippa me acaba de atravesar con la verdad, y lo sabe.

— No seas ridícula — me defiendo, aunque lo cierto es que apenas puedo respirar.

Pippa sigue clavándome su mirada de animal herido.

— Yo no estaría aquí si no fuese por vosotras.

Ahí está; acaba de soltar lo que todavía nadie había dicho.

— Por ti... fue tu elección comer las bayas — le respondo bruscamente—. Tú elegiste quedarte.

– Me dejaste aquí para que muriese en el río.
– No podía luchar contra el asesino de Circe... ¡Ese espíritu oscuro! Hasta regresé por ti.
– Di lo que quieras, Gemma, pero en tu corazón sabes la auténtica verdad. Me abandonaste aquí con esa cosa. Y si no fuese por mí, no hubieseis sabido... – De repente se calla.
– ¿No hubiésemos sabido qué? – pregunta Ann.
– ...No hubieseis sabido que ellos venían a por vosotras. Fui yo quien os advertió en vuestros sueños.
– Pero nos dijiste que no sabías nada de eso – interviene Felicity algo herida –. Mentiste. Me mentiste a mí.
– Fee, por favor, no te enfades conmigo – dice Pip.
– ¿Por qué no me lo habías dicho antes? – le pregunto.
Pippa se cruza de brazos.
– ¿Por qué tenía que arriesgarme a explicártelo todo cuando no me prometías nada a cambio?
Su lógica es como una telaraña bien urdida y lo peor es que estoy atrapada en ella.
– Muy bien. Si no confiáis en mí – continúa Pippa mientras se aleja de nosotras –, entonces quizá deberíais encontrar el Templo sin mí. Pero no me busquéis luego para que os ayude.
– Pippa, no te vayas – dice Felicity saliendo tras ella.
Nunca la había visto suplicándole a nadie. Y por primera vez, Pippa hace caso omiso de Felicity y continúa caminando hasta que desaparece de nuestra vista.
– ¿No deberíamos seguirla? – pregunta Ann.
– No. Si quiere comportarse como una niña consentida, déjala. No pienso ir tras ella – dice Felicity acariciando suavemente su arco –. Vámonos.
El amuleto señala el camino; nos internamos en el bosque y atravesamos la espesura donde las desdichadas damas de la Fábrica de Fuego esperan. Seguimos el camino que marca el ojo de luna creciente a través de un sendero largo y sinuoso hasta que llegamos a la extraña puerta que conduce a la Cueva de los Suspiros.
– ¿Cómo hemos acabado aquí otra vez? – pregunta Felicity.
Estoy realmente confundida.
– No lo sé. Me temo que me he desorientado completamente.
De repente Ann se detiene con una expresión de pánico en su cara.
– Gemma...
Me giro y ahí están, flotando sobre el sendero.
Felicity echa mano de sus flechas pero la detengo.
– Tranquila – le digo –. Son las muchachas de blanco.
– El Templo está cerrado – susurran con sus voces armoniosas –. Seguidnos.
Y lo hacemos a un paso rápido, aunque a lo más que llegamos es a no perderlas de vista. El agreste sendero verde se abre en la lejanía a unas colinas onduladas con áreas reseca. De pronto ya no las distinguimos. Se han evaporado.

— ¿Dónde están? — pregunta Felicity mientras se quita el carcaj para rascarse el hombro.

— No las veo — digo jadeando.

Ann se sienta en una roca.

— Estoy cansadísima. Es como si llevásemos días enteros caminando.

— A lo mejor podemos ver algo si nos subimos a uno de esos cerros — apunta Felicity.

— Las muchachas de blanco nos han dicho que estaba cerrado.

— ¡Vamos, Ann!

De mala gana, Ann se incorpora y reemprendemos la marcha hasta la colina más rocosa con bastante esfuerzo.

— ¿Oís algo? — pregunto.

Aguzamos el oído y escuchamos un llanto sordo y lejano.

— ¿Son pájaros? — pregunta Felicity.

— Gaviotas — responde Ann —. El mar no debe de estar muy lejos.

Le ofrezco a Ann mi mano para tirar de ella hasta la cima del cerro. Ya nos encontramos muy cerca.

— ¡Por Cristo! — exclama Ann señalando hacia el gran panorama que se abre ante nuestros ojos.

Delante de nosotras, más allá de una gran extensión de agua, se ve una islita de la cual emerge una majestuosa catedral coronada por una cúpula dorada y azul. Las gaviotas que oíamos antes la sobrevuelan trazando círculos perfectos.

— Ahí está. Ésa es una de mis visiones — les digo.

— Lo encontramos — grita Felicity —. ¡Hemos encontrado el Templo!

La rapidez de la ascensión ha hecho que me olvide completamente de mirar al amuleto que nos marcaba el rumbo. Cuando lo hago me doy cuenta de que ha dejado de brillar.

— Nos hemos desviado del camino — les anuncio algo asustada.

— ¿Y qué importa? — dice Felicity —, por fin hemos encontrado el Templo.

— Sí, pero fuera del sendero — digo —. Nell insistió en que no nos saliéramos de él.

El cansancio de la travesía pone a Felicity más irritable.

— Gemma, lo que dijo esa chica es un auténtico galimatías. ¿No ves que te estás fiando del consejo de una loca de remate?

Doy vueltas sobre mí misma y muevo el amuleto arriba y abajo, tratando de que vuelva a brillar. Nada.

Ann me coge las manos e intenta calmarme.

— Es cierto, Gemma. No tenemos ni idea de si podemos confiar en lo que Nell dijo. A lo mejor sólo está loca. A lo peor, puede estar trabajando para Circe. No lo sabemos.

»Además... ¿cómo puedes estar segura de que podemos confiar en ese amuleto? Míralo fríamente. ¿Hacia dónde nos ha guiado hasta ahora?, ¿hasta los Intocables?

¿Hasta esas muchachas de la espesura? Si casi nos mata la noche de la ópera, a manos de aquellos horribles rastreadores... — sigue insistiendo Felicity.

Ann asiente.

— Tú misma dijiste que las muchachas de blanco se te aparecían en una visión y te mostraban el Templo. Pues ahí lo tienes...

Cierto. Y aun así...

Estamos fuera del sendero. Nell dijo que no nos saliéramos, la misma Nell que estranguló al pobre pájaro, la misma que intentó estrangularme a mí.

No os fiéis de ella, nos han advertido las muchachas de blanco.

Sin embargo, Kartik dijo que en los reinos no se podía confiar en nada.

La verdad es que ya no sé en quién creer.

La catedral que tenemos ante nuestros ojos se eleva imponente como si hubiese estado allí desde hace muchos años. Tiene que ser el Templo, ¿qué otra cosa podría ser? Un poco más abajo, un bote de remos reposa en la arena, como si esperara nuestra presencia.

—Gemma. —Felicity se dirige a mí.

—Sí —le respondo guardando por fin el amuleto.

—Tiene que ser el Templo.

Felicity se lanza colina abajo hacia el bote, gritando de alegría mientras en la distancia las miles de antorchas que rodean la soberbia catedral parecen hacernos guiños. Desatamos el bote, lo empujamos para sacarlo de la orilla y remamos con rapidez hacia la isla.

Una vez en el agua, la niebla se cierne sobre nosotras y súbitamente se hace de noche. Los graznidos de las gaviotas nos acompañan durante todo el trayecto. La distancia que todavía nos separa del Templo es increíblemente grande. Intento mirar a través de la neblina y, por un instante, el edificio no parece más que una ruina. En una de las torres, la luz amarillenta de la luna se cuelga a través de una ventana rota y se refleja intermitente en los fragmentos de cristal, como un faro que guía a un barco extraviado.

Cierro los ojos y cuando los vuelvo a abrir la visión se torna magnífica y completa: el imponente monumento de piedra con volutas y ventanas góticas se halla por fin frente a nosotras.

— Parece desierto — dice Felicity —. No creo que alguien pueda vivir aquí.

O algo, me gustaría añadir.

Empujamos la barca hasta la orilla. El Templo corona la colina, y para llegar allí tendremos que subir por unas escaleras esculpidas en la roca.

— ¿Cuántos crees que habrá? — me pregunta Ann, siguiendo con la mirada los escalones que conducen a la cima.

— Sólo hay una manera de averiguarlo — digo mientras empiezo a subir.

El ascenso no resulta fácil. La escalera es tan empinada y agotadora que a medio camino Ann tiene que sentarse a recuperar el aliento.

— Creo que no puedo — se ahoga.

— Claro que puedes — le digo —. No está tan lejos. Mira.

— ¡Ah! — se sobresalta Ann.

Un gran pájaro negro acaba de aletear muy cerca de su cara y aterriza un par de escalones más arriba de donde estamos. Se trata de una especie de cuervo. Grazna muy fuerte y se me pone la piel de gallina. Otro de su especie se le une y ambos parecen retornos a seguir hacia delante.

— ¡Venga, vamos! — digo —. Sólo son pájaros.

Logramos apartarlos y llegar hasta el final de las escaleras, donde una imponente puerta dorada, con hermosas flores esculpidas en ella, nos da la bienvenida.

— ¡Asombroso! — dice Ann mientras pasa sus dedos por los pétalos y se asusta al ver cómo la puerta se abre.

La catedral se ve enorme, con los techos que se elevan inmensos sobre nuestras cabezas. Antorchas y velas arden por todos lados.

— ¿Hola? — grita Ann, y su voz se pierde con un eco: «Hola, oola, ola, la...».

Todo el suelo está cubierto con unas baldosas de mármol talladas con rosas rojas. Si giro la cabeza hacia un lado, el suelo parece sucio y astillado y las baldosas resquebrajadas, pero si pestañeo por un segundo la imagen siguiente cambia por completo y se me aparece un suelo resplandecientemente hermoso. Es de locos.

— ¿Veis algo? — pregunto —. Algo, go, go...

— No... espera, ¿qué es eso?

Ann señala algo en la pared más próxima. Una parte de la piedra se desprende y algo hueco se desliza rodando por el suelo hasta mis pies. Es una calavera.

Ann se estremece.

— ¿Qué hacía ahí adentro?

— Ni idea — respondo.

El vello de la nuca se me ha erizado de miedo. Mis ojos juegan de nuevo con mi mente, porque el suelo vuelve a estar roto y destrozado. La belleza de la catedral parpadea como las llamas de las velas, y pasa de ser tétrica a absolutamente majestuosa. Durante un instante, veo otra catedral; estamos en el cascarón ruinoso y destruido de un edificio y las ventanas desvencijadas que tenemos encima nos amenazan como las cuencas vacías de una calavera.

— Creo que deberíamos irnos — susurro.

— ¡Gemma!, ¡Ann! — En la voz de Felicity se percibe el miedo.

Corremos hacia ella y la vemos alumbrándose con una vela junto a una pared. Entonces distinguimos que las paredes están llenas de huesos. Miles. Sin abrir la boca, grito con todas mis fuerzas en mi interior.

— Esto no es el Templo — digo sin poder apartar la vista de una mano incrustada en la piedra.

Siento un escalofrío cuando me asalta la verdad. No os separéis del sendero, doncellas.

— Han hecho que nos perdamos, justo como Nell nos advirtió.

Notamos cómo algo se escabulle por encima de nosotras y percibimos unas sombras fugaces que atraviesan el templo.

– ¿Qué es eso? – Ann me aprieta con demasiada fuerza el brazo.

– No lo sé – digo, y se oye el eco de mis palabras: «Lo sé, lo sé, sé...».

Felicity acaricia su espalda. Alguna presencia se está acercando desde el otro lado y la sentimos muy próxima.

– Nos largamos ahora mismo – consigo decir.

De repente se desata un movimiento frenético por toda la estancia. Las sombras se elevan hasta la cúpula del templo como murciélagos gigantes y cuando estamos casi en la puerta oímos un grito tan fuerte que me hiela la sangre.

– ¡Corred! – les grito.

Nos precipitamos hasta la puerta seguidas por el frenético repiqueteo que hacen nuestros zapatos al pisar las baldosas rotas, aunque no sea lo suficientemente alto como para apagar el chirriante alarido que va en aumento.

– ¡Venga, venga! – les grito.

– Mirad – nos grita Felicity.

La oscuridad del vestíbulo se está moviendo por encima y, sea lo que sea, ha logrado llegar a la puerta antes que nosotras, atrapándonos aquí. El alarido se va apagando poco a poco hasta morir en un mortecino y gutural cántico.

– Encantos, encantos, encantos...

De entre las sombras surgen media docena de las criaturas más grotescas que jamás haya visto. Van vestidas a la última, con unas mugrientas y andrajosas túnicas blancas de los tiempos de Caín y sus correspondientes botas puntiagudas con punteras metálicas... Algunas llevan los cabellos, enmarañados y largos, hasta los hombros. Otras se han rapado la cabeza al cero y todavía se ve la sangre fresca de los cortes. Una de esas almas pavorosas tan sólo lleva una larga franja de pelo que le va desde la misma frente hasta la base de la nuca. Lleva los brazos repletos de brazaletes, así como un collar hecho con huesos de dedos. Es el líder, y da un paso adelante.

– Hola, encantos – nos dice con una sonrisa espeluznante.

Nos alarga la mano. Tiene las uñas pintadas de negro. Sus fornidos brazos están tatuados con unas gruesas líneas negras que representan tallos espinosos en forma de lágrimas y acaban en el codo. Desde esa altura brotan flores rojas que cubren su brazo. Son amapolas.

Las palabras de Nell vuelven a mí: «Id con cuidado con los Guerreros Amapola».

CAPÍTULO 41

Las sombras no dejan de moverse y vemos que han aparecido muchas más. Muchísimas más criaturas del averno juegan por encima de nosotras, colgándose en vigas y verjas como si fueran una multitud de gárgolas. Una de ellas empuja un gran martillo que, sujeto a una cadena, se balancea adelante y atrás como un gran péndulo. Tengo auténtico pánico de mirar al hombre que está frente a mí, pero finalmente le miro directamente a los ojos. Unos ojos perfilados con kohl negro en forma de diamante. Es igual que mirar a una máscara de arlequín. Se me seca la garganta y apenas puedo tartamudear un saludo estúpido.

— ¿Cómo va?

— ¿Que cómo va qué, encanto?

— ¿Qué, cómo andan las cosas por aquí?

— No andamos, volamos.

El resto ríe con un sonido que me produce pavor. El cabecilla da un paso hacia delante. Porta una espada primitiva que utiliza como bastón, y aprieta con fiereza el mango. Cada uno de sus dedos está adornado por un anillo.

—Lo siento si nos hemos metido donde... —Mi boca está demasiado seca para que puedan salirme las palabras.

—...nos hemos perdido —sale Felicity al rescate.

—¿Y no lo estamos todos, encanto? Me llamo Azreal y soy un Guerrero Amapola, como el resto de los aquí presentes. Y vosotras, nobles damas, no os habéis presentado todavía.

Permanecemos calladas.

Azreal chasquea la lengua.

—Vaya, eso no ayuda mucho, la verdad. A ver qué tenemos aquí... Ah, veo que habéis hecho amigos entre la gente del bosque —dice al mismo tiempo que arroja al suelo el arco y las flechas de Felicity.

—Encanto imprudente, ¿qué les prometisteis?

—Es un regalo —se defiende Felicity.

La multitud de criaturas empieza a sisear insistentemente.

—Miente, miente, miente, miente...

Azreal sonrío mostrando toda la boca.

—Nadie regala nada en los reinos, encanto. Todo el mundo espera algo a cambio. ¿Qué hace una muchacha tan dulce como tú con un regalo tan horrendo? Decidme, encantos, ¿qué estabais buscando? ¿Os creíais acaso que esto era el Templo?

—¿Qué Templo? —Felicity se hace la tonta.

Azreal se burla de la pregunta.

—¡Qué rica! Será casi una pena romperos en pedazos. Casi.

—¿Y qué si estuviésemos buscando ese Templo? —logro decir al tiempo que noto que se me hinchan las venas del cuello.

—Bueno, encanto, en ese caso tendríamos que evitar que llegaseis allí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Podéis atar la magia? No, encanto. Entonces, no queremos a nadie deambulando cerca de aquí, a nadie con quien poder jugar en serio.

—No estamos aquí para atar la magia. Sólo queremos lo mismo que vosotros, un trocito de ella —miento.

—Miente, miente, miente, miente.

—Ssssh —interviene Azreal, extendiendo sus manos y moviendo los dedos—.

Los Guerreros Amapola saben por qué estáis aquí. Sabemos que una de vosotras es la Elegida. Podemos oler la magia que hay aquí.

—Pero... —Intento encontrar una salida para despistarles y razonar con ellos.

Azreal me coloca el dedo en los labios

—Ssssh, no se negocia con nosotros. Una vez que hayamos acabado con vosotras, mis niñas, lograremos absorber la magia de cada uno de vuestros huesos. Un sacrificio que nos otorgará un poder implacable.

– Pero eso os condenará – se queja Ann.

– Ya estamos condenados, encanto. No hace falta que llores sobre la sangre derramada, ¿sabes? ¿A cuál de vosotras debemos sacrificar primero? – Azreal se detiene delante de Felicity.

– Ummm, a cuántos juegos podríamos jugar juntos, encanto – dice, y clava su afilada uña en la mejilla de Felicity hasta dibujar una fina línea de sangre –. Sí, tú serás nuestro mejor deporte, mi precioso cachorrito. Chicos, creo que hemos encontrado nuestra primera ofrenda.

Azreal retuerce el brazo de Felicity que, aterrorizada, cae de rodillas.

– ¿Qué puedo ofrecerles? – le grito.

– ¿Ofrecernos, encanto?

– ¿Qué queréis?

– ¿Qué?, que juguéis con nuestras reglas. No buscamos nada, no somos cruzados. Sólo jugamos.

Tras una palmada, dos de las bestias agarran a Felicity.

– Espera – exclamo –. Eso no es muy deportivo que digamos.

Azreal detiene a sus dos lacayos.

– Continúa – me dice.

– Te propongo un juego.

Vuelve a sonreír malévolamente y su cara adquiere la apariencia de la máscara de la muerte.

– Estoy intrigado, encanto – dice, y como la caricia mortal de una serpiente me agarra del cuello mientras me cuchichea al oído –: Dime, ¿qué clase de juego?

– Una caza – le reto.

Azreal se echa hacia atrás.

– Pero ¿qué dices? – me amonesta Ann.

Logro clavar mis ojos en los de Azreal. Si pudiera retenerlos juntos, podría hacer emerger la luz de la puerta y escapar de los Guerreros Amapola. Azreal aplaude y se ríe para sus adentros. El resto de sus soldados hace lo mismo y se forma un coro espectral similar al de los pájaros que oíamos en nuestro camino hacia aquí.

– Una proposición bien deportiva. Sí, sí, sí... Me gusta. Te tomamos la palabra, encanto. La caza puede abrirnos el apetito. ¿Ves aquella puerta? – dice señalando una arcada de acero al final de la catedral.

– Sí – le digo.

– Conduce a las catacumbas que están abajo. Hay cinco túneles y uno de ellos tiene una salida al exterior. Quizá lo puedas encontrar. Eso sí que sería magia de la buena. Podéis empezar.

– De acuerdo, pero necesitamos un momento para reunirnos – le propongo.

Azreal me apunta con el dedo.

– No hay tiempo para invocar la puerta, sacerdotisa del Orden. – Es como si pudiera leerme la mente –. Sí, ya ves que lo sé todo. Tu miedo nos encerraría dentro. – Sacude sus manos sobre nosotras como si estuviera esparciendo polvo de hada, y sus brazaletes generan un eco sordo en la sala –. Tratad de encontrar el

túnel ahora mismo, encantos. ¡Corred! – Sus palabras resuenan como un exorcismo – . Corred, corred, corred.

Los Guerreros Amapola se unen al cántico macabro.

– Corred, corred, corred.

Como propulsadas por un cañón, Ann y yo salimos disparadas hacia la puerta.

– ¡Felicity! – le grito, y ella agarra como un rayo su arco y sus flechas.

– Muy lista, encanto. – Azreal da un alarido – . Tienes carácter, muchacha.

– ¡Rápido! – nos grita mientras corre y se pone a nuestra altura.

No perdemos ni un segundo en abrir la pesada puerta que da a un corredor largo iluminado por velas.

– Dadme vuestras manos – les grito.

– ¿Ahora? – chilla Felicity – . Si están justo aquí detrás.

– ¡Qué mejor razón para irnos todas juntas!

Unimos nuestras manos e intento concentrarme mientras los aullidos más primitivos que haya oído en mi vida se nos van acercando desde el interior de la gran catedral. Vienen pisándonos los talones y en pocos segundos habrán atravesado la puerta y no tendremos ni una sola oportunidad. Mi cuerpo entero empieza a convulsionarse de pánico.

– ¡Gemma, sácanos de aquí e invoca la puerta de luz ya! – me grita histéricamente Ann.

Lo vuelvo a intentar. Unas agudas carcajadas del otro lado me desconciertan y pierdo la concentración. Felicity se encoleriza conmigo.

– Gemma. – Está a punto de llorar.

No puedo hacerlo. No logro concentrarme.

La malévola voz de Azreal resuena fuerte y muy cerca.

– No hay magia que valga aquí, encanto. No mientras quieras jugar a juegos como éste.

– No me dejan acceder a ella. Tendremos que encontrar otra salida – me lamento.

– No, no, no – se queja Felicity.

– ¡Vamos! Miremos por todos lados – les ordeno.

Palpamos todos los muros del pasillo en busca de alguna salida. Es una labor repugnante: mis palmas tocan huesos astillados y dientes rotos. Al arrancar un mechón de pelo de la pared retrocedo con una mezcla de miedo y repulsión. A mi lado, Ann se pone a gritar como una loca. Acaba de encontrar un esqueleto entero incrustado, como un macabro aviso de nuestro futuro inmediato.

– ¿Listas o no, encanto? ¡Os estamos acechando!

¡Oh, Dios! Mis dedos han tanteado el pomo de una puerta que casi se funde con el propio muro.

– ¿Qué es esto? – grito al tiempo que la puerta se abre con un crujido seco.

Al abrirse, casi nos caemos por una larga hilera de peldaños criminales que serpentean cerca del muro y van a morir abajo del todo. Es casi un precipicio, y de la sala que hay al final salen cinco túneles.

— ¡Por aquí! — les grito a mis amigas.

Empujamos la pesada puerta, que está cerrada a cal y canto. Por debajo de mi respiración frenética, entono una pequeña oración para que el tablón que hemos colocado contra la puerta aguante fuerte.

— ¡Permaneced lo más cerca posible del muro! — les digo mientras trato de ver el fondo del precipicio.

Ann le da un zapatazo a una pequeña piedra y ésta cae al vacío. Tardamos mucho en oír cómo golpea el fondo. Más despacio, pero sin detenernos y de forma muy cuidadosa, iniciamos el descenso hacia lo que podría ser el infierno. Escoltadas por el resplandor dantesco de las antorchas en la roca, llegamos al final de la escalera. Nos encontramos con una estancia circular que se abre en túneles como si fuese una estrella de cinco puntas. Ann tiene la cara llena de lágrimas, y de su nariz caen incesantemente gotas de sudor.

— ¿Y ahora qué? — pregunta angustiada.

Los aullidos de los Guerreros Amapola se cuelan entre las grietas de la puerta obstruida. La están aporreando sin contemplaciones y la madera salta hecha astillas.

— Tenemos que encontrar el túnel que conduce afuera.

— Sí, pero ¿cuál es? — dice Felicity.

Los cinco túneles están alumbrados por antorchas que parpadean y no dejan ver el fondo. No tenemos ni idea de lo largos que serán o de lo que nos está esperando al final de cada uno.

— Debemos separarnos. Cada una tomará un túnel.

— ¡No! — gime Ann.

— ¡Ssssh! Es la única manera. Si vemos que no es el correcto, volvemos aquí, y si alguien lo encuentra que grite con todas sus fuerzas.

— No puedo, no puedo hacerlo — grita Ann.

— Siempre estaremos juntas, ¿te acuerdas? — Felicity invoca la promesa que hicimos en mi habitación de la Academia Spence.

De eso hace sólo dos semanas pero parece que haya pasado toda una vida.

— Muy bien, en marcha todas juntas — digo.

Me hago con una antorcha del macabro muro y nos metemos dentro de la boca negra de uno de los túneles. La llama apenas ilumina unos cuantos metros por delante, lo suficiente como para ver las ratas que se escurren entre nuestros pies. Tengo que sofocar un grito. Seguimos avanzando hasta que llegamos al final. No hay salida.

— Por aquí no es — digo mientras me giro decidida.

Otra vez nos llegan gritos abismales que parecen salir de las paredes, de los mismos huesos de los muertos que una vez fueron juguetes mortuorios en manos de los Guerreros Amapola. Daría lo que fuera por no volver a escuchar ese sonido espeluznante. Encima de nuestras cabezas advertimos que la puerta está más abollada que antes pero, por suerte, todavía se mantiene firme.

Aquellos grandes pájaros negros que vimos afuera nos rodean ahora en las catacumbas. Algunos se han acomodado en las escaleras. Otros revolotean graznando. Segundo intento con otro túnel, y segundo fracaso. Ann empieza a sollozar sin contenerse cuando llegamos al final del tercer túnel y la débil luz de la antorcha nos muestra que tampoco aquí está nuestra ansiada salida.

Entonces la voz de Azreal nos petrifica.

— Te puedo oír, cachorrito mío. Y ya sé quién eres, la más rellenita, ¿verdad? ¿Cómo escaparán esta vez tus preciosos huesos?

— ¡Ann, deja de llorar! — le ordena Felicity mientras la zarandea.

— Estamos totalmente atrapadas — solloza —. Nos van a encontrar y moriremos en este horrible lugar.

Los aullidos de los Guerreros Amapola han crecido hasta convertirse en rugidos y graznidos horrorosos. Es una rara cacería donde los animales están acorralando a los humanos. Ese maldito sonido gutural me eriza la piel.

— Silencio. Ya lo encontraremos — digo encabezando el regreso al círculo central, donde cada vez nos encontramos con más pájaros y el aire se vuelve más y más denso.

— Ánimo, sólo os quedan dos túneles — nos grita Azreal.

¿Cómo diablos lo sabe? No está en la sala central con nosotras. Deben de estar en alguna estancia secreta desde donde nos espían.

El corazón me sigue latiendo con fuerza y estoy a punto de desmayarme cuando Felicity me recuerda:

— ¡Gemma, el amuleto!

Buena idea. Ahí está, brillando sutilmente debajo de la tela de mi vestido.

Dios bendito, sí, él nos puede mostrar la salida. Frenéticos, mis dedos tiran con fuerza del collar donde está el amuleto, que se me ha enganchado en un encaje. Con un fuerte tirón, lo libero de la prisión de mi vestido pero lo hago tan enérgicamente que vuela y se desliza por el suelo, aterrizando en algún lado de la oscuridad.

— Venga, tenemos que encontrarlo. Rápido, ayudadme a buscarlo — les pido.

La cueva está sumamente oscura y nosotras nos arrodillamos y palpamos como locas el suelo en busca de algo brillante. El corazón me va a cien por hora; creo que nunca había pasado tanto miedo. Venga, venga, encuéntralo Gemma. Sé una buena chica y aparta el miedo de tu mente.

Creo que logro distinguir algo que centellea levemente en la oscuridad. Es algo metálico. ¡Mi amuleto! Me precipito a gatas hasta el lugar.

— Lo he encontrado — les grito a las chicas.

Mi mano desciende para coger el amuleto brillante pero éste se resiste a subir, está enganchado en alguna parte. ¿A una bota con punta de acero? Eso es lo que hay debajo de mis dedos. De mi garganta surge un alarido. Elevo la mirada y veo a Azreal, que esgrime una antorcha.

— No, mi precioso cachorro. Yo te he encontrado a ti.

CAPÍTULO 42

Los enormes pájaros graznan y producen un aleteo ensordecedor cuando abandonan el lugar donde estaban posados. Mientras descienden de las alturas transforman su cuerpo en hombres y se convierten en los Guerreros Amapola. Nos han rodeado, interceptando cualquier intento de escapada.

Al ver mi expresión de incredulidad, Azreal habla.

—Fue la Orden quien nos hechizó así para poder entretenernos con estos pequeños pasatiempos. Hacía mucho que no teníamos unas preciosidades como vosotras para jugar. Hacía mucho que no podíamos visitar vuestro mundo maravilloso ni tener unas cachorritas tan lindas.

Sus dedos me retuercen el pelo al tiempo que se acerca hasta mi oreja. Al inclinarse hacia mí noto su aliento caliente y fétido.

—Demasiado tiempo.

Mi garganta está tan seca que parece que tenga astillas dentro, y las piernas me tiemblan.

—No creo que esto te sirva de mucho ahora mismo — dice lanzando lejos el amuleto inerte que me ha arrebatado de la mano — . Muy bien, ¿con quién jugamos primero? — Azreal se para frente a Ann — . ¿A quién echarías de menos, pequeña? ¿Habrá alguien que se duela por otra doncellita perdida más? A lo mejor sí, si fuese la más buena. Pero esto no es un cuento de hadas. Y tú no eres la más buena. En absoluto.

Ann tiene tanto miedo que casi diría que está en trance.

—Sería para ti una bendición si te eligiésemos, ¿verdad? No te dolería tanto si mis lacayos se cebaran contigo. Así no sería necesario que te culpases más, ni que callases cuando quieres gritar ante las burlas de mi ejército.

Ann asiente en señal de agradecimiento. Azreal se inclina sobre ella.

—Sí, creo que tú serás la última en morir.

— ¡Basta ya! — le espeta Felicity.

Azreal se dirige hacia ella y le acaricia el cuello.

—Ummm, la cachorrita con carácter... ¿Cuánto durarías descuartizada y desangrándote? ¿Una semana? ¿Dos? — De nuevo esa pérfida sonrisa — . ¿O... permitirías que te rozara de lejos como hacías cada vez que él te tocaba?

Una pena inmensa asola a Felicity y por su mejilla resbala una larga lágrima. ¿Cómo diablos sabe algo tan personal?

— ¡Cállate! — Su voz le traiciona en un intento desesperado por ocultar su angustia.

— Todas esas noches en tu habitación, sin ningún sitio a donde ir, sin nadie en quien confiar, ni nadie para escucharte. ¿Dónde estaba entonces tu carácter, encanto?

— ¡Déjalo ya! — le suplica Felicity.

Azreal le lame el cuello y sigue con la tortura.

— Fue tu decisión, y cuando más hundida estabas te diste cuenta de que era demasiado tarde. Es culpa mía. Yo he provocado esto...

Siento el miedo atroz que está sufriendo Felicity. Todos los presentes podemos notarlo. ¿Qué es lo que me dijo Azreal? «Podemos oler tu miedo. Es lo que nos deja entrar.» ¿Habrá algo en el miedo que les dé poder a su magia repugnante?

— Fee, deja de escucharle — le grito.

— ¿Sabes una cosa, cachorrita? Creo que disfrutaste de todo aquello. Eso es mejor que ser ignorada, ¿verdad? Así que eso es de lo que realmente tienes miedo, ¿no? De tu incapacidad para ser querida.

Felicity solloza, incapaz de responder.

— No puedes vivir más con ello, ¿verdad encanto? La pena, el corazón roto, el alma sucia, ¿por qué no coges la espada y eres valiente por una vez?

Felicity alarga la mano y coge la daga que le ofrece.

— ¡No! — le grito, pero uno de los guerreros me tiene sujeta.

Azreal se la ofrece dulcemente como se le da un bebé a una madre.

— Eso es. Acaba de una vez con todo ese dolor. Para siempre.

—No dejes que entre en ti —le digo a Felicity—. Están utilizando tu miedo contra ti. Tienes que ser fuerte. Sé fuerte.

Fuerte, fortaleza... Me viene al recuerdo algo que Nell me dijo.

—¡Felicity! —le grito—, Nelí nos dijo que los Guerreros Amapola nos robarían la fuerza. ¡Fee, tú eres tu propia fuerza! ¡Te necesitamos!

De repente, me encuentro cara a cara con Azreal y sus ojos pintados con kohl insensibles a la vida.

—¿Y qué hay sobre tu miedo, encanto? ¿Por dónde empezamos?, si ni siquiera consigues ayudar a tu propio padre.

—No te estoy escuchando —le digo.

Trato de concentrarme y hacer caso omiso de mi miedo pero resulta muy difícil. Azreal continúa.

—Con todo ese poder y ni siquiera eres capaz de hacer la única cosa que realmente importa.

Hace un momento que el amuleto ha empezado a brillar tímidamente, indicándome la salida. Lo agarro con fuerza en mi mano y disimuladamente lo encaro hacia los dos túneles por los que no hemos pasado. ¿Cuál es? ¿Cuál es?

Una bofetada salvaje en la mejilla me dice dónde estoy.

—¿Me estás escuchando, encanto?

Sigue concentrada, Gemma. ¿Me lo estoy imaginando o realmente está brillando el amuleto? Sí, es una sensación débil pero real. El túnel justo detrás de Azreal es el que nos puede sacar de aquí.

—De tanto en cuanto, visitamos a tu padre —me dice.

—¿Qué? —súbitamente pierdo la concentración y el brillo deja de cosquillearme en la mano.

—Cuando está bajo el hechizo de las drogas, su mente se muestra más receptiva a nuestros juegos. Le hemos hablado de ti y de tu madre. Pero se está debilitando y ya no nos divertimos tanto.

—¡Dejadlo en paz!

—Sí, por ahora sí. Tengo otro juego más divertido entre manos ahora mismo.

—¡No te muevas!

Felicity se ha colocado encima de una roca, tiene el arco tensado y una flecha con el nombre de cualquiera de los que hay en la sala. Los Guerreros Amapola le graznan. Su boca se ha transformado en una sonrisa odiosa que imita la forma del arco.

—Baja eso ahora mismo, encanto.

Felicity apunta el arco lentamente hacia Azreal.

—No.

La sonrisa de éste se desvanece.

—Me voy a encargar de comerte viva.

—No lo creo, maldito —dice ella entre lágrimas.

Con un potente graznido, Azreal se abalanza sobre ella. Las flechas de Felicity vuelan rápidas hasta alcanzar el cuello de Azreal, justo por encima de la protección

de su cota de malla. Éste abre los ojos de par en par mientras se arrodilla de golpe y cae al suelo, muerto.

Se produce un momento de silencio por la estupefacción, pero enseguida le sigue un alboroto atronador. Los Guerreros Amapola aullan de auténtico odio y dolor. Ahora les toca a ellos sufrir, pero nosotras no tenemos mucho tiempo que perder.

— ¡Por aquí! — grito mientras me echo a correr por el túnel que el amuleto me ha indicado.

Felicity y Ann me pisan los talones pero también los guerreros. No hemos podido encender ninguna antorcha. El túnel está oscuro hasta tal punto que chocamos entre nosotras. Las ratas nos hacen cosquillas en los pies y oímos nuestros jadeos entrecortados. Justo detrás de nosotras vienen los odiosos graznidos de los caballeros mutantes.

— ¿Dónde está la salida? — grita Felicity.

Está todo tan negro que no puedo verme ni la mano.

— ¡No lo sé!

— ¡Gemma! — me avisa Ann.

Nuestros perseguidores ya están en el túnel. Puedo escuchar cómo acortan la distancia muy rápido.

— ¡Seguid corriendo! — les grito.

El túnel gira súbitamente y alcanzo a ver una abertura al fondo, y más allá una espesa neblina gris. Damos un inesperado impulsó a la carrera, y nos precipitamos al exterior respirando con excitación y alivio. Por fin estamos sobre la arena.

— Allí está el bote — grita Felicity —. Justo donde los dejamos.

Ann se afana en recoger los remos y Felicity me ayuda a empujarlo hacia las turbias aguas. Las tres subimos con mucho esfuerzo dentro del bote.

Entonces, oímos llegar a los pájaros, todos reunidos en un gran enjambre negro de graznidos. Ann y yo nos dedicamos a remar contra la corriente mientras Felicity apunta con su arma a esas temibles criaturas aladas. Cierro los ojos y remo tan fuerte como soy capaz, espoleada por el sonido de esos horrorosos graznidos y por los zumbidos de las flechas de Felicity cortando el aire.

De repente, algo sacude el bote.

— ¿Qué es eso? — pregunta Ann.

— Ni idea. — Abro los ojos y miro alrededor. No hay nada.

— ¡Seguid remando! — nos ordena Felicity.

Los pájaros caen en picado del cielo al mismo tiempo que se transforman en hombres que se sumergen dentro en el agua.

— ¡Retroceden! ¡Están marchándose! — grita Felicity, loca de alegría.

Ann y yo también vitoreamos pero entonces algo tira hacia abajo del remo de Ann, y el bote es golpeado con tanta fuerza que caemos al agua.

— ¿Qué está pasando? — Ann está aterrorizada.

El bote de remos se da la vuelta y nos vemos atrapadas en un lodo sucio. Salgo a la superficie escupiendo barro y frotándome los ojos con los dedos.

— ¡Felicity, Ann! — No hay ninguna respuesta. Lo intento gritando más alto — .
¡Felicity!

— ¡Aquí! — aparece ella escupiendo agua detrás de mí — . ¿Dónde está Ann?

Malas noticias. El lazo azul con el que se ata el cabello flota encima del agua. Ann no está y todo lo que podemos divisar es el brillo aceitoso de las ninfas del agua.

— ¡Ann! — la llamamos hasta quedarnos roncadas.

Felicity se zambulle y sale al cabo de unos segundos.

— La han cogido.

Mojadas y temblando, conseguimos tocar tierra firme. En la distancia, las ventanas huecas de la catedral parecen hacerme guiños. El antiguo brillo mágico y ancestral se ha evaporado mostrando su lado verdadero, el de una gran ruina. Coloco la cabeza entre las rodillas, tosiendo sin parar.

Felicity está llorando.

— Fee — le digo poniéndole la mano en el hombro — . Vamos a encontrarla, te lo prometo. No será como... No será como con Pippa.

— No debería haberme dicho aquellas cosas — dice sollozando con tanta amargura que le provoca hipo — . Él no debería habérmelas dicho.

Está como fuera de sí. Tardo un instante en darme cuenta de que está hablando de Azreal y lo que pasó en las catacumbas. Pienso en ella, de pie, en aquella roca, combatiendo el tormento de los monstruos con las flechas.

— No debes sentir lo que hiciste.

Me mira directamente a la cara. Su sollozo se convierte en una fría e implacable mirada de furia. Lleva el carcaj casi vacío en el hombro.

— No, no lo siento.

El paseo de vuelta a casa es largo y sufrido. Pronto reconozco la vegetación agreste de la jungla y el lugar donde nos encontramos a las chicas de la Fábrica del Fuego.

— Estamos cerca. Puedo oír hablar a las chicas de la fábrica.

— ¿Adonde vamos? — me pregunta una de ellas.

— Con los amigos de Bessie. Conocen un lugar donde podemos estar todos juntos otra vez en comunidad.

Empujo a Felicity hacia el suelo. Estamos agachadas detrás de un helecho gigante y ahora podemos verlas bien. Las tres muchachas de blanco, las de mi visión, están llevando a las otras hacia el interior de la selva donde no hemos estado todavía. Os llevarán por el mal camino con falsas promesas...

Nell tenía razón. Quienquiera que fuesen esas chicas antes, ahora son espíritus que juegan en el mismo equipo que Circe.

— ¿Adonde van? — susurra Felicity.

— A las Tierras Invernales, me temo — le digo.

— ¿No deberíamos detenerlas? — me pregunta Felicity.

Niego con la cabeza.

—Las tenemos que dejar marchar. Nuestra prioridad ahora es salvar a Ann, si es que todavía es posible.

Felicity asiente. Es una elección terrible pero ya está hecha. Así que las vemos partir, algunas de ellas agarradas de las manos, otras cantando. Felices en su camino hacia la perdición.

CAPÍTULO 43

Cuando llegamos a ese jardín que ya nos es tan familiar, el sol se está poniendo, bañado en un intenso color anaranjado. El penoso paseo nos ha empapado las botas y nos han salido ampollas en los talones, de tal forma que notamos pellizcos al andar, como si nos mordiesen los pies. Sin embargo, no puedo pensar en eso ahora. Tenemos que salvar a Ann, si es que sigue viva.

—¡Dios! ¿Qué os ha pasado? —Es Pippa. Ya no hay sangre en su cara ni tiene esa fiera apariencia de la última vez, sino que se la ve relajada y hermosa.

—No tenemos tiempo para explicártelo —le digo con sequedad—. Las ninfas del agua han secuestrado a Ann. Debemos encontrarla.

—Espero que no hayáis sido capaces de abandonar a Ann —refunfuña Pippa—. Os dije que no vinierais en mi ayuda.

—¡Pip! —le recrimina Felicity—. Te juro que si nos fallas ahora, nunca volveré a verte mientras viva.

Pippa se asusta con el repentino ataque de furia de Felicity.

—¿Harías eso?

– Ni lo dudes.
– Muy bien – apunta Pippa –. ¿Cuál es vuestra propuesta para atacarlas? Sólo somos tres.
– Pip tiene razón. Necesitamos ayuda – le digo a Felicity.
– ¿Y la Gorgona? – pregunta Pip –. Ya nos ha ayudado una vez.
– Ahora no sabemos si es digna de confianza. De hecho, no sabemos si en este momento se puede confiar en alguna criatura de los reinos.
– ¿Quién podría ser, entonces? – se pregunta Pippa.
Respiro hondo y les digo:
– Debería regresar a por ayuda.
Las cejas de Felicity se enarcan en un gesto de enfado.
– Dijiste que no dejaríamos a Ann colgada. Que no sería como la última... como la última vez.
Pippa mira para otro lado.
– Estoy pensando en la señorita Moore – le confieso.
Pippa me mira, incrédula.
– ¿La señorita Moore? ¿Y qué puede hacer ella?
– Pues... no lo sé – digo mientras me froto mi dolorida cabeza –. No puedo acudir a ninguna de nuestras familias y explicárselo todo, me encerrarían de por vida. Es la única persona que se me ocurre que podría escucharnos.
– De acuerdo, entonces – dice Felicity –. Tráela aquí.

Se requiere mucha magia y concentración para hacer aparecer la puerta de la luz, pero más todavía para no ser sorprendida en el intento en medio de las calles de Londres. Estoy asumiendo un riesgo muy alto al utilizar este poder tan impredecible, lo que ocurre es que nunca antes me había visto tan desesperada. Aunque la magia no me protege de la lluvia londinense. Cuando llego al piso de la señorita Moore estoy calada hasta los huesos. Afortunadamente, la señora Porter no se encuentra en la casa y es mi antigua profesora la que me recibe.

– Señor... señorita, M... Moore – castañeteo, congelada hasta los tuétanos.
– ¡Señorita Doyle! ¿Qué le ha ocurrido? Si está empapada. ¡Por el amor de Dios, entre rápido!

Me conduce escaleras arriba hacia las habitaciones, y me lleva junto al fuego para que me caliente.

– Siento aparecer así, pero debo decirle algo. Es urgente.
– Sí, cómo no. – Se dispone a escucharme alertada por el miedo de mi voz.
– Necesitamos su ayuda. ¿Se acuerda de aquellas historias sobre la Orden? No fuimos completamente honestas. Son reales, historias de verdad. Los reinos, la Orden, Pippa, la magia... Hemos estado allí, hemos visto y vivido cada instante. Ahora mismo las ninfas del agua tienen capturada a Ann y tenemos que recuperarla. Usted debe ayudarnos.

Parece que mis palabras han salido como un torrente que acompaña el continuo repiquetear de la lluvia en las ventanas de la señorita Moore. Cuando acabo la veo estu diarme detenidamente.

—Gemma, soy consciente de que has pasado por mucha tensión últimamente, con la pérdida de tu madre y de tu amiga. —Posa su mano sobre mi rodilla.

No me cree. Me entran unas ganas locas de llorar.

—¡No! No le explico estas historias para divertirme. ¡Son verdad! —me lamento. Se me escapan dos estornudos. Siento que mi cuello está hinchado.

—Quiero creerte, pero... —Avanza hacia la chimenea—. ¿Puedes demostrar lo que dices?

Asiento sin decir nada.

—Muy bien. Si puedes hacerlo aquí y ahora, no tendré más remedio que creerte. En caso contrario, te llevaré a tu casa y tendremos una charla con tu abuela.

—De acuerdo, Hester... —le digo.

No puedo perder ni un minuto. Así que agarro su mano y utilizo el exiguo poder que me queda para invocar la puerta. Cuando abro los ojos, allí está, iluminando la cara asombrada de la señorita Moore, que cierra y abre los ojos con incredulidad, pero la puerta no desaparece.

—Acompáñeme —le digo.

Cogidas de la mano pasamos adentro. Me supone mucho esfuerzo porque cada vez estoy más débil. Siento cómo la sangre que fluye por mis venas trata a duras penas de llegarme al corazón, el mismo corazón que está aceptando que la lógica es también otra ilusión que creamos.

El jardín aparece brillante en el centro. La tierra está salpicada de flores lilas; hay un árbol de corteza retorcida de la que brotan pétalos de rosa, y también malas hierbas e inmensos y extraños hongos venenosos. Por un instante, temo que la señorita Moore no vaya a poder soportar la impresión. Pone una mano temblorosa en su boca y con la otra se apoya en el árbol, arrancando un puñado de pétalos que deja caer entre sus dedos mientras deambula aturdida por el campo verde esmeralda.

Finalmente toma asiento en una roca.

—Estoy soñando. Esto es una alucinación. Tiene que serlo.

—Ya se lo dije —le recuerdo.

—Sí que lo hiciste —me dice mientras toca una de las flores lilas, que repentinamente se convierte en una serpiente que se desliza árbol arriba hasta perderse.

—¡Ah!

Los ojos de la señorita Moore se abren con sorpresa.

—¡Pippa!

Felicity y ella vienen corriendo a nuestro encuentro. La señorita Moore alza una mano para tocar el sedoso pelo de Pippa.

—¿Eres tú de verdad?

—Sí, señorita Moore, soy yo —contesta.

La señorita Moore se pone una mano en el estómago en un intento por calmarse.

—Y realmente estoy aquí, ¿no? Esto no es un sueño.

—No, no está usted soñando —la calmo.

La señorita Moore descubre las maravillas del jardín, observándolo todo por primera vez. Me recuerda lo embelesada que yo estaba la primera ocasión en que pisé estas tierras mágicas. La seguimos a través del oscuro arco de plata que conduce hacia donde las ruinas existieron una vez. No deja de mirar la tierra chamuscada.

—Ahí es donde Gemma destruyó las runas del Oráculo, las ataduras de la magia —le informa Pippa.

—¡Oh! —dice la señorita Moore como si llegara desde miles de kilómetros de aquí—. Por eso estabais buscando vuestro famoso Templo, ¿verdad?

—Sí —le digo—. Todavía lo estamos buscando.

—¿Y no sabéis dónde buscarlo?

—No. Lo intentamos encontrar pero los espíritus oscuros lo han impedido hasta ahora. Después, las ninfas del agua se llevaron a Ann.

—Tenemos que salvarla, señorita Moore —implora Felicity.

La señorita Moore se yergue decidida.

—Claro que lo haremos. ¿Dónde podemos encontrar a esas criaturas?

—Están en el río —le indico.

—¿Allí es donde viven? —pregunta ella.

—No lo sé, la verdad.

Pippa interviene.

—La Gorgona sabe dónde viven esos seres.

La cara de la señorita Moore palidece de nuevo.

—¿Hay una Gorgona?

—Sí —respondo—, pero no sé si justo ahora nos podemos fiar de ella. Está obligada por la Orden mágica a decir siempre la verdad y a no causar ningún daño, pero la magia ya no es lo que era. Ha perdido su esencia.

—Ya veo —dice la señorita Moore—. ¿Hay otra manera de hacerlo?

—Ninguna que sea más rápida —argumenta Felicity—. No tenemos ni tiempo ni otra alternativa que confiar en la Gorgona.

No me entusiasma depositar mi confianza en una criatura de los reinos, pero Felicity tiene razón. Hay que encontrar a Ann tan rápido como sea posible.

Hallamos a la Gorgona sentada tranquilamente cerca del río. Cuando nos acercamos, gira su deforme cabeza hacia nosotras. La señorita Moore no se lo acaba de creer.

Los insufribles ojos amarillos de la Gorgona parpadean.

—Veo que habéis traído a una amiga nueva.

—Es una vieja amiga —dice Felicity—. Gorgona, te presento a la señorita Hester Moore.

—Señorita Moore... —silban las palabras desde la cabeza verde y resbaladiza.

—Sí, Hester Moore —responde—. ¿Cómo está usted?

– Ni mejor ni peor que siempre.

La pasarela de la embarcación baja y la señorita Moore camina por ella hasta entrar en la barcaza, mirando a su alrededor como si esperase que todo se desvaneciera en cualquier momento.

– Gorgona – le digo –, el día que visitamos el Bosque de la Luz, las ninfas del agua nadaron en esa dirección. – Señalo río abajo –. ¿Sabes exactamente dónde viven?

– Síiiii – dice mientras sus ojos de serpiente se abren y cierran lentamente –. El lago es su hogar, pero está rodeado por una gran roca negra. Sólo os puedo llevar hasta la roca, como muy lejos. Después, tendréis que seguir a pie.

– Con eso será suficiente – dice Pippa.

– Tienen un cántico hermosísimo – nos advierte la Gorgona –. ¿Crees que podréis resistiros a su hechizo?

– Tendremos que intentarlo – le respondo.

Mientras sostengo el amuleto entre mis manos, nos subimos en la gran barcaza y viramos lentamente río abajo.

– El ojo de la luna creciente... – se percata la señorita Moore –. ¿Me dejas? Se lo paso.

– Es una brújula. Tiene que sujetarlo así.

Lo coloca correctamente con sus manos pero el amuleto no muestra ningún destello que nos guíe. Parece claro que estamos fuera del camino marcado y completamente a nuestra suerte. La embarcación pasa desde el atardecer del jardín hasta una niebla verde que no nos deja ver el paisaje.

– ¿Cómo descubristeis este lugar? – pregunta la señorita Moore completamente maravillada.

– Mi madre – le confieso –. Ella era un miembro de la Orden. Se llamaba Mary Dowd.

– ¿La mujer del diario? – me pregunta.

Asiento.

– ¿Y crees que la señorita McCleethy la mató?

– Sí, y está yendo de escuela en escuela buscándome.

– ¿Qué harás cuando te encuentre?

Miro fijamente cómo la niebla se arremolina formando pequeños embudos.

– Me aseguraré de que no dañe a nadie más.

La señorita Moore toma mi mano y dice:

– Tengo miedo por ti, Gemina.

Yo también.

Está empezando a hacer calor. Las gotas de sudor hacen que se me peguen mechones de pelo en la frente.

– ¡Qué bochorno! – se queja Felicity secándose las cejas con la mano.

— Es horrible. — Pippa levanta su cabello dejando la nuca al descubierto, pero no sopla ni una brizna de aire que la pueda aliviar.

La señorita Moore está totalmente concentrada en el río, pendiente de cada señal, de cada sonido. Yo miro cómo el agua fluye y se pierde a lo lejos río abajo, y me pregunto qué habrá pasado con Mae, Bessie Timmons y el resto de las muchachas de la fábrica. ¿Habrán sido engullidas o esclavizadas por los oscuros espíritus de las Tierras Invernales? ¿Fue rápido o tuvieron tiempo de darse cuenta de aquel horror? Cierro los ojos para alejar tales pensamientos y me dejo acunar por el balanceo de la barcaza.

— Estamos acercándonos a la llanura — dice la Gorgona.

El color del río empieza a cambiar. Es fácil distinguir el fondo repleto de piedras fosforescentes, y los bancos de arena tiñen nuestras manos de color verde y azul. La barca busca un recodo seguro.

— No puedo ir más lejos — dice la Gorgona.

— Seguimos a pie desde aquí — le digo —. Gorgona, ¿podemos llevarnos las redes?

Asiente con su enorme cabeza y mis compañeras se afanan en desenredarlas. La Gorgona me pide que me acerque.

— Elegida, ten mucho cuidado de no caer en una red.

— Me cuidaré — digo, sintiéndome insegura.

La Gorgona sacude su cabeza en un siseo constante.

— Algunas redes son difíciles de ver hasta que estás inevitablemente atrapada en ellas.

— ¡Gemma! — me llama Felicity con voz queda.

Corro para unirme a ellas. Felicity tiene sus flechas, y Pip y la señorita Moore portan las redes y la cuerda. Bajamos de la barca y el agua apenas nos cubre por los tobillos. Sobre nosotras el cielo se ha llenado de nubes. Bajo nuestros pies la tierra se nota dura e implacable. Debemos cogernos de las manos para ayudarnos a avanzar. La niebla desaparece ligeramente y puedo distinguir un desolado paisaje de rocas y colinas negras. Unos estanques pequeños y humeantes salpican el terreno, y el vapor surge de unas columnas sulfurosas de color verde.

Nos ayudamos con las manos y las rodillas, y ascendemos hasta la cima por la superficie irregular de la roca. Bajo nuestros ojos se extiende un lago profundo y ancho. Las piedras fosforescentes del fondo le confieren un brillo azul verdoso que se filtra entre la bruma que aflora a la superficie.

— ¡La estoy viendo! — grita Felicity.

— ¿Dónde? — pregunta la señorita Moore oteando la lejanía.

Felicity señala una gran roca en el extremo más alejado del lago. Ann está atada a las piedras sin su blusa, como si fuera el mascarón de proa de un barco. Tiene la mirada perdida en el horizonte como si estuviera en trance.

Ellas se quedarán con la canción, clávala en la roca y no dejes que la canción muera.

—No dejes que la canción muera —exclamo—. Ann es la canción. Eso es lo que Nell trataba de decir.

—En marcha. —Felicity empieza el descenso.

—Espera —le digo, agarrándola por la espalda.

Las ninfas del agua acaban de emerger de las profundidades, sus cabezas son como piedras brillantes pulidas por el agua. Entonan una dulce canción hacia Ann y la seducción de sus voces empieza a hacer efecto en mí.

—Son como las sirenas de antaño. No las escuchéis, tapaos los oídos —nos dice la señorita Moore.

Pippa es la excepción a la orden porque es inmune a sus encantos. Eso me recuerda que ella ya no es la Pippa que conocíamos, a pesar de que nos gustaría que fuera de otro modo.

Abajo vemos cómo las ninfas pasan una esponja de mar por el enredado pelo de Ann, tiñendo su cabello con mechones de un bonito verde dorado. Le acarician también brazos y piernas con sus bellos dedos, y la cubren con una luz brillante como las escaleras por las que las ninfas han subido. Al final de aquel masaje mágico la piel de Ann queda teñida del mismo color verde de su pelo.

Las ninfas paran de cantar.

—¿Qué pasa ahora? —pregunto.

Una expresión desalentadora asoma en la cara de la señorita Moore.

—Si la leyenda es cierta, están preparando a la señorita Bradshaw.

—¿Preparándola para qué? —pregunta Felicity.

La señorita hace una pausa intrigante.

—Pretenden sacarle la piel.

Un estremecimiento de terror nos recorre a las cuatro.

—Por eso el agua de este lugar es tan bonita y delicada —explica la señorita Moore—. Es piel humana.

Por todo el lago la niebla se hace más densa y empieza a brillar más y más. Una joven emerge del agua y después dos más, hasta que las tres formas fantasmales se hacen corpóreas: son las tres muchachas de blanco. Durante un segundo miran en nuestra dirección y sonríen de forma rara. Todavía no es vuestro turno, parecen advertirnos.

—Abajo, abajo —digo, mientras estiro de la falda de la señorita Moore hasta que se queda tumbada en la misma roca—. Son espíritus muy malignos. Es mejor que no la vean más de lo necesario.

Las muchachas de blanco hablan con las ninfas en una lengua que no conozco. Cuando me levanto y miro desde lo alto de la roca, las veo llevándose a las ninfas a un embar adero.

—¡Ahora! —susurro.

Tan rápido como podemos, bajamos por una quebrada rocosa hasta la orilla del lago.

—¿Quién de nosotras irá? —pregunta Pippa ansiosa mente.

—Iré yo —propone la señorita Moore.

—No —la corrijo—. Seré yo. Es mi responsabilidad.

La señorita Moore asiente.

—Como deseas, Gemma.

Se ata la cuerda a la cintura.

—Si la cosa se pone fea, tira fuerte de la cuerda y te pondremos a salvo tan rápido como podamos.

Cojo el otro extremo de la soga y nado en dirección a la roca donde se encuentra Ann. El agua está sorprendente mente tibia y me da escalofríos pensar en la causa de su temperatura y aspecto. Mientras me alejo, decido cerrar los ojos para seguir nadando. Al final alcanzo a Ann.

—¿Ann? —No me oye—. ¡Ann! —le susurro más alto.

—¿Gemma? —me dice despertándose de su sueño narcótico—. ¿Eres tú?

—Sí —le susurro—, hemos venido a rescatarte. Agárrate fuerte.

Enredo la cuerda alrededor de la cintura de Ann y se la ato con fuerza. Tengo los dedos resbaladizos a causa del agua del lago, pero consigo aflojar los nudos que la atan de pies y manos. Ann se mete en el agua con un pequeño chapuzón.

—¡Gemma! —me llama Felicity susurrando desde la orilla—. No dejes que se ahogue.

Estiro de la cuerda y Ann sube a la superficie tosiendo fuertemente y despertándose.

—¡Ann! Sssh... Las atraerás hacia aquí...

Ya es demasiado tarde. Al otro lado del lago, las ninfas han terminado su reunión con las repugnantes muchachas de blanco y se dan cuenta de mis intenciones. Muy enfadadas, se desfogan con un grito que se me clava en el corazón. No parece gustarles lo que he hecho con su trofeo. Se sumergen una a una dejando sobre el agua un rastro plateado. Pretenden aumentar su colección de pieles humanas.

Salto desde la roca arrastrando a Ann conmigo. Siento cómo la señorita Moore tira fuerte de la cuerda. Nuestra máxima preocupación ahora es luchar contra el peso muerto de Ann.

—Vamos Ann, tienes que nadar para salvarte —le ruego.

Ella bracea torpemente sobre el agua, chapoteando, pero de esa manera no aventajaremos a las ninfas que se dirigen a nosotras furiosas.

Sin tratar ya de hablar en voz baja, grito:

—¡Tirad de la cuerda, tirad fuerte!

Felicity y Pippa se afanan en ayudar a la señorita Moore. Resoplando por el esfuerzo tiran tan fuertemente como pueden, pero no avanzamos mucho. Su fuerza no es suficiente.

—¡Utilizad las redes! —exclamo antes de que una bocanada de agua me haga toser convulsivamente.

Pippa se afana en coger las redes. Lanza una de ellas con fuerza, haciéndola volar por encima de nuestras cabezas hasta caer dentro del agua. Las ninfas entran en cólera: aquello las ha asustado; pero sólo se detienen temporalmente y

continúan con renovados esfuerzos. En el siguiente intento de Pippa la red va a caer sobre cuatro de las ninfas. Al contacto, la red les quema la piel y se oye un grito

horrible. Después se retuercen y estallan hasta que quedan reducidas a espuma de mar.

El resto de espantajos se han quedado atrás, retenido por el miedo. Felicity y Pippa nos arrastran desde el agua hasta los bancos de arena donde ellas se encuentran.

La señorita Moore me ayuda.

— ¿Estás entera?

Ann corre y vomita sobre la arena. Está débil pero viva.

Sí, las hemos engañado y nos hemos quedado con su gran trofeo. No puedo evitar burlarme llena de satisfacción.

— ¿Os llevaréis también nuestra piel? Ja, ja, ja. ¡Tomad eso!

— ¡Gemma! — me aconseja la señorita Moore una vez fuera del agua —. No te burles de ellas.

Cierto. Las ninfas no se toman demasiado bien mi celebración. Abren la boca y empiezan a cantar un salmo que más bien parece una red que me atrapa y me echa al lago de nuevo. Es... es... es un sonido que parece prometerte que no hay necesidad de preocuparse o de querer algo de nuevo. Podría emborracharme sin problemas con esa melodía.

La señorita se pone las manos en las orejas.

— No las escuchéis.

Arrastrada por el embrujo del canto de las ninfas, Felicity se mete en el agua hasta que ésta le cubre los tobillos. Cuando el agua le llega a las rodillas, Pippa se acerca hasta la misma orilla:

— ¡Fee, Fee!

De repente, Ann se une al coro de las ninfas. Me distraigo un momento y me meto inconscientemente en el agua. Las criaturas del lago me inundan otra vez los sentidos con sus dulces promesas musicales.

Apenas soy consciente de que la señorita Moore está ordenando a Ann con todas sus fuerzas que vuelva a cantar.

Ann comienza de nuevo su canción y con su entonación consigue sacarme del agua. Las ninfas se dan cuenta de lo que está ocurriendo y Felicity, en cambio, nada cada vez con más rapidez hacia ellas.

— ¡Canta, Ann! — Le grito. Mis manos apenas distinguen el pulso de su cuello —. ¡Canta como si tu vida dependiese de ello!

Todavía débil, el cántico de Ann no llega a los oídos de Felicity, pero poco a poco su voz va ganando fuerza y empieza a cantar más fuerte. No recuerdo haberla oído cantar con tanta energía. Parece que se haya convertido en la misma canción mientras mira fijamente a esas criaturas como un guerrero que se prepara para la batalla. Felicity se detiene dentro del agua y Pippa acude corriendo a su rescate.

– Fee, vuelve con nosotros.
Le alarga la mano y Felicity la agarra.
– Venga, vamos – le dice Pippa dulcemente sacándola del agua.
Felicity sigue la voz de Ann y la mano de Pippa hasta que pisa tierra firme.
– ¿Pippa? – dice Felicity mientras las dos se abrazan tan fuerte que tengo miedo de que se rompan los huesos una a otra.
Conscientes de su derrota, las ninfas empiezan a gritar con auténtica ira.
– Mejor no esperamos por aquí cerca, ¿de acuerdo? – dice la señorita Moore mientras se coloca la soga en el hombro.
Le estoy tan agradecida que están a punto de saltarme las lágrimas.
– Gracias, Hester – le digo.
– Soy yo quien debe darte las gracias, Gemma.
– ¿Por qué? – le pregunto.
Desafortunadamente no hay tiempo para la respuesta ya que las muchachas de blanco han vuelto a la carga. Y no están solas. Traen consigo la temible criatura que había visto antes en una visión, aquella que nos seguía desde las Cuevas de los Suspiros: un rastreador. Emerge de la oscuridad que hay tras ellas y su tamaño es tan grande que tenemos que mirar hacia arriba para captar la totalidad de su inmenso cuerpo. Las muchachas de blanco se cuelgan de él como los niños lo hacen de la falda de su madre.
– Por fin... – dice aquella cosa.
Corred. Marchaos. No os podéis mover por el miedo. Tanto miedo. Las alas desplegadas revelan las horribles caras que hay dentro del monstruo. El odio. El terror.
La señorita Moore me empuja fuera del camino con voz firme.
– ¡Corred!
Nos deslizamos roca abajo como si se tratase de un tobogán. Llegamos pronto al final, pero en la bajada me he cortado un poco la mano.
– ¡Vamos hasta la Gorgona! – nos grita Felicity que va delante de todas corriendo.
Pippa va justo detrás de ella y yo empujo a Ann, que apenas puede correr sin caerse. Pero ¿dónde está la señorita Moore? ¡Ahí está! Apenas se la distingue entre la niebla verde sulfurosa. La bestia y las muchachas están pegadas a sus talones. Nos hace señas.
– Rápido, rápido. Marchaos.
Con Ann a cuestas, corro tan rápido como puedo hasta que vemos a la Gorgona fondeada en aguas poco profundas. Las cuatro nos encaramamos rápidamente en la barcaza. Vemos cómo la señorita Moore se acerca, pero el monstruo es más rápido que ella y consigue obstruirle el camino.
– ¡Señorita Moore! – le grito.
– No, Gemma, no – me ordena –. ¡No me esperéis!

Con un enorme crujido, la Gorgona pone rumbo al jardín. Me inclino sobre la borda con más de medio cuerpo fuera pero Felicity y Pippa me sujetan. Lucho contra ellas totalmente fuera de mis casillas.

—Gorgona, ¡deten esto ahora mismo! ¡Te ordeno que pares!

Pero no lo hace, y nos alejamos de la orilla mientras la terrible criatura se enfrenta a mi amiga.

—¡Señorita Moore, señorita Moore! — grito con el hilo de voz que me queda —. ¡Señorita Moore!

Tengo la voz rota de tanto gritar y me deslizo hasta el suelo de la cubierta.

De regreso al jardín me encuentro exhausta, cansada y con los ojos secos de tanto llorar. Me giro hacia la Gorgona.

—¿Por qué no paraste cuando te lo ordené?

Su gruesa y escamosa cabeza se gira hacia mí.

—Mi primer cometido, Elegida, es protegerte de todo mal.

—Pero pudimos haberla salvado — le grito.

Su cabeza mira ahora hacia delante.

—Creo que no.

—Gemma — me señala Ann cortésmente —. Tienes que invocar la puerta.

Felicity y Pippa se sientan juntas con los brazos entre lazados. Odian tener que separarse. Cierro los ojos.

—Gemma... — dice Ann.

—Esa maldita criatura le ha dado caza y yo no lo he evitado. — Nadie puede decir algo que me reconforte en estos momentos —. Voy a matarla. — Mis palabras salen frías como el acero —. Voy a enfrentarme a Circe y la mataré con mis propias manos.

Mis compañeras tratan de calmar mi ira, pero me cuesta un tremendo esfuerzo hacer aparecer la puerta. Sin embargo, finalmente se materializa débilmente. Pippa nos dice adiós con la mano y nos lanza besos desde el otro lado. Como soy la última en entrar por la puerta, echo un último vistazo al mundo arcano que dejamos atrás.

De repente, Pippa saca algo de detrás de un árbol. Es el cadáver de un animal al que mira durante un rato antes de arrodillarse y abalanzarse sobre él como una bestia hambrienta.

Se lleva la carne cruda a la boca y la devora con deseo hasta que sus ojos se tornan blancos de pura ansiedad.

CAPÍTULO 44

La señorita Moore se ha ido. Se ha ido y no he podido encontrar el Templo. Los Rakshana se equivocaron al encargarme esto a mí. No soy la Dama de la Esperanza de Nell Hawkins. No soy la Elegida, la que ha de recuperar la gloria de la Orden y la magia. Soy Gemma Doyle y he fracasado.

Estoy cansada. Me duele el cuerpo y es como si tuviera la cabeza rellena de algodón. Me gustaría estirarme y poder dormir durante días. Estoy demasiado cansada incluso para desvestirme. Me tumbo en la cama. Por un momento la habitación me da vueltas pero enseguida me duermo y empiezo a soñar.

Voy volando por calles oscuras y húmedas, por callejones con niños mugrientos que comen pan duro rodeados por insectos. Sigo volando hasta llegar a las puertas del hospital de Bedlam y subo hasta la habitación de Nell Hawkins.

—Dama de la Esperanza — me susurra —. ¿Qué has hecho?

No la comprendo y por tanto no puedo responderle. Oigo pasos en el pasillo.

— ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? — me grita —. Jack y Jill fueron montaña arriba; Jack y Jill fueron montaña arriba; Jack y Jill fueron montaña arriba...

Voy hasta el pasillo flotando, confusa, y llego hasta donde está la señora con el manto verde, que se escabulle sin dejar rastro. Salgo volando en la oscuridad de la noche hasta St. George, cuando de repente oigo el llanto silencioso de Nell Hawkins.

— ¡Señorita, señorita! Debería vestirse rápido. Ha venido lady Denby para buscar al señor Simon, y su abuela me manda que la lleve rápido abajo.

— No me encuentro nada bien — le digo, dejándome caer en la cama.

La señorita Jones me estira para que me siente.

— Cuando se hayan ido podrá descansar todo lo que quiera, señorita. Pero ahora, tengo que vestirla y llevármela.

Cuando bajo, están todos hablando en la sala con las tazas en la mano. Si esto es una reunión social, algo no va bien. Incluso Simon está serio.

— Gemma — dice la abuela —. Siéntate, cariño.

— Me temo que tengo malas noticias sobre la búsqueda de la señorita Bradshaw — dice lady Denby.

El corazón se me para.

— ¿Eh? — digo en un susurro.

— Sí, pensé que era raro que no conociera a su familia, así que he hecho averiguaciones. No existe ningún duque de Chesterfield en Kent. De hecho no sé nada acerca de la chica que pertenece a la nobleza rusa.

La abuela meneaba la cabeza.

— Vaya, es sorprendente.

— Lo que descubrí es que tiene una prima muy normal, la esposa de un comerciante que vive en Croydon. Me temo que tu señorita Bradshaw es poco más que una cazadora de fortunas — dice la señorita Denby.

— Nunca me ha importado — dice la abuela.

— Tiene que haber algún error — digo débilmente.

— Son informaciones válidas, querida — dice la señorita Denby, cogiéndome la mano.

— Recuerda que tú también estás inmersa en este escándalo. Y la señorita Worthington, por supuesto. Pensar que le abrieron las puertas de su casa. Claro que a la señorita Worthington no se la conoce por su sabio juicio, si se me permite decirlo.

La abuela sentencia.

— No debes tener más contacto con esa chica.

Tom entra en el salón con mala cara.

— ¿Tom? ¿Qué pasa? — le pregunta la abuela.

— Es la señorita Hawkins. Se puso enferma por la noche, con fiebre. No creo que se despierte.

Hace un movimiento con la cabeza, incapaz de continuar.

— Yo he soñado con ella esta noche — digo.

— ¿Sí? ¿Y qué has soñado? — me pregunta Simon.
Soñé con Circe y con las lágrimas de Nell. ¿Y si no era un sueño?
— No me acuerdo — miento.
— Pobrecita, estás pálida — dice lady Denby — . Es duro saber que una amiga te ha engañado. Y encima la señorita Hawkins está enferma. Debe de ser un impacto terrible.
— Sí, gracias — contesto — . No me encuentro nada bien.
— Pobrecita — dice lady Denby otra vez — . Simon, sé un caballero y ayuda a la señorita Doyle.
Simon me coge del brazo y me saca de la habitación.
— Ni me atrevo a pensar en cómo debe sentirse Ann con todos estos líos — le digo.
— Si nos ha engañado, se merece todo lo que le venga encima — dice Simon — . A nadie le gusta que le engañen.
¿Yo también miento a Simon dejándole ilusionarse con esta alumna inglesa? ¿Se largaría si supiera la verdad? ¿Sentiría que yo le he fallado? Guardar secretos es tan complicado como actuar en un carnaval.
— Sé que es una petición terrible, señor Middleton — le digo — . Pero ¿podría atrasar la visita de su madre a la señorita Worthington hasta que yo haya podido hablar con la señorita Bradshaw?
— Haré lo que pueda. Pero debe saber que cuando mi madre se empeña en algo, poco se puede hacer. Creo que ella se ha fijado en usted.
Debería sentirme halagada. Y lo estoy, pero no mucho, porque no puedo dejar de pensar que para ser querida por Simon y su familia debería ser un tipo de chica diferente. Si me conocieran realmente, no me darían una bienvenida tan cálida.
— ¿Y qué haría si yo le decepcionara?
— Nunca me decepcionaría, querida.
— Pero y si descubriera... algo sorprendente de mí...
Simon asiente.
— Ya sé lo que es, señorita Doyle.
— ¿Ah, sí? — susurro.
— Sí — dice muy serio — . Le sale joroba a medianoche, pero no se preocupe. Me llevaré el secreto a la tumba.
— Sí. Eso es — le respondo, sonriendo e intentando que no se me salten las lágrimas.
— ¿Lo ve? Lo sé todo sobre usted — dice Simon — . Ahora váyase a descansar. La veo mañana.

Les oigo hablar en el salón. Puedo oírles porque estoy en la escalera, suave y ligera como la luz de las estrellas. Después salgo afuera en silencio y me dirijo a casa de los Worthington para avisar a Felicity y a Ann. Más adelante buscaré a la señorita McCleethy y ella responderá a mi madre, a la señorita Moore, a Nell

Hawkins y a los otros. Para poderlo hacer, me meto en las botas la pequeña cuchilla que Kartik me regaló.

El mayordomo de Felicity abre la puerta y paso al interior mientras él protesta.

— ¡Felicity! — grito sin preocuparme por los modales o el protocolo —. ¡Ann!

— ¡Aquí! — responde Felicity desde la biblioteca.

Avanzo con el mayordomo pisándome los talones.

— La señorita Doyle quiere verla, señorita — dice, tratando de darle algo de decoro a la situación.

— Gracias, Shames. Eso es todo — le dice Felicity —. ¿Que ocurre? — me pregunta cuando nos quedamos a solas —. ¿Ocurre algo con la señorita Moore? ¿Has encontrado la manera de hacer que vuelva?

Muevo la cabeza.

— Nos han descubierto. Lady Denby ha hecho algunas averiguaciones y ha encontrado a tu prima, Ann. Sabe que les hemos estado engañando todo este tiempo.

Me derrumbo en la silla totalmente exhausta.

— Entonces todo el mundo lo sabrá, puedes estar segura — dice Felicity presa del pánico.

Ann palidece.

— Pensé que habías dicho que nadie sería tan listo.

— No había tenido en cuenta a lady Denby y su odio hacia mi madre.

Ann se sienta, temblando.

— Estoy acabada. Y lo peor es que no nos permitirán vernos nunca más.

A Felicity se le hace un nudo en el estómago.

— Papá me cortará la cabeza.

— Fue idea tuya — dice Ann señalando a Felicity.

— Te hizo mucha ilusión seguirme el juego.

— No sigas — la interrumpo —. Tenemos que evitar que lady Denby cuente lo que sabe.

— Nadie se lo podrá impedir — dice Felicity —. Es muy testaruda y éste es el tipo de chisme por el que se desvive.

— Nos podríamos inventar otra historia — dice Ann.

— ¿Y cuánto tardará en empezar a investigar de nuevo? — apunto.

Ann se sienta en el sofá, apoya la cabeza en el brazo y empieza a llorar.

— Podríamos usar la magia — dice Felicity.

— No — le contesto.

Los ojos de Felicity parpadean de estupor.

— ¿Por qué no?

— ¿Acaso ya te has olvidado de la última noche? Necesitaremos toda la magia posible para encontrar el Templo y para enfrentarnos con Circe.

— ¡Circe! — dice Felicity —. Pippa tenía razón, sólo te preocupas de ti misma.

— No es verdad.

— ¿Ah, no?

— Por favor, Gemma — balbucea Ann.
— Ya has visto cómo me afecta la magia — le contesto — . Hoy no soy yo misma.
Y Nell Hawkins ha caído en trance. La pasada noche soñé que Circe la había encontrado.
El mayordomo nos interrumpe.
— ¿Va todo bien, señorita Worthington?
— Sí, Shames. Gracias.
Se va, pero no se lleva nuestro enfado con él. La irritación que hay entre nosotras permanece en la habitación de una manera dolorosa y se acentúa debido a nuestro silencio hostil. Me duele la cabeza.
— ¿Crees que es verdad? ¿Crees que Circe ha poseído a Nell Hawkins? — pregunta Ann mientras gimotea.
— Sí — le respondo — . Así que es necesario que volvamos a los reinos esta noche. Una vez hayamos encontrado el Templo y hayas conseguido la magia, la podrás usar para hacerles creer que eres la reina Victoria si quieres. Pero primero tenemos que encontrar el Templo. Y a Circe.
Felicity suspira ruidosamente.
— Gracias, Gemma. Puedo tener a Madre ocupada hasta mañana, lejos de lady Denby. Ann, tú estás a punto de ponerte muy enferma.
— ¿Yo?
— Nadie se atreverá a hablar mal de una inválida — se explica — . Ahora, desmáyate.
— Pero ¿y si notan que estoy fingiendo?
— Ann, no es tan difícil fingir. Las mujeres siempre lo hacen. Tú sólo tienes que caerte al suelo, cerrar los ojos y quedarte calladita.
— Ya — asiente Ann — . ¿Me caigo aquí mismo o sobre el sofá?
— Te juro que no importa. ¡Tú desmáyate!
Ann asiente. Con la elegancia de una estrella nata, pone los ojos en blanco y se deja caer al suelo dramáticamente, como un soufflé que se viene abajo. Es el mareo mejor fingido que he visto en mi vida. Es una pena que sólo lo hayamos presenciado nosotras dos.
— Esta noche — dice Felicity, cogiéndome las manos.
— Esta noche — rubrico.
Pasamos por la puerta del salón tan rápido como podemos.
— ¡Shames!, ¡Shames! — grita Felicity.
Aparece el alto y frío Shames.
— ¿Sí, señorita?
— Shames, la señorita Bradshaw se ha desmayado. Temo que se haya puesto enferma. Debemos llamar a Madre.
Incluso el templado Shames no puede evitar ponerse nervioso.
— Sí, señorita, ahora mismo.
Mientras la casa está en pleno apogeo por la noticia — a todo el mundo le gusta un potencial desastre que rompa con la aburrida rutina — , aprovecho para

marcharme. Debo admitir que me vuelve loca ensayar lo que le diré a Abuela sobre esta visita: «...y entonces la encantadora y educada señorita Bradshaw se vio tan afectada por estas falsas acusaciones que se sintió mal y se desmayó».

Sí, sería un momento estupendo, si no estuviera tan cansada.

En Londres está anocheciendo y cae un poco de agua nieve. Es una tarde desapacible; debería estar contenta por irme a casa a sentarme junto al fuego. Pero me pregunto qué le habrá pasado a la señorita Moore y si hay algo que yo pueda hacer para salvarla de ese terrible destino. Pienso si alguna vez volveré a ver a Kartik o si lo han absorbido las sombras de Rakshana.

Jackson me está esperando afuera. Eso sólo puede significar que me han descubierto y que han llegado a una conclusión lógica. Ahora tengo tantos problemas como Ann y Felicity. Casi seguro que Tom debe estar sentado dentro del carruaje.

— Buenas tardes, señorita. Su abuela está muy preocupada por usted — dice Jackson abriendo la puerta del carruaje para que entre, al tiempo que me da la mano para ayudarme a subir.

— Gracias, Jack.

Me estoy congelando. Tom y la Abuela no me esperan. Dentro del carruaje está la señorita McCleethy. Se ha unido a los Rakshana a través de Fowlson.

— Entre, por favor, señorita — dice Jackson, empujándome por la espalda.

Estoy a punto de gritar pero me aprieta fuerte con la mano, para que no lo haga.

— Sé dónde vive su familia. Piense en su pobre padre, tan enfermo y vulnerable.

— Jackson — dice la señorita McCleethy —. Es suficiente.

Jackson me deja de mala gana. Cierra la puerta tras de mí y se sube al pescante. Las luces de Mayfair van desapareciendo a medida que los caballos conducen el carruaje hacia Bond Street.

— ¿Adonde me llevan? — les digo.

— A un lugar donde podamos hablar — dice la señorita McCleethy —. Es usted una muchacha muy escurridiza, señorita Doyle.

— ¿Qué le han hecho a Nell Hawkins? — pregunto.

— Ahora mismo la señorita Hawkins es el último de mis problemas. Mejor hablemos del Templo.

Fowlson moja un pañuelo con el líquido de una pequeña botella.

— ¿Qué está haciendo? — le pregunto aterrorizada.

— No podemos permitir que conozcas nuestro escondite — dice Fowlson al tiempo que se abalanza sobre mí.

Me resisto, moviendo mi cabeza a izquierda y derecha para evitarlo, pero es demasiado fuerte. El color blanco del pañuelo es lo único que puedo ver a medida que me tapa la boca y la nariz. El sofocante olor a éter me invade y caigo sin ofrecer resistencia. Lo último que veo antes de sucumbir a la oscuridad es a la señora McCleethy poniéndose un caramelo en la boca, indiferente a lo que ocurre a su alrededor.

Me despierto lentamente. Primero, siento un gusto repugnante en la boca, como algo sulfúreo que se me pega a la lengua y me da ganas de vomitar. Luego, la vista se me nubla y tengo que levantar el brazo para defender mis ojos de una luz oscilante. Estoy en una habitación oscura y hay unas velas encendidas. ¿No hay nadie más? No puedo ver a nadie, pero es como si hubiera más gente. Oigo crujidos que vienen de arriba.

Dos hombres con máscara entran en la habitación llevando a alguien con una venda en los ojos. Se la retiran. ¡Es Kartik! Los hombres se van y nos quedamos solos.

—Gemma — dice.

—Kartik. —Tengo la garganta seca y apenas me sale la voz—. ¿Qué estás haciendo tú aquí? ¿También te han cogido?

—¿Te encuentras bien? Toma un poco de agua, anda.

Pruebo un pequeño sorbo.

—Siento mucho lo que dije aquel día. No quería hacerte daño — me disculpo. Mueve la cabeza.

—Está olvidado. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

—Debes ayudarme. Fowlson y la señorita McCleethy me han secuestrado y me han traído aquí. Si ella cuenta con su lealtad, no podemos confiar en los Rakshana.

—Silencio, Gemma. Nadie me ha traído aquí en contra de mi voluntad. La señorita McCleethy es miembro de la Orden. Está trabajando con los Rakshana para encontrar el Templo y restaurar por completo el poder de la Orden; ella sólo quiere ayudarte.

Bajo mi voz a casi un susurro.

—Kartik, ¿sabes que la señorita McCleethy es Circe?

—Fowlson dice que eso no es verdad.

—¿Y cómo lo sabe? ¿Y cómo sabes tú que él no es un corrupto también? ¿Cómo sabes que es un tipo de confianza?

—La señorita McCleethy no es quien piensas que es. Su nombre real es Sahirah Foster. Ella ha estado persiguiendo a Circe también. Tomó el nombre McCleethy como apodo, porque quería llamar la atención de la verdadera Circe, y ése era el nombre que tenía mientras estaba en Santa Victoria.

—¿Y tú te crees esa historia? —no puedo evitar burlarme.

—Fowlson se la cree.

—Estoy segura de que Nell Hawkins te podría dar una visión algo distinta de la historia —le suplico—. ¿Cómo es que no lo ves? Ella es Circe. Ella asesinó a esas chicas, Kartik. Ella asesinó a mi madre y a tu hermano, y no le dejaré hacer lo mismo conmigo.

—Gemma, te estás equivocando.

Circe le tiene encantado y ya no puedo confiar en él.

La señorita McCleethy entra en la habitación. Su capa verde se arrastra por el suelo.

– Esto ya ha durado demasiado, señorita Doyle. Nos llevará a los reinos y la ayudaré a encontrar el Templo. Entonces, nos haremos con la magia y restauraremos la Orden.

Una voz se eleva por encima de mi cabeza.

– Tendremos acceso a los reinos y por fin la magia estará garantizada para los Rakshana.

A la luz del candelabro sólo puedo distinguir un rostro enmascarado.

– Sí, por supuesto – asiente la señorita McCleethy.

– Lo sé todo sobre usted – le digo –. He escrito a Santa Victoria. Sé lo que le hizo a Nell Hawkins y a las otras antes que a ella.

– Usted no sabe nada, señorita Doyle. Sólo cree que lo sabe y ahí es donde está el problema.

– Sé que la señorita Nightwing es su hermana – le digo triunfal.

La señorita McCleethy parece sorprendida.

– Lillian es una amiga, yo no tengo hermana alguna.

– Miente – la acuso.

La voz que sale de arriba dice:

– Ya es suficiente. Se ha acabado el tiempo.

– No os conduciré hasta los reinos – les grito a todos.

Fowlson me agarra por el brazo.

– Ya me he hartado de sus juegos, señorita Doyle. Nos ha hecho perder bastante el tiempo.

– No pueden obligarme a hacerlo – les reto.

– ¿Ah, no? – interviene la señorita McCleethy –. Señor Fowlson, déjeme un momento a solas con la señorita, por favor.

Me empuja a un lado. Su voz profunda es ahora sólo un susurro.

– No se preocupe, querida. No tengo intención de que los Rakshana tengan ningún papel importante en los reinos. Sólo les estoy entreteniendo con una promesa.

– Después de que la hayan ayudado, se deshará de ellos.

– No se preocupe mucho – habla con voz aún más baja –. Ellos pretendieron quedarse los reinos. ¿Qué palabras le dieron para apoderarse de la magia?

– Me ato a la magia en nombre de la Estrella del Este.

Por primera vez, la veo sonreír.

– Y con esas palabras, les da el poder del Templo...

– ¿Por qué debería creerla? Kartik me dijo...

– ¿Kartik? – dice con enfado –. ¿Le confesó cuál era su misión?

– Ayudarme a encontrar el Templo.

– Señorita Doyle, es usted bastante crédula. Su cometido era ayudarla a encontrar el Templo para que los Rakshana se lo pudieran apropiar. Cuando tuvieran todo el poder, ¿cree realmente que necesitarían algo más de usted?

– ¿Qué quiere decir?

— Si llegara ese momento sólo sería un estorbo, una carga pesada. Y eso nos lleva a la verdadera intención: matarte.

De pronto, la habitación se hace más y más pequeña. Siento que me falta el aire.

— ¡Está usted mintiendo!

— ¿Ah, sí? ¿Y por qué no le pregunta? No espero que le diga la verdad pero mírele, mírele a los ojos. Ellos nunca le mentarán.

No olvides tu misión, principiante...

¿Era todo esto una mentira? ¿Qué había de verdad?

— Ya ves querida, después de todo volvemos a estar juntas.

Estoy demasiado llena de amargura para llorar, y noto cómo el odio corre por mis venas.

— Eso parece — le digo llena de rabia.

— Tienes dones extraordinarios, Gemma. Bajo mi tutela aprenderás mucho. Pero primero, recuerda que debes obtener la magia en nombre de la Orden. — La señorita McCleethy sonrío, y a mí me recuerda a una serpiente —. He esperado veinte años a que llegase este momento.

Creo que yo moriré antes.

— Debo saber toda la verdad — le digo.

Ella asiente.

— Muy bien. ¡Fowlson! — grita.

Momentos después Fowlson aparece con Kartik y la habitación de arriba parece llenarse de gente. El suelo cobra vida con el dulce sonido de unos delicados pasos. En nuestra habitación, todo permanece en reposo excepto el parpadeo del candelabro.

— Kartik — le pregunto, y noto como si mi voz rebotara en las paredes. Es una habitación más pequeña de lo que me había imaginado —. ¿Cuál era tu trabajo con los Rakshana? No el de que yo encontrase el Templo — le digo con rabia —. El otro.

— ¿El... otro? — farfulla sin que le acaben de salir las palabras.

— Sí, una vez hallado el Templo, ¿cuál era tu otra misión?

Estoy segura de que nunca he mirado a nadie con tanto rencor, con tanta rabia en la mirada que podría matar. Tampoco había visto a Kartik tan aterrorizado.

A duras penas traga saliva y sus ojos lanzan una rápida mirada hacia arriba, donde están los hombres sin rostro escondidos tras las sombras.

— Ve con cuidado, hermano — le susurra Fowlson.

— Se trataba de ayudarte a encontrar el Templo. No tenía ningún otro encargo — me dice Kartik sin mirarme a los ojos.

Y entonces es cuando me percato de que me está mintiendo y de que su segundo trabajo consistía realmente en matarme.

— ¡Mentiroso! — le acuso con tanta virulencia que me mira y rápidamente aparta sus ojos de mí —. Estoy preparada.

— Muy bien — dice la señorita McCleethy.

Me agarro a los brazos de ella y cierro los ojos pensando que es tan fácil desmayarse. Las mujeres lo hacen continuamente. Cierran los ojos y se caen al suelo.

— ¡Ohhhh! — gimo; luego cierro los ojos y me caigo al suelo.

No tengo tanta gracia natural como mi amiga Ann. Pero cuando estoy en el suelo consigo estirar un poco más las manos, hasta llegar a mis botas. Los dedos encuentran la empuñadura de la cuchilla Megh Sambara escondida en mis botas. Si alguna vez he necesitado protección contra mis enemigos, es en ese momento.

— ¿Y qué hacemos ahora? — pregunta Fowlson.

— Está actuando — grita la señorita McCleethy mientras me pateo en el suelo. Ni me muevo —. Te digo que miente. Es una artimaña.

— Levantadla — resuena la gran voz desde arriba.

Kartik me sujeta por los brazos y me lleva hasta la puerta.

— Id a por sales — ordena Fowlson.

— ¡Está actuando, hacedme caso! — intenta convencerles de nuevo la señorita McCleethy —. No os dejéis engañar ni un momento.

Entreabro los ojos lo suficiente como para poder ver adonde me lleva Kartik. De momento estamos en un vestíbulo oscuro. Desde arriba me llegan las voces de hombres riendo y de conversaciones apagadas. ¿Habrá alguna manera de salir de aquí?

Finalmente me decido y mi dedos se hacen con mi cuchilla tótem. Aparto a Kartik y esgrimo la pequeña cuchilla amenazando a todo el mundo.

— No podrás escaparte. No sabes siquiera qué puerta te lleva hacia fuera — me dice Fowlson.

Tiene razón, estoy atrapada. Fowlson y Jackson se acercan lentamente. La señorita McCleethy espera impaciente. Con un poco de suerte esta noche podría ser su cena.

— Basta ya de tonterías, señorita Doyle. No soy tu enemiga.

Venga, ¿qué puerta me saca de aquí, Kartik? Le miro inquisitivamente y por un momento vacila. Su mirada se dirige hasta la puerta de mi derecha y asiente muy sutilmente. Así es como ha traicionado a su comunidad y me ha mostrado el camino.

— *¿Ea, chico, qu' ehtás hasiendo?* — le grita Jackson.

Es la distracción suficiente para empujar la puerta y que Kartik me siga detrás. Se gira y cierra la puerta lo más rápido que puede.

— ¡Gemma! Date prisa, la cuchilla. Atraviesa el pestillo.

Coloco mi daga salvadora a través del pestillo de acero, bloqueando la puerta. Al otro lado se les puede oír dando golpes y gritando. No aguantará para siempre pero espero que sea lo suficiente como para que podamos huir.

— Por aquí — dice Kartik.

Salimos a una calle muy oscura de Londres. Los copos de nieve se mezclan con los remolinos negros del alumbrado de gas, impidiendo ver mucho más allá. Hay mucha gente en la calle y creo reconocer el área. No estamos lejos de la plaza de

Pall Mall donde se encuentran los más exclusivos clubes de hombres de Londres. Caigo en la cuenta de que por eso se oían tantas voces masculinas ahí dentro.

— Yo los entretendré mientras tú huyes, Gemma — me dice Kartik casi sin aliento.

— Espera, Kartik. No puedes volver atrás — le digo —. Ya no puedes regresar nunca más.

Se gira sobre sus talones y se queda paralizado. Sus piernas no saben qué orden ejecutar, si quedarse con sus antiguos compañeros o volver corriendo hacia mí como hace un niño con su madre: lo siento, siento lo que he hecho. Ahora, por favor, perdóname. Pero los Rakshana no van a perdonarlo nunca. Kartik se acaba de dar cuenta del significado de su precipitada acción. Al ayudarme, ha tirado por la borda cualquier oportunidad de ingresar en el grupo como miembro de pleno derecho. Le ha vuelto la espalda a la única familia que conoce. Se encuentra sin amparo, sin casa y está solo. Como yo.

Fowlson y Jackson salen a la acera y escrutan furiosa mente a izquierda y derecha hasta que nos localizan. La señorita McCleethy les sigue. Kartik todavía está inmóvil, indeciso, decidiendo el camino que va a tomar.

— Venga — le animo, enlazando mi brazo con el suyo —. Vamos a pasear.

Es una buena idea y nos mezclamos con la gente que abarrota las calles: los hombres salen de los clubes tras el almuerzo, los puros y el brandy; y las parejas van hacia el teatro o a alguna fiesta.

A nuestras espaldas puedo oír cómo Fowlson silba una marcha militar que creo haber oído a los soldados ingleses de servicio en la India.

— No lo habría hecho — me dice.

— Camina, por favor — le ordeno.

— Te habría dejado escapar.

Los silbidos de Fowlson, amenazadores, logran sobreponerse a todo el ruido de la calle hasta helarme la sangre. Echo una mirada hacia atrás y veo que se están acercando. Cuando giro la cara, me topo con un horror aún mayor: Simon y su padre están saliendo del club Ateneo. No tienen que verme. Me suelto del brazo de Kartik y doy la vuelta.

— Pero ¿qué haces? — se extraña.

— Es Simon — le digo —. No me puede ver aquí fuera.

— Efectivamente parece que no es un buen camino para seguir.

Estoy a punto de tener un ataque de nervios. Simon sale y pasa bajo la estatua de Atenea situada en lo alto de la entrada del club. Se encaminan hacia nosotros. Su carruaje les espera junto a la acera. Alguien baja de un cabriolé y le paga al conductor. Entonces Kartik empuja a la pareja que estaba esperando y me abre la puerta.

— Duquesa de Kent — dice dedicándoles la mejor de sus sonrisas a la ofendida pareja —. Se la reclama en el palacio de Saint James. Gracias.

El hombre se pone a gritar y a maldecir contra nosotros, logrando llamar la atención de toda la calle. Y eso incluye a Simon ya su padre. Me escabullo como puedo de la mirada del público.

El hombre, furioso con razón, me pide que abandone su taxi.

— Me veo en la obligación de protestar, madam. Era nuestro con todo el derecho del mundo.

Por favor, por favor, deje que me lo quede. Fowlson nos ha visto y acelera el paso mientras deja de silbar. Estará aquí en cuestión de segundos.

— ¿Cuál es el problema? — Es la voz de lord Denby.

— Esta joven dama nos ha quitado el taxi — se queja el hombre —. Y este muchacho indio asegura que es la duquesa de Kent.

— Padre... ¿ése no es el antiguo conductor del señor Doyle?

Lord Denby se encoge de hombros.

— A ver, muchacho, ¿qué significa todo esto?

— ¿Llamamos a un policía? — pregunta Simon.

— Si me hace el favor, señorita — me manda salir el hombre con la mano tendida dentro del carruaje mientras yo me las ingenio para que nadie del exterior me vea —. Creo que ya se ha divertido bastante. Le agradeceré que abandone el taxi ahora mismo.

— Ande, señorita — me advierte el conductor.

Bueno, esto es el fin. O bien Simon y su padre me descubren y mi reputación se hace añicos para siempre; o Fowlson y la señorita McCleethy me secuestran para llevarme vete a saber dónde.

Ya tengo la mano puesta en el pomo cuando Kartik empieza a saltar como un chiflado mientras entona una melodía y se golpea los talones en una extraña danza.

— ¿Está loco o borracho? — pregunta lord Denby.

Kartik se inclina dentro del taxi.

— Ya sabes dónde encontrarme.

Entonces alza una mano y le da una fuerte palmada al anca del caballo, que sale disparado calle abajo dando un gran relincho mientras el cochero intenta frenarlo como puede.

— ¡Sooooo, viejo *Tillie*!

Pero lo único que consigue es apartar a la bestia de la zona de los clubes y del tremendo tráfico de Pall Mall. Me giro y veo cómo Kartik sigue actuando como un pobre loco de la calle. Un policía llega al lugar del incidente y Fowlson y Jackson se retiran. Así no pueden atrapar a Kartik. A la única que no veo es a la señorita McCleethy, que se ha desvanecido como un fantasma.

— ¿Adonde, señorita? — me pregunta el conductor.

¿Adonde puedo ir? ¿Dónde puedo esconderme?

— A Baker Street — le grito indicándole la dirección de la señorita Moore —. Y de prisa, por favor.

CAPÍTULO 45

Cuando llegamos a Baker Street descubro que no llevo bolso. No tengo manera de pagar el taxi.

– Hemos llegado, señorita – dice el conductor, ayudándome a salir.

– Verá – empiezo –, creo que he olvidado mi bolso, pero si me da su dirección y teléfono, le compensaré sobrada mente. Se lo prometo.

– Sí, y la reina es su madre – responde.

– Hablo en serio, señor.

Un policía pasa en ese momento por la acera de enfrente, con su uniforme reluciente. El corazón me va a mil.

– Explíquesele al policía, entonces – propone –. Eh, policía. Venga aquí.

Salgo corriendo y oigo el silbato del policía a mis espaldas. Rápidamente, me escabullo entre las sombras de una entrada y espero. La nieve vuelve a caer. Los

copos me caen en la cara. Cada vez que tomo aire es como una lucha contra el frío. Me siento débil. La magia empieza a debilitarme. Me siento mal, como si tuviera fiebre.

El policía se acerca.

— Y luego él dijo que era el duque de Kent — explica el conductor.

Me apoyo en la pared. Noto mi respiración.

— No debe aceptar como clientes a mujeres extrañas — dice el policía.

— ¿Y cómo se supone que voy a saber si son extrañas o no? — protesta el taxista.

Continúan discutiendo y pasan por delante de mí sin ni tan sólo mirarme. No pierdo tiempo. Cruzo la calle y golpeo la puerta de la señorita Moore. La señora Porter saca la cabeza por la ventana y pregunta, irritada:

— ¿Qué quiere?

— Señorita Porter. Lamento mucho molestarla. Tengo un mensaje urgente para la señorita Moore.

— No está.

«Sí, lo sé. Claro que lo sé. No está por mi culpa.» Me siento desfallecer. En cualquier momento, el policía vuelve rá. Sólo necesito un lugar donde esconderme.

— Es tarde. Vuelva mañana.

Oigo pasos. Alguien se aproxima.

— Querida señorita Porter — digo, desesperada —. Soy Felicity Worthington, la hija del almirante.

— ¿La hija del almirante? Oh, querida. ¿Cómo está el almirante?

— Bien, bien. Bueno, no, quiero decir que no está bien. Por eso he venido a ver a la señorita Moore. Es urgente. ¿Puedo esperarla?

«Por favor, déjeme entrar. Sólo unos minutos.»

Calle abajo, puedo oír el eco de los pasos del policía.

— Nosotros... — dice la señorita Porter. Ya se ha puesto el pijama.

— No se lo pediría si no supiera que usted es un alma buena y caritativa. Estoy segura de que mi padre se lo agradecerá personalmente en cuanto pueda.

La señorita Porter cae en la trampa.

— Bajo en un minuto.

La linterna del policía se acerca cada vez más. «Por favor, señorita Porter, corra.» Abre la puerta y me deja entrar.

— Buenas noches, señorita Porter — la saluda el policía, sacándose el sombrero.

— Buenas noches, señor John — responde, y cierra la puerta.

— ¡Qué bien tener visita! Quítese el abrigo.

— Señorita Porter, usted me disculpará, pero tendría que dejarle el recado a la señorita Moore y después volver al lado de la cama de mi padre.

— No puedo permitir que entre en su habitación, señorita. Ésta es una casa respetable.

— Por supuesto — digo.

La señorita Porter reflexiona sobre el tema durante unos minutos. Finalmente me guía hacia la habitación de la señorita Moore.

— Pero si no ha regresado en media hora, usted tendrá que salir.

— Sí, claro. Y gracias. No se moleste, señorita Porter. No hace falta que espere. Si cogiera frío por mi culpa no podría perdonármelo nunca.

Esto parece gustar a la señorita Porter, que desaparece por el momento. Miro la habitación y todo en ella me parece un poco agresivo. Quiero descansar pero no puedo. Ahora debo pensar en mis próximos pasos. Si los Rakshana se han aliado con Circe, entonces no son de fiar. Kartik tenía que matarme una vez encontrara el Templo, pero los ha traicionado al ayudarme a escapar. El reloj va marcando los minutos. Cinco. Diez. Retiro un poco las cortinas pero no veo ni rastro del señor Fowlson ni del carruaje negro.

Alguien llama a la puerta y casi me muero del susto. Entra la señorita Porter con una carta.

— Querida, no hace falta que esperes más. La señorita Moore me dejó esta nota esta mañana sobre mi mesita de noche.

— ¿Esta mañana? — repito —. No puede ser. ¿Está segura?

— Oh, sí. La vi salir. Pero no la he visto desde entonces. Ahora acabo de leer la carta. Dice que se va con unos familiares.

— Pero la señorita Moore no tiene familia — digo.

— Sí la tiene — contesta la señorita Porter leyendo la carta en voz alta —.

«Querida señorita Porter. Disculpe la premura, pero debo marchar inmediatamente. Me han ofrecido un puesto en una escuela cerca de Londres que dirige mi hermana. Le pediré que me envíe las cosas en cuanto le sea posible. Afectuosamente, Hester Asa Moore.» Podía haberme dejado pagadas las deudas. Me debía dos meses.

— Una escuela... que dirige su hermana — pregunto, a punto de desmayarme.

He leído esa frase antes. En la carta de la señorita Morrissey de Santa Victoria. Pero hacía referencia a la señorita McCleethy.

Alguna cosa espantosa está cobrando vida dentro de mí. Las pinturas. Escocia. Spence. El paisaje marítimo, tan familiar, tan parecido a mis visiones. Podría ser Gales. Me acabo de dar cuenta. Todos los lugares de la lista de la señorita McCleethy están retratados en esta pared.

Pero la señorita McCleethy estuvo en todas esas escuelas. A menos que la señorita McCleethy y Kartik estén diciendo la verdad. A menos que la señorita Moore no sea quien dice que es.

— No tiene sentido que la espere ahora, señorita — dice la señorita Porter.

— Sí. Dejaré una nota para que se la envíe junto con sus cosas.

— Como guste. Recuérdele que me debe el alquiler de la habitación.

Busco un poco y encuentro un papel y un lápiz. No puede ser. La señorita Moore no. Ella creía en mí. Fue la primera en hablarnos de la Orden. La que me escuchó mientras se lo contaba... todo.

No, la señorita Moore no es Circe. Lo probaré.

Escribo todas las letras, grandes. Las miro con atención. Ann ya habría hecho un anagrama con ellas. A mí me cuesta mucho. Hester Asa Moore. Asa, el segundo

nombre. Lo subrayo. Con dedos temblorosos, comienzo a hacer algo nuevo. Pongo SARA, y voy colocando el resto de letras. La habitación se me cae encima cuando acabo de escribir.

Sarah Rees – Toome.

La señorita Moore es Sarah Rees-Toome. Circe. No. No puedo creerlo. Ella nos ayudó a rescatar a Ann. Yo la llevé a los reinos. Yo le di el poder. Ella nos libró del monstruo de Circe.

De pronto, los pensamientos se me agolpan. Su interés por la señorita McCleethy. Su interés por que la mantuviéramos alejadas de Nell Hawkins. Cómo la miraban las chicas de blanco, como si la conocieran.

– Necesito saber la verdad – digo.

Cierro los ojos y vuelvo a la visión. Hay calma. Conozco el lugar. Es el lugar rocoso. Veo a las tres chicas. Están vivas, felices y sonrientes. Gritan: «Ven aquí, Nell».

Nell. Vivo este momento como si fuera ella. Veo lo que ella vio.

– Viene a darnos el poder. Podremos entrar en los reinos.

Las chicas gritan eso y saludan a alguien que sube detrás de mí. Ahí está, la mujer de verde. La llaman: señorita McCleethy. Señorita McCleethy.

– Ya voy – responde.

Y la veo. Pero no es la señorita McCleethy que yo conozco. Es la señorita Moore. Y ahora entiendo la sorpresa de la señorita Moore cuando le dijimos el nombre de nuestra nueva profesora. Entendió que alguien de la Orden iba a su caza y captura. Y nosotros lo hemos estropeado todo desde el principio.

– ¿Nos darás el poder? – gritan las chicas.

– Sí – responde la señorita Moore –. Seguid caminando por las rocas.

Ellas lo hacen y sufren caídas mortales.

– Nell – me llama la señorita Moore –. Espérame.

– Pero señorita, ellas llegarán antes.

– Deja que se vayan. Quédate conmigo.

Confundida, Nell se queda con la señorita Moore. No hay ningún anillo en su dedo. Nunca lo hubo. Me engañaron. Me hicieron ver lo que querían que viera.

La señorita Moore habla en una lengua que no entiendo. Las chicas gritan espantadas. Intentan huir pero un gran monstruo las atrapa y las chicas desaparecen.

Las manos de la señorita Moore tiemblan. Cierra sus ojos.

La criatura se gira y nos mira.

– Aún queda una – comenta.

Se me hiela la sangre.

– No – dice la señorita Moore –. Ésta no.

– No te puede llevar. ¿Qué te importa que viva o no?

– Ésta no. Por favor.

El monstruo no está del todo conforme y la señorita Moore me pide que corra, que corra con todas mis fuerzas. La criatura grita llena de rabia. Siento tanto miedo

que creo que voy a morirme. Me adentro en el mar y no puedo dejar de gritar. Trago agua y estoy a punto de hundirme. Las tres chicas están ahí, en el agua, ahogadas, pálidas. Yo sigo gritando. Cuando dos marineros me sacan del agua, aún grito.

La visión se está acabando y me encuentro de nuevo en el piso de la señorita Moore.

Ahora conozco la verdad. Intento levantarme. Al salir ni siquiera me molesto en cerrar las puertas.

— ¿Se encuentra bien? — me pregunta la señorita Porter.

No puedo contestar. Necesito aire.

Al salir encuentro a las tres chicas de blanco.

— Nuestra señora está dentro. Nos mostrará el Templo.

— No — digo.

— Has perdido. Es nuestro.

Intento deshacerme de ellas, pero no lo consigo. Sus sombras me rodean y repiten la frase «Hora de morir».

El silbato del policía me salva. Ellas desaparecen y el agente se ofrece para llevarme a casa. Me dejo llevar. Sin darme cuenta, voy repitiendo una especie de mantra: «Perdóname. Perdóname. Perdóname».

CAPÍTULO 46

Alguien descorre las cortinas y la luz entra en la habitación. La abuela y Tom están al lado de mi cama. Oigo otra voz, la de un doctor. Dice algo de fiebre. No es fiebre. Es la magia. Quiero explicárselo pero no me sale la voz.

— Debes descansar — dice Tom, sosteniéndome la mano.

En la esquina veo a las tres chicas de blanco, esperando, sonrientes.

— No — digo, pero no suena más alto que un susurro.

— Duerme — me ordena la abuela.

— Sí, duerme — corean las chicas de blanco —, duerme.

— Esto le ayudará — dice el doctor, y entrega un frasco marrón a Tom.

Él duda. Muy bien, Tom. Pero al final me lo pone en los labios y me obliga a beberlo. Intento no tragármelo pero no tengo fuerzas para luchar con Tom.

—Sí, está dulce. Bébelo y duerme — dicen las chicas —. Nuestra señora está dentro. Tú duerme.

—Te veremos en sueños.

Llego a la Cueva, pero no es como antes. Allí está Asha, la Intocable. ¿Qué mejor guardián del Templo que aquel que no tiene poder? Me saluda con una inclinación. Le devuelvo el saludo. ¿Qué me ofreces?

«Ofrezco esperanza a los Intocables porque ellos no tienen esperanza.» La Dama de la Esperanza. Soy la Dama de la Esperanza.

El cielo retumba. Asha está preocupada.

—¿Qué ha sido eso?

—Ella te siente. Si te quedas, encontrará el Templo. Debes salir de este sueño.

Rompe la visión, Su Excelencia. Ahora.

—Sí, lo haré — digo.

Intento salir de la visión pero la medicación no me ayuda.

—Venga, entra deprisa en los reinos — dice —. Concéntrate en el Templo. Ella verá lo que tú ves.

Me siento pesada. Muy pesada. No puedo dominar mis pensamientos. Cuando salgo de la cueva, el cielo está oscuro. La señorita Moore está delante de mí, con la pobre Nell Hawkins. Su sacrificada.

—El Templo. Gracias, Gemma.

Abro los ojos. El techo parece estar muy cerca. Las cortinas están corridas. No sé qué hora es. Oigo murmullos.

—Gemma. Ha abierto los ojos. Lo he visto.

Son Felicity y Ann. Se acercan a la cama y me cogen las manos.

—¿Gemma? — Es Ann —. ¿Cómo te encuentras? Estamos muy preocupadas por ti.

—No nos dejaban verte por las fiebres. Hemos tenido que insistir mucho. Has estado durmiendo durante tres días.

Tres días. Y aún tan cansada.

—Te encontraron en Baker Street. ¿Qué hacías cerca de la habitación de la señorita Moore?

La señorita Moore. La señorita Moore es Circe. Ha encontrado el Templo. He fallado. Lo he perdido todo. Miro la pared.

—Con tantas noticias nuevas, lady Denby se ha olvidado de contarle a la señora Worthington lo que averiguó sobre mí.

—Simon ha venido a verte cada día, Gemma. Cada día. Supongo que estás contenta, ¿no?

—Gemma — dice Ann, preocupada.

—No me importa — digo, con voz seca y baja.

—¿Qué quieres decir? Está loco por ti.

—He perdido el Templo.

—¿Qué significa eso? — pregunta Ann.

No puedo explicar todo lo que he visto. Me siento débil.

— Estábamos equivocadas con la señorita McCleethy. Con todo. La señorita Moore es Circe — digo sin mirarlas. No puedo —. Yo la introduje en los reinos. Ahora tiene el poder. Se acabó. Lo siento.

— ¿No habrá más magia? — pregunta Ann.

Digo que no con la cabeza. Cómo duele aceptarlo.

— ¿Y Pippa? — dice Felicity, echándose a llorar.

Cierro los ojos, cansada.

— No puede ser — protesta Ann —. ¿No volveremos a los reinos?

No contesto. Me hago la dormida hasta que siento que se han ido. Abro los ojos y miro el horizonte. Se cuele algo de luz y veo que es de día. Aunque tampoco me importa demasiado.

Por la noche, Tom me lleva a la sala, frente al fuego.

— Tienes una sorpresa — dice.

Me lleva en brazos y al abrir la puerta de la sala descubro que allí me espera Simon, sin su madre. Tom me ayuda a sentarme y me cubre con una sábana. Seguramente mi aspecto es lamentable pero no me importa.

— Pediré a la señora Jones que traiga té — anuncia antes de salir y dejarnos solos, aunque con la puerta abierta.

— ¿Cómo se encuentra? Nos ha dado un buen susto. ¿Cómo acabó en un lugar tan espantoso?

El árbol de Navidad se ha secado. Está perdiendo las agujas.

— Pensamos que quizás alguien quería un rescate. Que quizás aquel hombre de la estación no era una imaginación suya.

Simon. Parece preocupado. Debo decir algo para calmarle. Pero no me sale nada.

— Le he traído algo — dice, acercándose. Me entrega un broche —. Perteneció a la primera vizcondesa de Denby — explica Simon —. Tiene casi cien años de antigüedad y siempre lo han llevado las mujeres de mi familia. Habría sido para mi hermana, si la hubiera tenido.

Lo acepto y entiendo que todo ha cambiado con este pequeño gesto. Él me besa en la mejilla y me coloca el broche. Es un beso muy diferente al de la noche del baile.

Tom regresa con la señora Jones y el té. Los hombres se sientan a conversar mientras yo me quedo mirando el infinito. Siento el peso del broche en mi ropa.

— He pensado que hoy podríamos visitar Bedlam — anuncia Tom a la hora de la comida.

— ¿Por qué? — pregunto.

— Has estado muchos días encerrada y te irá bien salir. Además he pensado que quizá con eso ayudamos a la señorita Nell Hawkins a mejorarse.

Nada ni nadie puede ayudar a la señorita Hawkins a mejorarse. Está atrapada en los reinos.

—Venga, ¿me acompañarás? —pregunta Tom.

Al final, acepto y voy con Tom. Tenemos un nuevo conductor. Jackson ha desaparecido. No me sorprende demasiado, la verdad.

—La abuela dice que Ann Bradshaw no tiene ninguna relación con el duque de Chesterfield. También dice que se desmayó al oír estas acusaciones —explica Tom. Espera que yo desmienta algo de todo esto, pero no lo hago, así que él sigue—: No creo que sea verdad. Ella es una buena chica. No es el tipo de persona que engañaría así a los demás. El hecho de que se desmayara ya prueba que es incapaz de hacer semejante cosa.

—La gente no siempre es lo que tú quieres que sean —opino.

—¿Perdón?

—No, nada.

Despierta, Tom. Hay padres que hieren a sus hijos a sabiendas. Incluso los hay tan débiles que son incapaces de abandonar sus vicios, por mucho daño que hagan. Los amigos pueden decepcionarte. La gente miente. No culpo a Nell Hawkins por refugiarse en la locura.

Las salas de Bedlam parecen tranquilas ahora. Me llevan a la habitación de Nell. Está atada a la cama. Tiene los ojos abiertos pero creo que no ve.

—Hola, Nell —digo, y pido a Tom que nos deje a solas.

Me hace caso. Cojo la mano de Nell.

—Lo siento, Nell. Lo siento.

Sus manos se agarran a las mías. Lucha cuanto puede contra algo. La oigo musitar: «No puede atarla. Aún hay esperanza».

Se relaja. Sus manos caen sobre la cama de nuevo.

—Gemma —me llama Tom cuando me ve salir de la habitación de Nell y dirigirme al carruaje—. Gemma, ¿adonde vas?

Son las tres y cinco cuando consigo el taxi. Con suerte llegaré a la estación Victoria antes de que Felicity y Ann tomen el tren hacia Spence. Pero la suerte no me acompaña últimamente. Las calles están abarrotadas de coches y personas. No es una buena hora para ir con prisas.

Estoy en medio de un atasco. Saco la cabeza y le pido al conductor que me deje bajarme. Llegaré antes andando. Alcanzo la entrada de la estación sin aire. Me siento débil. No me queda tiempo para descansar. El tren está a punto de salir. Las busco desesperadamente. Al final las encuentro. Están con Franny. Los Worthington no se han preocupado de venir a despedir a su hija.

—Felicity, Ann —las llamo.

—Gemma. ¿Qué haces aquí? Pensaba que tardarías unos días en volver a Spence.

—No ha conseguido la magia —explico sin aire—. No la puede atar.

– ¿Cómo lo sabes? – pregunta Felicity.

– Me lo ha dicho Nell. No tiene suficiente poder. Me necesita para hacerlo.

– ¿Qué hacemos? – pregunta Ann.

El silbato del tren anuncia que está a punto de partir. El conductor llama a los últimos viajeros.

– Vamos a intentarlo de nuevo – digo.

Veo a Jackson y a Fowlson. Ellos también nos ven. Vi nen hacia nosotras.

– Tenemos compañía – digo.

Felicity los mira.

– ¿Ellos?

– Rakshana. Intentarán evitar que tengamos el control.

– Entonces, les daremos largas – responde Felicity subiéndose al tren.

CAPÍTULO 47

– Ellos también suben al tren – grita Ann, espantada.

– Entonces, tendremos que bajarnos en algún momento – digo.

Estamos casi en la puerta cuando el tren arranca. La plataforma desaparece detrás de nosotras.

– ¿Qué hacemos ahora? – pregunta Felicity – . Nos descubrirán pronto.

– Buscar un compartimiento – propongo.

Buscamos por todas partes hasta que encontramos uno vacío.

– Tenemos que ir deprisa – digo – . Démonos las manos.

¿Y si no puedo franquear la puerta? ¿Y si estoy demasiado débil? Por favor, una última vez.

– No ocurre nada – dice Felicity.

Oigo la voz de Fowlson a unos pasos. Va abriendo las puertas de los compartimientos y pide disculpas a continuación.

– Estoy débil. Necesito vuestra ayuda. Intentadlo con todas vuestras fuerzas.

Cerramos los ojos y nos concentramos las tres. Puedo sentir ya el olor de Fowlson cerca. De pronto, siento la fuerza dentro de mí y la puerta aparece.

– Ahora – digo, y entramos de nuevo en los reinos.

El jardín está exuberante. Todas nos exclamamos ante el cambio.

– Cuanto antes lleguemos al Templo, mejor.

– Pero ¿dónde está?

– Si no me equivoco, ha estado frente a nuestras narices todo el rato.

– ¿Qué quieres decir? – pregunta Ann.

– No te lo puedo contar aquí. No es un lugar seguro.

– Tendríamos que encontrar a Pip – dice Felicity.

– No – la detengo –. Iremos solas. No podemos confiar en nadie.

Estoy preparada para una discusión, pero Felicity no se queja.

– De acuerdo. Pero cogeré mis flechas. – Y va al escondite para recogerlas.

– Querrás decir tu flecha – la corrige Ann. Felicity las ha utilizado todas menos una.

– Exacto. Ya la tengo.

Seguimos el camino hasta que encontramos la base de la montaña.

– ¿Por qué vamos por aquí? – pregunta Felicity.

– Vamos al Templo.

– Pero éste es el camino que conduce a la cueva – comenta Felicity, escéptica –.

No me estarás diciendo...

Ann está perpleja.

– Si son sólo ruinas y cuevas. ¿Cómo puede ser eso el Templo?

– Porque no lo hemos visto como realmente es. ¿Si quisierais esconder vuestras joyas más valiosas, no las pondríais allí donde nadie sospecharía que están? ¿Y nos las protegeríais con un guardián que no tiene poder y no despertará sospechas?

– Ofrece esperanza a los Intocables, porque ellos deben tener esperanza. – Ann repite las palabras de Nell.

– Exactamente. Yo soy la Dama de la Esperanza. Soy la Esperanza.

– Aún no lo entiendo – protesta Felicity.

– Ya lo entenderás – digo.

Nos dirigimos hacia la montaña de las cuevas. Tengo que ir parando a lo largo del camino para descansar. Felicity me toca el hombro:

– ¿Estás bien?

– Estoy débil. Lo siento. – Miro arriba –. La cumbre se ve tan lejos...

– Gemma, Felicity – grita Ann –. Mirad.

Señala el río. La Gorgona se acerca a nosotras a gran velocidad. Trae a Pippa en su cuello.

– Pippa – saluda Felicity, alegre.

– ¿Qué haces? – le pregunto, obligándole a bajar el brazo.

Demasiado tarde. Pippa nos ha visto.

— Si vamos a atar la magia, Pippa debe estar con nosotras. Quizás encontremos la manera de...

Fuerza. Canción. Esperanza y belleza. Tened cuidado con la belleza.

— Sabes que no puedo prometer eso, Felicity. No sé si pasará.

Ella asiente, con lágrimas en los ojos.

— Hola — nos saluda Pippa, y Felicity vuelve a sonreír.

— Entonces, lo menos que podemos hacer es despedirnos como manda la amistad.

Observo a Pippa. Parece viva. Se está acercando. Ann me mira esperando órdenes. Decido que la esperaremos. Pippa nos alcanza en un momento.

— ¿Dónde vais? — pregunta.

Su corona de margaritas ha desaparecido.

— Hemos encontrado el Templo — afirma Felicity.

Pippa nos mira sorprendida.

— ¿Ahí? Debe de ser una broma.

— Gemma dice que es una ilusión, que no lo vemos como realmente es, pero que es el lugar donde nació la magia y donde puede guardarse.

Una nube oscura recorre la cara de Pippa. Me pongo en pie y digo que ya hemos descansado bastante. Llegamos ante la cueva. Por un momento pienso que las chicas tienen razón y que aquellas ruinas no pueden ser el Templo. En ese momento aparece Asha como un espejismo. Me saluda. La saludo y nos sonreímos.

— ¿Qué nos ofreces?

— Me ofrezco. Ofrezco esperanza — digo.

Asha sonrío. Una sonrisa bellísima.

— Soy tu servidora.

— Y yo la tuya — respondo.

— ¿Estás preparada para atar la magia?

— Creo que sí. Pero ¿cómo?

— Cuando estés preparada, debes ir hacia la cascada y buscar el lugar donde espera la fuente de la eternidad.

— ¿Qué ocurrirá?

— No lo sé. Allí te enfrentarás a tus miedos y quizá pases al otro lado.

— ¿Quizá? ¿No es seguro?

— Nada es seguro, Dama de la Esperanza.

— ¿Y si cruzo?

— Entonces tendrás que elegir las palabras para el hechizo. Elígelas bien.

Asha me lleva hasta la cascada que parece caer y alzar se a la vez.

— Cuando estés preparada, camina sin miedo.

Cierro los ojos. Tomo aire. Siento el Templo a mi alrededor. Las rosas, la fragancia del aire, las vistas, muchos idiomas, los coros. Estoy preparada. Camino sobre el agua para afrontar mi destino. La fuente de la eternidad es un círculo de

agua. Su superficie me lo muestra todo. Los reinos, el mundo, el pasado, el presente y el futuro. ¿Podría ver mi futuro en este agua? ¿O vería sólo las posibilidades que el futuro me brindara? Miro el agua y pienso en las palabras que elegiré. Un ruido me distrae. Algo se mueve en las sombras de la cueva.

«Allí te enfrentarás a tus miedos y quizá pases al otro lado.»

Aparece la señorita Moore con la cautiva Nell a su lado.

—Hola, Gemma. Te estaba esperando.

CAPÍTULO 48

Miro atrás, hacia la cascada de agua por donde he entrado. Puedo ver con claridad las caras preocupadas de Felicity, Pippa y Ann. Sólo Asha parece inexpresiva. Querría correr y estar de nuevo a salvo. Pero sólo puedo avanzar.

—Tú no puedes tocar la magia, ¿verdad? Por eso necesitas a Nell. Por eso me necesitas a mí también.

—Tú eres Su Excelencia. Quiere tus palabras — dice—. Gemma, juntas, tú y yo podemos recuperar todo el poder y la gloria de la Orden. Podemos hacer grandes cosas. Tienes más magia en tu interior que cualquier otro miembro de la Orden. No hay límites para ti.

Me ofrece la mano. La rechazo.

—Yo no te importo. Sólo te importa dominar la magia y los reinos.

—Gemma...

– Nada de lo que me digas me afecta.

– ¿Por qué no me escuchas? – me pide –. ¿Sabes lo que significa perder el poder, que te lo arrebaten? Yo lo tenía y me lo quitaron.

– Los reinos no te eligieron – digo, manteniendo la fuente entre las dos.

– Eso es mentira. Los reinos me eligieron a mí. La Orden me rechazó. La Orden eligió a tu madre, porque era más complaciente. Ella estaba dispuesta a hacer lo que le pidieran.

– No metas a mi madre en esto.

– ¿Es eso lo que quieres, Gemma? ¿Ser una sirvienta fiel para ellos? ¿Librarás todas estas batallas sólo para ellos? ¿Te han prometido algo?

No. No lo han hecho. He hecho todo lo que me pedían sin cuestionar nada.

– Sabes que estoy diciendo la verdad. ¿Por qué no te han ayudado? ¿Por qué no atan la magia ellos mismos? Porque te necesitan. Pero una vez lo hayas conseguido, te pedirán que les dejes entrar y tú ya no tendrás ningún valor para ellos. No cuidarán de ti.

– Supongo que tú cuidarías de mí tan bien como has cuidado de Nell. Como cuidaste de mi madre.

– Prometió ayudarme. Después se fue a la India y me traicionó aliándose con los Rakshana.

– Y por eso la mataste.

– No fui yo. Fue el monstruo.

– Es lo mismo.

– No, aún sabes muy poco de los espíritus oscuros, Gemma. Se te comerán viva. Necesitas mi ayuda. Hace años que te busco. Todo lo que he hecho ha sido para llegar a este momento. Para crear una nueva Orden, Gemma. Di las palabras...

– Vi lo que hiciste a aquellas chicas.

– Fue horrible. No lo niego. He sacrificado a muchas chicas para conseguir esto

– dice la señorita Moore –. ¿Qué sacrificios estarías tú dispuesta a hacer?

– Yo no habría hecho lo que has hecho tú.

– Eso es lo que dices ahora, pero todos los líderes tienen sangre en sus manos.

– Yo confié en ti.

– Lo sé y lo siento. La gente te decepciona tarde o temprano, Gemma. Pero ahora te ofrezco un nuevo mundo.

– Tenían razón al negarte la magia. Eugenia Spence tenía razón. Sus ojos se encienden de ira.

– Eugenia. No tienes ni idea, Gemma. No sabes en qué se ha convertido. Tendrás que enfrentarte a ella en un futuro y entonces me necesitarás.

– Intentas confundirme – la acuso.

– No puedes cruzar. – Es la voz de Asha. Pippa se ha precipitado hacia la cascada.

– ¡Pip! – grita Felicity, y la sigue.

Ann duda un momento pero al final también las sigue.

– ¿Qué ocurre? – pregunta Pippa.

Felicity alza la ceja y dice:
– Aún me queda una flecha – amenaza Felicity.
– Si la disparas, me llevaré conmigo todos los secretos que sé sobre los espíritus oscuros y las Tierras Invernales – dice la señorita Moore.
– ¿Sabes cómo utilizar la magia para mantener a los espíritus incorruptos y libres? – pregunta Pippa.
– Sí – responde la señorita Moore – . Puedo encontrar la manera de concederte lo que pides. No tendrás que cruzar. Puedes quedarte en los reinos para siempre.
– Está mintiendo, Pippa – le advierto.
Pero ya veo el deseo en sus ojos.
– No tendría que dejarte, Fee – sigue Pippa, y continúa su conversación con la señorita Moore – . ¿Duele?
– No. Nada.
– ¿Me quedaría tal cual estoy?
– Sí.
– No le creas, Pip.
– ¿Qué me prometes tú, Gemma? Yo te ayudé y... ¿qué has hecho tú por mí? Rodea la fuente y toma la mano de la señorita Moore.
– Así podremos estar juntas, Fee. Como antes.
La mano de Felicity tensa el arco.
– Felicity, sabes que es mentira – le digo.
– Dispárale – susurra Ann – . Dispara a Circe.
Felicity apunta pero Pippa se mueve y se coloca ante la señorita Moore, a modo de escudo. No sé qué le ocurrirá a Pippa, un espíritu, si muere dentro de los reinos. Al final, Felicity desiste. No puede disparar.
La sonrisa de Pippa es conmovedora.
– Gracias, Fee. – Y corre a abrazarla.
Tomo el arco y apunto. No soy la gran tiradora que es Felicity y sólo queda una flecha. La señorita Moore pone a Nell de escudo.
– Te ofrezco a Nell como sacrificio. Únete a mí y la liberaré.
– No hay elección – afirmo.
– Sí hay elección. Tú no me has dado elección a mí.
Nell se inclina sobre la señorita Moore como una muñeca sin vida. Puedo salvar a Nell, unirme a la señorita Moore y compartir el Templo. O puedo contemplar cómo la ofrece a las criaturas de Circe y cómo aprovecha el poder derivado del sacrificio para hacer lo que le plazca con él. Nell se gira y me mira. Susurra: «No lo dudes».
Disparo y la flecha se clava en el cuello de Nell Hawkins, que cae redonda. Ya no sirve como sacrificio.
La señorita Moore me mira con una mezcla de furia y sorpresa.
– ¿Qué has hecho?
– He manchado mis manos de sangre.

La señorita Moore me persigue. No hay tiempo para seguir las reglas. Tendré que crearlas de nuevo. Cierro los ojos y echo a correr hacia la fuente. Pero ella llega antes. Me coge de la mano y pierdo el equilibrio. Nos caemos en las aguas eternas y nos enzarzamos en una dura lucha.

Puedo sentir la respiración de la señorita Moore cerca. Y puedo sentir su olor: el olor de Londres, de sus perfumes, pero también algo más. Puedo sentir su miedo. Ahora estamos juntas en medio de una gran tormenta. A nuestro alrededor el mundo de los reinos se revuelve como un caleidoscopio enorme. Tantos mundos. Tanto por descubrir.

Sí, la señorita Moore parece que me diga: «Hay tantas cosas que no sabes».

Estoy atrapada. Me siento parte de todo cuanto veo. Y es mucho. Mucho. Una tierra helada se me aparece de pronto. Un ejército de espíritus la pueblan. Los siento dentro. El miedo. La furia. Soy el fuego. Soy el monstruo que todo lo destruye. No deseo acabar esta lucha cruel. Es la lucha lo que me mantiene viva.

Siento los brazos de la señorita Moore entrelazados a los míos. Sólo una de nosotras saldrá de la fuente. Como si me leyera el pensamiento, la señorita Moore me empuja. Quiere ganar, lo quiere con todas sus fuerzas. Pero yo también. Debo pensar una manera de atar la magia, pero es difícil en estos momentos. La señorita Moore, mi maestra, mi amiga, mi enemiga. Y de pronto, descubro cómo debo acabar con esto.

La empujo y sale volando, disparada, muy lejos. Abre los ojos como platos. Sabe lo que intento conseguir. Estoy determinada a hacerlo y a hacerlo rápido. Salgo disparada a la superficie de la fuente y digo deprisa las palabras que creo que servirán para restaurar el equilibrio.

— Apelo al poder. Permitid que el equilibrio de los reinos sea restaurado y no molestéis su descanso. Ato la magia en el nombre de todos quienes gozaron de poder un día. Por que soy el Templo y la magia vive en mí.

En cuanto acabo de pronunciar estas palabras, noto que todo a mi alrededor se ilumina con una luz blanca. Es la magia. Me está utilizando como canal para llegar al Templo. Pasa a través de mí. Está hecho. La cueva se ilumina con diversos colores y las estatuas parecen vivas.

— ¿Qué ha ocurrido con la señorita Moore? — pregunta Ann.

— He hecho lo que me pedía. La he evitado una existencia incompleta y la he dejado en un lugar adonde no puede dañar a nadie más.

— Así que lo hemos conseguido — afirma Pippa.

Ann emite un pequeño grito al ver a Pippa salir de d trás de las rocas. Con la magia atada, su encanto ha empezado a desaparecer. La Pippa que tenemos delante está cambiando. Su pelo, sus venas, su piel, sus ojos... son ahora blancos con motas negras.

— ¿Por qué me miráis así? — pregunta, asustada.

Ninguna de nosotras se atreve a contestar.

— Ya está. Y aún estoy aquí. — Nos sonrío y la visión es espantosa.

— Ahora debes dejarnos, Pippa. Debes irte — sugiero.

—No —se queja como un animal herido—. No quiero. Aún no, Fee, por favor. Felicity está llorando.

—Lo siento, Pip.

—Prometiste que nunca me abandonarías. Lo lamentarás.

—Pippa —grita Felicity.

Pero es tarde. Se ha ido. Ha huido al único sitio donde puede refugiarse. Un día volveremos a verla. Y ya no seremos amigas, sino enemigas.

—No podía utilizar la magia para dejarla aquí. ¿Lo entiendes?

Felicity no me mira.

—Estoy cansada de este sitio. Quiero irme.

Ann me coge la mano y las tres empezamos a caminar montaña abajo. De pronto, Asha me llama y me señala el río. Miles de espíritus por fin pueden cruzarlo y disfrutar del descanso. Me fijo para ver si distingo a Bessie Timmons y a Mae Sutter en el grupo, pero no las veo. Seguramente han ido a la Tierras Invernales, como hará nuestra Pippa. Pero ésa es otra batalla y hoy no toca librarla.

—Dama de la Esperanza.

Me giro y veo a Nell Hawkins cruzando a la otra orilla. Se la ve feliz. ¿He hecho lo correcto? ¿Habrá más sangre en mis manos?

—Lo siento —murmuro. Y creo que me contesta:

—No puedes tener las cosas enjauladas. Adiós.

Me saluda y se introduce en el río. La veo en la otra orilla y la pierdo de vista mientras camina hacia el cielo naranja.

La Gorgona nos espera en el río.

—¿Os llevo al jardín? —pregunta.

—Gorgona, te libero de la maldición de la Orden —digo—. Eres libre como supongo que te sientes desde que la magia está atada.

La serpiente danza en su cabeza.

—Gracias —contesta la Gorgona—. ¿Os llevo al jardín?

—¿Lo has oído? Eres libre.

—Sí. Está bien. Puedo elegir. Y elijo llevarte de vuelta.

Viajamos en la espalda de la Gorgona. Se nota que las cosas están cambiando y hasta el aire es más puro. Philon nos sale al paso. Le saludo como he visto hacer a Asha y nos devuelve el saludo. Estamos en paz. No sé cuánto durará, pero estamos en paz.

—Me intentaste advertir que la señorita Moore no era trigo limpio —le comento a la Gorgona.

—Yo la conocí con otro nombre.

—Debes de haberla conocido con unos cuantos nombres diferentes.

—Un día, te explicaré historias del pasado.

—¿Añoras el pasado?

—Eran días en que mi gente vivía. Espero que vuelvan alguna vez.

La habitación de Padre está oscura cuando llego a casa. Descansa. Es la primera vez que uso la magia desde que la he atado. Prometo hacer buen uso de ella. La primera vez intenté curarle, pero ahora sé que así no funciona. No puedo usar la magia para controlar a otros. «Encuentra el valor, Padre. Encuentra el coraje para luchar. Está ahí. Te lo prometo.»

Su respiración suena más pausada. Su gesto se relaja y parece que en la boca se le dibuja una sonrisa. Quizás es sólo la luz. Quizás es el poder de los reinos. O quizás es la combinación del espíritu y la voluntad, el amor y la esperanza, la alquimia que todos poseemos y podemos utilizar a voluntad.

CAPÍTULO 49

Es mi último día en Londres antes de regresar a Spence. La abuela ha aceptado enviar a Padre a un hospital, para que descanse y mejore. Mañana también ella partirá a su casa. Hoy la casa es un batiburrillo de sirvientes que corren arriba y abajo con paquetes. Londres está vaciando sus casas hasta el mes de abril.

Esta noche disfrutaré de mi última cena en casa de Simón y su familia. Pero antes tengo que hacer dos visitas.

Se sorprende al verme. Cuando entro en la habitación atravesando el cortinaje que un día me enseñó, se pone en pie y me mira con atención. Como un niño que espera o la bofetada o el beso del perdón. Lo que traigo no es ni una cosa ni la otra, sino mi compromiso.

— Te has acordado — me dice.

— Sí, me he acordado.

–Gemma. Señorita Doyle. Yo...
Le pongo tres dedos en la boca en señal de silencio.
–Seré breve. Tengo mucho trabajo. Me gustaría que me ayudaras siempre y cuando me prometas que te liberarás de tus compromisos. No puedes servirme a mí y a los Rakshana.
Su sonrisa me pilla desprevenida. Está emocionado.
– Antes que nada, quiero aclarar que los Rakshana me han expulsado de la hermandad. Así que no creo que te convenga tener a un fracasado como yo entre tus filas.
–Somos un equipo, supongo.
Sus ojos están ahora libres de lágrimas. Su voz tiene más fuerza.
– Parece que al final has dominado tu destino – digo.
– A menos que fuera mi destino hacerlo – responde, son riendo.
– Muy bien – digo.
Estoy cerca de la puerta cuando dice la última cosa.
– ¿Lo único que me pides es fidelidad a la Orden? ¿A nada más?
Esta pregunta me roba la respiración.
– Sí – murmuro – . Eso es todo.
Salgo de la habitación, embriagada por los aromas del local y los colores de la India. Salgo perseguida por la sombra de un murmullo: «Por ahora».

La habitación de la señorita McCleethy está en Lambeth, cerca del Hospital Real de Bedlam.

– ¿Puedo entrar? – pregunto.
Me hace el gesto para que entre.
– Señorita Doyle, ¿a qué debo tu visita sorpresa?
– Quiero hacerle dos preguntas, señorita. Una es sobre la señora Nightwing. La otra es sobre la Orden.
– Adelante – dice.
– ¿Es la señora Nightwing una de las nuestras?
– No. Es sólo una amiga.
– Pero les oí discutir durante la fiesta de Navidad y tam bién aquel día en el ala este.
– Sí, discutíamos sobre la necesidad de reparar el ala este. Creo que ya es hora de hacerlo pero Lillian es muy tacaña.
– ¿Y por qué la admitió bajo un nombre falso?
– Le mentí. Le dije que había adoptado un nombre falso para librarme de una historia amorosa fallida. Ella entiende esas cosas. ¿Algo más?
No sé si me dice la verdad o no.
– ¿Por qué la Orden no ha compartido nunca el poder?
Me mira fijamente.
– Nos pertenece. Hemos luchado por él. Hemos sacrificado y matado por él.

– Pero de esa manera también han hecho daño. Han impedido que otros pudieran gozar del privilegio de la magia.

– Ellos no habrían actuado de otra manera. Todos somos egoístas.

– Mal negocio.

– El poder lo es – afirma –. Por cierto, no me hizo feliz que me dejaras con los Rakshana pero entiendo que lo hiciste porque creías que era Circe. Ahora no importa. Lo que importa es que has encontrado el Templo y restaurado el equilibrio. Ahora podremos restablecer la Orden con nuestras hermanas y...

– No lo creo.

La señorita McCleethy sonrío a medias cuando pregunta:

– ¿Perdón?

– Estoy forjando mis propias alianzas. Felicity. Ann. Kartik. Asha. Philon.

– Estás de broma.

– El poder debe ser compartido.

– No. Eso está prohibido. No sabemos si son dignos de confianza.

– No. Pero tendremos que tener fe en ellos.

La señorita McCleethy se enciende.

– Te lo prohíbo. La Orden debe seguir pura.

– ¿Acaso ha funcionado?

Al ver que esta conversación no nos lleva a ninguna parte, la señorita McCleethy cambia el estilo, hablándome de nuevo con amabilidad.

– Puedes intentarlo pero seguro que no funciona. Los reinos eligen a los que pueden formar parte de la Orden. No tenemos poder sobre eso. Así ha sido siempre.

– Las cosas cambian – digo al salir.

La señorita McCleethy está tan nerviosa que se atreve a abrir la ventana y gritar:

– No te busques enemigos, señorita Doyle. No compartiremos nuestro poder tan fácilmente.

No me giro. Sigo mirando hacia delante, buscando la entrada del metro. Un cartel anuncia la nueva revolución.

Pronto todos los metros funcionarán con energía eléctrica, la energía invisible. Sí, es un nuevo mundo.

La cena en casa de los Middleton me deja un sabor de boca agridulce. Me cuesta mantener mi mente concentrada en las conversaciones cordiales y educadas mientras tengo tantas cosas que hacer. A la hora en que los hombres y las mujeres se separan en salas diferentes, nadie pone objeciones a que Simon y yo nos retiremos solos a una tercera sala.

– La echaré de menos. ¿Me escribirá?

– Por supuesto.

– ¿Le expliqué que la señorita Weston hizo el ridículo arrastrándose tras el señor Sharpe en una sala de té?

No encuentro que la historia sea divertida. Me sabe mal por la señorita Weston. Me falta la respiración. Simon se da cuenta.

— ¿Qué ocurre, Gemma?

— Simon, ¿seguiría interesado en mí si descubriera que no soy quien digo que soy?

— ¿De qué habla?

— ¿Le seguiría gustando si descubriera cosas diferentes de mí?

— Vaya una pregunta. No sé qué decir — afirma Simon pensativo, y se queda mirando el fuego e intentando colar una argolla en el palo.

— No me haga caso. Estoy cansada.

— Sí — se apresura a disculparme —. Aún se está recuperando. Pronto todo esto habrá pasado y volverá a ser como era.

No, nada volverá a ser como era. Todo ha cambiado. Yo he cambiado. La sirvienta llama a la puerta.

— Disculpe, señor. Lady Denby le llama.

— Muy bien. Señorita Doyle, ¿me disculpa? Será sólo un momento.

Cuando me quedo sola intento jugar al mismo juego de la argolla y el palo. Lo consigo. Sí, sólo le faltaba concentración. La tranquilidad de la habitación se me cae encima. A través de las ventanas, puedo ver a Simon con su familia, sonriendo, sin preocupaciones en el mundo. Todo está a su alcance. No conocen el hambre, el miedo o la duda. No necesitan luchar para conseguir lo que quieren. Está allí, esperándoles. Me duele el corazón. Me encantaría poder envolverme en su misma manta protectora. Pero he visto demasiadas cosas para disfrutar de dicha manta.

Dejo el broche de perlas sobre la mesa, recojo mi abrigo antes de que la sirvienta entre para ayudarme a ponérmelo y salgo a la calle. Simon no vendrá a buscarme. No es el tipo de chico que lo haría. Se casará con una chica que sea como él espera y a quien no le pese demasiado el broche.

El aire es limpio. El sereno pasa iluminando las calles. Contemplo Hyde Park, y allá a lo lejos Buckingham Palace, gobernado por una mujer. Todo es posible.

Mañana estaré de nuevo en Spence, adonde pertenezco.

CAPÍTULO 50.

Spence, esa dama situada al este de Londres, ha crecido en mi ausencia. Nunca había estado tan contenta de volver a un sitio como ahora. Incluso las gárgolas me parecen menos fieras. Son como animales domésticos a los que permitimos quedarse ahí.

Los rumores sobre la noche en que un policía me recogió en Baker Street ya han llegado a Spence. Fui secuestrada por piratas. Estuve a las puertas de la muerte. Casi pierdo una pierna. No, un brazo. De hecho, morí y me enterraron. Es increíble la cantidad de historias que las chicas son capaces de inventar sólo para matar el aburrimiento. Y sin embargo, me encanta ver a toda esta gente ofreciéndose a

ayudarme de cualquier manera sólo para que les explique la historia con pelos y señales. No mentiré. Estoy disfrutando muchísimo de mi convalecencia.

Felicity se ha hecho cargo de las lecciones de tiro con arco de las chicas más jóvenes. La adoran, por supuesto, con sus peines franceses y su estatus y su elegancia... Creo que la seguirían como los niños de Hamelín siguieron al flautista: sin importarles adonde los llevaba. Y creo que Felicity se ha percatado de ello y disfruta de esta adoración.

Como tengo órdenes estrictas de la abuela y de la señora Nightwing de no hacer deporte, me paso las horas sentada en una gran hamaca que han traído especialmente para mí. Es, de hecho, una buena manera de hacer ejercicio. Me gusta tanto que intentaré que dure lo máximo posible.

Mientras Felicity instruye a las niñas de diez años en el interesante arte del tiro con arco, abro el correo de la mañana. Hay una carta de la abuela. No habla de Padre hasta el final. «Tu padre mejora progresivamente y te envía muchos recuerdos.»

Hay también un sobre de Simon. Me asusta un poco abrirlo, pero al final la curiosidad me puede. Dentro encuentro la pequeña caja que le devolví por mensajero con su nota original: «Un lugar para guardar tus secretos». Eso es todo. Me ha sorprendido. De pronto, no estoy segura de haber hecho lo correcto. De haberlo dejado marchar. Hay algo saludable y agradable en Simon. Pero es un poco como la caja con doble fondo. Es esa sensación. Es como si me diera miedo caer en el cajón interior y quedarme atrapa da allí.

Estoy tan concentrada que no me doy cuenta de que la señora Nightwing está detrás de mí. Mira a las chicas que practican el tiro.

—No lo veo claro — afirma.

—Está bien poder elegir — digo aún con la caja en las manos.

Intento no llorar.

—En mis tiempos, no había tantas elecciones, tanta libertad. Nadie te decía: aquí tienes el mundo a tus pies. Sólo tienes que ganártelo.

En ese momento, la mano de Felicity libera el arco y la flecha sale disparada. Hace diana. Felicity no puede contener un grito de satisfacción. Lo celebra de la manera menos femenina que una se pueda imaginar.

La señora Nightwing frunce el ceño y mira el cielo.

—No hay duda. El final de la civilización está cerca.

Se le escapa la risa. Me fijo y me doy cuenta de que la señora Nightwing tiene arrugas. Y pienso que debe de ser raro medir tus días de vida con los de jovencitas con cutis perfectos. Y beber copas de coñac por la noche, intentando tirar adelante en un mundo en el que todos a tu alrededor piensan en su futuro y sabiendo que tú estás un paso por detrás.

La señora Nightwing mira la caja que tengo en mis manos. Se aclara la voz antes de decir:

—He sabido que ha decidido no continuar con su compromiso con el señor Simon Middleton.

Veo que esos rumores también se han extendido.

—Sí —digo, reprimiendo de nuevo las lágrimas—. Todos creen que me he vuelto loca. A lo mejor me he vuelto loca. —Intento reír pero más bien me sale un sollozo—. Quizá pasa algo conmigo que me impide ser feliz con él.

Espero que la señora Nightwing me confirme que es eso exactamente lo que ocurre, que todo el mundo lo sabe. Que debería dejar de llorar y de comportarme como una tonta. Pero en lugar de eso, me pone las manos en los hombros.

—Es mejor estar segura. Siempre —afirma mientras sigue mirando a las chicas—. Si no, un día podrías encontrarte regresando a una casa vacía, donde sólo encontrarías la nota: «Me he ido». Y esperarías toda la noche a que volviera. Y la noche serían semanas y luego años. Es horrible la espera. Es difícil de soportar. Y a lo mejor, un día, en unas vacaciones en Brighton, le verías, andando, como salido de un sueño. Ya no está perdido. Tu corazón late con fuerza. Debes llamarle. Pero alguien lo llama primero. Una mujer joven con un niño en brazos. Su hijo. Besa furtivamente a su mujer joven. Y tú nunca más serás la misma. Todo ha cambiado. Lo único bueno es que la espera ha acabado.

Respiro con dificultad.

—Sí, gracias —digo cuando recupero mi voz de nuevo.

Una de las chicas grita. Ha encontrado un pajarillo huérfano herido.

—¿Qué pasa aquí? —grita nuestra directora.

—Señora Nightwing, por favor. ¿Podemos quedárnoslo? —La cara de la chica es un poema—. Por favor, por favor...

—Bueno, bueno.

Las chicas corean alguna frase de celebración.

—Pero no me hago responsable de él. Lo cuidaréis voso tras. Seguro que me arrepiento de mi decisión —dice con un sollozo—. Y ahora, si me lo permitís, quiero acabar la lectura de mi libro, sola, sin la presencia de chicas que me interrumpen.

La señora Nightwing se dirige al colegio. Al menos cuatro chicas la paran por el camino para consultarle cosas. Ella las atiende. Al final se rinde y se queda con las chicas. No leerá el libro hasta la noche, y en el fondo sé que es lo que ella quiere, lo que necesita. Sentirse querida y necesitada por nosotras. Éste es su lugar. Lo ha encontrado. O el lugar la ha encontrado a ella.

Tras la cena, mientras nos reunimos alrededor de la chimenea, Mademoiselle LeFarge regresa de su día en Londres con el inspector Kent. Está radiante. No la había visto nunca tan feliz.

—*Bonjour, mes filles!* —dice al entrar en la habitación con su nueva falda—.

Traigo noticias.

Las chicas la rodeamos y enseguida descubrimos su anillo, con un diamante pequeño pero muy brillante. Lo lleva en la mano izquierda. Sí, parece que tiene noticias.

— Nos casaremos en mayo — dice, tan sonriente que parece que la cara se le va a romper de alegría.

Nos echamos encima de nuestra profesora y de su anillo y nos la comemos a preguntas. ¿Cómo se lo pidió? ¿Cuándo será? ¿Podremos asistir? ¿Dónde se celebrará? ¿Llevará algo azul para que le dé suerte?

— Es importante que veáis que incluso alguien tan soso como yo puede encontrar la felicidad — dice riéndose.

Y la sorprendo mirando su anillo con más ansia de la que quiere dejar traslucir.

El primer miércoles del nuevo año hacemos nuestro peregrinaje al altar de Pippa. Nos sentamos en la base del árbol, buscando las primeras señales de la primavera aunque sepamos que aún faltan meses.

— He escrito a Tom para explicarle la verdad — dice Ann.

— ¿Y? — pregunta Felicity.

— No le gustó sentirse engañado. Dice que soy horrible por hacerme pasar por algo que no soy.

— Lo siento, Ann — digo.

— Bueno, creo que no es justo contigo — opina Felicity.

— No estoy de acuerdo. Creo que es normal que esté enfadado.

No puedo desmentirlo. Tiene razón.

— En los libros, la verdad hace que todo sea bueno y agradable. La bondad prevalece. La maldad pierde. Hay felicidad. Pero la vida no es así.

— No — le doy la razón —. Aquí la verdad sólo sirve para conocer las cosas.

Miramos el cielo y las nubes.

— ¿Por qué tenemos que preocuparnos tanto, entonces? — pregunta Ann.

— Porque la ilusión no dura siempre. Nadie tiene tanta magia.

Nos quedamos en silencio. Nadie se atreve a hacer una broma, a hablar de lo que nos ha sucedido o de lo que nos puede suceder. Estamos allí, juntas y en silencio. Y en ese momento entiendo que tengo amigas de verdad. Que algunas veces tu lugar no es algo que encuentras sino algo que tienes cuando lo necesitas.

El viento sopla fuerte. Arranca las pocas hojas que dan en los árboles. Silencio. Allí. Allí. Todo va bien. Una hoja baila en el aire. Se eleva más y más, provocando a la gravedad y a la lógica. Se caerá de un momento a otro. Pero no ahora. Aguanto la respiración y deseo que siga volando.

El viento vuelve a soplar. La hoja se aleja, meciéndose en las alas del viento. La sigo con la mirada hasta que se convierte en una línea y luego en un punto. La miro hasta que ya no la veo. Hasta que el camino que ha recorrido que da borrado por el de otras hojas.

AGRADECIMIENTOS

No habría podido escribir este libro sin los sabios consejos y la ayuda de mucha gente. Estoy en deuda con las siguientes personas:

La Fabulosa Trinidad: mi agente, Barry Goldblatt; mi correctora de estilo, Wendy Loggia, y mi editora, Beverly Horowitz.

Trish Parcell Watts, que creó la hermosa sobrecubierta; Emily Jacobs, por sus inestimables aportaciones, y Barbara Perris, una extraordinaria correctora.

El incansable personal de la British Library y el London Transport Museum, en especial Suzanne Raynor.

La profesora Sally Mitchell, de Temple University, que me dio varias pistas muy útiles para mi investigación, por las cuales le estoy muy agradecida. Para quien esté interesado en la era victoriana, recomiendo vivamente sus libros *The New Girl* y *Daily Life in Victorian England*.

La Victorian Web de Brown University.

Las comunidades de escritores YAWriter y Manhattan Writers Coalition, que tanto apoyo ofrecen.

La generosa y afectuosa familia Schrobsdorff: Mary Ann, por los maravillosos recursos y la ropa victoriana auténtica para el estudio; Ingalisa, por la magnífica foto de la sobrecubierta; la gran Susanna, por animarme, cuidar a los niños y corregir mi espantoso francés.

Frangoise Bui, por corregir todavía más mi espantoso francés.

Franny Billingsley, que leyó el primer borrador y me dio a conocer sus perspicaces opiniones en un comentario de diez páginas.

Angela Johnson, por decirme que escribiera el libro que necesitaba escribir.

Laurie Allee, por ayudarme a encontrar el corazón del libro.

Mis amigos y mi familia, que me animaron y perdonaron por no devolver llamadas, no fijarme en la fecha de caducidad de la leche y no enviar las tarjetas de felicitación de cumpleaños a tiempo porque (un suspiro) «está escribiendo ese libro».

Y sobre todo con Josh, por ser tan paciente cuando mamá tenía que acabar «una última cosa».